

Tendencias

LA OBSESIÓN ANTIAMERICANA

JEAN-FRANÇOIS REVEL

**DINÁMICA, CAUSAS
E INCONGRUENCIAS**

Jean-François Revel
de la Academia Francesa

La obsesión antiamericana

Dinámica, causas e incongruencias

Traducción de Carlos Manzano

T E N D E N C I A S
Argentina — Chile — Colombia — España
Estados Unidos — México — Uruguay — Venezuela

Título original: *L'obsession anti-américaine, Son fonctionnement, ses causes, ses inconséquences*

Editor original: Éditions Plon, París

Traducción: Carlos Manzano

Directora de la colección Tendencias: Núria Almiron

Proyecto editorial: Editrends

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2002 by Editions Plon, París

© de la traducción, 2003 by Carlos Manzano

© 2003 by Ediciones Urano, S.A.

Aribau, 142, pral. — 08036 Barcelona

www.edicionesurano.com

ISBN: 84-953-31-

Depósito legal: B. 21.331 -2003

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.

Impreso por Romanyà Valls, S.A. — Verdaguer, 1 — 08760 Capellades (Barcelona)

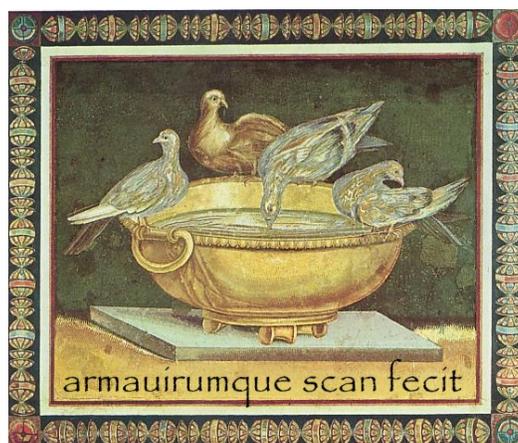
Impreso en España — *Printed in Spain*

*A Olivier Orban,
instigador de este libro,
en prueba de gratitud y amistad.*

Índice

- 1 [Exposición de motivos](#)
- 2 [Sobre algunas contradicciones del antiamericanismo](#)
- 3 [Antimundialismo y antiamericanismo](#)
- 4 [¿Por qué tanto odio?... ¡Y tantos errores!](#)
- 5 [La peor sociedad que haya existido jamás](#)
- 6 [La extinción cultural](#)
- 7 [«Simplismo» de los dirigentes europeos en política internacional](#)
- 8 [América como escapatoria](#)

[Conclusión. El antiamericanismo, principal promotor de la superpotencia](#)



1

Exposición de motivos

Los editores son los mejores amigos de los autores. Como yo había publicado sólo uno o dos libros al año, mi amigo Olivier Orban empezó a temer que me viera cada vez más hundido en la pereza. Temió los efectos devastadores que tendría en mí la ociosidad, conque, pisoteando la Declaración Universal de Derechos Humanos, que prohíbe la tortura, me propuso que en el año 2000 «celebrara», si se me permite la antífrasis, el trigésimo aniversario de mi libro *Ni Marx ni Jesús*, en parte dedicado a los Estados Unidos, redactando otro que fuera la continuación del primero y en el que hiciese balance de la evolución de ese país desde 1970.

En el momento no me pareció una idea descabellada. Entre 1970 y 1990 sobre todo y después un poco menos, yo había viajado con mucha frecuencia por los Estados Unidos. Había pasado incluso períodos bastante largos en ese país. Había sido, en particular, un observador atento —creo yo— de la ampliación del papel de los Estados Unidos en el mundo, visto desde dentro y desde fuera, después de la desaparición de la Unión Soviética y durante la lenta descomposición del comunismo chino. Además, creo haberme mantenido, también mediante la lectura, bastante al corriente de los trabajos y reportajes dedicados tanto a la evolución interior de la sociedad americana como a la metamorfosis de las relaciones internacionales después de la accesión de los Estados Unidos al rango inédito de primera y única «superpotencia» mundial, por emplear el término politológicamente correcto.

No obstante, no tardé en verme obligado a reconsiderar mi reacción inicial y a refrenar el entusiasmo con el que había aceptado la tarea a la que me había incitado la alegría comunicativa de Olivier. A medida que avanzaba mi trabajo o, mejor dicho, avanzaba apenas, la empresa me parecía de una dificultad y una complejidad cada vez más abrumadoras. Me costaba cada vez más abrirme un camino «por entre las espinas y los abrojos de la dialéctica», como dice Taine y sobre todo por entre la maleza de la observación y la síntesis.

Antes de explicar por qué, y a fin de poder hacerlo, pido autorización al lector para comenzar contando en qué circunstancias y por qué experiencias me sentí movido —casi podría decir aspirado— en 1970 a escribir *Ni Marx ni Jesús*.

Fue un libro que, a falta de un adjetivo mejor, puedo calificar de involuntario y accidental. Al releerlo, cosa que no había vuelto a hacer desde hacía quince años (cuando hube de preparar su reedición en la colección «Bouquins» en 1986) y redescubrirlo, me llama la atención su ritmo jadeante. Cierto es que lo escribí de un tirón. Fue un precipitado más que una elaboración. La razón por la que se produjo la estancia en los Estados Unidos que sirvió de desencadenante de mi libro tuvo, a su vez, carácter fortuito.

En 1969, el conocido semanario americano *Time* concibió el proyecto de producir una edición en francés. La dificultad consistía en encontrar en la lengua francesa el equivalente del inglés conciso, condensado, comprimido —casi podríamos decir—: esa sucesión de frases cortas, sin digresiones ni rípios, que caracteriza el estilo de *Time* y que desde la fundación de ese semanario en el decenio de 1920 ha servido de modelo a los periodistas de numerosas publicaciones periódicas. Esa forma de escribir, que debe unir la brevedad a la claridad, es más fácil de practicar en inglés que en francés o en las otras lenguas latinas. El inglés yuxtapone, el francés subordina. El inglés puede prescindir con frecuencia de las preposiciones entre las palabras e incluso de las conjunciones de coordinación entre las oraciones, mientras que el francés, heredero de la sintaxis latina, no puede hacerlo. Para contar una *story*, el periodista americano enuncia, el periodista latino diserta. Bien lo saben los traductores del inglés al francés. Su versión francesa, sean cuales fueren sus esfuerzos para ajustarse al texto, siempre es más larga que el original inglés.

No obstante, si se hace el esfuerzo, también en francés se puede lograr una aproximación a la densidad de la redacción periodística moderna. Françoise Giroud ha hecho escuela al respecto en *L'Express*, no sólo en sus propios artículos, sino también al abreviar los de sus colaboradores más

prolijos. Pues la concisión es particularmente necesaria en un *news magazine*, en el que el espacio es limitado y a cuyo lector repugna tener que enterarse en diez líneas de lo que se podría haber dicho en cuatro, ya se trate de un reportaje o un editorial, de hechos o ideas.

Yo conocía muy bien al jefe y a los corresponsales permanentes de la oficina de *Time* en París, primero como colega y después porque *Time* era entonces el accionista principal de Robert Laffont, editorial de la que yo era uno de los asesores literarios. Al parecer, consideraron la factura de mis artículos en *L'Express* compatible con su concepción de la eficacia periodística, pues propusieron a su casa matriz que me preguntara si aceptaría probar la experiencia de una transposición en francés del inglés de *Time*. Según me dijeron, iría a instalarme unas semanas en Nueva York y me esforzaría en recomponer en mi lengua materna algunos números del semanario americano, conforme a las normas establecidas. Si el resultado parecía convincente, la dirección del célebre semanario pondría en marcha su proyecto de edición en francés.

Todo fue muy rápido. Mis efímeros «empleadores» me habían reservado una habitación en un hotel neoyorquino. Ya tenía mi visado y mi billete de avión. En aquel momento tardío me embargó una duda y me atormentó de pronto un escrúpulo: era más que evidente que un *Time* en francés estaría destinado a ser el competidor de *L'Express*, con el que me unía un contrato y amistades profundas. Así, pues, no había ni que pensar que yo aceptara definitivamente la propuesta americana sin disponer antes de la autorización del autor de *El desafío americano*, Jean-Jacques Servan-Schreiber, mi director. Éste no dudó ni medio segundo antes de expresarme su rotunda oposición a mi participación en los preparativos del proyecto. Françoise Giroud, jefa de redacción, que, naturalmente, asistió a nuestra entrevista, lo aprobó vigorosamente y también me incitó sin circunloquios a retirarme al instante de aquella operación. No me planteé siquiera la posibilidad de resistirme por un momento a sus reprobaciones, pues mis buenas relaciones con ellos y mi trabajo en *L'Express* me resultaban mucho más preciosos que la posible aventura americana, divertida pero marginal.

Fui en seguida, avergonzado, a ver a Prendergast, jefe de la oficina parisina de *Time*, para comunicarle el veto de mis jefes y rogarle que excusara mi atolondramiento, pues debería, le dije, haber pensado en consultarlos antes de darle mi consentimiento. Yo había cometido una incorrección para con él y sus jefes de Nueva York. Prendergast era hombre cordial y benevolente. Aunque visiblemente contrariado, no me hizo ningún reproche. Por lo demás, después de aquel episodio, no volví a oír hablar nunca del proyecto de un semanario *Time* francés, que no dejó de ser un mortinato.

Pero, unos días después, se me ocurrió otra idea, de nuevo con cierto retraso. Puesto que *L'Express* me había obligado —con razón seguramente, pero, aun así, obligado— a desistir, la revista me debía una compensación en forma de un viaje a los Estados Unidos. Invité a Françoise Giroud a almorzar, en Taillevent —recuerdo—, y le expuse mi deseo de lo que consideraba una justa compensación. No titubeé ni el tiempo de un abrir y cerrar de ojos y, en cuanto llegó a la oficina, dio las instrucciones necesarias para que me prepararan todos los billetes de avión y todos los anticipos de gastos que pidiera.

No había vuelto a los Estados Unidos desde el otoño de 1952, momento en el que, de regreso de México después de tres años de formar parte de la misión universitaria francesa, me detuve una buena temporada en Nueva York (como había hecho a la ida) antes de tomar el barco para El Havre. Durante aquellos tres años en México, había tenido muchas ocasiones de trasladarme a los Estados Unidos, sobre todo al sur, naturalmente. De 1953 a 1969, durante los años que siguieron a mi regreso, mientras vivía en Italia y después en Francia, yo había visto América y me había formado una opinión sobre ella a partir de Europa y de la prensa europea exclusivamente. Por tanto, había de ser por fuerza una opinión mala. Entonces América, para los europeos, era el maccarthysmo, la ejecución del matrimonio Rosenberg, necesariamente inocentes, el racismo, la guerra de Corea, que había acabado precisamente en 1953, el dominio de la propia Europa: la «ocupación americana en Francia», como decían Simone de Beauvoir o el Partido Comunista. Durante el decenio siguiente, la guerra de Vietnam proporcionó la razón principal para odiar a los Estados Unidos.

Desde el hundimiento de la Unión Soviética, que acarreó la liberación de sus satélites de Europa central, el fin de la guerra fría y del mundo bipolar, se dice de buena gana que «el grito universal de antiamericanismo», *the universal shout of antiamericanism*, como dice Alexander Pope, se debe a que, a consecuencia de esas conmociones, los Estados Unidos han pasado a ser la única superpotencia mundial

o incluso «hiperpotencia», según el término puesto de moda por un ministro francés de Asuntos Exteriores, Hubert Védrine. Esa interpretación presupone que la preponderancia americana parecía antes más justificada, en primer lugar porque se ejercía sobre un número más limitado de naciones y, en segundo lugar, porque respondía a la necesidad de protegerlas del imperialismo soviético. Ahora bien, no es así: el antiamericanismo era casi tan virulento en la época del peligro totalitario como ha seguido siendo después de que éste desapareciera, al menos en su versión soviética.

En los países democráticos, o algunos de ellos, una fracción de la población, partidos políticos y la mayoría de los intelectuales eran partidarios del comunismo o al menos daban alguna forma de apoyo a las ideas próximas al comunismo. Así, pues, el antiamericanismo por su parte era racional, ya que se identificaba a América con el capitalismo y el capitalismo con el mal. Menos racional era —cierto es— que, para preservar su creencia, aquellos comunistas y el inmenso rebaño de los compañeros de viaje se tragarán las mentiras más flagrantes y más estúpidas sobre la sociedad o la diplomacia americanas y rehuyeran cuidadosamente toda información exacta sobre la realidad de los sistemas comunistas. A decir verdad, el antiamericanismo irracional y el rechazo de la información verdadera y verificable sobre los Estados Unidos y sobre los enemigos de la democracia eran aún más paradójicos en los sectores de la opinión occidental, en verdad mayoritarios, que temían y rechazaban el comunismo, y, sin embargo, triunfaban en ellos y siguen haciéndolo a comienzos del siglo XXI. No obstante, el antiamericanismo de derecha e incluso de extrema derecha, tan ciegamente pasional, aunque diferente por sus motivos del antiamericanismo de izquierda, es una característica sobre todo francesa.

El antiamericanismo de derecha en Europa se debe a que este continente perdió en el siglo XX el papel que le correspondía desde el siglo XV como principal centro de iniciativa —y conquistadel planeta, y dejó de ser el foco artístico y científico más importante y casi el amo de la organización político—estratégica y de la actividad económica del mundo. Ora uno ora otro país europeo era el que encabezaba esa mundialización antes de tiempo, pero todos participaron en ella poco o mucho, simultánea o sucesivamente. Ahora bien, hoy no sólo ha perdido Europa esa capacidad para actuar sola a escala mundial, sino que está, a su vez —en grados diversos, según los problemas, pero siempre en cierto grado— situada en la estela de la capacidad de acción de los Estados Unidos y obligada a recurrir a su ayuda. En Francia es donde la pérdida de la condición —real o imaginaria— de gran potencia causa la amargura más intensa. En cuanto al antiamericanismo de extrema derecha, su motor, como el de extrema izquierda, es simplemente el odio a la democracia y a la economía liberal, que es su condición.¹

A lo largo del decenio de 1960, yo había empezado a abrigar dudas sobre el fundamento de aquel antiamericanismo mecánico, que infamaba confusamente y en su totalidad a la vez la política exterior americana, el «imperialismo» —el de los soviéticos era simple filantropía— y la sociedad americana en su funcionamiento interno. Pero, durante la gira de varias semanas que hice por América al comienzo del invierno de 1969 y que me llevó de la costa oriental a la occidental, con una estancia en Chicago entremedio, me sentí fulminado por la evidencia de la falsedad de todo lo que se contaba sobre ese país en Europa. Mientras que me describían una sociedad conformista, me encontré con una sociedad agitada por la efervescencia de la «impugnación» y la puesta en entredicho de todos sus hábitos sociales y de las bases de su cultura. Los franceses se imaginaban y siguen imaginándose que fueron los inventores, en mayo de 1968, de esa impugnación que inflamaba las universidades y a las minorías americanas desde hacia ya varios años. No sólo los impugnadores americanos habían tomado impulso mucho antes que los nuestros, sino que, además, los impugnados, es decir, los dirigentes y los representantes elegidos democráticamente, se comportaban de forma mucho más democrática que los nuestros. Además, la impugnación americana, aunque no exenta de tonterías, no dejó de conservar su originalidad, sin esforzarse por copiar precedentes antiguos, mientras que la europea perdió en seguida su frescor para fundirse en el tedio de los antiguos moldes ideológicos, en particular el maoísmo, antes de caer en un

¹ Se puede ver una muestra, entre otras publicaciones del mismo origen, en el número 23 (julio, agosto, septiembre de 1996) de la «Revue d'Études Nationales» [Revista de Estudios Nacionales] *Identité*. El título de su portada es: «América, adversaria de los pueblos». En un artículo se nos dice que ese país está «avasallando el mundo mediante, entre otras cosas, la OTAN y la Organización Mundial del Comercio (OMC). También en este caso la similitud con los temas izquierdistas de los antimundialistas de Seattle o de Génova resulta pasmosa. También para el Frente Nacional, el supuesto Estado de derecho americano es, en realidad, un totalitarismo (pág. 22). Como se ve, el lepenismo y el izquierdismo o maoísmo recalentados comulgan en el antiamericanismo.

terrorismo sanguinario y limitado, sobre todo en Alemania e Italia. En 1969 también me llamó la atención en los Estados Unidos la amplitud del abismo que separaba nuestras informaciones televisadas, controladas por el Estado, afectadas, charlatanas y monótonas, entregadas a la versión oficial de la actualidad, y las chispeantes, agresivas, *Evening news* de NBC o CBS, cuya vivacidad desbordaba de informaciones e imágenes inesperadas, sin miramientos para con las taras sociales o políticas de América ni para con su acción en el exterior. La guerra de Vietnam constituía, naturalmente, su blanco principal. Entonces luchaban cada vez más contra ella sectores cada vez mayores de la opinión pública y los medios de comunicación tenían mucho que ver con ello. ¡Y aquella era la sociedad que los europeos, desde lo alto de su ignara altivez, describían como una sociedad sometida a censura! Otra experiencia que me asombró —siento la tentación de decir que me sosegó— fue la de las conversaciones que mantuve con toda una serie muy diversa de americanos, personalidades políticas, periodistas, hombres de negocios, profesores universitarios, republicanos, demócratas, liberales o radicales, simples transeúntes o vecinos de asiento en avión, numerosos estudiantes, pintores, cantantes, actores, funcionarios y obreros (*blue collars*) Mientras que en Francia conocía de antemano más o menos las afirmaciones que cada cual iba a hacer en función de su categoría o familia socio-político-intelectual, lo que oía en América me resultaba mucho más variado y, la mayoría de las veces, imprevisto. Dicho claramente, significaba que muchos más americanos que europeos tenían lo que se llama trivialmente una opinión personal —inteligente o idiota, eso es otra cuestión—, en lugar de limitarse a repetir la opinión prevaleciente en el círculo en el que se movían. En una palabra, la América que yo descubría contrastaba totalmente con la representación habitual que de ella se proponía y se aceptaba en Europa. De ese choque entre la impresión que yo llevaba conmigo desde Francia y la realidad que se desplegaba ante mis ojos brotó *Ni Marx ni Jesús*.

Aun sin salir de Francia, no hacía falta, por lo demás, entregarse a un trabajo sobrehumano de investigación para demostrar la falsedad de ciertos argumentos particularmente groseros de la vulgata antiamericana. Así, por odiosos que fueran el maccarthysmo y McCarthy, ¿por qué no hacer constar que los propios americanos, encabezados por los republicanos, habían desmontado en cuatro años a aquel molesto senador? Además, está demostrado que el espionaje soviético permitió a Moscú ganar varios años en la construcción de su bomba atómica.¹ En la actualidad ha quedado más que de sobra confirmado, y ya se había demostrado en 1970, que el matrimonio Rosenberg era efectivamente espía del Komintern y que su papel fue de lo más nefasto o que Alger Hiss, uno de los colaboradores más próximos del Presidente Franklin Roosevelt, en particular en la conferencia de Yalta, trabajaba también para los servicios del Este e informaba a Stalin. Aquellos agentes y muchos otros durante mucho tiempo disfrazados de mártires de la histeria anticomunista ya han encontrado el lugar que les corresponde en la Historia, al menos para quienes respetan la verdad histórica.^{1bis}

O incluso, por asombrosa que pueda parecer esa barbaridad medio siglo después, la propaganda soviética, gracias a sus numerosos repetidores en el mundo «libre» (pero ingenuo), había logrado durante años hacer creer a millones de personas, no todas ellas de mala fe, que había sido Corea del Sur la que había atacado a Corea del Norte en 1950 y no al revés. El propio Picasso se había alistado en aquella cohorte de fraudes ideológicos al pintar sus *Matanzas en Corea*, en las que se ve una escuadra de soldados americanos abriendo fuego sobre un grupo de mujeres y niños desnudos. Con ello mostraba que se puede ser pictóricamente genial y moralmente servil. Naturalmente, dichas matanzas sólo podían haber sido perpetradas por los americanos, ya que a José Stalin y Kim Il-Sung les repugnaba desde siempre —resultaba notorio— cualquier acto que pudiera atentarse contra la vida humana. Mencionaré sólo a título informativo la inmensa broma de la «guerra bacteriológica» americana en Corea, inventada *in situ* por un agente soviético, el periodista australiano Wilfred Buchett.² Pierre Daix, entonces redactor jefe del periódico comunista *Ce soir*, contó más adelante, en 1976, en *J'ai cru au matin*, cómo se montó

¹ Entre las numerosas obras que han aclarado ese asunto, me limitaré a citar una de las más recientes, basada en la exploración de los archivos soviéticos que se pudieron consultar a partir de 1991: Vladimir Chicov y Gary Kern, *Comment Staline a volé la bombe atomique aux Américains* [Cómo robó Stalin la bomba atómica a los americanos], trad. fr. Robert Laffont, 1996.

^{1bis} Además de Alger Hiss, otro agente soviético, Joseph Lash, fue amante de la esposa del Presidente, Eleanor Roosevelt.

² Véase su biografía en mi libro *La Nouvelle Censure* [La nueva censura], Robert Laffont, 1977.

aquel fraude periodístico. Lo asombroso no es que los comunistas lo montaran, sino que en aquella época obtuviese cierto crédito, fuera de los círculos comunistas, en países en los que la prensa era libre y las comprobaciones fáciles. El misterio del antiamericanismo no es la desinformación —la información sobre los Estados Unidos es muy fácil de conseguir—, sino la voluntad de ser desinformado.

Al desplegar ese antiamericanismo, inspirado o, mejor dicho, decuplicado en 1969 por la guerra de Vietnam, los europeos y sobre todo los franceses, de forma más notablemente injustificada, olvidaban o fingían olvidar que la guerra americana de Vietnam era el retoño directo de la expansión colonial europea en general y de la guerra francesa de Indochina en particular. Precisamente porque la Francia ciega había rechazado cualquier descolonización después de 1945, porque se había extraviado inconsideradamente en una guerra lejana e interminable durante la cual había implorado, por lo demás, en numerosas ocasiones y a veces había obtenido la ayuda americana, porque la Francia derrotada en Dien Bien Fu había tenido que firmar en 1954 los desastrosos acuerdos de Ginebra, que la obligaron a entregar la mitad septentrional de Vietnam a un régimen comunista, que al instante se apresuró a violarlos, y, por tanto y sin lugar a dudas, a consecuencia de una larga serie de errores políticos y de fracasos militares *de Francia* fue por lo que los Estados Unidos se vieron obligados a intervenir más adelante.

Así se desarrollaba un guión que vemos con frecuencia en la base de las relaciones geoestratégicas y psicológicas entre Europa y América. En un primer momento, los europeos o determinado país europeo suplican a una América reticente que vuele en su ayuda, que entre en acción y, en general, pase a ser comanditaria y operadora de una intervención destinada a sacarlos de un peligro que ellos mismos han creado. En un segundo momento, se transforma a los Estados Unidos en únicos instigadores de todo el asunto. Ahora bien, si éste sale bien, como en el caso de la guerra fría, no se les demuestra agradecimiento alguno. En cambio, si sale mal, como en el caso de la guerra de Vietnam, se centra en ellos todo el oprobio.

En *Ni Marx ni Jesús*,¹ ya había tenido yo ocasión de exponer numerosas muestras del carácter intrínsecamente contradictorio del antiamericanismo pasional. Voy a tener que alargar aquí esa lista, en vista de lo poco que han cambiado las mentalidades en treinta años. Esa falta de lógica consiste en reprochar a los Estados Unidos sucesiva o simultáneamente una cosa y su contraria. Se trata de una señal que demuestra que no nos encontramos ante un análisis, sino ante una obsesión. Las muestras que he mencionado, extraídas del período del decenio de 1960, pero respecto de las cuales podemos encontrar fácilmente antepasados muy anteriores y vástagos muy posteriores, revelan un hábito profundamente anclado. No se ha modificado lo más mínimo en la actualidad, como acabo de decir, pese a las enseñanzas que se desprenden de los acontecimientos del último tercio del siglo XX y que no han quitado la razón precisamente a los Estados Unidos. Antes de abordarlo más por extenso, quisiera servir como aperitivo una de las manifestaciones más flagrantes, porque ha sobrevenido en el momento en que escribo estas líneas (comienzos de septiembre de 2001). Hasta mayo de 2001, aproximadamente, y desde hacía varios años, la queja principal formulada contra América era la del «unilateralismo», propio de una «hiperpotencia» que se entrometía en todo y se consideraba el «gendarme del mundo». Después, durante 2001, resultó que el Gobierno de George W. Bush era menos propenso que los anteriores a imponerse como socorrista universal en las crisis del planeta, en particular en la crisis palestino—israelí en vías de alarmante agravación. Conque el reproche contra los Estados Unidos se convirtió de repente en el de «aislacionismo» de un gran país que no cumple con todos sus deberes y sólo se ocupa, a costa de un monstruoso egocentrismo, de sus intereses nacionales exclusivamente... Con una falta de lógica admirable, la misma rabia inspiraba la primera y la segunda requisitoria, aunque fueran espectacularmente antitéticas. Esa falta de lógica me recordó la de un razonamiento del general De Gaulle, quien, para explicar en 1966 la retirada de Francia del mando integrado de la OTAN, arguyó que en dos ocasiones, en 1914 y en 1940, cuando Francia se encontraba desamparada, los Estados Unidos habían tardado varios años en acudir en su ayuda. Ahora bien, ¿acaso no servía precisamente, por su concepción misma, la Organización del Tratado del Atlántico Norte para desencadenar, en función de las experiencias pasadas, automática e inmediatamente la intervención militar americana (y la de los demás signatarios) en caso de agresión contra uno de los Estados miembros? La pasión puede cegar a un gran hombre hasta

¹ Véase el capítulo «El antiamericanismo y la revolución americana».

el punto de hacerlo proferir barbaridades. Así, Alain Peyrefitte consigna en *C'était de Gaulle*.¹ estas palabras del general: «En 1944, a los americanos les importaba tan poco liberar a Francia como a los rusos liberar a Polonia». Cuando sabemos la forma como trataron los rusos a Polonia, primero durante la última fase de las operaciones de la segunda guerra mundial (retrasando el avance del Ejército Rojo para dejar a los alemanes el tiempo de hacer una carnicería con los habitantes de Varsovia) y después, cuando convirtieron el país en su satélite, el lector no puede por menos de sentirse estupefacto ante la audacia de semejante paralelismo, establecido por semejante inteligencia o pese a ella.

Pero un tercio de siglo después, hemos visto cosas peores. Después de la destrucción terrorista de la parte baja de Manhattan, en Nueva York, y de una parte del Pentágono, en Washington, el martes 11 de septiembre de 2001, pocos fueron los franceses que se negaron a participar en los tres minutos de silencio observados en todo el país como homenaje a la memoria de los millares de muertos. Entre los recalcitrantes figuraron los delegados y los militantes de la CGT, en la fiesta de *L'Humanité*, que se celebró durante el fin de semana de los días 15 y 16 de septiembre. Después, durante el fin de semana siguiente, les tocó el turno a los adeptos del Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen, en la fiesta tradicional de los de Azul-Blanco-Rojo. ¡Era la primera vez que la CGT desobedecía de forma tan pública al Partido Comunista! Así, pues, volvíamos a ver juntos bajo el estandarte del antiamericanismo, en el mismo bando, fueran cuales fuesen sus cantinelas ideológicas propias e incluso cuando eran en apariencia antagonistas, a todos los xenófobos, a todos los partidarios de los regímenes regresivos y represivos, sin olvidar a los antimundialistas y a nuestros seudoverdes.

En la esfera del antiamericanismo, el grado máximo de degradación intelectual —ni siquiera menciono la ignominia moral, que produce hastío, hablo sólo de la incoherencia de las ideas— se alcanzó en septiembre de 2001, después de los atentados contra las ciudades de Nueva York y Washington. Pasado el instante de la primera emoción y de las condolencias, en muchos puramente formalistas, se empezó a representar aquellos actos terroristas como una réplica al mal que, al parecer, causaban los Estados Unidos al mundo. Esa reacción fue, en primer lugar, la de los países musulmanes, pero también de dirigentes y periodistas de ciertos países del África subsahariana, todos los cuales no son de mayoría musulmana. Se trataba de la evasiva habitual de sociedades en quiebra crónica, que han fracasado completamente en su evolución hacia la democracia y el crecimiento y que, en lugar de buscar la causa de su fracaso en su propia incompetencia y su propia corrupción, acostumbran a imputarlo a Occidente de forma general y a los Estados Unidos en particular. Pero, aparte de esos casos clásicos de ceguera voluntaria aplicada a uno mismo, también en la prensa europea, sobre todo en la francesa, naturalmente, entre los intelectuales y algunos políticos, no sólo de izquierda, sino también de derecha afloró al cabo de unos días la teoría de la culpabilidad americana.

¿Acaso no había que preguntarse por las causas profundas, las «raíces», del mal que había movido a los terroristas a llevar a cabo su acción destructiva? ¿Acaso no tenían los Estados Unidos una parte de responsabilidad en su propia desgracia? ¿Acaso no había que tener en cuenta los sufrimientos de los países pobres y el contraste de su miseria con la opulencia americana?

Esa argumentación no fue formulada únicamente en los países cuya población, exaltada por la *yihad*, aclamó, ya en los primeros días, la catástrofe de Nueva York, a su juicio castigo bien merecido. Se abrió paso también en las democracias europeas, donde, muy pronto, se dio a entender aquí y allá que el deber de llorar a los muertos no debía ocultar el derecho a analizar los motivos.

En este caso reconocemos el rudimentario razonamiento marxista, repetido por los adversarios de la mundialización, según el cual los ricos se vuelven cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres y la riqueza de unos es la causa de la pobreza de los otros. Marx creyó poder predecir que en los países industrializados que estudiaba el capital se concentraría entre las manos de un grupo cada vez más limitado de propietarios cada vez más opulentos que afrontarían a hordas cada vez más numerosas de proletarios cada vez más miserables.

Ante la prueba de la Historia, esa teoría ha resultado tan falsa respecto de las relaciones entre las clases sociales dentro de la sociedades desarrolladas como de las relaciones entre las sociedades desarrolladas y las llamadas en vías de desarrollo. Pero la falsedad nunca ha impedido prosperar a una opinión, cuando va apoyada por la ideología y protegida por la ignorancia. El error, cuando satisface una

¹ Tomo II, De Fallois—Fayard éditions, 1997.

necesidad, rehúye los hechos.

Rápidamente se dio un paso suplementario hacia esa degradación intelectual que he señalado, cuando empezaron a cundir las declaraciones que instaban a los Estados Unidos a no desencadenar una guerra cuyas consecuencias sufriría todo el planeta. Así, pues, unos fanáticos suicidas, adoctrinados, entrenados y financiados por una potente y rica organización terrorista multinacional, asesinaban al menos a tres mal personas en un cuarto de hora en América, ¡y esa misma América resultaba ser la agresora! ¿Por qué? Porque se proponía defenderse y erradicar el terrorismo. Aquellos inconscientes, obnubilados por su odio y repantigados en su falta de lógica, olvidaban, además, que, al hacerlo, los Estados Unidos obraban no sólo en pro de su interés, sano también del nuestro, de nosotros, los europeos, y de muchos otros países amenazados o ya subvertidos y arruinados por el terror.

Así, pues, ahora como antes y antes como en el pasado, un libro sobre los Estados Unidos está condenado, en cierto modo, a ser un libro dedicado a la desinformación sobre los Estados Unidos, tarea temible e interminable, san cesar y en vano reanudada, ya que esa desinformación no es consecuencia de errores, siempre posibles, perdonables y rectificables, sano de una necesidad psicológica profunda de los desinformadores y de quienes los creen. El mecanismo de la «mentara desconcertante»¹ que afecta a América y del rechazo de todo lo que podría disiparlo recuerda a la mentara simétrica y generalizada que actuaba desde 1917 en sentido anverso, no en detrimento, sano a favor, de los países comunistas. También en aquel caso había como un espantamoscas mental que apartaba toda información exacta, al menos en aquellos, muy numerosos, que se alimentaban políticamente de la imagen falsificada e idealizada del «socialismo real».

Además de la colisión entre la rutinaria representación de los Estados Unidos en Europa y lo que era efectivamente el país que yo volvía a descubrir en 1969 —tanto más pasmosa cuanto que ese país estaba sacudido por una metamorfosis acelerada—, descubrí algo que se podía, a mi juicio, calificar de revolución.

Esta palabra puede prestarse a discusión. La mayoría de las veces se entiende por revolución, en sentido estricto y técnico, la substitución de un régimen político por otro, generalmente mediante un golpe de Estado violento secundado por insurrecciones y seguido de proscripciones, depuraciones, detenciones y, en su caso, ejecuciones. Pero eso es confundir el fondo con el guión. Muchas «revoluciones» acordes con ese esquema escolar han acabado, de hecho, en regresiones y dictaduras. En *Ni Marx ni Jesús* precisé en varias ocasiones que entendía por revolución americana menos un epifenómeno político sobre las camas visibles del poder que una serie de transformaciones habidas espontáneamente en las profundidades de la sociedad. Aquellas transformaciones radicales habían nacido, habían crecido, proseguían y proseguirían independientemente de las alternancias de mayoría que había habido o habría en el nivel federal. Se puede cambiar de régimen san cambiar de sociedad y se puede cambiar de sociedad san cambiar de régimen. El *Free Movement* americano brotó y perseveró con presidencias tanto demócratas como republicanas. Es que nunca o muy raras veces cayó, como sus réplicas europeas, en las ideologías atrasadas del siglo XIX y los yugos teóricos de las seudorrevoluciones marxistas del XX. Quien dice revolución, sostenía yo, dice, por definición, acontecimiento hasta entonces inusitado y que sobreviene por vías diferentes de los cauces históricos conocidos. Quien dice revolución habla de lo que no se puede pensar ni concebir siquiera mediante conceptos antiguos. Resultaba una evidencia para mí: la verdadera revolución no estaba en Cuba, sino en California. Dicha evidencia impresionó igualmente a Edgar Morin, en el mismo momento que a mí, y la narró en su *Diario de California* (1970), sin que nos hubiéramos puesto de acuerdo lo más mínimo. No intercambiamos algunas ideas al respecto hasta después de la publicación de nuestras obras respectivas, tras haber comprobado la convergencia de nuestras impresiones.

Así, pues, la prueba en sentido contrario que había hecho yo, aquella brutal confrontación entre lo que se repetía por doquier sobre los Estados Unidos y lo que se veía en ese país cuando se accedía a contemplarlo *in situ*, en su vida real, me inspiró una requisitoria que, al parecer, tocó una cuerda sensible en numerosas personas de todo el mundo. *Ni Marx ni Jesús* fue un éxito de librería en Francia y, en su versión inglesa, en los Estados Unidos. Un éxito que despegó por sí solo de forma prodigiosa antes de que se publicara crítica alguna y después prosiguió, pese a las críticas, con frecuencia reservadas o

¹ Esta fórmula procede del título de un conocido libro de Anton Cilaga sobre la Unión Soviética de 1949.

incluso hostiles. Se tradujo a unos veinte idiomas. Aquella conmoción evidenciaba el divorcio entre el deseo de saber de las «mayorías silenciosas» y la voluntad de ignorar de las potencias intelectuales, de los amos de la información, no sólo en los países bajo influencia comunista declarada, como Francia, Italia o Grecia, sino también en países socialdemócratas incluso, opuestos en principio al totalitarismo y dispuestos a aceptar la verdad: por ejemplo, Suecia. Mi editor sueco, un sibarita gran aficionado a los cangrejos, me invitó para el lanzamiento del libro a Estocolmo. Pero no consiguió ni una sola aparición mía en televisión, cosa que, por lo demás, no perjudicó lo más mínimo a las ventas. En Finlandia, tuve que afrontar a dos delegaciones de *apparatchiks* intelectuales comunistas psicorregidos, una procedente de Rumania y la otra de Polonia. El escritor alemán Hans-Magnus Enzensberger fue quien me prestó una voz compasiva para intentar mantener el debate en un nivel decente, aunque sus propios ensayos fueran críticas violentas del «imperialismo» americano. Mi editor griego llevó el masoquismo hasta el extremo de escribir él mismo (sin consultarme ni avisarme, por lo demás) un prefacio en el que pedía perdón a sus compatriotas por haber encargado la traducción y la publicación en su lengua de semejante sarta de errores e imbecilidades. Me calificó de sectario, cuando emití una tímida protesta contra esa clase de procedimiento. El *Corriere della Sera*, al tiempo que me honraba con una aprobación moderada, se refirió al escándalo indignado (*scalpore*) provocado en Francia y en Italia por mi tesis, tan ultrajantemente a contracorriente. Mi traductor italiano sembró su versión de notas en las que reprobaba mis ideas. Me divertí felicitándolo en un artículo titulado «II traduttore bollente». A juzgar por el éxito internacional de mi libro, es como para creer que a veces ciertos ataques están redactados de tal manera; que, lejos de ahuyentar al lector, tienen, al contrario, la virtud de picar su curiosidad. Se dice que, si el autor no hubiera acertado en el blanco al menos en algunos aspectos, no se habrían producido semejantes convulsiones y que el crítico se deja llevar más por el desvarío que por el razonamiento.

La izquierda lo veía perfectamente: en aquel libro se trataba menos de América y del americanismo que de la lucha del siglo entre socialismo y liberalismo. Temía que la victoria empezara a inclinarse a favor de este último. La función principal del antiamericanismo era —y lo es aún hoy— la de difamar al liberalismo en su encarnación suprema. Disfrazar a los Estados Unidos de sociedad represiva, injusta, racista, casi fascista, era una forma de clamar: ¡ya veis cuál es el resultado de la aplicación del liberalismo! Cuando precisamente yo describía en los Estados Unidos no sólo un sistema democrático clásico que funcionaba bastante mejor que en otros países, sino también una sociedad en plena mutación revolucionaria, que trastornaba sus valores tradicionales, perturbaba con brutalidad el sueño dogmático y la comodidad ideológica de la mayoría de las minorías selectas de todo el mundo, incluidos los propios Estados Unidos, pues el antiamericanismo era —y sigue siéndolo— fuerte, próspero entre sus minorías selectas universitarias, periodísticas y literarias. La consigna *Blame America First* («Lo primero culpar a América») a propósito de cualquier problema fue durante mucho tiempo y sigue siendo en gran medida la máxima de los amos de la cultura de ese país.

Cuando Richard Nixon fue reelegido Presidente, el 7 de noviembre de 1972, tras aplastar a George McGovern, su adversario demócrata «liberal» (la izquierda del Partido Demócrata, en el léxico de allende el Atlántico), fui blanco en Francia de diversas pullas. ¿Acaso no ridiculizaba mi tesis aquel triunfo de un republicano considerado de derecha? ¡Ah, bonita estaba mi revolución americana! Objetarme aquella lección era no comprender nada de lo que yo había entendido por revolución, en el caso de los Estados Unidos de aquel período. En el núcleo de la realidad social y cultural, *el Movement* nunca cesó de avanzar hasta el final del siglo y más allá de él. Gertrude Himmelfarb, en su libro de 1999, *One Nation, Two Cultures* [Una nación, dos culturas], muestra perfectamente que la sociedad americana contemporánea constituye «una sola nación», pero «está compuesta de dos culturas». Según la autora, la contracultura revolucionaria de los decenios de 1960 y 1970 (en la que no ve sólo cualidades, como tampoco yo, y volveré a abordar ese asunto) ha llegado a ser actualmente la cultura dominante. Quienes profesan los valores morales tradicionales son los que representan, a su vez y a la inversa, la cultura minoritaria y disidente, que no ha cesado de hundirse en esa condición minoritaria, incluso durante la «revolución conservadora»¹ de Ronald Reagan, por la sencilla razón de que la revolución reaganiana no fue una revolución de las costumbres, sino una revolución de la economía, una revolución liberal, en el sentido europeo de ese adjetivo.

¹ Título del libro de Guy Sorman, *La revolución conservadora americana*, Folio, Barcelona, 1985.

Pero, al desreglamentar la economía, al substraerla lo más posible a la férula del Estado, al abrirla también más a todo el mundo, Reagan no contrarrestaba —y créase que no se trata de una paradoja— la contracultura de los decenios de 1960 y 1970: al contrario, la realizaba. En efecto, la tesis central de *Ni Marx ni Jesús* es la siguiente: la gran revolución del siglo XXI no habrá sido, a fin de cuentas, la socialista, cuyo fracaso por doquier resultaba ya patente en 1970, sino la liberal. Una serie de capítulos del libro levanta acta de ese fracaso del socialismo, tanto en los países del «socialismo real» (¡demasiado real, por desgracia!) como en aquellos países del Tercer Mundo (¡demasiado numerosos, por desgracia!) que habían creído encontrar en recetas dirigistas y socialistas la clave del desarrollo, y, por último, su fracaso en las democracias industriales, en las que la estatalización de la economía no iba a cesar de retroceder, bajo la presión de las realidades, hasta el final del siglo.

Aquella revolución liberal americana estaba volviéndose, además, el centro motor y propagador de lo que más adelante se llamaría mundialización (en francés, pues en la mayoría de las demás lenguas el término generalmente empleado para designar ese fenómeno es el de «globalización», menos exacto a mi juicio). En efecto, me permito recordar que el subtítulo de *Ni Marx ni Jesús* es: «De la segunda revolución americana a la segunda revolución mundial». Esa mundialización liberal, que triunfaría de forma clamorosa a partir de 1990, después de la desintegración de los comunismos, es lo que Francis Fukuyama denominaría, en el momento de aquel hundimiento, «el fin de la Historia», expresión que quienes se la reprochaban no habían entendido bien, pues mucha gente considera, por desgracia, que ha leído un libro cuando ha leído su título. Fukuyama no quiere decir que la Historia se haya detenido, cosa absurda, sino que la experiencia ha refutado la concepción hegeliana y marxista de la Historia, imaginada como un proceso dialéctico que debe necesariamente acabar en un modelo final hacia el cual tendía supuestamente la Humanidad, sin saberlo e independientemente de su acción, desde el origen de los tiempos.

Así, pues, *Ni Marx ni Jesús* yo era tanto un libro sobre los Estados Unidos como tales cuanto sobre América como *laboratorio de la mundialización liberal*. En efecto, en todas las épocas, al menos en todas las épocas de progreso, existe lo que podemos llamar una sociedad—laboratorio, en la que se inventan y prueban soluciones de civilización —no necesariamente buenas todas, pero que prevalecen irresistiblemente— que posteriormente otras naciones transpondrán de grado o por fuerza en sus ámbitos. Atenas, Roma, la Italia del Renacimiento, Inglaterra y Francia en el siglo XVIII fueron sucesivamente una de esas sociedades—laboratorio, no por obra de determinado «proceso», sino por la acción de los hombres. En el siglo XX, le tocó el turno a los Estados Unidos de llegar a serlo. Así, pues, no carece de motivo, aun cuando sea a costa de una manifiesta exageración, que, para miles de millones de seres humanos, al comienzo del siglo XXI, mundialización liberal sea sinónimo de americanización. Ésa es la evolución cuyo despegue intenté describir en *Ni Marx ni Jesús*. ¿En qué medida debemos atribuirle exclusivamente a América y a su «hiperpotencia»? ¿Han asumido los Estados Unidos voluntaria o involuntariamente esa función de laboratorio? ¿Se debe a su «imperialismo», a su «unilateralismo», o al vigor de su capacidad de innovación? ¿No es el modelo americano criatura al menos tanto como creador de una necesidad mundial? A esa pregunta es a la que intento responder en el presente libro.

2

Sobre algunas contradicciones del antiamericanismo

Es una paradoja: desde el fin de la guerra fría los Estados Unidos son más detestados y desaprobados, a veces incluso por sus propios aliados, que durante ella por los partidarios declarados o no del comunismo. Observemos la diligencia y la constancia con que las autoridades democráticas o religiosas se han puesto de parte de Fidel Castro, por la única razón de que es objeto del embargo americano, por lo demás falazmente bautizado «bloqueo» para las necesidades de la causa. Ahora bien, Cuba no ha cesado de comerciar con el mundo entero, salvo con los Estados Unidos, y el bajo nivel de vida de los cubanos se debe ante todo al régimen socialista. Durante el invierno 1997-1998, el anuncio por Bill Clinton de una posible intervención militar en Iraq para obligar a Sadam Husein a respetar sus compromisos de 1991 hizo aumentar también varios grados en Europa el sentimiento hostil para con los Estados Unidos. Sólo el Gobierno británico se puso de su parte.

Sin embargo, el problema estaba claro. Desde hacía varios años, Sadam se negaba a destruir sus depósitos de armas de destrucción en gran escala e impedía a los inspectores de las Naciones Unidas controlarlas, con lo que violaba una de las principales condiciones por él aceptadas con ocasión de la paz consecutiva a su derrota de 1991. En vista de cómo las gasta ese personaje, no se podía negar la amenaza para la seguridad internacional que representaba la acumulación en sus manos de armas químicas y biológicas. Pero el principal escándalo que a una gran parte de la opinión internacional le parecía oportuno denunciar era, una vez más, el embargo infligido a Iraq. Como si el verdadero culpable de las privaciones sufridas por el pueblo iraquí no fuera el propio Sadam, que había arruinado a su país al lanzarse a una guerra contra Irán en 1981 y después contra Kuwait en 1990 y, por último, al oponerse a las resoluciones de las Naciones Unidas sobre su armamento. Por lo demás, Sadam vendía al extranjero mucho más petróleo de lo que su contingente «petróleo por alimentos» le autorizaba, pero no utilizaba el dinero para alimentar a su pueblo. Prefería comprar armas. Ahora bien, el apoyo dado —por odio a los Estados Unidos— a un dictador sanguinario procedía tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda (Frente Nacional y Partido Comunista en Francia) o de los socialistas de izquierda (el semanario *The New Statesman* en Gran Bretaña o Jean-Pierre Chevènement, entonces ministro del Interior, en Francia) y de Rusia como de una parte de la Unión Europea. Así, pues, se trata de un común denominador antiamericano pasional más que de un razonamiento estratégico compartido.

Muchos países, entre ellos Francia, no negaban la amenaza representada por el armamento iraquí, pero declaraban preferir la «solución diplomática» a la intervención militar. Ahora bien, hacía siete años que Sadam Husein, que había puesto numerosas veces en la calle a los representantes de las Naciones Unidas, rechazaba la solución diplomática. En cuanto a Rusia, clamó que el uso de la fuerza contra Sadam pondría en peligro sus propios «intereses vitales». No se veía en qué. La verdad es que Rusia no perdía oportunidad de manifestar su rencor por haber dejado de ser la segunda superpotencia mundial, cosa que era o creía ser en la época de la Unión Soviética. Pero la Unión Soviética murió de sus propios vicios, cuyas consecuencias sigue soportando Rusia.

En el pasado ha habido imperios y potencias de escala internacional, antes de los Estados Unidos de este final del siglo XX. Pero nunca había habido ninguno que alcanzara una preponderancia planetaria. Eso es lo que subraya Zbigniew Brzezinski, antiguo consejero de Seguridad del Presidente Jimmy Carter, en su libro *El gran tablero mundial*.¹ Para merecer el título de superpotencia mundial, un país debe ocupar el primer rango en cuatro esferas: económica, tecnológica, militar y cultural. Los Estados Unidos son actualmente el único país —y el primero en la Historia— que cumple esas cuatro condiciones a la vez a escala planetaria y ya no sólo continental. En economía, desde la recuperación de 1983 hasta el comienzo de la recesión en 2001, destaca, al aunar crecimiento, pleno empleo, equilibrio

¹ *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós, Barcelona, 1998.

presupuestario (por primera vez desde hace treinta años) y ausencia de inflación. En tecnología, en particular desde el desarrollo fulgurante que imprimió a los instrumentos de comunicación de vanguardia, goza casi de un monopolio. Desde el punto de vista militar, es la única potencia capaz de intervenir en todo momento en cualquier punto del globo.

En cuanto a la superioridad cultural, es más discutible. Se trata de saber si entendemos «cultura» en sentido estricto o amplio. En el primer sentido, es decir, el de las altas manifestaciones creadoras, en las esferas de la literatura, la pintura, la música o la arquitectura la civilización americana es brillante, desde luego, pero no es la única ni siempre la mejor. En ese nivel prestigioso, no se puede comparar su irradiación con lo que fueron las de la Grecia antigua, Roma o China. Se podría decir incluso que la cultura artística y literaria americana tiene tendencia a provincializarse, en la medida en que, dado el predominio del inglés, cada vez menos americanos, incluso cultos, leen las lenguas extranjeras. Cuando los universitarios o los críticos americanos se abren a una escuela de pensamiento extranjera, a veces es más por un conformismo de moda que por un juicio original.

En cambio, Brzezinski tiene razón en lo relativo a la cultura en sentido amplio, la cultura de masas. La prensa y los medios de comunicación americanos llegan al mundo entero. Las formas de vida americanas —vestimenta, música popular, alimentación, distracciones— seducen en todas partes a la juventud. El cine y los seriales americanos de televisión atraen en todos los continentes a millones de espectadores, hasta el punto de que algunos países, entre ellos Francia, intentan establecer un proteccionismo en nombre de la «excepción cultural». El inglés se impone *de facto* como la lengua de Internet y resulta ser, desde hace mucho, la principal lengua de comunicación científica. Buena parte de las minorías políticas, tecnológicas y científicas de las naciones más diversas son diplomadas de las universidades americanas.

Más decisiva aún ha sido seguramente, mal que pese a los socialistas pasados y presentes, la victoria mundial del modelo liberal, a consecuencia del hundimiento del comunismo. Asimismo, la democracia federalista a la americana suele ser imitada en otros países, empezando por la Unión Europea. Sirve de principio organizador de muchos sistemas de alianzas, entre ellos la OTAN, así como las Naciones Unidas. No se trata de negar aquí los defectos del sistema americano, sus hipocresías y sus desviaciones, pero el caso es que ni Asia ni África ni América Latina tienen muchas lecciones de democracia que darle. En cuanto a Europa, ella fue la que inventó las ideologías criminales del siglo. Ésa es la razón precisamente por la que los Estados Unidos tuvieron que intervenir en dos ocasiones en nuestro continente, con ocasión de las dos guerras mundiales. Y ese fracaso europeo es la causa de su situación actual de única superpotencia.

Pues la preponderancia de América se ha debido seguramente a sus cualidades propias, pero también a faltas cometidas por los demás, en particular por Europa. Aún recientemente, Francia reprochó a los Estados Unidos querer arrebatarle su influencia en África. Ahora bien, Francia tiene una enorme responsabilidad en la génesis del genocidio ruandés de 1994 y en la posterior descomposición del Zaire. Así, pues, se desacreditó sola y ese descrédito fue el que excavó el vacío que después colmó una presencia en aumento de los Estados Unidos. La propia Unión Europea apenas avanza hacia la consecución de un centro único de decisión diplomática y militar. Es un coro en el que cada uno de sus miembros se considera solista. ¿Cómo va a poder, sin unidad, hacer contrapeso a la eficacia de la política exterior americana, cuando resulta que, para esbozar la menor acción, debe lograr antes la unanimidad de sus quince miembros? ¿Y qué ocurrirá cuando sean veintisiete y más heterogéneos aún que ahora?

Por una parte, la superpotencia americana es resultado exclusivo de la voluntad y la creatividad de los americanos y, por otra, se debe a los fallos acumulados por el resto del mundo: el fracaso del comunismo, el naufragio de África, las divisiones europeas, los retrasos democráticos de América Latina y de Asia.

Como la palabra superpotencia le parecía demasiado débil y trivial, Hubert Védrine, ministro de Asuntos Exteriores francés en el gobierno de la «izquierda plural», la substituyó en 1998 por el neologismo «hiperpotencia», más fuerte y adecuado, según él, para la hegemonía actual de los Estados Unidos en el mundo. No se ve demasiado bien en qué sentido, puesto que el prefijo griego «hiper» tiene el mismo sentido exactamente que el prefijo latino «super». Según el señor Védrine, define la posición

dominante o predominante de un país en todas las categorías, incluidas «las actitudes, los conceptos, la lengua, las formas de vida». El prefijo «hiper», comentó el ministro, está considerado agresivo por los medios de comunicación americanos, pero, aun así, carece del menor carácter peyorativo. Simplemente, «no podemos aceptar un mundo políticamente unipolar y culturalmente uniforme, como tampoco el unilateralismo de una sola hiperpotencia». Argumentación contradictoria, pues, si la palabra hiperpotencia no es peyorativa, ¿por qué es inaceptable la realidad que designa? Lo sea o no, resulta innegable que existe. Y lo que falta a la reflexión europea, que dista de ser la única en este caso, es preguntarse por qué razón se ha instaurado. Sólo descubriendo e interpretando correctamente esas razones tendremos la posibilidad de propiciar los medios de contrapesar la preponderancia americana.

Los europeos, muy en particular, deberían forzarse a responder sobre sus propias responsabilidades en la génesis de esa preponderancia.

Son los europeos, que yo sepa, quienes hicieron del siglo XX el más negro de la Historia... en las esferas política y moral, se entiende. Ellos fueron los que provocaron los dos cataclismos de una amplitud sin precedentes que fueron las dos guerras mundiales; ellos fueron los que inventaron y realizaron los dos regímenes más criminales jamás infligidos a la especie humana. ¡Y esas cimas del mal y la imbecilidad las alcanzamos nosotros, los europeos, en menos de treinta años! Cuando digo que no se pueden comparar esas calamidades con ninguna otra del pasado, me refiero sólo, naturalmente, a los desastres provocados por el hombre, excluidas las catástrofes naturales y las epidemias. Si a la degradación europea, engendrada por las dos guerras mundiales y los dos totalitarismos, sumamos los quebraderos de cabeza resultantes en el Tercer Mundo de las secuelas de la colonización, en Europa es donde hay que buscar una vez más a los responsables, al menos parciales, de los callejones sin salida y las convulsiones del subdesarrollo. Fue Europa, fueron Inglaterra, Bélgica, España, Francia, Holanda, más tardíamente y en menor grado Alemania e Italia, las que conquistaron o quisieron apropiarse de los demás continentes. En vano se objetará la exterminación de los indios y la esclavitud de los negros a los Estados Unidos. Pues, al fin y al cabo, ¿quiénes eran los ocupantes de los futuros Estados Unidos sino colonizadores blancos procedentes de Europa? ¿Y a quiénes compraban sus esclavos aquellos colonos europeos sino a negreros europeos?

A la situación creada por los intentos de suicidio europeos que constituyeron las dos guerras mundiales y a la propensión de los europeos a engendrar regímenes totalitarios, también intrínsecamente suicidas, se sumó, a partir de 1990, la obligación de acondicionar el campo de ruinas dejado por el comunismo después de su hundimiento. Tampoco a ese respecto tenía apenas Europa solución que proponer. Como la mayoría de sus dirigentes políticos, culturales y de los medios de comunicación nunca habían entendido el comunismo (pensemos en las alabanzas con que, incluso en la derecha, se cubrió a Mao en los peores momentos de su fanatismo destructivo), estaban mal equipados intelectualmente para comprender el fin del comunismo y actuar en consecuencia.¹ Ante ese problema suplementario e inédito, la «hiperpotencia» americana actual no es sino la consecuencia directa de la impotencia europea antigua y contemporánea. Colma un vacío debido a las insuficiencias no de nuestras fuerzas, sino de nuestro pensamiento y nuestra voluntad de acción. Pensemos en la perplejidad de un ciudadano de Montana o de Tennessee, al enterarse de la intervención americana en la antigua Yugoslavia. Puede preguntarse con toda razón qué interés tienen los Estados Unidos en meterse en el sangrante atolladero de los Balcanes, obra maestra multiseccular del innegable ingenio europeo, pero Europa, que confeccionó con sus propias manos ese caos asesino, no es capaz de poner orden en él. Para hacer cesar o disminuir las matanzas balcánicas, deben encargarse los Estados Unidos de la operación, sucesivamente en Bosnia, en Kosovo y en Macedonia. Después los europeos se lo agradecen tachándolos de imperialistas, al tiempo que tiemblan de canguelo, y calificándolos de cobardes aislacionistas desde el momento en que hablan de retirar sus tropas.

Algunas críticas infundadas revelan más las debilidades o los fantasmas de quienes las formulan que las faltas o los crímenes de aquellos a quienes las dirigen. Ciertamente es que, como todas las sociedades, incluso las democráticas, la americana tiene muchos defectos y merece numerosas críticas. Pero, para expresar otra cosa que las fobias de sus detractores, sería necesario que esas críticas estuvieran justificadas y que esos defectos fuesen los verdaderos. Ahora bien, las risas burlonas y compasivas de

¹ A este respecto remito a un libro anterior, *El renacimiento democrático*, Plaza & Janés, Barcelona, 1992.

que son objeto ritual los Estados Unidos en los medios europeos de comunicación emanan la mayoría de las veces de una falta de información tan profunda, que acaba pareciendo intencional. Por atenernos tan sólo al período de surgimiento de los Estados Unidos como única superpotencia, han aparecido decenas de libros y centenares de artículos serios sobre América, debidos a autores americanos y europeos. Contrastan con la morralla de la literatura y del periodismo puramente obsesivos. Aportan a quien quiera enterarse una información exacta, equilibrada y matizada, sobre el funcionamiento interno y externo de la sociedad americana, sobre sus éxitos y sus fracasos, sus virtudes y sus defectos, sus lucideces y sus cegueras. Como la pereza no lo explica todo, la ignorancia de esa documentación por la masa de los creadores de opinión europeos ha de ser por fuerza, la mayoría de las veces, voluntaria y sólo puede explicarse por las ideas fijas de los que se confinan en ellas. No es que no se puedan extraer de esos inventarios escrupulosos conclusiones sobre muchos aspectos muy graves. Al menos no están dictados por la incompetencia.

El rechazo intencionado de la información, que es el caso más frecuente, afecta en primer lugar a las cuestiones sociales en los Estados Unidos, la supuesta ausencia de protección y solidaridad, el famoso «umbral de pobreza» (expresión empleada a tontas y a locas por personas que no conocen, visiblemente, su sentido técnico, como si ese indicador tuviera el mismo valor cifrado en el Canadá que en Zimbabue) o la tasa de desempleo. Que éste haya caído desde 1984 por debajo del 5 por ciento, cuando el nuestro subía por las nubes del 12 por ciento, no quería decir nada bueno para América, según nuestros comentaristas, ya que los empleos en este país eran «trabajillos». ¡Ah! ¡Cómo nos ha consolado el mito de los trabajillos! Cuando se produjo la aminoración del crecimiento económico en el primer semestre de 2001, el desempleo americano aumentó de 4,4 por ciento de la población activa a... 5,5 por ciento. En seguida, el diario económico francés *La Tribune* (7 de mayo de 2001) tituló a toda página en su portada: «Toca a su fin el pleno empleo en los Estados Unidos». Ahora bien, en aquel mismo momento, el Gobierno francés se ovacionaba a sí mismo frenéticamente por haber devuelto nuestro desempleo al... 8,7 por ciento, es decir, casi el doble que el americano (sin contar las decenas de miles de desempleados efectivos a los que se mantiene en Francia fuera de las estadísticas). En septiembre de 2001, el desempleo francés había vuelto a subir ya por encima del 9 por ciento. *Le Monde* (15 de febrero de 2001) publicó un artículo titulado: «El fin del sueño económico americano». Así, un crecimiento casi ininterrumpido durante diecisiete años (1983—2000), una revolución tecnológica sin precedentes desde el siglo XIX, la creación de decenas de millones de empleos nuevos, un desempleo reducido al 4 por ciento, un aumento tan enorme como imprevisto de la población (que pasó de 248 millones a 281¹ millones entre 1990 y 2000), ¡todo eso no era sino un sueño! ¡Qué lástima que Francia no hubiera tenido ese sueño! El autor del artículo, aferrándose también —cierto es— a la cantinela de los «trabajillos», deplora que Francia se haya americanizado a veces hasta «copiar el triste ejemplo de los *working poors*», único, evidentemente, que ofrece la economía americana, de la que no parece desprenderse ninguna enseñanza. A Francia le ha ido mejor seguramente al permanecer fiel a su modelo de los *not working poors*.

Tendremos ocasión de volver a referirnos al desolador catálogo que los acusadores públicos confeccionan de la civilización americana. En este breve bosquejo me he limitado a señalar el carácter intrínsecamente contradictorio de sus diatribas, pues, a fin de cuentas, si, según el panorama que presentan, esa civilización no fuera otra cosa que un montón de calamidades económicas, políticas, sociales y culturales, ¿cómo es que el resto del mundo se inquieta hasta ese punto de su riqueza, de su primacía científica y tecnológica, de la omnipresencia de sus modelos de cultura? Esa desdichada América debería dar más piedad que envidia y suscitar menos animosidad que conmiseración. ¡Qué enigma el de ese éxito del pueblo americano, procedente enteramente de su abismal nulidad y nunca, según nosotros, de sus propios méritos!

Después de las cuestiones sociales, lo que no se entiende bien ni se quiere entender es el funcionamiento de las instituciones americanas. Voy a citar un solo ejemplo de momento: las reacciones a la vez gozosas y despreciativas que acogieron en el mundo entero, y muy en particular en Europa, la larga incertidumbre sobre los resultados de la elección presidencial americana de noviembre de 2000.

Hace muchos años, estaba yo contemplando una función cómica en el teatro de variedades El Salón

¹ Exactamente 281.421.906,

México (inmortalizado por la composición para orquesta de Aaron Copland que lleva ese título): era una discusión entre un peón (hombre del pueblo) mexicano y un turista americano. El turista elogiaba las proezas de su país con este ejemplo: «En mi país, los Estados Unidos, conocemos el nombre del nuevo presidente tres minutos después del escrutinio». A lo que el peón replicaba: «Mire, amigo, en mi país lo sabemos seis meses antes». En efecto, en aquella época, y durante mucho tiempo más, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) acaparaba en México todos los poderes y amañaba todas las elecciones. Cada presidente designaba en la práctica a su sucesor.

¡Cómo han cambiado los tiempos! En el año 2000, el candidato de un partido de la oposición mexicana conquistó por primera vez la presidencia gracias a unas elecciones limpias cuyo resultado no se conocía de antemano. Y, en cambio, en los Estados Unidos hicieron falta semanas para saber a quién correspondería. Así, pues, la democracia ha progresado indiscutiblemente en México. ¿Quiere eso decir que ha retrocedido en los Estados Unidos? Ésa es la interpretación que muchos comentaristas extranjeros creyeron poder dar de la larga incertidumbre que siguió a las elecciones del 7 de noviembre de 2000.

Ahora bien, se trata de un grosero contrasentido. Recordemos en primer lugar una verdad elemental: que un escrutinio muy igualado, que obliga incluso a volver a contar las papeletas, es más una muestra de democracia que de su contrario. En las dictaduras, aunque estén disfrazadas de presidencias, es en las que el vencedor gana por márgenes colosales. Además, el sistema de los grandes electores, que se ha considerado antidemocrático, en modo alguno lo es. Es un mecanismo para convertir el escrutinio proporcional en mayoritario, por eliminación de los pequeños candidatos, y «premia» al candidato que haya obtenido más votos, Estado por Estado.

Existen varios métodos para obligar a los electores a inclinarse por el voto útil. Francia tiene el método de las dos vueltas: sólo pueden participar en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales los dos candidatos que hayan llegado en cabeza a la primera. El método inglés de escrutinio mayoritario con una sola vuelta para las elecciones a la Cámara de los Comunes es aún más brutal cuando los postulantes a un mismo escaño son numerosos. Un candidato puede ganar el escaño con un cuarto o un tercio de los votos, siempre que llegue el primero.

En comparación, el sistema americano de los grandes electores parece notablemente más justo. En efecto, su número es proporcional a la población de cada uno de los Estados. El candidato que supera el 50 por ciento de los sufragios populares en un Estado recibe la totalidad de sus grandes electores, del mismo modo que en Francia un candidato recibe la totalidad del poder presidencial en la segunda vuelta, aun cuando el 49,9 por ciento de los electores hayan votado contra él. Nadie discute su legitimidad. Entonces, ¿por qué hablar de «elitismo» a propósito del sistema americano de los grandes electores? Éstos, según la tradición, ya que no la Constitución, tienen un mandato imperativo en 30 de los 50 Estados. En otros 19 Estados, así como en el *District of Columbia*, pueden en teoría no ratificar el escrutinio popular y elegir el candidato minoritario. Pero nunca ha ocurrido desde el comienzo del siglo XIX.

Así, pues, se puede ver la mala fe de ciertos dirigentes o intelectuales de países poco o nada democráticos, cuando tachan a los Estados Unidos de «República bananera». Esa apreciación, en boca de un Muamar el Gadafi o un Robert Mugabe, enterradores patentados de la democracia en sus países, resulta cómica. Por parte de Rusia, donde la restauración del sufragio universal fue —cierto es— alentadora, pero no estuvo exenta de algunas sombras, resulta hipócrita. ¿Y cómo no sonreír cuando leemos la afirmación del novelista Salman Rushdie de que «la India queda mejor que los Estados Unidos gracias a su sistema de elección por sufragio universal directo»? Rushdie parece ser el único que ignora que la India bate todas las marcas de fraude electoral. Fingimos no verlo, pues nos conformamos con que siga siendo, mal que bien, una democracia.

Así, pues, lo que nuestra prensa europea llamó todo el tiempo con condescendencia el «serial» americano fue un proceso perfectamente acorde con la Constitución. En ésta se previó el caso de un empate: se rompe mediante la elección del futuro presidente por la Cámara de Representantes, en caso necesario.

También se ha comentado con cierto desdén, en Europa y en otros sitios, el recurso a los tribunales, requeridos para que se pronunciaran sobre el derecho de los candidatos a pedir o no un nuevo recuento

de las papeletas de voto en Florida. Por tratarse del cargo mundial que más ocupa el primer plano, aquel lío pareció de un nivel deplorable.

Objetemos en primer lugar que el arbitraje de los jueces es, en cualquier caso, preferible al de la calle. Ahora bien, durante todo el período crítico, pese a la intensidad de la polémica, no hubo en los Estados Unidos la menor violencia ni la sombra de una pelea, pese a una confusión que habría incitado a muchos otros países al golpe de Estado, a la guerra civil o incluso a la comisión de matanzas.

Además, los comentarios irónicos sobre los jueces americanos revelan una incompreensión del lugar que ocupa el poder judicial en los Estados Unidos y de su acción sobre el poder político. Ya en 1835, Tocqueville escribía (*La democracia en América*, Primera parte, capítulo VI): «Lo que más cuesta entender de los Estados Unidos a un extranjero es la organización judicial. No hay, por decirlo así, acontecimiento político sobre el que se descarte la posibilidad de recurrir a la autoridad del poder judicial».

De que determinadas cuestiones políticas se transformen, así, en asuntos judiciales el extranjero deduce aún con frecuencia que los jueces usurpan el poder político. Tocqueville muestra claramente por qué es falsa esa afirmación. En efecto, la justicia, en los Estados Unidos, sigue ateniéndose a los límites clásicos de su funcionamiento apropiado. Por tres razones: sirve siempre y únicamente de árbitro; sólo se pronuncia sobre casos particulares y no sobre principios generales; sólo puede actuar cuando se recurre a ella, nunca cuando no es así.

Así, pues, es erróneo hablar de un «gobierno de los jueces». Los jueces no pueden substituir ni al poder ejecutivo ni al poder legislativo. Lo que es cierto es que el derecho prevalece sobre el Estado en las instituciones y en las mentalidades americanas. Sólo mediante la interpretación del derecho tiene el poder judicial una influencia política y sólo si alguien se la solicita.

Por último, se ha criticado, no sin fundamento, la complejidad de las papeletas de voto, que a algunos electores les cuesta descifrar, y las (supuestas) incertidumbres de su lectura por las máquinas electrónicas. Y, en efecto, en los Estados Unidos se vota, en el mismo día, a representantes, senadores, gobernadores de Estados, sheriffs o... jueces. Ciertamente es que se puede procurar que esos procedimientos sean más sencillos y más seguros. Pero en ese caso se trata de conjurar un inconveniente técnico, no una amenaza a la democracia.

De hecho, la democracia en la Unión Europea funciona mucho peor que en la Unión de Estados Americanos. El peso respectivo de cada uno de los países europeos en el Parlamento y en la Comisión tiene tan sólo una lejana relación con su peso demográfico real. En la Europa de los Quince, los diez países menos poblados tienen en total una población equivalente a la de Alemania, pero en el Consejo de Ministros tienen treinta y nueve votos y Alemania sólo diez. En el Parlamento, Alemania tiene un eurodiputado por cada millón doscientos mil habitantes y Luxemburgo uno por cada sesenta y siete mil habitantes. La Cumbre de Niza, celebrada en diciembre de 2000, se limitó a tratar superficialmente la corrección de esos desequilibrios. Así, pues, a los europeos les pareció menos equitativa que a los americanos la transacción consistente en dar a los Estados más pequeños una representación y poderes mínimos sin por ello dejar de respetar cierta proporcionalidad en la representación entre el peso demográfico y los poderes políticos de los Estados más grandes.

Además de satisfacer la pasión antiamericana, la función en última instancia de las descripciones falsificadas de las relaciones sociales y del nivel de vida de los Estados Unidos es la de denigrar la economía liberal. Asimismo, el desconocimiento o la caricatura de las instituciones americanas difunden la idea de que los Estados Unidos no son una verdadera democracia y, mediante una extrapolación, que las democracias liberales sólo son democráticas en apariencia. Pero en la esfera de las relaciones internacionales es, evidentemente, en la que la «hiperpotencia» se ve vituperada con toda la execración que merecen los monstruos. Vuelvo a precisarlo: la política exterior americana merece sin lugar a dudas, en muchos sentidos, que se la critique. La prensa americana, en primerísimo lugar, no se abstiene de hacerlo. Esas críticas, aun cuando no sean enteramente convincentes, son legítimas y útiles, a condición de que se basen en una mínima argumentación racional. Pero, cuando Vladimir Putin afirma con una seguridad admirable que los «crímenes» de la OTAN, es decir, según él, de América, en Kosovo, en 1999, y la comparecencia de Slobodan Milosevic ante el Tribunal Penal Internacional en 2001 fueron los que «desestabilizaron» a Yugoslavia —que se «desestabilizó» solita a partir de 1991—, no se trata de

una crítica racional, sino de una mentira deliberada o de una alucinación intrínsecamente contradictoria. ¿Acaso no consiste en tomar el efecto por la causa? Su único fin es psicológico: halagar no sé qué amor propio eslavo. Su utilidad política, para el propio interesado y para los servios, es nula. Si recurriendo a fábulas de esa índole es como Putin espera restaurar el estatuto de «gran potencia» de Rusia, corre el riesgo de comprobar muy deprisa que a partir de análisis erróneos no se puede actuar eficazmente. Si Rusia no es, al comienzo del siglo XXI, una superpotencia, es porque en 1917 se lanzó a la absurda experiencia del comunismo, que la convirtió en una sociedad mucho más atrasada de lo que había sido antes de ella. Partiendo del reconocimiento de esas realidades es como Rusia podrá superar ese atraso y no acusando sin ton ni son a los Estados Unidos.

La Unión Europea y por extensión toda la «comunidad internacional» (como se dice mediante antífrasis) se lanzaron también con impetuosidad a esa mezcla de autodesinformación consoladora e inconsecuencia narcisista en su forma de acoger las primeras iniciativas del Presidente George W. Bush en política exterior, durante las semanas que siguieron al comienzo efectivo de su mandato. Contentémonos de momento con un solo ejemplo: las reacciones internacionales a la negativa de Bush a confirmar los compromisos, puramente platónicos, por lo demás, de su predecesor en materia de medio ambiente.

Sabido es que en 1997, bajo la égida de las Naciones Unidas, los delegados de ciento sesenta y ocho países reunidos en Kyoto firmaron un protocolo¹ de reducción de las emisiones de gases con efecto de invernadero. Ahora bien, después de su entrada en funciones, en enero de 2001, Bush retiró la adhesión americana a dicho protocolo de Kyoto. En seguida, brotaron la indignación e incluso los insultos, procedentes principalmente de Europa. Según los clamores, Bush sacrificaba cínicamente el futuro del planeta al beneficio capitalista y, en particular, a las compañías petroleras, cuyo lacayo notorio es, según nos aseguraban. Los autores de tan fino análisis pasaban por alto, desgraciadamente, algunos hechos sobre los que, sin embargo, podrían haberse informado. En primer lugar, ya en 1997, siendo presidente Clinton, el Senado de los Estados Unidos había rechazado el protocolo de Kyoto por 95 votos contra cero: acertadamente o no, eso es otro problema. El caso es que Bush nada tenía que ver con ello. Además, Bill Clinton, justo antes de transmitir sus poderes a su sucesor, había firmado un *executive order* (decreto—ley) por el que se restablecía el apoyo americano al dichoso protocolo. La decencia democrática exige que las *executive orders* de un presidente al final de su mandato no afecten nunca a cuestiones de gran importancia que comprometan el futuro político del país. En aquel caso, la intención evidente de Clinton era la de hacer una mala pasada a Bush legándole una corona de espinas. Si la aceptaba, el nuevo presidente afrontaría la enorme dificultad de reducir el 5,2 por ciento de las emisiones de gases sin por ello amputar demasiado dolorosa y precipitadamente la producción industrial y el consumo de energía de los particulares, objetivo insostenible. Si la rechazaba, desencadenaría las vociferaciones del mundo entero contra él, cosa que no dejó de suceder. Vociferaciones tanto más hipócritas cuanto que quienes más gritaban y ponían al margen de la Humanidad a los Estados Unidos en nombre de la moral ecológica se guardaban mucho de aplicarse a sí mismos los criterios de dicha moral. En efecto, a mediados del 2001, cuatro años después de la conferencia de Kyoto, *¡ni uno* de los demás ciento sesenta y siete signatarios y, en particular, ninguno de los países europeos había ratificado el protocolo!

Dejo momentáneamente de lado la cuestión de si el protocolo de Kyoto era realista o incluso si el calentamiento de la atmósfera está científicamente comprobado. Limitémonos a hacer constar que la Unión Europea, junto con ciertos países muy contaminantes —Brasil, China, la India—, exige a los Estados Unidos que apliquen restricciones que ellos mismos no se sienten obligados a observar. En un informe publicado el 29 de mayo de 2001, la Agencia Europea de Medio Ambiente observaba una agravación en Europa de la contaminación, sobre todo porque «el transporte está en constante aumento, en particular los modos menos respetuosos con el medio ambiente (aéreo y por carretera)». La Agencia observaba, además, un aumento de la contaminación por las calefacciones domésticas y la contaminación de las aguas con nitratos. Los que dan lecciones no son los que dan ejemplo.

De ahí a pensar que existe una psicopatología antiamericana, que consiste en transformar a los Estados Unidos en chivo expiatorio acusado de todos los pecados que comete todo el mundo hay un

¹ En lenguaje diplomático, el término «protocolo» es sinónimo de convenio, tratado, compromiso.

pequeño paso que sentimos la tentación de dar. Los ecologistas responderán que es falso, que América, pese a representar el cinco por ciento, más o menos, de la población mundial, produce el 25 por ciento de la contaminación industrial del planeta. Tal vez sea cierto. Pero entonces habría que añadir que también produce el 25 por ciento de los bienes y servicios del mismo planeta y que, aún a mediados del año 2001, los demás ciento sesenta y siete signatarios de Kyoto no habían hecho nada para empezar a reducir colectivamente y cada uno por su lado su 75 por ciento de contaminación. Así, pues, nos movíamos en plena incoherencia. Cierto es que se trataba menos de descontaminar que de excomulgar.

En efecto, sean cuales fueren los reproches que merezca o no la política americana de medio ambiente, no se puede dejar de ver que el centro del debate en modo alguno radica en eso. El objetivo de los ecologistas occidentales es el de hacer de los Estados Unidos, es decir, del capitalismo, el culpable supremo o incluso el único culpable de la contaminación del planeta y del supuesto calentamiento de la atmósfera. Pues nuestros ecologistas en modo alguno son ecologistas: son izquierdistas. Sólo les interesa el medio ambiente en la medida en que, al fingir defenderlo, lo utilizan para atacar a la sociedad liberal. Durante los decenios de 1970 y 1980, nunca denunciaron la contaminación en los países comunistas, mil veces más atroz que en el Oeste. No era una contaminación capitalista. Guardaron silencio cuando sucedió la catástrofe de Chernóbil, como ahora respecto de las deterioradas centrales nucleares que aún constelan los antiguos territorios comunistas. Guardan silencio a propósito de centenares de submarinos ex soviéticos atestados de armas atómicas que los rusos hundieron en el mar de Barents. Exigir que se libre a la Humanidad de ese peligro mortal que va a planear sobre ella durante milenios carecería, desde su punto de vista socialista, de utilidad. Pues esa fastidiosa empresa en nada fortalecería su cruzada contra el azote, a su juicio mucho más temible, que es la mundialización liberal. En tiempos hubo un ecologismo sincero, ¡aparecido durante el decenio de 1960, en los Estados Unidos, precisamente! Pero desde entonces ha sido manipulado y desviado por un ecologismo mendaz, que ha pasado a ser la máscara de antiguallas marxistas coloreadas de verde. Ese ecologismo ideológico ve amenazada la naturaleza sólo en las naciones en que reina más o menos la libertad económica y ante todo en la más próspera de ellas, naturalmente.

Si los partidos verdes aspiraran sinceramente a obtener resultados prácticos, empezarían a esforzarse por lograr la adopción cada cual en su país del draconiano 5,20 por ciento de reducción del consumo de energía acordado en Kyoto. Que se dediquen ellos —y sobre todo los que participan en gobiernos— a la tarea de lograr que se acepte una limitación de velocidad disminuida a la mitad en las autopistas y una calefacción doméstica reducida en un tercio en los pisos, por no hablar de los inevitables aumentos de facturación de la electricidad por encima de determinado límite máximo de consumo. Pero recomendar sin ambigüedad un programa tan drástico y, más aún, aplicarlo a corto plazo expondría a los Verdes y a sus aliados a humillantes reveses electorales. Por eso, condenar a los Estados Unidos a las llamas del infierno es, en su caso, el sustituto de la acción.

Así, Francia, que tuvo ministros verdes desde 1997 hasta 2002, durante los cinco años del gobierno de Jospin, no adoptó, durante ese largo período, ninguna de las medidas de protección del medio ambiente que habría requerido valor: entre otras, ni la prohibición de los nitratos, que habría permitido volver a disponer de un agua más pura, ni la ecotasa, que habría ahuyentado los votos de numerosos contribuyentes ya despiadadamente desvalijados por el Estado. Las autoridades francesas no intentan siquiera hacer respetar las limitaciones de velocidad, pese a ser poco severas, actualmente establecidas. ¿Cómo iban a proponerse reducirlas aún más? ¿Acaso fue América quien impidió al Gobierno francés empezar a esbozar el proceso de Kyoto con la previsión de una reducción del consumo de energía de 5,2 por ciento por debajo del nivel de 1990 de aquí a 2012? Cierto es que el 31 de mayo de 2002 los quince miembros de la Unión Europea acabaron ratificando, con cinco años de retraso, el protocolo de Kyoto firmado en 1997. Ya veremos si a dicha ratificación seguirá la aplicación en los plazos previstos...

Ese comportamiento contradictorio se ve facilitado en gran medida, como ya he dicho, por el rechazo de la información o incluso por la fabricación sin escrúpulos de una falsa información. Veamos una ilustración de ello. A comienzos de junio de 2001, la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos hizo público un informe, fruto de varios años de observaciones, sobre el cambio climático. En seguida los medios de comunicación presentaron ese texto como un grito de alarma que confirmaba las peores inquietudes de los ecologistas izquierdistas sobre el calentamiento de la atmósfera. El primero, la

CNN, proclamó que el informe era el resultado «de una decisión unánime de la Academia, del que se desprende que el calentamiento del planeta es real, va empeorando y se debe a la acción del hombre. Ya no se puede seguir vacilando a ese respecto».¹ Gran parte de la prensa reprodujo esa versión de la tesis de los científicos, en las dos riberas del Atlántico, hasta el punto de que la Academia Americana de Ciencias, indignada con aquella grosera falsificación, publicó (véase el comunicado en *The Wall Street Journal* del 12 de junio) una rectificación en la que precisó exactamente lo que había dicho y lo que no. Subrayaba, en particular, en el informe que veinte años era un período de observación demasiado corto para permitir la evaluación de las tendencias a largo plazo. Lo que podía afirmar con certidumbre — proseguía— era lo siguiente: 1) que la elevación global de la temperatura media había sido de *medio grado* en el *siglo* transcurrido; 2) que el nivel de dióxido de carbono en la atmósfera había aumentado durante los *dos* últimos siglos; 3) que ese dióxido de carbono engendra sin duda un efecto de invernadero, pero menos importante que el producido por el vapor de agua y las nubes.

Sobre todo, concluía la Academia, nada permite atribuir con certeza al dióxido de carbono un cambio climático ni prever siquiera lo que será el clima en el futuro. Hace treinta años —recuerda— ¡lo que constituía la preocupación mayor de los climatólogos era el *enfriamiento* del planeta!

Se pasó por alto deliberadamente esa puntualización. Un semanario mundialmente apreciado por su seriedad, *The Economist*, publicaba con soberbia tranquilidad *después* del comunicado, en su número del 16 de junio, un artículo titulado «Burning Bush», en el que, pese al desmentido ya aparecido, se repetía la mentira según la cual «un reciente informe de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos confirma la realidad del calentamiento global».^{1 bis}

De modo que los Estados Unidos nunca tienen razón y, al mismo tiempo, su intervención financiera o militar es universalmente deseada. Por ejemplo, los dirigentes africanos, en la reunión de la Organización de la Unidad Africana, celebrada en junio de 2001, en Lusaka (Zambia), reclamaban «un plan Marshall para África». «Plan Marshall» evoca, evidentemente, un precedente histórico de origen americano, una iniciativa que sacó a Europa de las ruinas provocadas por la segunda guerra mundial. Ahora bien, casi todos los jefes pedigüños que «gobiernan» (¡si podemos decirlo así!) África profesan un antiamericanismo habitualmente frenético. Acusan a los Estados Unidos de ser los culpables de la pobreza del continente o de la epidemia del sida. Así, pues, el antiamericanismo funciona como un agente de irresponsabilización. Pues las ayudas internacionales recibidas por África desde las independencias equivalen a cuatro o cinco planes Marshall, cuya cuantía ha sido derrochada, dilapidada o desviada, cuando no se la han tragado guerras incesantes o la han aniquilado reformas agrarias estúpidas, copiadas del asfixiante sistema colectivista soviético o chino. Pero resulta cómodo atribuir a América la responsabilidad de los errores cometidos por uno mismo, al tiempo que se pide socorro. La propia Europa no está exenta de esa fisión intelectual. En el momento en que se beneficiaba por su cuenta del plan Marshall, los partidos de izquierda se mostraban hostiles a él, por considerarlo un medio mediante el cual América sometía a su férula a la Europa occidental. Era una maniobra neocolonialista e imperialista. Su actitud era una simple aplicación del dogma marxista, pero los partidos socialistas o de centro derecha demócrata cristiano que entonces ejercían el poder en la mayoría de los países europeos aliados de los Estados Unidos, se guardaban, a su vez, de expresar el menor sentimiento de gratitud, por considerar que América, con la generosidad que demostraba, beneficiaba a sus propios intereses. Al parecer, ¡debería haber ido contra sus intereses, además! No se atribuía en modo alguno al crédito de su inteligencia política haber comprendido que ayudar a Europa a recuperarse económicamente redundaría en su propio beneficio. Además, también conforme a la habitual estructura contradictoria del razonamiento antiamericano, acusábamos y seguimos acusando a los Estados Unidos de oponerse a una Europa fuerte. O sea, ¡que la fortalecen porque quieren debilitarla! Está claro que el pensamiento europeo respecto de los Estados Unidos es un modelo de coherencia.

El mundo entero tiene por fuerza que observar que América es, al menos de momento, la única

¹ «A Unanimous decision that global warning is real, is getting worse and is due to man. There is no wiggle room». Citado por *The Wall Street Journal*, 12 de junio de 2001.

^{1 bis} Véase una síntesis del estado de las cuestiones desde el punto de vista científico, según los climatólogos, en Guy Sorman, *Le Progres et ses ennemis [El progreso y sus enemigos]*, Fayard, 2001. Y también Björn Lomborg, *The Skeptical Environmentalist [El ecologista escéptico]*, 2001, Cambridge University Press.

potencia capaz a la vez de salvar a México de la quiebra económica y financiera (en 1995); de disuadir a la China comunista de atacar militarmente a Taiwán, de intentar hacer una mediación entre la India y Pakistán a propósito de Cachemira, de presionar eficazmente al Gobierno serbio para que acceda a enviar a Slobodan Milosevic a La Haya a comparecer ante el Tribunal Penal Internacional o que esté en condiciones de laborar con cierta posibilidad de éxito en pro de la reunificación de las dos Coreas dentro de un mismo régimen democrático. La Unión Europea no dejó de intentar abordar este último problema enviando a Pyongyang, en mayo de 2001, una delegación dirigida por el Primer Ministro sueco, pero ésta nada consideró más oportuno que echarse a los pies de Kim Jong-Il, jefe criminal de una de las últimas prisiones totalitarias del planeta. La «solución» europea, si no hemos entendido mal, consistiría en que el régimen de Corea del Sur se adaptara al de Corea del Norte y no al revés. Si con aciertos de esa clase es como creen los europeos que pueden poner fin al «unilateralismo» de los Estados Unidos, la primacía diplomática americana puede durar aún mucho tiempo.

Pues el unilateralismo es, en efecto, consecuencia mecánica del fracaso de las otras potencias, a menudo más intelectual que material, es decir, debida más a errores de análisis (como en el caso de Corea) que a la influencia de los medios económicos, políticos o estratégicos. Nada obligaba, por ejemplo, a los europeos a dejar a los Estados Unidos acudir en socorro de los resistentes afganos que luchaban contra el invasor soviético durante el decenio de 1980. No fue por falta de medios por lo que Europa se abstuvo de ayudar a los afganos. Fue por obsequiosidad para con la Unión Soviética y como consecuencia de un análisis lamentablemente erróneo, con la falsa ilusión o la excusa de «salvaguardar la distensión», que entonces estaba muerta y bien muerta, si es que había existido alguna vez, por lo demás, salvo en el optimismo occidental.

La misma confusión mental reina a propósito de las realidades económicas. Por una parte, los extranjeros reprochan a los americanos querer «imponer a los demás su modelo económico y social». Por otra parte, en cuanto se produce una aminoración del crecimiento económico en los Estados Unidos, los otros países sufren a plazo más o menos corto sus consecuencias. Entonces todos acechan la «recuperación» americana con la esperanza de que la suya se le pegue. De modo que sentimos perplejidad: ¿cómo es que una economía tan mala, cuyas recetas no quiere, supuestamente, copiar nadie, tiene la capacidad de servir de locomotora o de freno a las economías de tantos otros países?

En esas condiciones, ante tantas inconsecuencias por parte de los demás, es comprensible que los Estados Unidos se consideren de buen grado investidos con una misión universal en cierto modo. Dicha convicción mueve con frecuencia a sus portavoces a hacer declaraciones irritantes, que rayan en la megalomanía, lo odioso o lo cómico. Esas desafortunadas declaraciones requieren tres observaciones.

La primera es la de que, por exageradas que sean, parten de una indiscutible situación de hecho, experimentalmente verificada.

La segunda es la de que se pueden descubrir miles de declaraciones igualmente grotescas en labios de franceses que celebran a lo largo de los siglos la «proyección universal» de Francia, «patria de los derechos humanos», encargada de difundir por el mundo entero la libertad, la igualdad y la fraternidad. También la Unión Soviética se considera investida de la misión de transformar el universo mediante la revolución. Los musulmanes quieren obligar incluso a los países no musulmanes a respetar su sharia.

La tercera es la de que el principio de la razón de Estado, indiferente a la moral y a los intereses de los demás, fracasó en política internacional a partir de la guerra de 1914-1918. Lo substituyó el principio de la seguridad colectiva, traído de los Estados Unidos a Europa por Woodrow Wilson en 1919 y reafirmado con fuerza por Franklin Roosevelt y Harry Truman en 1945.¹ La política internacional inspirada por dicho principio es de invención americana y funciona desde 1945 bajo la dirección americana. No se ve otra que pueda conducir a un mundo menos inaceptable. Para que esa política de seguridad colectiva (incluida, naturalmente, la lucha contra el terrorismo) no propiciara el surgimiento de una «hiperpotencia» americana, sería necesario que muchos otros países tuvieran la inteligencia de participar en su elaboración y su aplicación, en lugar de denigrar a sus promotores.

¹ Sobre ese cambio véase, evidentemente, el clásico *Diplomacia* de Henry Kissinger, Ediciones R, Barcelona, 1996.

3

Antimundialismo y antiamericanismo

Cómo debemos entender la guerra contra la mundialización ¿ que reina desde 1999 y cuya virulencia no cesa de aumentar? Guerra en sentido propio y no figurado, guerra física y no teórica, lucha callejera y no lucha de ideas, ya que los manifestantes que constituyen sus fuerzas de choque, encuadrados en organizaciones no gubernamentales (subvencionadas, a su vez, por los gobiernos), asedian locales y saquean las ciudades en las que se celebran reuniones internacionales.

Tras la lucha contra la mundialización, es decir, contra la libre circulación de las personas y las mercancías, a la que resulta muy difícil mostrarse hostil en principio, se oculta una lucha más fundamental y antigua contra el liberalismo y, por tanto, contra los Estados Unidos, su principal representante y su más potente vehículo planetario. En el «carnaval antimundialización» que se desarrolló en Montpellier el 16 de febrero de 2001, la principal atracción fue un personaje disfrazado de Tío Sam con perilla, traje y chistera con los colores de la bandera americana. No se podía designar más claramente al chivo expiatorio supremo. Según la antigua tradición socialista, el antiliberalismo y el antiamericanismo van a la par y los soldados licenciados del ejército comunista vencido o sus herederos políticos son, sin lugar a dudas, quienes se reagrupan en bandas decididas a acometer, a falta de una guerra frontal en campo raso, que ya no está a su alcance, una guerrilla de hostigamiento que la libertad de circulación debida a la mundialización les permite llevar a cabo en cualquier punto del planeta democrático. La mundialización, concepto impreciso donde los haya, les sirve de nuevo blanco mediante el cual apuntan a sus eternos enemigos. ¿Simplifico? ¿Exagero? En absoluto. Durante una manifestación antimundialista, en Londres, el 30 de noviembre de 1999, en apoyo de la de Seattle, que se desarrollaba en el mismo momento contra la Organización Mundial del Comercio, se podía leer en una de las pancartas: «La privatización mata; el capitalismo mata». ¿Qué otra cosa afirman *Le Monde diplomatique* o Pierre Bourdieu? Según ellos y sus fieles, la mundialización engendra en el planeta una pobreza cada vez mayor, en provecho de una minoría de ricos que cada vez son más ricos. Es lo que —repetámoslo— a mediados del siglo XIX preveía Karl Marx para el futuro de los países industrializados de la Europa occidental y de América del Norte: una caída cada vez más rápida de masas cada vez más numerosas en una miseria cada vez más negra, frente a un puñado cada vez más reducido de capitalistas cada vez más ricos. Ya sabemos la confirmación que la continuación de la Historia ha dado a aquella genial profecía. Recordemos que, aún a finales del decenio de 1950, el Partido Comunista francés adoptó como tema de propaganda «la pauperización absoluta» de la clase obrera, en pleno periodo de los «treinta gloriosos», en los que el nivel de vida general subía a ojos vista. ¡Ah! ¡El socialismo científico!

Lionel Jospin acogió con agrado «el surgimiento planetario de un movimiento ciudadano» entre los antimundialistas de Génova, Gotemburgo, Niza o Seattle. Ahora bien, se trata más bien del resurgimiento minoritario de una violencia antidemocrática. En efecto, la democracia concede a todos el derecho a manifestarse pacíficamente, es decir, a desfilar enunciando opiniones y reivindicaciones con la voz y las pancartas, pero a partir de Seattle, los antimundialistas han ido mucho más lejos. En todos los lugares en los que surgieron, su objetivo fue desde el principio el de impedir reuniones de jefes de Estado o de Gobierno elegidos por sufragio universal o directivos, designados reglamentariamente, de organismos internacionales o incluso, como en Davos, de personalidades diversas reunidas en un coloquio para intercambiar puntos de vista, sin por ello disponer del menor poder de decisión. Ciertamente es que para la mentalidad de los totalitarios, expresar ideas contrarias a sus lemas es ya un crimen. Así, pues, por dondequiera que han ido, esos antimundialistas muy mundializados han tomado por asalto los locales en los que se debían celebrar las reuniones, con la intención de expulsar de ellos por la fuerza a los participantes o reducirlos al silencio. Por eso, la distinción entre el grueso de los manifestantes supuestamente pacíficos y la mayoría de anarquistas violentos que —según nos cuentan— se infiltran

entre los primeros no es sino mentira e hipocresía. Querer imposibilitar mediante la coacción física la celebración de una reunión no se puede hacer pacíficamente y equivale a sustituirla impug nación por la violencia. Esos procedimientos son los mismos que los adoptados en otro tiempo por los camisas negras o pardas y por los matones comunistas. Además, si los anarquistas violentos fueran en verdad minoritarios en los devastadores *rave parties* de los antimundialistas, ¿cómo podemos explicar que la mayoría, supuestamente pacífica, no logre neutralizarlos? ¿Cómo es que cien mil, doscientos mil, idealistas amantes de la paz resultan impotentes para contener a unos centenares de terroristas que han acudido a saquear, romper, destrozar, incendiar y pillar? Pueden dejarse desbordar una vez, pero no seis, siete, diez veces. Ahora bien, el salvajismo violento amparado o practicado por los «pacíficos» antimundialistas lejos de disminuir entre Seattle, en 1999, y Génova, en 2001, no ha cesado de aumentar en intensidad.

Que la policía italiana sobrepasara en Génova los límites de un mantenimiento del orden democrático, hasta el punto de que un policía de veinte años matara a un manifestante de veintitrés, resulta, desde luego, indignante. No obstante, conviene observar que, si bien la prensa y la oposición de Italia estigmatizaron con vehemencia a la policía y al Gobierno, la muerte del joven apenas fue objeto de polémicas, pues las imágenes demostraban fehacientemente que el carabiniero había actuado en legítima defensa.¹ Ya la policía sueca, en Gotemburgo, ciudad cuyo centro fue «pacíficamente» destruido, había utilizado una represión propia más para afrontar una manifestación que una guerrilla. También había disparado balas reales y, por fortuna, sólo hubo heridos. Y, por lo demás, ¿es que no se trataba, en efecto, de una guerrilla? La astucia de esos seudomanifestantes, en realidad amotinados, consiste en atribuir exclusivamente a la policía la responsabilidad de una violencia en la que ellos mismos han tomado la iniciativa. Los amotinados de extrema derecha que, el 6 de febrero de 1934, se dirigían en París hacia el Palais-Bourbon con la intención de forzar la entrada y expulsar de él a los diputados — exactamente lo que hacen los antimundialistas hoy a escala internacional contra las «cumbres»— imputaron después a la reacción de la policía, y únicamente a ella, las víctimas provocadas por una represión que la defensa de la República había vuelto, por su culpa, indispensable. Seguramente la policía no fue del todo inocente, pero los amotinados aún menos. En los dos ejemplos, la violencia de los policías fue el efecto, y no la causa, de la violencia de los amotinados. ¿Es necesario recordar que *antes* incluso de la inauguración de la cumbre de Génova ya se habían recibido paquetes—bomba en ciertos puestos de policía? Un funcionario, al abrir uno de aquellos paquetes, perdió un ojo, mientras que los manifestantes «pacíficos» recurrían ya preventivamente a los cócteles Molotov en las calles de la ciudad.²

Lo que muestra que se buscó la violencia por sí misma es que era superflua, ya que los manifestantes antimundialistas son casi todos ciudadanos de países democráticos. Por tanto, gozan de libertad de expresión, tienen derecho al voto, pueden, si quieren, formar partidos políticos y presentarse a las elecciones para intentar hacer prevalecer sus tesis por las vías de la persuasión y la elección. En esas condiciones, parece singular que un Primer Ministro los felicite por seguir una vía muy diferente. Contra las dictaduras es contra las que la violencia o la obstrucción física son legítimas, porque brindan el único recurso para quienes quieren contribuir al restablecimiento o al establecimiento de la democracia, pero los amotinados de Niza o Génova hacían lo contrario: *atacaban* la democracia con el fin de sustituirla por la fuerza.

Para comprenderlos, hay que remontarse al antiguo fondo cultural que los vincula a la tradición «revolucionaria». Lo que esos manifestantes pretenden es *remedar* una revolución que se disfraza o se deshonor desde hace un siglo. No aspiran a hacer avanzar mediante la acción democrática un programa antimundialista que tienen derecho a concebir, pero del que precisamente carecen, pues sus ideas son incoherentes y sus informaciones indigentes. La agitación precede en ellos al pensamiento y se contenta con prolongar la prehistoria política del mundo moderno, como esos cultos neolíticos que se perpetuaban hasta el subsuelo del Renacimiento. Los antimundialistas martillean con barras de hierro el viejo tambor anticapitalista y antiamericano, la leyenda de la eficacia milagrosa de la guerrilla urbana. Añadamos que la ocasión suplementaria de «cargarse» al liberal Silvio Berlusconi, Presidente del

¹ *Le Point*, 27 de julio de 2001, artículo de D. Dunglas, corresponsal de *Le Point* en Italia.

² *International Herald Tribune*, 18 de julio de 2001, despacho de Reuters

Consejo, «fascista», a su juicio, aunque democráticamente elegido por segunda vez, contribuía a sazonar, en aquel caso, el estéril placer de su antiguo simulacro.

Los «jóvenes» antimundialistas son, en realidad, unos vejestorios ideológicos, fantasmas resurgidos de un pasado de ruinas y sangre. Hablando de «rejuvenecimiento», en Génova se vio, por lo demás, reaparecer banderas rojas adornadas con la hoz y el martillo (que incluso el partido de los ex comunistas había arrumbado en Italia a partir de 1989), efigies del Che Guevara y la sigla de las Brigadas Rojas. Lo que los manifestantes atacan en la mundialización es el capitalismo democrático, es América, en la medida en que ésta es, desde hace al menos medio siglo, la sociedad capitalista democrática más próspera y creadora. Lo que atacan es el liberalismo o simplemente la libertad, pese a ser ellos mismos los primeros beneficiarios de ella, puesto que se desplazan en todo momento como quieren. Si se ejecutaran sus *diktats* y, por tanto, se restablecieran por doquier las barreras fronterizas, los pasaportes, los visados, incluso para los turistas, no habría habido ni Seattle ni Gotemburgo.

No es ésa la única contradicción de su indigente batiburrillo mental. Por ejemplo, asolan Seattle en nombre de la lucha contra la mundialización «salvaje» que «sólo beneficia a los ricos». Ahora bien, ¿quién se reunía en Seattle? La Organización Mundial del Comercio, la OMC, cuyo papel consiste principalmente en someter los intercambios económicos internacionales a reglas... para impedir que sean «salvajes». No hay un solo país en el mundo que no haya deseado —y los más pobres son los que se muestran más deseosos de ello— ser admitido en la OMC. Y en Niza o en Gotemburgo, ¿quién se reunía? Las autoridades y los Gobiernos de la Unión Europea, que nada tiene de «mundial», ya que agrupa a quince países, cuando en todo el planeta hay más de doscientos. ¿Quién se reunía en Génova? El G8, es decir, los siete países más industrializados, con la adición cortés de Rusia. Tampoco en ese caso, si bien su *influencia* es, evidentemente, internacional, son el mundo entero. No son las Naciones Unidas. Si pueden intentar armonizar sus políticas, sus posibles puntos de acuerdo, no tienen el menor valor ejecutorio para los demás Estados. Al pretender poner la mira en la mundialización, los camorristas de Génova atacan, en realidad, al capitalismo en sí (por lo demás, habían roto las fachadas de los bancos antes incluso de que comenzara la conferencia) y a su encarnación más diabólica América. El pretexto de esa demonización es —vieja cantinela— el de que los países ricos no se preocupan bastante por los países pobres. Más adelante tendremos ocasión de subrayar la inanidad de esa leyenda. Pero en el caso presente resulta —contradicción suplementaria— que el objetivo de la cumbre del G8 en Génova era precisamente el de abordar esa cuestión y en ella los Ocho redujeron efectivamente la deuda de los países pobres. Dieron un nuevo impulso a la ayuda pública para el desarrollo del Sur, crearon un fondo mundial para financiar la campaña médica contra el sida, el paludismo y la tuberculosis, en particular en el África subsahariana.

Pues, además, en Génova los miembros del G8 habían invitado por primera vez a los dirigentes africanos a que se reunieran y deliberasen con ellos. Así, pues, el Primer Ministro británico acogía con beneplácito, y con razón, la puesta en marcha de lo que llamaba «un ambicioso plan Marshall para África».¹ El horrible George W. Bush mismo había pedido, antes incluso de la inauguración de la reunión, «más préstamos para la salud y la educación en los países más pobres». A ese respecto anunciaba un «cambio político radical» de su Gobierno.² Y añadía: «Pero no nos equivoquemos: los que protestan contra la libertad de comercio no son los amigos de los pobres». Pese a ser (de creer a la prensa europea) notoriamente estúpido, el Presidente de los Estados Unidos no andaba precisamente errado en aquella ocasión. En efecto, lo que piden los países pobres es un acceso más libre a sus productos, en particular los agrícolas, al mercado de los países ricos. Dicho de otro modo, piden *más* y no menos mundialización. Y lo que muestra otra faceta de la incoherencia de los amotinados, ricos, a su vez, por lo demás, es que subvierten cumbres cuyo objeto es ampliar la libertad de comercio y, por tanto, aumentar las capacidades exportadoras de los países pobres hacia las zonas más solventes: así se hizo en la reunión interamericana de Québec, en la que se pusieron las bases de un mercado continental único destinado, entre otras cosas, a abrir América del Norte a los productos agrícolas de la América del Sur. También en aquel caso fue invadida y saqueada la ciudad.

Así, cuando examinamos un poco más detenidamente el revoltijo que sirve de forraje intelectual a las

¹ *International Herald Tribune*, 23 de julio de 2001.

² *Ibidem*, 18 de julio de 2001.

vociferaciones antimundialistas (y podríamos alargar el catálogo), no podemos por menos de observar que no se puede extraer de ellas un programa susceptible de la menor aplicación práctica.

El muestrario de ese revoltijo inutilizable hace que resulte tanto más asombroso que incluso dirigentes europeos considerados liberales y que en principio no figuran entre los nostálgicos del paleosocialismo se proclamen «impresionados» por los amotinados antimundialistas y convencidos de la necesidad de «dialogar» con ellos. Es normal ver a toda una prensa de izquierda y a una capa política que desde 1989 habían balbuceado con la boca pequeña una revisión desgarradora y afirmaban haber «aprendido las enseñanzas» que se desprendían de las catástrofes y los absurdos socialistas cantar victoria al acoger con entusiasmo la divina sorpresa de esa nueva cruzada contra la mundialización, sinónimo en este caso de capitalismo.

En cambio, resulta más difícil entender la razón por la que unos dirigentes de derecha toman —o fingen tomar— en serio el magma político de los antimundialistas. ¿Por qué el Presidente de la República, Jacques Chirac, abogó ante sus pares en Génova por una «concertación normal y permanente» con los manifestantes? ¿Por qué proclamó, en un largo artículo,¹ que había llegado el momento de «humanizar la mundialización»? ¿Es que era inhumana acaso? Semejante fórmula equivale a abrazar con las dos manos el tópico de los camorristas y secundar la estrategia antiliberal de los izquierdistas reciclados y de la mayoría de las ONG. A semejanza de Jospin, Chirac acoge con complacencia incluso una «conciencia ciudadana mundial». ¿Por qué esa jerga socialista? Ciertamente es que esa posición revela un síndrome derechista más particularmente francés. Los otros gobernantes del G8, incluso los socialdemócratas, no siguieron a Chirac por ese sendero sin salida. Se proponen conservar el derecho de deliberar entre sí y con sus interlocutores, sin tener que dar cuentas de ello a unos amotinados totalmente ilegítimos. Ciertamente es también que, si bien Francia cuenta con una gran tradición de pensadores liberales, su derecha política no los ha leído: siempre ha sido dirigista, planificadora, burocrática y reglamentarista. Ciertamente es, por último, que la derecha francesa arde, sobre todo desde el fin de la segunda guerra mundial, con un deseo que la paraliza tanto más cuanto que no se ve coronado por el éxito ni correspondido: agradar a la izquierda.

Bernard Kouchner, cuya acción en pro de los países pobres con «Médicos sin fronteras» y después «Médicos del mundo» impone respeto, pierde un poco su lucidez cuando exclama, después de los motines contra el G8 en Génova: « ¡Se trata de un mayo del 68 a escala mundial!» ¡Está visto que nadie reivindica tanto el mundialismo como los antimundialistas! Además, la fórmula es graciosa, pero históricamente poco ilustrativa. El movimiento que designamos —nosotros, los franceses— como «mayo del 68», con el pretexto de que durante aquel mes estalló en Francia, había comenzado varios años antes en los Estados Unidos, en forma más original y menos marxistizada y después en Alemania. Recordémoslo: junto a una transformación de las costumbres y las mentalidades que podemos considerar benéfica, el «mayo del 68» europeo se enfeudó muy pronto con los lugares comunes del socialismo totalitario, en sus versiones maoísta o trotskista, cuando al principio se presentaba como antiautoritario. El llamado movimiento de «mayo del 68», al negarse al mismo tiempo a aceptar el juego de la legalidad democrática, ya aceptada formalmente por los partidos comunistas occidentales, degeneró en terrorismo sanguinario durante los veinte años que siguieron. Entonces se constituyeron las Brigadas Rojas en Italia, la Fracción del Ejército Rojo en Alemania, el Ejército Rojo japonés, las Células Comunistas Combatientes belgas (CCC) y —más marginal, pero no menos asesina— Acción Directa en Francia. Debemos a esas organizaciones grandes hechos que no parece juicioso ni oportuno ofrecer como modelo a las generaciones del comienzo del siglo XXI. Pues a veces los protestatarios antimundialistas se han encontrado también a dos pasos de deslizarse hasta la degeneración terrorista. En la primavera de 2000 llegaron a dar ese paso incluso, por antiamericanismo, al colocar en un McDonald's una bomba que mató a una joven, en Bretaña. Los antimundialistas actuales tienen en común —cierto es— con los sesentayochistas una visión marxista simplista: el mal absoluto es el capitalismo, encarnado y dirigido por los Estados Unidos. Así, como después de lo de Génova se hablaba mucho de organizar en el futuro «G8 más modestos», el humorista Plantu publicó, en la portada de *Le Monde*,^{1 bis} un dibujo en el que se ve al Tío Sam —¡siempre él!— acampado bajo una tienda cuyas

¹ *Le Figaro*, 10 de julio de 2001.

^{1 bis} 24 de julio de 2001.

estacas de sujección, plantadas en la hierba, son simplemente los otros siete socios maniatados del G8. Entre ellos reconocemos a Jacques Chirac. La lección está clara: el único dueño real del G8 es América, cuyos sirvientes son las demás democracias, al servicio del capitalismo mundial, es decir, americano. Ese fino análisis satírico no habría desentonado en modo alguno en un número de *L'Humanité* hacia 1950.

Otra convicción es común a los sesentayochistas y a los antimundialistas actuales: la de que los manifestantes de las calles son más legítimos que los gobiernos elegidos. Reconocemos en eso una muestra de entre las más enmohecidas de los oropeles colgados en el desván de los dogmas marxistas: el levantamiento de las «masas» es más democrático que la democracia «formal». Peor aún: eminentes personalidades políticas de izquierda (en Francia, François Hollande, Jean-Luc Mélançon, Noël Mamère, entre otros) reclamaron, después de lo de Génova, la supresión del G8. Conclusión que debemos sacar de esa actitud: unos Gobiernos elegidos por sufragio universal pierden el derecho a concertarse en cuanto la calle se lo haya denegado.

Ni que decir tiene que la amplitud de una o varias manifestaciones puede ser reveladora de una importante corriente de opinión, que un Gobierno democrático o un grupo de Gobiernos democráticos harán siempre bien en tener en cuenta, aunque sólo sea en previsión de las próximas elecciones. Pero, si ceden porque esas manifestaciones son violentas hasta el punto de paralizar el funcionamiento de la propia democracia, se descalifican. En ese caso, los demócratas dignos de ese nombre deben recordar enérgicamente que en su sistema político se confiere el poder metiendo papeletas en las urnas y no piedras en los escaparates. Resulta inquietante que la izquierda, incluso la «republicana», no tenga más presente ese principio.

¿Por qué lo olvida? Porque el anticapitalismo justifica, a su juicio, esa excepción, porque la «arrogancia» capitalista es la «arrogancia» americana. Pero, ¿acaso no resulta, aun así, curioso que dondequiera que surjan dificultades económicas —y *a fortiori* una crisis grave— sea prioritariamente a América a la que los países «en ascenso» soliciten la ayuda o la intervención? Así es tanto en Asia como en África, en América Latina como en Serbia o en Rusia. El 30 de julio de 2001, el Presidente de la OMC dio una voz de alarma, al quejarse de que la excesiva lentitud de las negociaciones o la aplicación de las decisiones relativas al comercio internacional perjudicaba a los países más pobres. La causa principal de esa lentitud es —decía— la mala voluntad de los países ricos que hacían oídos sordos a la hora de reducir sus subvenciones agrícolas, forma indirecta de proteccionismo. Ese economista, bien situado para observar los hechos, decía, en una palabra, que el origen de la pobreza no era la economía de mercado, sino la *insuficiencia* de economía de mercado. Esa observación no conmueve a los izquierdistas antimundialistas. Se burlan de la necesidad de mejorar la suerte de los subdesarrollados. Lo que les gustaría es destruir las economías desarrolladas, en la medida en que el desarrollo se confunde con el capitalismo. A ese respecto, tienen razón.

La razón que se suele invocar para condenar la mundialización es la de que supuestamente acentúa las desigualdades y agrava la pobreza. La razón real del deseo de proscribirla, o al menos controlarla, cuando escrutamos el pensamiento de sus adversarios, es la de que en su forma actual se identifica con el capitalismo y el mercado, que, a su vez, se identifican en el marco actual con la preponderancia americana.

Así, pues, para juzgar sobre la verdad o la falsedad de esas tesis, con frecuencia aceptadas, por lo demás, sin examen crítico ni siquiera por los partidarios de la economía de mercado, conviene intentar responder a las tres preguntas siguientes:

—¿Es un mal en cuanto tal la mundialización mediante el mercado?

—¿Es un mal sobre todo porque en su versión contemporánea ofrece un campo de expansión a la superpotencia americana? ¿Se uniformiza la humanidad de hoy al americanizarse?

—¿Es cierto que a causa de la mundialización los ricos se vuelven cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, a escala planetaria y dentro de cada uno de los países?

Respecto de la primera pregunta, conviene precisar, como acabo de hacerlo, que la izquierda sólo rechaza la mundialización *mediante el mercado*. De hecho, más el mercado que la mundialización. El objetivo de la izquierda es la mundialización *sin* el mercado. La mundialización siempre le ha parecido

deseable, siempre que fuera ideológica y política. La Francia revolucionaria se atribuyó la misión de extender a toda la Humanidad los principios de 1789. En los siglos XIX y XX, el socialismo se definió por esencia, internacionalista. Fundó la Primera, la Segunda, la Tercera y la Cuarta *Internacionales*, cuyo nombre indica su ambición planetaria. Pese a fases transitorias y de consolidación en las que se propugnaba el «socialismo en un solo país» por razones técnicas y coyunturales, los comunistas soviéticos y maoístas siempre han sentido el deseo de imponer sus modelos respectivos a toda la Humanidad, en caso necesario mediante la intervención militar o la subversión armada. No han dejado de recurrir a ellas, cuando podían, en los cinco continentes. Los opositores antimundialistas, sin tener la intención ni los medios, por cierto, de realizar acciones belicosas de esa amplitud, no por ello dejan de ser también mundiales y antiliberales a la vez.¹ La prensa de izquierda —por ejemplo, *Le Nouvel Observateur*—², al acoger con agrado el «éxito de la cumbre antiliberal de Porto Alegre», proclama (es el título del artículo) el «Nacimiento de una internacional». Concluye que «otra mundialización gana por la mano a Davos». Así, pues, para la izquierda el enemigo es sin lugar a dudas el liberalismo y no la mundialización. Ésta le parece buena a condición de que sea planificada y dirigida. En 2001, el Primer Ministro socialista, Lionel Jospin, tras haber aplaudido en Génova —ya lo he dicho— «el surgimiento planetario (el subrayado es mío) de un movimiento ciudadano», felicita a continuación a los manifestantes por haber demostrado, según él, que «el dominio de la mundialización requiere la reafirmación del papel de los Estados».³ Así, pues, el conflicto, más que referirse a la mundialización, opone dos concepciones de ella: una basada en el mercado libre y la empresa privada; otra, en el dirigismo y la economía estatizada, una mundialización impuesta y controlada por los Estados. Si ha habido una «victoria»,^{1 bis} de Seattle a Génova, ha consistido en hacer prevalecer la segunda concepción sobre la primera.

El inconveniente de la segunda concepción y la paradoja de los júbilos que suscita hoy su resurgimiento es que su aplicación en el pasado nunca ha dado otros resultados que regresiones económicas, la miseria de amplias capas de la población y el atraso tecnológico, la mayoría de las veces combinados con tiranías políticas. Esta observación es aplicable tanto a los socialismos comunistas como al nacionalsocialismo hitleriano, que también sentía —no lo olvidemos— el deseo de extenderse por la Tierra entera y, para empezar, por toda Europa. El mundialismo dirigista siempre ha sido promotor de catástrofes humanas o, de cualquier modo, en los casos menos malos, de naufragios económicos muchos más dolorosos para los pueblos que las peores injusticias capitalistas.

La observación de la realidad histórica pasada y presente nos enseña que la única mundialización cuyo balance, sin estar desprovisto de un pasivo, ha resultado en conjunto positivo es la mundialización capitalista y que, por lo demás, no data de hoy.

La mundialización existió mucho antes del nacimiento de los Estados Unidos. Como recuerda un economista e historiador, Régis Bénichi, en una síntesis luminosa al respecto,^{2 bis} la mundialización acompaña toda la historia del capitalismo. Más antiguamente aún, se observa ya esa extensión del comercio en el Imperio romano y en la Edad Media, con sus benéficas consecuencias: las ventajas de reciprocidad, de complementaridad, que engendra la disminución de los costos. Pero fue sobre todo después de los grandes descubrimientos, al final del siglo XV, con el desarrollo del comercio transatlántico, como se inició la mundialización en el sentido moderno del término. Bénichi distingue tres oleadas: la expansión del capitalismo mercantil después de los grandes descubrimientos, después del período en el que se generalizó la revolución industrial en Europa y en América del Norte, es decir, desde 1840, aproximadamente, hasta 1914; por último, la mundialización actual.

Ni que decir tiene que la primera oleada ascendió durante todo el siglo XVI y se extendió aún en el XVII. Gracias al tráfico marítimo, además de los actores de primer plano, como Inglaterra y España, países pequeños como Portugal u Holanda llegaron a ser grandes potencias económicas, cabezas de

¹ «Les racines de la contestation mondiale» [Las raíces de la impugnación mundial], *L'Express*, 26 de julio de 2001.

² 1 de febrero de 2001.

³ *Le Figaro*, 24 de julio de 2001.

^{1 bis} La palabra es de Jean Daniel: «Génes, le sens d'une victoire» [Génova, el sentido de una victoria], *Le Nouvel Observateur*, 26 de julio de 2001.

^{2 bis} Régis Bénichi, «la mondialisation aussi a une histoire» (La mundialización también tiene una historia, revista *L' Histoire*, n° 254, mayo de 2001.

redes planetarias, que se extendieron hasta la India, el Asia sudoriental, Indonesia, el Pacífico occidental, Australia, Suráfrica. La Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales fue un prototipo de los instrumentos nuevos que suscitaban los intercambios universales.¹ El siglo XVIII ilustró más adelante en la práctica y explicó mediante el análisis teórico las ventajas de la libertad de comercio.

Durante la que Bénichi llama la segunda oleada de mundialización, entre 1840 y 1914, el volumen del comercio mundial se multiplicó por siete. Se habla mucho hoy de «América—mundo». La expresión «Europa—mundo» es la que conviene a las dos primeras mundializaciones, pues entonces Europa extendió por todos los continentes sus capitales, sus técnicas, sus idiomas, sus hombres. Sobre todo sirvió de motor central para una circulación planetaria de mercancías, tecnología, ciencias, técnicas e ideas. En cambio, a partir de 1919, después de la catástrofe de la Gran Guerra y pese al restablecimiento de la paz, la Europa arruinada retrocedió, se replegó sobre sí misma. Se había acabado su supremacía. Además, se fragmentó: los países europeos se cerraron unos a los otros. Al otro lado del Atlántico, los Estados Unidos, Argentina, Brasil, tierras inmensas tradicionalmente abiertas a los inmigrantes y a los productos extranjeros, se atrincheraron, a su vez. El comercio internacional se desplomó, los capitales dejaron de poder circular, se instituyó el control de cambios, se quiso fijar por decreto el valor de las monedas. Así, pues, en todo el planeta la vida económica se estancó y empezó a parecerse, en una palabra, a lo que los adversarios actuales de la mundialización desean para la Humanidad. El resultado no tardó en llegar: la crisis de 1929, que duró diez años, decenas de millones de desempleados, el ascenso de regímenes dictatoriales o totalitarios en algunos países, por doquier la caída precipitada del nivel de vida. (Francia, por ejemplo, no recuperó hasta el comienzo del decenio de 1950 su renta media por habitante de 1914.) Y, para coronar aquella brillante serie de éxitos, sobrevino la segunda guerra mundial, de la que Europa saldría no sólo material y económicamente destruida, sino también definitivamente excluida, aquella vez, del rango de las «grandes potencias».

Así, pues, mal que pese a los manifestantes «ciudadanos» de Génova o Davos, es comprensible que en 1945 la «comunidad internacional», como se la llamaría más adelante, tuviese en cuenta por una vez las enseñanzas que se desprendían de sus errores y tuviera el acierto de dar la espalda a la antimundialización del cuarto de siglo anterior. Ya en 1941, en plena guerra, los Estados Unidos habían inscrito la liberalización del comercio mundial en la Carta del Atlántico, firmada el 14 de agosto de 1941 por Churchill y Roosevelt. En 1944, Morgenthau, Secretario de Estado del Tesoro (ministro de Hacienda) de Roosevelt, enunciaba así la doctrina que iba de servir de guía al futuro: «Hay que abstenerse de recurrir a los procedimientos perniciosos del pasado: la carrera de las devaluaciones, la erección de obstáculos aduaneros, el control de cambios, mediante los cuales los gobiernos intentaron en vano contener la actividad económica dentro de sus fronteras. Se trata de procedimientos que promovieron la depresión económica y la guerra».

Así comenzaba la «tercera ola» de mundialización, que después del fin de la guerra no ha cesado de extenderse y en la que ahora nos encontramos.

Los rasgos capitalistas de esta tercera fase se precisaron aún más a raíz del hundimiento de los comunismos. Entonces la mundialización se caracterizó por una coloración principalmente americana, ya que América surgió —se reconoce de forma general— de la guerra de 1939—1945 como la primera potencia capitalista mundial y del fracaso socialista de 1980—1990 como la única superpotencia económica. Tampoco debe extrañar que esta tercera mundialización tenga, por consiguiente, un carácter aún más capitalista que las dos anteriores, es decir, que se deba aún más a la acción de las empresas privadas y cada vez menos a la de los Estados, pues, incluso en los países en que el comunismo *político* ha intentado prolongar artificialmente su existencia, los gobiernos supervivientes han hecho todos los esfuerzos posibles para librarse del socialismo económico, mediante privatizaciones, recurriendo a las inversiones extranjeras, mediante la liberación de los intercambios y acuerdos comerciales transfronterizos. Sólo Cuba y Corea del Norte se han aferrado al colectivismo totalitario y esos únicos ejemplos nos dispensan de cualquier comentario.

Así, pues, que la economía del fin del siglo XX y del comienzo del XXI sea a la vez mundializada, capitalista y con preponderancia americana no es expresión de «arrogancia» alguna. Ni siquiera es

¹ Sobre la potencia económica holandesa en el siglo XVII, se debe consultar, evidentemente, la magistral obra de Simon Schama, *The Embarrassment of Riches*, Knopf, Nueva York, 1987. (Trad. fr. *L'Embarras de richesses*, Gallimard, 1991.)

consecuencia de una opción. Es el resultado de la confluencia en virtud del determinismo histórico de tres series de hechos debidamente comprobados.

Primera serie: los cataclismos económicos y políticos desencadenados por la experiencia, sobre todo europea, de las economías cerradas entre las dos guerras. Segunda serie: la demostración, amplia y definitiva, de la incapacidad del socialismo para hacer funcionar una economía, sea cual fuere y por poco que sea. Tercera serie: el debilitamiento de los europeos, debido a sus propias aberraciones, acumuladas a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Dicho debilitamiento entrañaba, por contraste y de forma, por decirlo así, mecánica, el ascenso de los Estados Unidos.

Sin embargo, su superioridad no es sólo un fenómeno relativo, debido a la retrogradación comparativa de Europa. Procede también, necesariamente, de factores intrínsecos, propios de la sociedad americana misma. Por lo demás, se perpetúa, pese al nuevo ascenso económico de la Europa democrática desde la guerra e incluso desde la constitución y consolidación de la Unión Europea.

La Europa unida, virtualmente, debería estar en condiciones de hacer contrapeso a los Estados Unidos. Si aún no lo ha logrado, no es seguramente por falta de recursos materiales y humanos, sino por no saber utilizarlos bien. En una palabra, carece de la invención, la eficacia, el sentido de la organización, la rapidez en la adaptación y la innovación suficientes. Sigue demasiado inhibida por los prejuicios ideológicos. Por eso, pese a sus éxitos, Europa sigue viviendo bajo la influencia americana. Su crecimiento resurge —con retraso— cuando la economía americana avanza; retrocede con rapidez cuando los Estados Unidos entran, como a comienzos de 2001, en recesión.

¿Acaso es nociva la mundialización por el simple hecho de que parezca confundirse actualmente con la americanización? ¿Acaso hay que negarse a ver el éxito que representó la multiplicación de la producción mundial por seis y del volumen de las exportaciones de mercancías por 17 entre 1948 y 1998?¹ ¿Acaso hay que proscribir las inversiones directas en el extranjero, motor del desarrollo de los países menos avanzados, con el pretexto de que la mayoría de ellas son americanas? Lo que padecen los países menos avanzados es más bien —repito— una *insuficiencia* de mundialización, ya que ésta sigue siendo en la práctica muy parcial, pues la gran mayoría de los intercambios y las inversiones se hacen hoy entre la Unión Europea, la América del Norte y el Asia del Pacífico occidental.

Por mucho que destrocen los opositores antimundialistas en Seattle o en Niza, no se ve qué solución podrían aportar para substituir la mundialización en curso. ¿O es que quieren volver al socialismo tercermundista que en unos decenios hizo hundirse el continente africano de la semipobreza en la más completa miseria?

En cuanto al miedo que siente cada uno de los países de ver ahogarse su «identidad» en la uniformización americana y a la lucha de Europa por preservar su «diversidad cultural», resulta difícil analizarlos con exactitud, pues se basan en una visión heteróclita de géneros, niveles y actividades. Vemos en ellos una mezcolanza de deseo de preservar su lengua contra la universalización del inglés, reprobación de las hamburguesas servidas por McDonald's y la vestimenta juvenil, miedo a la competencia comercial de las películas y telefilms de Hollywood o amargura ante la fecundidad científica de las universidades americanas. Pero la obsesión sigue siendo la misma y no necesariamente resulta propicia para la lucidez, sobre todo en los europeos: acaba imputando a un «imperialismo» calculado lo que es resultado de una convergencia de evoluciones históricas, las más importantes de las cuales son a menudo los errores cometidos por las supuestas «víctimas» de dicho imperialismo.

Hubert Védrine, estrecho colaborador y consejero diplomático del Presidente François Mitterrand durante catorce años, portavoz y después Secretario General de la Presidencia de la República y, por último, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno de Jospin, de 1997 a 2002, escribe en su libro *Les Mondes de François Mitterrand* [Los mundos de François Mitterrand]: «La primera característica de los Estados Unidos, que explica su política exterior, es que desde su nacimiento se consideran una nación elegida, encargada de iluminar al resto del mundo».²

Lo que llama la atención al instante en esa frase del ministro, la evidencia inmediata que de ella se desprende, es la perfecta adecuación con la que es aplicable a Francia. Las propias citas americanas que Védrine ofrece en apoyo de su tesis tienen casi todas ellas su equivalente literal en los lugares comunes

¹ Régis Bénichi, artículo citado.

² Fayard, 1996, cap. IV.

del narcisismo político y cultural francés. Cuando reprocha a Thomas Jefferson esta «afirmación perentoria», según sus propios términos: «Los Estados Unidos son el imperio de la libertad», ¿cómo no vamos a pensar en la afirmación no menos perentoria, repetida todos los días en nuestra prensa y por nuestros políticos: «Francia es la patria de los derechos humanos»? Y, cuando el antiguo consejero diplomático de François Mitterrand denuncia la «concepción hegemónica» que ve en esta declaración de Ezra Hiles, hacia 1800: «Los navíos transportarán la bandera americana por todo el globo», cualquier francés que sienta un poco de curiosidad por la Historia recuerda la fulgurante y celeberrima exclamación de Lamartine, con ocasión de la revolución de 1848, cuando el poeta que había pasado a ser político celebraba «la bandera tricolor que ha dado la vuelta al mundo».¹ Por último, será fácil multiplicar las citas del general De Gaulle que describen «el mundo entero con los ojos clavados en Francia».²

Esas hipótesis megalómanas, que nos hacen parecer tan ridículos en el extranjero, no pertenecen sólo al pasado. En julio de 2001, Lionel Jospin nos devuelve a la mundialización al dirigirse al personal de la «red de cooperación cultural francesa», reunido en el ministerio de Asuntos Exteriores. «Forman ustedes —les dice— una red pública de influencia y solidaridad de dimensión mundial: es una baza decisiva frente a los imperativos que plantea a nuestro país la mundialización.»³ Tras la aparente falta de lógica de esas palabras (luchar contra la mundialización... mediante la mundialización) se expresa, en realidad, un pensamiento coherente: lo que debemos contrarrestar con *nuestra* mundialización es la mundialización liberal. Para eliminar esa mundialización a la americana, Lionel Jospin propone a nuestra red internacional de cooperación cultural que promueva una mundialización a la francesa, antiliberal, es decir, que labore, dice, en pro de «la afirmación de los Estados contra las leyes desenfrenadas del mercado». Lo malo no es la mundialización en sí misma, es la mundialización a la americana. Que un país se sienta con vocación universal y la proclame no es en sí reprehensible. Lo que merece reprobación es que ese país sea los Estados Unidos y no Francia. Por consiguiente, ésta debe substituir a aquél a la cabeza de la mundialización.

Ésa es la enseñanza que sacó también Hubert Védrine del examen de la situación, durante la misma reunión, y emitió sobre el futuro de ese proyecto un diagnóstico optimista: «Desde que apareció la amenaza de una nivelación abusiva (entiéndase, naturalmente, americana) Francia ha recuperado bazas». Por lo demás, el ministro de Asuntos Exteriores acababa de añadir, unos meses antes, a la lista de sus obras un nuevo libro titulado precisamente *Les Cartes de la France* [Las cartas de Francia]. En él desarrolla, como Jospin, la idea de que la opresión de la «hiperpotencia» americana ha hecho, por decirlo así, reavivarse el impulso de la vocación y la misión universalistas de Francia, que son las de oponer su propia forma de mundialización a la de los Estados Unidos.

Esa idea fija de la mundialización destructiva es la que es falsa. En la realidad, fuera cual fuese la influencia de una cultura —griega en la Antigüedad, italiana en el siglo XVI, francesa en el XVIII, etc.—, ninguna aniquiló nunca a las otras, cuya originalidad resultó, al contrario, estimulada con frecuencia.

Entendámonos. Es indiscutible que la preponderancia planetaria de los Estados Unidos plantea desde hace varios años a los demás países problemas inéditos, en todas las esferas, y la cultural no es la menos importante: más adelante volveré a referirme a ello. Pero dicha preponderancia es producto de un proceso histórico que se extiende a lo largo de más de un siglo. Hay que analizar sus elementos constitutivos para afrontar racionalmente la situación nueva, para aprovecharla en lo positivo que aporta y a la vez corregir sus excesos, cuando parece perjudicar a una gestión equilibrada y equitativa de los asuntos mundiales, pero el resentimiento que mueve a luchar contra cualquier solución, aun cuando sea buena, únicamente porque es de origen o de carácter americano ha de debilitar por fuerza aún más al

¹ Recordemos la cita exacta. El 24 de febrero de 1848, al dirigirse en el Ayuntamiento a los socialistas que querían adoptar la bandera roja como emblema de la II República, Lamartine respondió: «La bandera roja que nos traen ustedes nunca ha dado otra vuelta que la del Champ-de-Mars, arrastrada entre la sangre del pueblo en el 91 y el 93, y la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo, con el nombre, la gloria y la libertad de la patria». Por conmovedor que fuera, ese arranque poético y legendario no dejaba de manifestar la convicción de una legitimidad «mundialista» de Francia, guía suprema de las demás naciones.

² Véase a ese respecto mi libro *Le Style du Général* [El estilo del General] (Juilliard, 1959; reedición en Complexe, 1988).

³ *Le Monde*, 25 de julio de 2001.

país que tome como única guía esa americanofobia. El país que es presa de semejante repulsión irracional reduce su eficacia y se vuelve antipático para numerosos países extranjeros que nada tienen de americanos ni de sistemáticamente americanófilos, al contrario.

Jacques Julliard, al meditar sobre las razones que granjearon una memorable bajada de pantalones a la candidatura de París a los Juegos Olímpicos de 2008, escribe con franqueza y clarividencia en uno de sus editoriales: «En Moscú, nuestros socios europeos, nuestros "amigos" árabes y nuestra clientela africana nos abandonaron. ¿Quieren que se les diga la verdad, sin disfraz, la que toda la clase política se las ingenia para ocultarles? La verdad es que Francia ha llegado a ser uno de los países menos populares del planeta. Ya he hablado de su arrogancia y su vanidad. A ellas habría que sumar esa pretensión de nuestros gobernantes de dar lecciones a todo el mundo».¹

«Todo el mundo» tal vez no sea la fórmula exacta. No damos lecciones ni a Sadam Husein ni a Gadafi ni a Kim Jong-Il ni a Fidel Castro ni a Robert Mugabe ni a los imames de la República Islámica del Irán ni a los dirigentes chinos o vietnamitas. Reservamos nuestras amonestaciones y nuestro desprecio para las democracias, los austriacos, los italianos, Margaret Thatcher, Ronald Reagan, George W. Bush, Silvio Berlusconi e incluso Tony Blair, insuficientemente hostil al capitalismo. El adversario principal de los antimundialistas es la economía liberal, no la dictadura.

Tampoco lo es la pobreza, aunque lo clamen en sus lemas. Lo que les importa no es erradicar la pobreza, sino hacer creer que se debe al liberalismo y a la mundialización.

Si hay un axioma universalmente considerado verdadero, también por los partidarios de la mundialización, es sin duda el de que «aumenta la distancia entre los pobres y los ricos» o el de que «los pobres son cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos».

Objetemos ante todo que los dos juicios no son sinónimos. Constituye incluso una falta elemental de lógica emplearlos indiferentemente, como si fueran intercambiables. Entre las sociedades, como entre los individuos dentro de una misma sociedad, puede aumentar la distancia entre los ricos y los pobres y, sin embargo, aumentar el nivel de vida de los pobres. Si una sociedad industrial desarrollada ve pasar su renta anual por habitante de 20.000 a 30.000 dólares, es decir, aumentar en un tercio en diez años, y si en ese mismo momento la renta anual por habitante de una sociedad menos avanzada progresa en la misma proporción, es decir, que aumenta —pongamos— de 3.000 a 4.500 dólares, la distancia entre las dos habrá aumentado. Era de 17.000 dólares anuales y pasa a ser de 25.500 dólares. La desigualdad será, en efecto, mayor, pero el nivel de vida de la sociedad más pobre no por ello habrá dejado de mejorar, cosa muy apreciable para sus miembros.

¿A qué se debe la confusión constante entre los dos conceptos? Seguramente es consecuencia de una doble presión: por una parte, la de los intereses de los dirigentes de los países menos avanzados con vistas a obtener el aumento de las ayudas y, por otra, la propaganda de los ideólogos de los países más avanzados, encaminada a presentar el liberalismo y la mundialización como los culpables de una supuesta agravación incesante de la pobreza absoluta en el planeta.

Sin embargo, existe una abundante documentación que permite comprobarlo, a partir de datos cifrados de lo más serios; desde hace cincuenta años, en los países que componen lo que en tiempos se llamaba el Tercer Mundo, ha habido un triple aumento: el de la renta media, el de la población y el de la esperanza de vida. Esta última se ha más que duplicado en el conjunto de los llamados países menos adelantados durante la segunda mitad del siglo XX. En la India, por ejemplo, durante ese mismo período, la producción de alimentos se ha multiplicado por diez, lo que ha permitido la desaparición de hambrunas en masa, tan frecuentes en el pasado.² No basta aún para impedir a una gran parte de la población india (que se ha cuadruplicado durante el mismo lapso) vivir en una pobreza inaceptable, pero las grandes hambrunas de antaño han desaparecido y la pobreza no cesa de reducirse, contrariamente a los tópicos habitualmente propalados. De todos modos, el mejor medio de seguir reduciéndola no es, desde luego, el de estrangular la mundialización liberal, que ha demostrado su valía.³ En América

¹ Jacques Julliard, «Sur une déculottée» [Sobre una bajada de pantalones], *Le Nouvel Observateur*, 19 de julio de 2001. Recuérdese que la reunión del Comité Olímpico Internacional que debía elegir la ciudad organizadora de los Juegos de 2008 se celebró en Moscú.

² Véase Guy Sorman, *El genio de la India*, Kairós, Barcelona, 2002.

³ Véase Jean—Claude Chesnais, *La Revanche du tiers monde* [La revancha del Tercer Mundo], Robert Laffont, 1987.

Latina, de 1950 a 1985, la renta real por habitante se duplicó en dólares constantes (valor de 1975), al pasar de 1.000 dólares anuales, aproximadamente, a un poco más de 2.000, es decir, el nivel de la Europa occidental hacia 1950. En 1985 México ocupaba un puesto de renta por habitante más alto a escala mundial que Italia en 1960. Durante los cinco decenios que acaban de transcurrir, América Latina en conjunto ha progresado un 5 por ciento, aproximadamente, al año. Ningún país europeo ha tenido un ritmo medio de crecimiento tan sostenido.¹ Esas cifras muestran hasta qué punto todas las cantinelas sobre «la pobreza que no cesa de agravarse» están inspiradas por la ignorancia o la pura mala fe. La pobreza que subsiste, las quiebras periódicas de la hacienda pública, la inflación y las huidas de capitales no son consecuencia de un subdesarrollo fundamental y supuestamente en aumento, sino de la incompetencia y la corrupción de los dirigentes, del despilfarro de la ayuda internacional y la persistencia de un sector público ruinoso e ineficaz.

Esta triste observación resulta aún más patente en el caso de África, único continente del Tercer Mundo en el que ha habido una efectiva pauperización *absoluta* y no sólo una agravación de la *distancia* respecto de los países ricos. Pero esa pauperización tiene causas *políticas*, no económicas.

Lo que ha destruido las economías africanas o ha obstaculizado su desarrollo es mucho más el estatismo que el mercado y el socialismo más que el capitalismo. En su mayoría, los países africanos, es decir, las minorías africanas educadas en Europa que pasaron a ser las clases dirigentes después de las independencias, adoptaron los sistemas soviético o chino. Se arrogaron, así, el poder absoluto y los medios para el enriquecimiento personal. En particular, de Argelia a Tanzania, tomaron prestada del comunismo la receta infalible para la ruina de la agricultura: la colectivización de las tierras y la creación de «cooperativas» rápidamente improductivas. No voy a extenderme sobre este asunto, que he abordado incansablemente en varios libros, con el apoyo de las cifras² y que expertos más competentes que yo han ilustrado mejor de lo que puedo hacerlo yo. Demostraciones inútiles, por desgracia, ya que los falsos amigos del Tercer Mundo en modo alguno quieren que los pobres sacien su hambre. Sólo quieren imputar al capitalismo una miseria que en África es sobre todo hija del socialismo.

Además de las mortíferas copias del koljozismo soviético—chino por las nomenclaturas de África y el desvergonzado saqueo de los recursos internos y de la ayuda exterior por las oligarquías locales, las incesantes guerras civiles o interestatales, las guerras de religión, las exterminaciones interétnicas, el racismo intertribal, las matanzas y los genocidios son las principales, si no las únicas, explicaciones de la caída de las poblaciones africanas en la indigencia a que han quedado reducidas. Las guerras civiles que exterminan y hacen padecer hambre a millones de habitantes y refugiados de la República «Democrática» del Congo desde 1997 son un ejemplo eminente de ello, pero no el único ni, por desgracia, el último. Habría que distribuir entre los opositores antimundialistas algunos millares de ejemplares de la obra maestra del escritor polaco Ryszard Kapuscinski, *Ébano*,³ descripción patéticamente espléndida de esa miseria africana provocada por los africanos y también diagnóstico de sus causas. Kapuscinski ha recorrido todo el continente durante años, pero los ricos seudorrevolucionarios de Seattle o de Gotemburgo en modo alguno desean conocer las verdaderas razones del cataclismo africano. No les interesa en modo alguno remediarlo. Les basta con creer y hacer creer que se debe a la mundialización liberal.

Uno de sus cánticos favoritos pide la ritual «anulación de la deuda del Tercer Mundo». El Papa dirige el coro y las clases políticas de todas las orientaciones entonan el estribillo. Ahora bien, quien dice deuda dice dinero previamente entregado al prestatario. No parece que se deba devolver lo que previamente se ha recibido. Ahora bien, ¿qué ha sido de esas sumas entregadas, por no hablar de las puras y simples donaciones que no eran préstamos? ¿Cómo y quién las utilizó? En Madagascar, ¿qué hizo Didier Ratsiraka con los miles de millones de francos franceses que recibió, plétora que el pueblo malgache hambriento nunca olió y deuda que François Mitterrand anuló en 1990, con lo que hizo pagar

¹ Denis—Clair Lambert, *19 Amériques latines, déclin et décollages* [Diecinueve Américas latinas, decadencias y despegues 1, Económica, 1985.

² Hay numerosos artículos al respecto, en particular en mi recopilación *Fin du siècle des ombres* [Diario de fin de siglo] (Fayard, 1999). Pero en todos mis libros anteriores desde *Ni Marx ni Jesús* (1970) hasta *El renacimiento democrático* (1992), pasando por *La tentación totalitaria* (1976), figuran capítulos en los que se aborda esa cuestión.

³ *Ébano*, Anagrama, Barcelona, 2003.

a los contribuyentes franceses la «calderilla» de un dictador, lo que se puede considerar al menos una incuria, por no decir algo peor? ¡Acuerdo conmovedor entre dos monarquías bananeras! Los periodistas de investigación harían bien en buscar el rastro en Suiza o en alguna otra parte de los miles de millones de dólares robados por el dictador nigeriano Sani Abacha muerto (¿asesinado?) en 1998. ¿De qué serviría anular la deuda de Robert Mugabe, típico «presidente—dictador», que ha amañado todas las elecciones y en veinte años ha logrado transformar uno de los países más fértiles de África en una tierra desolada?

Otra estrofa del cántico antiliberal habla de la exigencia de un «plan Marshall para África». Es un tópico que se repite sin cesar. Detallito molesto: planes Marshall para África ha habido varios desde hace cuarenta años, sin resultado. África ha disfrutado incluso —podríamos decir— de un «plan Marshall permanente».¹ De 1960 a 2000, recibió *cuatro* veces más créditos (¡no devueltos, claro está!) y ayudas por habitante que América Latina o Asia. ¿Por qué estos últimos continentes han despegado y África no?

Lo que los antiliberales se niegan a reconocer es, por una parte, que, en su mayoría, los llamados pueblos menos adelantados en general avanzan y, por otra, que los que retroceden deben ese infortunio sobre todo a azotes políticos internos y no sólo a causas económicas mundiales. Dejando de lado la excepción africana, el conjunto de los países pobres es hoy menos pobre que hace medio siglo. Así, pues, la mundialización ha sido globalmente positiva, pero resulta inútil acumular las pruebas y las cifras que lo demuestran, pues la buena fe nada puede hacer contra la mala. Toda explicación encaminada a revelar los progresos económicos debidos al capitalismo y a la libertad de intercambios o a determinar las responsabilidades locales en las regresiones y las hambrunas provoca un tornado de indignación virtuosa.

Así, en 2000 un economista, Albert Merlin, provocó replicas acerbas por haber publicado en *Les Échos*^{1 bis} un artículo en el que resumía y comentaba un informe del Banco Mundial, totalmente silenciado, por lo demás.² ¡Y con razón! Dicho informe, obra de dos economistas de competencia reconocida, David Dollar y Aart Krav, deja mal parado el dogma según el cual la mundialización engendra, supuestamente, pauperización. Demuestran lo contrario, gracias a una minuciosa retrospectiva, que abarca cuarenta años y 125 países. Según sus datos, el aumento de la renta en los países más pobres, los países que se encuentran en la quinta parte inferior de la escala, es porcentualmente la misma, a largo plazo, que la del conjunto de los países del resto del mundo. Además, el benéfico efecto del crecimiento general en los más pobres durante los cinco últimos años del siglo XX, los de mundialización más intensa, no se ha debilitado. Así, pues, la libertad de los intercambios y el mercado ejercen una influencia positiva en las rentas de los países pobres. Cuando la renta media por habitante en el planeta aumenta un 1 por ciento, la de los países pobres aumenta en la misma proporción, conforme a lo que Dollar y Krav llaman la ley de «*one to one*». Y Albert Merlin puede sacar esta conclusión: «Esa demostración basta (o debería bastar) para invalidar las tesis habituales sobre la pobreza en aumento y los horrores del libre cambio».

Se objetará que los economistas se equivocan con frecuencia. Es cierto, pero los economistas se equivocan —y no son los únicos!— *en sus previsiones*. Ahora bien, en ese informe del Banco Mundial no se trata de previsiones, sino de una descripción, de historia.

Si alguien se ha equivocado completamente en sus previsiones es el «padre de la ecología francesa» y del tercermundismo, René Dumont, tan celebrado en julio de 2001 en el momento de su muerte. En muchos artículos entonces dedicados a su obra y a su actuación, se lo elogió intensamente por haber «previsto» hacia 1960 que el aumento de los recursos alimentarios en el planeta no podría seguir el crecimiento demográfico. Esa «previsión» de Dumont no era original precisamente; era la repetición de la antigua tesis expuesta por Malthus en 1798 en su *Ensayo sobre el principio de la población*. Esa teoría ya había resultado falsa en el caso de Malthus. Fue ridiculizada en el caso de Dumont. El «Informe mundial sobre el desarrollo humano» (año 2001) muestra que la aportación calórica humana por habitante *en los países en vías de desarrollo* aumentó una cuarta parte, aproximadamente entre 1970

¹ La expresión es de Yves Plattard, que fue embajador de Francia en diversos países africanos.

^{1 bis} 20 de septiembre de 2000.

² Salvo en *The Economist*.

y 1997, ¡pese a que la población se duplicaba o triplicaba en la mayoría de esos países! Única excepción: África, por las razones —sin relación con la economía— que ya he expuesto.

En el arte de manipular términos cuyo sentido no se entiende o, en todo caso, no se explica, la expresión «umbral de la pobreza» ocupa un lugar primordial. No hay diario impreso, radiofónico o televisivo en el que no se nos aseste la afirmación de que determinado porcentaje espantoso de la población de determinado país o del planeta entero «vive por debajo del umbral de la pobreza», pero no se nos da nunca la definición científica de dicho umbral.

Se calcula el umbral de la pobreza en función de la renta *mediana* (no *media*, sino mediana) en cada uno de los países. Así, pues, tomando la renta que se sitúa en la mitad de la escala, se traza otra línea que divide, a su vez, en dos la mitad de abajo. Se clasifican entre los pobres, en cada uno de los países, todos los hogares cuya renta se encuentre en el cuarto inferior de toda la escala. Así, pues, es evidente que el «pobre» en modo alguno tiene el mismo nivel de vida en un país muy rico, en el que la renta mediana es muy elevada, y en un país muy pobre, a su vez, o incluso que se encuentre en la media de las rentas. El «pobre» americano o sueco sería un nabab en Nepal. Y, sin necesidad de ir hasta el Himalaya, y por mencionar países honorablemente desarrollados, aunque no figuren entre los más ricos, podemos observar que un pobre americano actual goza de una renta (unos ocho mil dólares al año en el caso de un individuo aislado) casi equivalente a la renta *media*, correspondiente a una vida desahogada, considerada totalmente decorosa, en Portugal o en Grecia. Y el «pobre» americano tiene incluso una renta *superior*, pues, al quedar «por debajo del umbral de la pobreza», tiene acceso instantáneamente a los subsidios y otras ventajas del *Welfare*. ¡Cuántas proclamaciones engañosas en nombre de ese concepto, tanto más propalado cuanto más nebuloso resulta, de «umbral de la pobreza»!

Al propalar la mentira según la cual la mundialización empobrece, supuestamente, a los más pobres, los opositores «ciudadanos» obedecen a una doble pasión. Por una parte, la pasión antiamericana, que se remonta a la guerra fría e incluso a épocas anteriores; por otra, la pasión antiliberal tradicional de la izquierda. Una masa flotante de unos centenares de miles de manifestantes compensa así su frustración por haber visto fracasar todos los socialismos y todas las revoluciones. Esos «revolucionarios sin revolución»¹ carecen de programa inteligible alguno que pudiera substituir a la mundialización. Su retórica ni siquiera tiene ya la coherencia facticia de las ideologías totalitarias del pasado. Al berrear consignas, se hacen la ilusión de pensar. Al devastar ciudades e intentar impedir la celebración de reuniones internacionales, se hacen la ilusión de actuar.

El odio a la civilización liberal es, como decía, la clave de la obsesión antiamericana de muchos y se remonta a una época lejana del pasado. En mayo de 1944 Hubert Beuve-Méry, el futuro fundador y director de *Le Monde*, escribía: «Los americanos constituyen un auténtico peligro para Francia, un peligro muy diferente de aquel con que nos amenaza Alemania y con el que podrían amenazarnos en su momento los rusos... Los americanos pueden impedirnos hacer una revolución necesaria y su materialismo ni siquiera tiene la grandeza trágica del de los totalitarios. Si bien conservan un auténtico culto por la idea de Libertad, no experimentan la necesidad de liberarse de las servidumbres que entraña el capitalismo».²

Para formular semejante opinión en un momento en que el futuro desembarco aliado podía aún fracasar, en que la potencia nazi, aunque disminuida, seguía esclavizando a Europa, en que se sabía lo que era el estalinismo, había que tener una jerarquía de valores y peligros según la cual la amenaza liberal prevalecía sobre todas las demás.

¹ André Thirion, *Révolutionnaires sans révolution*, memorias, Robert Latlmit, 1972.

² *Réflexions politiques 1932—1952*, Editions *Le Monde y Seuil*, 1951.

4

¿Por qué tanto odio?...
¡Y tantos errores!

No sin cierta provocación, se podría afirmar que no existe una cuestión americana en sí. La única, la verdadera, cuestión es la de las relaciones que los Estados Unidos mantienen con el resto del mundo. Relaciones prácticas, morales y (tal vez las más importantes)... imaginarias.

Quiero decir que la principal dificultad no es la de *conocer*, los Estados Unidos tal como son, en su funcionamiento interno como sociedad y en su proyección exterior como superpotencia, con sus cualidades y sus defectos. La documentación seria sobre las múltiples facetas y los basamentos de la realidad americana es más que abundante. No cesan de aparecer en todas las lenguas, al menos en las europeas, libros y artículos cargados de informaciones exactas (si no se está dispuesto a rehuirlas) y reflexiones escrupulosas sobre las políticas interior y exterior americanas. Respecto de la vida social y cultural del país, abundan los estudios eruditos, a los que se suma una abundancia de reportajes llenos de observaciones originales cuidadosamente comprobadas y confirmadas. Por lo demás, los propios periodistas americanos han hecho notoriamente escuela en ese género, por no decir que lo han creado.

Así, pues, quien quiera informarse sobre los Estados Unidos dispone de todos los medios para lograrlo, incluso sin visitarlos. Si se está mal informado, aun habiéndolos visitado con frecuencia, quiere decir que es algo deliberado. ¿Por qué esa parcialidad? Se me responderá que la mayoría de los seres humanos tienen ocupaciones más urgentes que pasar sus jornadas devorando bibliotecas enteras y gruesos legajos de recortes de prensa o que no pueden hacerlo, en particular en los países, aún demasiado numerosos, en los que predomina el analfabetismo. Naturalmente. Pero esa observación totalmente fundada no hace otra cosa que desplazar hacia arriba el origen de la voluntad de ignorar o mentir. En efecto, el papel y el cometido de los transmisores de información y los creadores de opinión —periodistas de los medios de comunicación de masas, profesores, protagonistas políticos o predicadores ideológicos— debería ser el de mediar entre el público y las fuentes de conocimiento que dichos profesionales, por su parte, tienen, dada su profesión, el tiempo y el deber de adquirir. Después les incumbiría difundirlos y ponerlos al alcance de su auditorio. El periodista, a semejanza de cualquier «comunicador», es a la vez historiador del presente y pedagogo de sus lectores u oyentes. Si utiliza las tribunas de que dispone con vistas a la celebración narcisista de sus propias ideas preconcebidas en lugar de ponerlas al servicio de los hechos, perjudica a su público y lo traiciona. Precisamente porque los Estados Unidos son una superpotencia geoestratégica y en muchos sentidos un crisol de comportamientos sociales y culturales imitados en el mundo entero, conviene conocerlos bien, sobre todo por parte de quienes quieren reducir su influencia. Pues se trata de un objetivo que sólo se puede alcanzar oponiéndole propuestas contrarias y pertinentes, que deben basarse en una apreciación correcta de los aspectos sobre los que es deseable y posible actuar con eficacia. Quien se limita a repetir un resentimiento inspirado por prejuicios se condena a sí mismo a la impotencia.

No es que la sociedad americana esté —insisto— exenta de defectos, ¿qué sociedad podría estarlo? Todo el mundo tiene derecho a criticarlos. No es que América no cometa errores y abusos en su política exterior. ¿Qué país no los comete? Y los suyos tienen consecuencias tanto más nefastas cuanto que es un país hegemónico. Así, pues, conviene descubrirlos y denunciarlos. Ahora bien, es necesario que dichas críticas y denuncias se refieran a los verdaderos defectos y errores y también que quienes desprecian a América no pasen por alto, consciente o inconscientemente, sus cualidades y sus éxitos. Cuando el examen y el análisis, ante los aspectos negativos y los positivos, carecen de verdad e imparcialidad, ensoberbecen seguramente a quienes lo hacen con una falsa ilusión de revancha y del goce onírico de una superioridad facticia, pero en la esfera de la acción, que es la de la política, contribuyen a debilitarlos aún más.

Tomemos la creencia, rápidamente dada por demostrada, según la cual los Estados Unidos habían establecido una censura de prensa y de los medios de comunicación durante las semanas que siguieron a los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra Nueva York y Washington. ¿De qué se trataba? La cadena de televisión de Qatar Al Jazira había difundido una declaración del jefe terrorista Osama ben Laden, después recogida por la CNN. Dicha declaración expresaba la alegría de su autor ante la idea de que miles de americanos hubieran muerto, por una parte, y, por otra, constituía un llamamiento para que se cometieran nuevos asesinatos. Por último, según especialistas no sólo americanos, sino también franceses, del terrorismo, tal vez contuviera mensajes cifrados destinados a agentes «durmientes» en los Estados Unidos y en Europa para darles instrucciones con vistas a la comisión de nuevos atentados. Así, pues, al Gobierno y al Congreso americanos les pareció prudente incitar a las televisiones y a los radios a abstenerse de difundir semejantes mensajes o al menos dar prueba de desconfianza y discernimiento antes de emitirlos. ¿Qué gobierno que se hubiera abstenido de actuar así no habría sido acusado de negligencia criminal? Por las mismas razones, el Departamento de Estado ordenó a la «Voz de América» que no propagara una entrevista con el *mulá* Omar, otro dirigente terrorista, próximo a Ben Laden.

En cuanto al control de Internet, se explicaba de sobra por el descubrimiento —demasiado tardío, por desgracia— de que los futuros pilotos de los aviones suicidas que iban a estrellarse contra las torres del World Trade Center habían intercambiado numerosos correos electrónicos con toda tranquilidad. Si el FBI y la CIA, cuyo fallo no se cesaba de pregonar, y con razón, hubieran mantenido entonces —se repetía por doquier— Internet bajo vigilancia, habrían podido descubrir la naturaleza sospechosa de ciertos mensajes y someter a vigilancia a sus expedidores y sus destinatarios.

Esas reacciones y esas precauciones (sobre todo a juicio de Francia, que ha elevado al rango de dogma teológico su famoso «principio de precaución» en relación con la carne de bovino) deberían haber sido, aun cuando se hubieran discutido e impugnado en su momento, objeto de comprensión, cuando se trataba de miles de cadáveres americanos y la preocupación legítima de las autoridades por precaverse contra posibles peligros futuros.

En lugar de comprensión, los americanos vieron elevarse contra ellos, en los medios de comunicación del mundo entero, un concierto de imprecaciones. ¡América había instaurado la censura, había suprimido la libertad de prensa, había violado la Primera Enmienda de su Constitución! «La propaganda hace furor en los medios de comunicación americanos». ¹ Éstos se habían vuelto «la voz de su amo». ²

¡Exageraciones infundadas! ¿Acaso mil millones de musulmanes que viven en países que nunca han conocido ni la democracia ni la sombra de una libertad de prensa estarían calificados para defenderlas contra la única nación del globo en la que nunca han sido suprimidas? En cuanto a Francia, por citar sólo a ella en Europa y por remontarnos sólo hasta una fecha relativamente reciente, ¿ha olvidado ya el período de la guerra de Argelia, en el que sus radios y su televisión obedecían a una vigilante censura de Estado y en el que no pasaba semana sin que la policía retirara un periódico de la circulación por «atentar contra la moral del Ejército»?

Además, quienes despreciaban la «censura» americana omitían, naturalmente, que en los Estados Unidos también los periódicos advertían todos los días contra los riesgos que todo estado de guerra hace correr a la libertad de opinión e información. ³

En otra esfera, las medidas adoptadas después del 11 de septiembre con vistas a prevenir los ataques terroristas (medidas semejantes a las adoptadas en Europa, por lo demás) provocan, también allende el Atlántico, las protestas de los grupos de defensa de las libertades. Vigilar a los sospechosos, Internet o las cuentas bancarias, conceder a la policía el derecho a hacer abrir los maleteros de los automóviles son precauciones denunciadas como «totalitarias» por ciertas organizaciones americanas como por la Liga de Derechos Humanos en Francia. Sin embargo, en este caso no se trata de perpetuar regímenes totalitarios, sino de proteger a regímenes democráticos.

Peor aún: en los Estados Unidos esas organizaciones han impedido, desde hace algunos años, la votación de una ley encaminada a autorizar a las policías y los servicios de información a que pongan en

¹ Título de un artículo de *Le Monde* (3 de octubre de 2001).

² *Jeune Afrique—L'Intelligent*, 16 de octubre de 2001, título de un editorial firmado por Tariq Zemmouri.

³ Véase, por ejemplo, *When the press is asked: what side are you on?* «Cuando se pregunta a la prensa con qué bando está» por Marvin Kalb, *International Herald Tribune*, 12 de octubre de 2001.

práctica semejantes medidas preventivas. Si hubieran estado en vigor antes, tal vez hubiesen permitido impedir los desastres de Nueva York y Washington. No vale la pena burlarse —no sin razón, por lo demás— de la ineficacia del FBI y de la CIA, pues, como se demostró después, habrían podido localizar fácilmente y por adelantado a los futuros pilotos kamikazes de los vuelos terroristas, si al mismo tiempo el legislador les deniega los poderes especiales necesarios.

Ahora bien, eso fue precisamente lo que ocurrió. Después de los atentados de 1998 contra embajadas americanas en África, el Congreso constituyó una Comisión Nacional sobre el Terrorismo (*National Commission on Terrorism*, llamada NCT), encargada de preparar un proyecto de ley con vistas a reformular la política antiterrorista. Dicha comisión subrayó y demostró en su informe que el Gobierno de los Estados Unidos no se había dotado hasta entonces de los medios para prevenir una acción de Al Qaeda (la red mundial de Ben Laden) en suelo americano incluso y que «la amenaza de ataques con pérdida de vidas humanas en masa en nuestro territorio no cesa de aumentar». La portada del informe iba adornada incluso —premonición o azar casi increíbles— ¡con una foto de las dos torres del World Trade Center!

¿Qué cree el lector que ocurrió? Múltiples ligas, asociaciones y organizaciones hablaron al instante de una «sombra fatal» sobre las libertades. El Instituto representativo de los arábigoamericanos se quejó de un «regreso a los días más negros de la época mccarthysta». El encargado de los derechos del ciudadano en el propio gobierno de Clinton censuró incluso ala NCT, ¡deplorando que en el informe se señalara con el dedo injustamente a americanos de origen árabe! Ahora bien, ¡en el informe no hay una sola palabra sobre ellos! Para otros, con ese texto se trataba visiblemente de satisfacer a los antiguos «halcones» que, por estar privados de enemigos desde el fin de la guerra fría, se inventaban con el terrorismo una amenaza hecha a su medida. En una palabra, la campaña fue tan ruidosa, que el proyecto de ley fue enterrado y nunca llegó a ser ley... con las consecuencias que sabemos.¹

Aunque sea el más espectacular, no es el único ejemplo, ni mucho menos, de análisis o artículos americanos en los que se evaluaba con perspicacia la probabilidad de una guerra terrorista de tipo nuevo dentro incluso del país. Que los defensores de los derechos humanos no lograran tener en cuenta también los derechos de la defensa nacional, que consiguieran la relegación de esas previsiones al rango de vaticinios delirantes y racistas debidos a obsesos de la seguridad, muestra una vez más la ingenua ceguera de los regímenes democráticos. Mientras no les ha caído la desgracia en la cabeza, procuran al máximo permanecer vulnerables, pero esa ingenuidad suicida en ningún caso autoriza a los europeos a blandir una supuesta decadencia del sentido de las libertades en los Estados Unidos de América, como si el peligro «fascista» existiera de forma preponderante en los Estados Unidos, país que, en doscientos veinte años, no ha conocido ni una sola dictadura, mientras que Europa las ha coleccionado.

El principal reproche que se puede hacer a la «hiperpotencia» de los americanos podría ser el de haber alterado mentalmente al resto de la especie humana. Ha vuelto a unos sedientos de venganza y ha alterado la capacidad de observación y razonamiento de los otros, en grados diversos, pero siempre de forma perjudicial para su lucidez.

Así, las operaciones en Afganistán, después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos fueron rápidamente presentadas, en sectores no despreciables de la opinión, los partidos políticos y la prensa de Europa, como una agresión americana unilateral. Washington, presa bruscamente de a saber qué trance, había tomado, supuestamente, la iniciativa sin que ningún acontecimiento previo pudiera explicar, aparentemente, ese gesto «imperialista». No me refiero siquiera a los dirigentes y los editorialistas africanos, que compartieron casi unánimemente esa visión de las responsabilidades en el desencadenamiento de la intervención americana. Se lo esperaban. También se lo esperaban en América Latina, donde el antiamericanismo está orgánicamente vinculado con la historia de ese subcontinente. Sirve en él de fantasma compensatorio por el relativo fracaso de la América del Sur respecto de la América del Norte. Como escribe el gran pensador venezolano Carlos Rangel: «Para los latinoamericanos constituye un escándalo insoportable que un puñado de anglosajones, llegados al hemisferio mucho después que los españoles y en un clima tan crudo, que poco faltó para que ninguno de ellos sobreviviese a los primeros inviernos, hayan llegado a ser la primera

¹ Véase el relato completo de ese escándalo en *The New Republic* (8 de octubre de 2001); Franklin Foer, «Sin of Commission, how an antiterrorist report got ignored» [Pecado de Comisión: así se desatendió un informe antiterrorista].

potencia del mundo. Sería necesario un impensable autoanálisis colectivo para que los latinoamericanos pudieran mirar de frente las causas de ese contraste. Por eso, aun sabiendo que es falso, todos los dirigentes políticos, todos los intelectuales latinoamericanos están obligados a decir que todos nuestros males encuentran explicación en el imperialismo norteamericano».¹

En cambio, se esperaba una reacción más matizada de Europa, donde el antiamericanismo es, pese a todo, menos automático y menos virulento que en África o en América Latina, ya que el fracaso relativo es menos pronunciado en ese continente. Y es cierto que en la Unión Europea los gobiernos y las opiniones públicas se solidarizaron mayoritariamente y sin reservas con los Estados Unidos para deplorar la agresión de que ese país acababa de ser víctima. No obstante, minorías importantes, en los antiguos y los nuevos partidos de izquierda —los Verdes en particular—, y una casi mayoría entre los adversarios de la mundialización o entre los intelectuales, ¡se aferraron sin demora al soniquete según el cual las hostilidades no habían comenzado en realidad hasta la réplica americana a los atentados! Toda la primera parte del guión estaba borrada, como lo había estado, cuando la guerra del Golfo, para aquellos, muy numerosos, para quienes la agresión *inicial*, la causa absoluta de esa guerra, era la ofensiva de la coalición de veintiocho países —¡no todos americanos!— para expulsar al ejército iraquí, el 16 de enero de 1991, y en modo alguno era la invasión de Kuwait por Iraq, el 2 de agosto de 1990. Curioso sentido de la cronología...

Sin embargo, el mismo sentido fue el que incitó a ciento trece intelectuales franceses a lanzar un llamamiento contra la «cruzada imperial» en Afganistán. «Esa guerra no es la nuestra —proclamaban—. En nombre del derecho y de la moral *del más fuerte* [y no porque tres mil personas habían sido asesinadas] la armada (*sic*) occidental administra su justicia celestial».² ¿Por qué celestial? Si alguien se cree celestial en todo ese asunto, son más bien los islamistas, que en diez minutos asesinan a miles de civiles inocentes en nombre de Alá. Son también ellos quienes en Nigeria o en Sudán cometen matanzas de cristianos, porque éstos se niegan a someterse a la sharia. Tan sólo en septiembre y octubre de 2001, varios centenares de cristianos nigerianos fueron exterminados en nombre de Alá sin que nuestros ciento trece intelectuales tuvieran nada que decir al respecto. Cierto es que Bush empleó la palabra cruzada para referirse a la necesaria movilización internacional contra el terrorismo, pero para cualquier oyente de buena fe resulta evidente que con ello se proponía abogar por una unión de las democracias en esa lucha y no de una guerra «santa». Una vez más, son los islamistas los que se creen encargados por Alá para hacer la guerra santa, como no cesan de gritar. Ésa es la evidencia para todos, salvo para los ciento trece intelectuales. Una vez más, invierten los papeles y atribuyen a las democracias toda la gama de los sentimientos «celestiales», megalómanos, delirantes y homicidas que caracterizan al terrorismo islámico.

En el mejor de los casos, a costa de una indulgencia meritoria, los americanófilos ponen en pie de igualdad y no dan la razón a ninguna de las dos partes: ni a los terroristas ni a los que se proponen oponerles resistencia. Así, centenares de miles de pacifistas, en los propios Estados Unidos y en Europa (en Italia, en particular), se manifestaron el domingo 14 de octubre de 2001 blandiendo pancartas en las que se podía leer: «No al terrorismo, no a la guerra», lo que resulta casi tan inteligente como gritar: «No a la enfermedad, no a la medicina». Como escribió entonces Marco Pannella, el carismático fundador del Partido Radical italiano: «Desde 1938, sabemos perfectamente cuál es el enemigo supremo contra el que luchar en nombre de la paz. Los pacifistas lanzaban entonces la lucha sagrada contra las plutocracias demojudaicas de Londres, París o Nueva York».³ En 1939, después del pacto soviético-nazi, los comunistas franceses exhortaron, en nombre de la lucha contra el capitalismo, a los obreros de las fábricas de armas a que sabotearan su trabajo e incitaron a los soldados a desertar, cuando faltaban pocas semanas para que los ejércitos nazis ocuparan París. Pero, prosigue Pannella, «había que oponerse a una guerra imperialista. O sea, ni que decir tiene, imperialista únicamente en París, no en Berlín ni en

¹ Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Monte Ávila, Caracas, 1976.

² *Le Monde*, 21—22 de octubre de 2001. La cifra de 6.000 víctimas, considerada válida justo después del suceso, fue revisada más adelante y reducida hasta 4.000 o incluso 3.000. Pero se trata, al parecer, de las víctimas cuyos cuerpos han sido encontrados e identificados, pues entre ellas figuran numerosos visitantes y no existe medio alguno para determinar su presencia en las torres en la hora fatal.

³ *Il Corriere dell'Umbria*, domingo 14 de octubre de 2001.

Moscú». Los pseudo—«pacifistas», embargados de odio a la democracia, son los servidores de una impostura que no es nueva.

Otro argumento que movió a los pacifistas unilaterales a condenar la réplica americana¹ es precisamente el de que era una réplica. Los Estados Unidos, decían, habían cedido supuestamente a un vil deseo de revancha. Para satisfacer ese impulso vindicativo, no vacilaron en lanzar bombardeos, entre cuyas víctimas debían contarse inevitablemente civiles afganos. Ahora bien, habría habido que «negociar», encontrar una solución «práctica». ¡Hombre, claro! Ya se sabe: las democracias se niegan siempre a negociar. Sólo los fanáticos sanguinarios son adeptos de la transacción.

Equivale a olvidar o, mejor dicho, a pasar por alto voluntariamente lo esencial: el objetivo de la contraofensiva americana no era la venganza, sino la defensa. Su fin era la eliminación del terrorismo en el futuro. La amenaza terrorista mundial, que va dirigida también contra Europa, no concluyó el 11 de septiembre de 2001. El comienzo o la amenaza del terrorismo bacteriológico después de aquella fecha lo muestra claramente. Lo que se podía reprochar a las democracias en aquellos instantes trágicos (no para los ciento trece) era más bien que no hubiesen tenido en cuenta antes numerosas informaciones alarmantes, que se hubieran decidido a prevenir el peligro demasiado tarde, según su costumbre inmemorial, que hubieran esperado, para empezar a hacerlo, a que se produjera una catástrofe. ¿Tenían la culpa los Estados Unidos de que Afganistán fuese el país en el que se ocultaba el jefe principal de las redes terroristas islámicas y, por tanto, fuera en ese país en el que se hubiese de intervenir en primer lugar? Por desgracia, no se podía hacer sin riesgo —y pese a todas las precauciones adoptadas— para la población civil, pero en la fecha de inicio de las operaciones era más bien en Nueva York y en Washington, no en Kabul, donde se contaban por millares las víctimas civiles. Parece que para ciertos «humanitarios» hay «buenas» víctimas civiles: las víctimas americanas.

En cuanto a la «negociación» y la búsqueda de una solución «política», me gustaría mucho que las mentes ingeniosas que las propugnan me explicaran qué resultado da su brillante y original idea con los Ben Laden y otros Sadam Husein. ¿Por qué no han propuesto a estos últimos participar en una conferencia internacional en un país neutral y bajo la égida de las Naciones Unidas? Así habríamos podido comprobar la amplitud de su éxito. ¿Hasta tal punto ignoran el funcionamiento de la mentalidad terrorista?

Es cierto que, a fuerza de querer a toda costa quitar la razón a los mismos, se pierden de vista las realidades, como también la cronología de los acontecimientos. ¿Qué importan los imperativos de la geografía o de la estrategia? En su frenesí acusador antiamericano, ciertos humanitarios perdieron incluso la cabeza hasta el punto de acusar a los Estados Unidos de querer matar a los civiles, al lanzar sobre el territorio afgano... paquetes de víveres al tiempo que bombas. Aparte de que no se lanzaban los unos en los mismos lugares que las otras, ese remedio para salir del paso obedecía a la intención de limitar lo más posible las consecuencias de la interrupción del envío de socorro por carretera. ¿Por qué ocultar que los Estados Unidos habían sido, de 1980 a 2001, los principales dispensadores de la ayuda humanitaria en Afganistán y que el 80 por ciento de los víveres que las ONG distribuían en ese país en el marco del Programa Mundial de Alimentos corrían a cargo de América? ¿No habría consistido la más elemental probidad en reconocerlo en primer lugar, aunque se deseara a toda costa criticar los lanzamientos en paracaídas destinados a paliar la interrupción forzosa de los convoyes?

Para no verse convertidos en «agresores», los Estados Unidos deberían haberse abstenido de dar respuesta alguna al terrorismo internacional y de intentar acosar a sus jefes. «Bombardear a un país exangüe es absurdo; hacen falta soluciones políticas»,² dijo, por ejemplo, un intelectual y diplomático iraní de gran talento, Ihsan Naraghi, al que los ayatolás de la República islamista obligaron, por lo demás, a pasar una temporada «política» en la cárcel en la época de su «revolución». Equivale a olvidar que los americanos bombardearon Afganistán tan sólo en la medida en que Ben Laden y sus hombres habían encontrado en él un refugio, gracias a la complicidad de los talibanes, con los cuales resultó inútil negociar. No fue el pueblo afgano en cuanto tal el blanco de las operaciones aéreas americanas, sino las instalaciones militares de los talibanes, si bien sabemos que, por desgracia, cualquier bombardeo, aun

¹ Angloamericana, en realidad, con una modesta cooperación de Francia y algunos otros, en la esfera de la información ante todo.

² En *Jeune Afriqueur L' Intelligent*, 23 de octubre de 2001.

cuando se procure circunscribirlo, ha de causar por fuerza víctimas civiles. Pero, al cabo de unos días, en la prensa internacional y en las organizaciones humanitarias ya sólo se hablaba de los bombardeos americanos y sus víctimas civiles afganas, cuyo número sólo facilitaban, por lo demás, los propios talibanes, ya que éstos impedían a los periodistas extranjeros ir a hacer sus propias investigaciones *in situ*.

Cierto es que la mayoría de los gobiernos democráticos, fueran cuales fuesen las diferencias y las divergencias que existieran entre ellos, permanecieron conscientes del único peligro real que se debía evitar, el de ese nuevo terrorismo que, con su amplitud, su riqueza, sus medios técnicos y sus ramificaciones, los amenazaba a todos más o menos o los amenazaría tarde o temprano. Pero las opiniones públicas y los medios de comunicación, sobre todo en los países musulmanes, pasaron a considerar muy rápidamente la intervención en Afganistán como un fenómeno aislado, sin antecedente que lo explicara, y una lucha no contra Ben Laden, sino contra todo el Islam y, sin embargo, el terrorismo de los integristas islámicos amenazaba a varios Gobiernos en países musulmanes también: Túnez o Egipto, por ejemplo.

Los días 11 y 12 de septiembre, ante las ruinas y los miles de cadáveres, éramos «todos americanos». Pero, al cabo de cuarenta y ocho horas, se oían algunas notas discordantes. ¿No había que preguntarse por las causas profundas, las «raíces», del mal que habían movido a los terroristas a su acción destructiva? ¿No tenían los Estados Unidos una parte de responsabilidad en su propia desgracia? ¿No había que tener en cuenta los sufrimientos de los países pobres y el contraste de su miseria con la opulencia americana? Esa argumentación cuya falsedad ya he demostrado no se expresó únicamente en los países cuya población, exaltada por la *yihad*, aclamó ya en los primeros días la catástrofe de Nueva York, castigo bien merecido, a su juicio. Se abrió paso también en las democracias europeas, donde muy pronto se dio a entender aquí y allá que el deber de llorar a los muertos no debía ocultar el derecho a analizar los motivos.

¿Cuáles son las verdaderas causas del ataque del 11 de septiembre de 2001 contra Nueva York y Washington, que más parece un acto de guerra que un atentado terrorista?

La causa principal hay que verla sin discusión en el resentimiento que no cesa de intensificarse contra los Estados Unidos, sobre todo desde el hundimiento comunista y el surgimiento de América como «única superpotencia mundial», según la expresión despreciada y consagrada. Esa execración es particularmente marcada en los países islámicos, a causa de la existencia de Israel, atribuida exclusivamente a América, pero está presente más discretamente en toda la superficie del planeta, incluida Europa, donde en algunas capitales ha sido elevada al estatuto de idea fija y principio casi único en política exterior.

Así, se imputan a los Estados Unidos todos los males, reales o supuestos, que afligen a la Humanidad, desde la bajada de los precios de la carne de bovino en Francia hasta el sida en África y el posible calentamiento de la atmósfera. Los primates vociferadores y camorristas de la antimundialización, en desherencia de maoísmo, echan la culpa, en realidad, a América, sinónimo de capitalismo. Esa obsesión acaba provocando una auténtica irresponsabilización del mundo.

Tomemos el caso de Israel. Se puede discutir la creación de ese Estado en Palestina, pero una cosa es segura: es el resultado directo del antisemitismo europeo. Por lo demás, entre los pogromos y el Holocausto, muchos más judíos europeos emigraron a América que al Oriente Próximo. Es cierto que los Estados Unidos apoyaron a Israel desde su nacimiento, si bien no fueron los únicos, pero no son la causa de ese nacimiento.

En cuanto a la «hiperpotencia» americana, que tanto quita el sueño a los europeos (no se les recordará bastante), deberían preguntarse por sus propias responsabilidades en la génesis de esa preponderancia. Pues, que yo sepa, fueron los europeos los que hicieron del siglo XX el más negro de la Historia. Fueron ellos los que provocaron los dos apocalipsis que fueron las dos guerras mundiales. Fueron ellos los que inventaron los dos regímenes políticos más absurdos y más criminales jamás infligidos a la especie humana. Si la Europa occidental en 1945 y la Europa oriental en 1990 eran un campo de ruinas, ¿de quién fue la culpa? El «unilateralismo» americano es la consecuencia, no la causa, de la disminución de potencia del resto del mundo, pero se ha adoptado la costumbre de invertir los papeles y acusar a los

Estados Unidos a cada paso. ¿Cómo asombrarse de que tanto odio acumulado acabe incitando a unos fanáticos a compensar con una carnicería «unilateral» sus propios fracasos?

Según se nos repite machaconamente, el terrorismo antiamericano se explica supuestamente o incluso se justifica por la «pobreza en aumento» que supuestamente propaga el capitalismo mediante la mundialización, orquestada por los Estados Unidos. Ése es el tema que se difunde por los círculos de Attac,¹ en la revista *Politis*, entre los Verdes alemanes, los intelectuales latinoamericanos y varios editorialistas africanos. En los propios Estados Unidos, la extrema izquierda (*radical left*) ha organizado manifestaciones para propagar ese lema. También es la convicción del célebre juez Baltasar Garzón (*El País*, 3 de octubre de 2001), para quien un crimen sólo lo es, si lo comete Pinochet, o del premio Nobel Dario Fo (*Corriere della Sera*, 15 de septiembre de 2001), quien escribe: «¿Qué son los veinte mil muertos de Nueva York (*sic*) en comparación con los millones de víctimas que causan todos los años los grandes especuladores?» La concesión del premio Nobel de literatura a una nulidad literaria como Dario Fo hizo dudar de la competencia al respecto de la Academia de Estocolmo. Por fin se ha disipado el equívoco: en realidad, quería concederle el premio de economía.

Sin embargo, todo el mundo puede comprobarlo: desde hace cincuenta años, en lo que en tiempos se llamaba el Tercer Mundo ha habido un triple aumento: el de la renta media, el de la población y el de la esperanza de vida. Esta última se había más que duplicado en el conjunto de los llamados países menos adelantados, antes de que un factor imprevisto, de origen exterior a la economía, la epidemia del sida, la hiciera retroceder de nuevo. Que Pakistán, que siempre había superado a la India, esté hoy detrás de ella no se debe al capitalismo mundializador, sino a las nacionalizaciones socializantes del Zulfikar Ali Bhutto. Bangladesh, pese a su exceso de población y su falta de recursos naturales, ha podido alcanzar la autonomía alimentaria.

En cuanto a la excepción africana, vuelvo a insistir: se debe mucho más al estatalismo y al socialismo que al liberalismo y al capitalismo. Son sobre todo sus incesantes guerras civiles que no cesan de desgarrar ese continente. Las causas del naufragio africano son más políticas e ideológicas o tribales que económicas.

Lo mismo ocurre con el terrorismo. El otro error que cometen quienes afirman la culpabilidad americana en los atentados de septiembre consiste en creer que se pueden cortar las raíces del terrorismo con una política de desarrollo y modernización, que de todos modos existe. El terrorismo vasco no se debió a que el País Vasco fuese más pobre que el resto de España. Era, al contrario, una de sus regiones más prósperas. El mundo musulmán, origen del hiperterrorismo actual, cuenta con algunos de los países más ricos del planeta, empezando por Arabia Saudí, que financia las redes de Osama ben Laden y a muchos otros integristas, en Argelia o en Europa. El terrorismo islámico en general es hijo de una idea fija religiosa, no de un análisis de las causas de la pobreza. No puede propiciar mejora alguna de la suerte de las sociedades atrasadas. Al contrario, rechaza como incompatibles con el Corán todos los remedios que podrían contribuir a dicha mejora: la democracia, la laicidad, la libertad intelectual, la igualdad del hombre y la mujer, la apertura a otras culturas, el pluralismo crítico.

Mucho peor aún: el hiperterrorismo inaugurado en Nueva York ha sido la causa indirecta de un retroceso de los países más pobres. La crisis económica que ha provocado o agravado en los países industrializados ha acarreado una reducción de sus importaciones procedentes de las regiones menos avanzadas, una regresión del turismo dirigido a esas mismas regiones y una disminución de las inversiones privadas en las regiones en vías de desarrollo. Según el Banco Mundial, las inversiones al respecto disminuyeron de 240.000 millones de dólares en 2000 a 160.000 millones en 2001. Según el presidente de ese mismo banco, diez millones de personas en el Tercer Mundo han vuelto a quedar, por esa razón, por debajo del nivel de un dólar al día de renta; decenas de miles de niños más corrían peligro de morir de hambre, se han destruido centenares de millones de puestos de trabajo. A cada nueva oleada de terrorismo —y no han sido escasas, desde hace treinta años, en todos los continentes—, vemos reaparecer el mismo razonamiento o la misma pregunta: ¿qué criterio objetivo permite distinguir a un terrorista de un resistente? El mismo individuo es un terrorista, a juicio de unos, y un combatiente de la libertad, a juicio de otros. ¿Acaso no llamaba la Gestapo terroristas a quienes los patriotas franceses

¹ «Action pour une taxation des transactions financières et pour l'aide aux citoyens» [Acción en pro de una fiscalidad de las transacciones financieras y de la ayuda a los ciudadanos]. Grupo neomarxista.

llamaban resistentes durante los años de ocupación? Así, pues, abstengámonos de clasificar dentro del terrorismo toda acción violenta que nos desagrada.

Ese relativismo no ha cesado de resurgir después del 11 de septiembre. La agencia británica Reuters dio incluso, al final de septiembre, la orden a sus periodistas de prescindir del empleo del término «terrorista» para calificar los atentados de Nueva York y Washington o para designar a sus autores. Esos escrúpulos honran a quienes los sienten, pero parecen excesivos, porque se abstienen de hacer un análisis más preciso. Para distinguir a un terrorista de un auténtico luchador por la libertad, existen criterios menos subjetivos que el de nuestro punto de vista personal, según el bando al que pertenezcamos o por el que sintamos simpatía. ¿Cuáles? Se puede considerar legítima la violencia, si es efectivamente el único medio para intentar recobrar la libertad. Así es en caso de que se sufra una dictadura que suprima los derechos humanos, sobre todo si es totalitaria y, más en particular, si es obra de un ejército de ocupación extranjero. Ahora bien, casi ninguno de los movimientos terroristas que han hecho —o hacen aún— estragos desde hace treinta años no constituye una respuesta a esa situación, Las Brigadas Rojas en Italia, la Fracción del Ejército Rojo en Alemania, Acción Directa en Francia, ETA en el País Vasco español desde 1977, los nacionalistas corsos, el IRA en Irlanda del Norte, Sendero Luminoso en Perú desde 1980 se entregaban o se entregan a la violencia en países democráticos, en los que la libertad está garantizada por las instituciones, en los que los ciudadanos pueden expresarse libremente, pueden crear periódicos y partidos políticos, votar, presentarse a las elecciones, manifestarse. Como los manifestantes de esos movimientos habían sido siempre muy minoritarios en las urnas, mataban o siguen matando, a falta de poder convencer. Su enemigo no es la tiranía, sino la democracia precisamente. En el caso del resistente, es lo contrario exactamente. Ahí tenemos —podemos pensar— un criterio sencillo y claro que permite definir el terrorismo. Lejos de liberar, esclaviza. La otra característica del terrorismo es la de que afecta principalmente a ciudadanos comunes y corrientes y sin defensa. Colocar bombas en los almacenes o en los trenes, hacer saltar en las calles coches cargados de explosivos, golpear a personas al azar, en tiempo de paz, es, literalmente, «aterrorizar» a toda una población. En Argelia, país no democrático, de 1990 a 2000 el GIA (Grupo Islámico Armado) mató a cien mil personas: no a miembros de la organización militar que ejerce la dictadura, sino sobre todo a aldeanos que no tenían el menor poder político. Las víctimas de esas matanzas son tanto más ejemplares cuanto más inofensivas son y sirven así a los terroristas para reforzar el clima general de inseguridad. Los atentados del 11 de septiembre corresponden sin lugar a dudas a esa descripción.

Por último, lo propio del terrorismo, es tener fines imprecisos e indefinidamente ampliables, sin que se pueda, por lo demás, establecer un vínculo racional entre dichos fines y los actos cometidos con vistas a alcanzarlos. Si los terroristas de la banda de Baader en Alemania o de las Brigadas Rojas se imaginaban que podían derribar el capitalismo asesinando a algunos ministros y diseminando explosivos, se hacían ilusiones falsas, con lo que revelaban hasta qué punto habían perdido el sentido de la eficacia y el contacto con la realidad. ¿En qué sentido podía servir a la causa palestina, cuando la segunda Intifada, la matanza de varias decenas de adolescentes en una discoteca? ¿Era su objetivo el de consolidar un Estado palestino que coexistiese con un Estado israelí, devuelto a sus fronteras, o no era más bien el de destruir pura y simplemente a Israel, lo que entonces equivalía a rechazar los acuerdos concertados e instaurar una guerra interminable? Ese equívoco es constante.

En cambio, no hay ningún equívoco en el fin perseguido por los fundamentalistas de Al Qaeda, la organización mundial creada por Ben Laden: quieren convertir a la Humanidad por la fuerza al Islam. El único enunciado de esa ambición expone a las claras su naturaleza a la vez irracional e irrealizable. Por eso, las explicaciones de ese nuevo terrorismo mediante factores concretos, como las desigualdades entre las naciones, no eran pertinentes. Lo que los integristas reprochan a los occidentales, y ante todo a los americanos, no es que sean ricos, es que no sean musulmanes. Ciertamente les atribuyen también la responsabilidad de sus propios fracasos, en lugar de preguntarse por qué las sociedades musulmanas no han logrado entrar en la modernidad, pero lo esencial no es eso: su terrorismo está justificado, a su juicio, porque afecta a infieles que se niegan a abrazar el Islam.

No sólo Ben Laden o sus émulos y sucesores ven en los Estados Unidos un «enemigo del Islam al que se debe destruir», sino que también musulmanes americanos, sin ir tan lejos, creen que pueden

proponerse convertir a todos sus conciudadanos. Uno de sus portavoces, Siraj Wahaj, que tuvo el honor de ser el primer musulmán invitado a pronunciar la oración diaria en la Cámara de Representantes, declaraba recientemente: «Incumbe a los musulmanes americanos substituir el gobierno constitucional actual por un califato y elegir a un emir».¹

Se engañan quienes aconsejan que se recurra a la negociación y a «soluciones políticas» para calmar a los fanáticos de Al Qaeda. Para ello, sería necesario que sus motivaciones fueran lógicas. Pero un abismo los separa de cualquier procedimiento racional y el terrorismo es precisamente la parodia de acción que sirve para colmar dicho abismo.

Los dos meses que siguieron al inicio de la guerra terrorista islámica contra la democracia en general y los Estados Unidos en particular fueron un banco de pruebas muy interesante y revelador, ya que durante ese período se vio la exacerbación de las fobias y las mentiras del antiamericanismo tradicional y del neototalitarismo.

La más grosera de esas mentiras por parte de los musulmanes consiste en justificar el terrorismo islámico atribuyendo a América una hostilidad antigua y general para con ellos. Ahora bien, en el pasado lejano o cercano, los Estados Unidos han perjudicado, sin comparación posible, mucho menos a los países musulmanes que el Reino Unido, Francia o Rusia. Esas potencias europeas con frecuencia los han conquistado, ocupado o incluso oprimido durante decenas de años y a veces más de un siglo. En cambio, los americanos nunca han colonizado a un país musulmán. No son más hostiles al Islam, en cuanto tal, en la actualidad. Muy al contrario, sus intervenciones en Somalia, en Bosnia, en Kosovo, como también sus presiones al Gobierno macedonio fueron —y van— encaminadas a defender a minorías islámicas. Antes he recordado que tampoco son la causa histórica del surgimiento de Israel, debido al antisemitismo de los europeos. La coalición de veintiocho países contra el ejército iraquí en 1991 no ponía la mira en Sadam Husein en cuanto musulmán, sino en cuanto agresor. Por lo demás, aquella coalición se formó a solicitud de Arabia Saudí, inquieta por la amenaza que el dictador de Bagdad representaba para ella y para todos los emiratos. Así, pues, podemos señalar que en aquel caso los Estados Unidos y sus aliados *defendieron*, también entonces, a un pequeño país musulmán, Kuwait, contra un tirano que era, por su parte, muy poco musulmán, ya que Iraq es en teoría laico y Sadam no tiene reparos en hacer matanzas con armas químicas de chiítas del sur de su país y kurdos del norte, también musulmanes. Así, pues, resulta curioso que los musulmanes americanófobos no vean ningún inconveniente en que Iraq, cuya población es mayoritariamente musulmana, ataque a otros musulmanes, a Irán primero en 1980 y después a Kuwait en 1990, según los procedimientos del imperialismo belicista más primitivo. También en Argelia, desde 1990, son musulmanes los que cometen matanzas de otros musulmanes. ¡Qué extraño resulta que los supuestos defensores de los pueblos musulmanes no se escandalicen de ello lo más mínimo!

Los musulmanes podrían recordar también que en 1956 fueron los Estados Unidos los que detuvieron la ofensiva militar anglo—franco—israelí contra Egipto, llamada «expedición de Suez».

Después del 11 de septiembre se cultivó otra mentira: el mito de un Islam tolerante y moderado. Dicho mito tiene dos componentes. El primero corresponde a la historia de las religiones y la exégesis de los textos sagrados. Es la afirmación según la cual el Corán enseña supuestamente la tolerancia y no contiene ningún versículo que autorice el uso de la violencia contra los no musulmanes o contra los apóstatas. Lamentablemente, esa leyenda edulcorante no resiste el más somero examen del Libro santo del Islam, en el que abundan, al contrario, pasajes que obligan a los creyentes a exterminar a los infieles. En los debates a ese respecto, reavivados cada vez más después de los atentados, numerosos comentaristas recordaron esa verdad, citando bastantes versículos que la ilustran y la demuestran sin discusión posible. Citaré, entre otros, el libro de Jacques Rollet, *Religion et Politique* [Religión y política]^{1 bis} o el artículo de Ibn Warraq, «L'Islam, une idéologie totalitaire»² [El Islam, ideología totalitaria]. Ibn Warraq es un indopakistaní, autor de un libro clamoroso titulado *Pourquoi je ne suis pas musulman* [Razones por las que no soy musulmán].³ Desde la publicación de su libro, tiene que vivir

¹ Véase Daniel Pipes, «Militant Islam in America» [El Islam militante en América], *Commentary*, noviembre de 2001.

^{1 bis} Grasset, 2001. Véanse las declaraciones de este autor en *Le Point* del 21 de septiembre de 2001, n°1.514.

² *Marianne*, 24 de septiembre de 2001.

³ *L'Age d'homme*, 1999.

escondido (como, desde 1989, Salman Rushdie, el autor de los *Versículos satánicos* o la bangladeshí Taslima Nasreen, que se atrevió a protestar, en 1993, contra la condición de las mujeres en los países islámicos). Si Ibn Warraq fuera descubierto, sus correligionarios, infinitamente tolerantes, se lo cargarían. Transcribe una edificante sarta de suras coránicas; por ejemplo, ésta (sura IV, versículo 76): «Matad a los idólatras dondequiera que los encontréis». Se trata, por lo demás, del piadoso deber que no dejaron de cumplir los buenos musulmanes barbudos que, el domingo 28 de octubre de 2001, en Bahawalpur, en Pakistán, irrumpieron con ametralladoras en un templo protestante en el que se celebraba un oficio, mataron al pastor y a dieciséis fieles (cuatro niños, siete mujeres y cinco hombres), a los que se sumaron varias decenas de heridos graves, entre ellos una niña de dos años. Ahogados entre ciento cuarenta millones de musulmanes, hay unos dos millones de cristianos paquistaníes, católicos o protestantes, que, evidentemente, no pueden ser, ni mucho ni poco, culpables de las malas acciones que los locos de Alá imputan a Occidente. Así, pues, únicamente en calidad de infieles fueron asesinadas esas víctimas inocentes. Por lo demás, Ben Laden acababa de lanzar la consigna: «¡Matad a los cristianos!» Y fue oída. Poco después, volvió su pupila asesina contra Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas, calificado por él de «criminal». A propósito de «víctimas inocentes», no tengo entendido que la izquierda europea vertiera muchas lágrimas por aquellos cristianos paquistaníes.

Lo que dicta la visión del mundo de los musulmanes es que toda la Humanidad debe respetar los imperativos de su religión, mientras que ellos, a su vez, no deben respeto alguno a las religiones de los demás, ya que entonces pasarían a ser renegados que merecerían la ejecución inmediata. La «tolerancia» musulmana tiene sentido único. Es la que los musulmanes exigen para ellos solos y que nunca demuestran a los demás. El Papa, deseoso de mostrarse tolerante, autorizó, alentó incluso, la edificación de una mezquita en Roma, ciudad en la que está enterrado San Pedro, pero no se puede ni pensar en la construcción de una iglesia en La Meca ni en parte alguna de Arabia Saudí, so pena de profanar la tierra de Mahoma. En octubre de 2001, voces islámicas, pero también occidentales, no cesaron de pedir al Gobierno americano que suspendiera las operaciones militares en Afganistán durante el mes del Ramadán, que iba a comenzar a mediados de noviembre. Con guerra o sin ella, la decencia impone —decían los bien intencionados— ciertas consideraciones para con las fiestas religiosas de todos. Hermosa máxima, salvo que los musulmanes se consideran los únicos exentos de cumplirla. En 1973, Egipto no vaciló en atacar a Israel el día mismo de Kipur, la fiesta religiosa judía más importante, guerra que pasó a la Historia precisamente con la denominación de «guerra de Kipur».

El segundo componente del mito del Islam tolerante consiste en sostener abiertamente que el grueso de las poblaciones musulmanas —y en primera fila la inmensa mayoría de los musulmanes residentes o ciudadanos de los países democráticos de Europa o América— desapruueba el terrorismo. Los muftis o rectores de las principales mezquitas en Occidente se han especializado en ofrecer esas garantías melifluas. Después de cada oleada de atentados asesinos —por ejemplo, en Francia en 1986 y en 1995, o después de la *fatwa* que ordenaba matar a Salman Rushdie en 1989 o a Taslima Nasreen en 1993 por «blasfemia»— nadie les supera en garantizar que las comunidades cuya custodia espiritual les corresponde son profundamente moderadas. En los medios políticos y de la comunicación, amordazados como estamos por el miedo a parecer racistas al hacer constar simplemente los hechos, los omitimos. Como dice también Ibn Warraq, «la cobardía de los occidentales me espanta tanto como los islamistas».¹

Así, el diario *Le Parisien Aujourd'hui*, en su número del 12 de septiembre de 2001, publicó un reportaje sobre la atmósfera de alborozo que reinó durante todo la velada del día anterior en el distrito XVIII de París, en el que vive una importante comunidad musulmana. «¡Ben Laden se los va a follar a todos! Hemos empezado con América, después vendrá el turno de Francia». Ése era el tipo de declaraciones «moderadas» dirigidas a los transeúntes cuya fisonomía parecía indicar que no eran magrebíes. O también: «Voy a festejarlo esta noche, pues no veo esos actos [los atentados de Nueva York y de Washington] como una empresa criminal. Es un acto heroico. Va a servir de lección a los Estados Unidos. A vosotros, los franceses, os vamos a hacer saltar a todos».

Aquel reportaje de *Le Parisien* no tuvo equivalente en ningún otro órgano de la prensa escrita y fue

¹ *Le Figaro Magazine*, 6 de octubre de 2001. Permítaseme remitir a este respecto a mi libro *El renacimiento democrático*, op. cit., cap. XII: *Démocratie islamice ou islam—terrorisme?* [«¿Democracia islámica o terrorismo islámico?»].

silenciado por casi todos los medios de comunicación. En todo caso, como oyente asiduo que soy, todas las mañanas, de diversas revistas de prensa radiofónicas, no oí mencionarlo en ninguna de ellas, salvo error, aquel 12 de septiembre.

Pese a la imprecisión de las estadísticas, se considera que la población musulmana que vive en Francia está formada por entre cuatro y cinco millones de personas. Es la comunidad musulmana más numerosa de Europa, seguida, muy atrás, por las de Alemania y Gran Bretaña. Si «la inmensa mayoría» de esos musulmanes fuera moderada, como afirman los muftis y sus seguidores políticos y de los medios de comunicación, me parece que se vería un poco más. Por ejemplo, después de las bombas de 1986 y de 1995, en París, que mataron a varias decenas de franceses e hirieron a muchos más, podría haber habido, entre los cuatro millones y medio de musulmanes, algunos millares de «moderados» para organizar una manifestación y desfilar de la République a la Bastilla o por la Canebière. Nadie vio siquiera su sombra.

En España, hubo con frecuencia en 2001 manifestaciones que agruparon hasta cien mil personas para denunciar a los asesinos de la ETA militar. Las hubo no sólo en todo el país, sino también en el propio País Vasco, donde los manifestantes podían temer represalias, aunque los partidarios de los terroristas fueran efectivamente muy minoritarios en ese país, como lo demostraron una vez más las elecciones regionales de noviembre de 2000.

Y al revés: si los musulmanes moderados de Francia se atreven tan poco a manifestarse, ¿no será porque saben que son ellos los minoritarios dentro de su comunidad y no los extremistas? Ésa es la razón por la que son moderados... con moderación. Lo mismo ocurre en Gran Bretaña, donde en 1989 se vio a los musulmanes, la mayoría de origen paquistaní, desgañitarse gritando en pro de la muerte de Salman Rushdie, pero no se vio a ninguno de ellos pro testar contra esos gritos bárbaros. Después del 11 de septiembre, un portavoz autorizado de los musulmanes británicos, El Misri, calificó los atentados contra el World Trade Center de actos de «legítima defensa». Otro, Omar Bakri Mohammed, lanzó una *fatwa* en la que ordenaba matar al Presidente de Pakistán, culpable de haberse manifestado a favor de George Bush y contra Ben Laden¹. De nada sirvió aguzar los oídos, nadie oyó a la menor multitud islámica británica protestar en las calles contra esas incitaciones al asesinato, porque no existe, como tampoco hay una multitud «moderada» islámica francesa. La idea de que «la inmensa mayoría» de los musulmanes instalados en Europa es supuestamente moderada resulta ser un simple sueño, como se reveló espectacularmente durante los dos meses que siguieron a los atentados contra los Estados Unidos.

El Presidente Bush hizo bien, cuando proclamó solemnemente, el día siguiente al de los atentados, que estaba seguro del patriotismo de los ciudadanos americanos de confesión musulmana, y estuvo acertado al trasladarse a mezquitas para demostrar esa confianza por su parte. Se trataba de evitar que, por efecto de la furia provocada por la amplitud del crimen, los arabigoamericanos fueran objeto de represalias indignas. Así, George Bush se ajustó a la mejor moral democrática y varios Jefes de Estado o de Gobierno europeos actuaron del mismo y prudente modo. Ese escrúpulo democrático honra a los americanos y a los europeos, pero no debe volverlos ciegos ante el odio a Occidente de la mayoría de los musulmanes que viven entre nosotros.

Después del 11 de septiembre de 2001, los dirigentes democráticos procuraron subrayar cuidadosamente que la de los occidentales contra el terrorismo no era una lucha contra el Islam. Pero los islamistas no tuvieron, por su parte, inconveniente en proclamar que su lucha terrorista era una lucha contra los occidentales. Su objetivo es el fruto de un delirio, seguramente, pero es sin lugar a dudas el de destruir la civilización occidental en cuanto impía e impura. Por eso, todas las explicaciones del hiperterrorismo mediante la hiperpotencia americana y la mundialización capitalista, mediante causas económicas y políticas —en una palabra— analizables racionalmente, carecen en este caso de pertinencia. Lo que los integristas reprochan a nuestra civilización no es lo que hace, sino lo que es, no aquello en lo que falla, sino lo que logra. Por eso, todas las cantinelas sobre la necesidad de buscar una «solución política» al terrorismo islámico se basan en la falsa ilusión de que semejante solución puede existir en un universo mental hasta tal punto separado de la realidad.

Un manual distribuido a los aprendices de terroristas en los campamentos de entrenamiento de Ben Laden y que circula también en Gran Bretaña en traducción inglesa especifica inequívocamente los

¹ Véase «Londres, les forcenés de l'Islam» [Londres, los furiosos del Islam], *Le Point*, 2 de noviembre de 2001, n° 1.520.

principios y los fines de la guerra santa. Las referencias filosóficas que contiene muestran que sus autores no son unos ignaros iluminados de aldea y seguramente han frecuentado las universidades occidentales. Así, pues, se pronuncian con todo conocimiento de causa. Podemos leer en él: «La confrontación con los *regímenes apóstatas* que pedimos pasa por alto los debates socráticos, los ideales platónicos y la diplomacia aristotélica. En cambio, conoce los ideales del asesinato, las bombas, la destrucción, así como la diplomacia del cañón y la ametralladora. Misiones asignadas: la principal misión de que se ocupa nuestra organización militar consiste en derrocar los *regímenes sin Dios* y substituirlos por un régimen islámico». Ese opúsculo es una simple muestra en medio de un torrente de exhortaciones del mismo estilo. He subrayado las expresiones que prescriben la aniquilación de nuestras civilizaciones y sus pensadores. En modo alguno se trata, en la intención de los terroristas, de ordenar la mundialización o aumentar la ayuda a los países en ascenso, se trata de extirpar el Mal de todo el planeta y substituirlo por el Bien, es decir, el Islam.

Por lo demás, los enemigos de la democracia en nuestros propios países no se equivocan. Jóvenes de extrema derecha, adeptos de Jean-Marie Le Pen, celebraron con champán, en un local del Frente Nacional, mientras contemplaban las imágenes televisadas de las Twin Towers desplomándose entre las llamas, el 11 de septiembre. En el otro extremo del espectro político, los delegados de la Confederación General del Trabajo, el sindicato comunista, en la fiesta de *L'Humanité*, el 16 de septiembre, acogieron con silbidos el discurso con el que el propio secretario general del Partido Comunista, Robert Hue, pedía tres minutos de silencio en memoria de las víctimas americanas de los atentados. La misma hostilidad para con la civilización democrática es la que movió a miles de espectadores, franceses de origen magrebí, a silbar a la *Marsellesa*, el 6 de octubre, antes del comienzo del partido de fútbol Francia-Argelia.

A esos júbilos y vociferaciones se sumaron en medios políticos e intelectuales de izquierda ciertas reacciones más matizadas, pero no por ello no dejaban de insinuar que los atentados perpetrados contra los Estados Unidos no estaban moralmente injustificados. Conviene observar que todos esos puntos de vista antiamericanos empezaron a circular y a propagarse sin moderación antes del 7 de octubre de 2001, es decir, *antes* del comienzo de los bombardeos contra los talibanes de Kabul. Después de esa fecha, los bombardeos pasaron a ser el motivo con más frecuencia invocado para pronunciarse en contra de los americanos, pero fue un simple elemento suplementario en una requisitoria que quitaba la razón desde el principio a América en cuanto modelo del capitalismo democrático y la civilización «materialista». Todo el mundo sabe que en los países de África o Asia, en particular en los musulmanes, reina el desinterés más puro y que la corrupción universal que los arruina y los asola es la expresión de una profunda espiritualidad.

Muchas personas sensatas, aun sin caer en una furia tan patológica, sobreentienden un sistema explicativo que estaba ligeramente emparentado con ella.

El propio Primer Ministro francés, Lionel Jospin, no dejó de subscribir discretamente esa interpretación cuando preguntó: «¿Qué lección van a sacar los americanos de lo que acaba de ocurrir?» Esa lección —indicó nuestro anterior Primer Ministro— deberá consistir en que los Estados Unidos moderen su «unilateralismo». Tal vez sean los Estados Unidos culpables de «unilateralismo», pero la cuestión que se planteaba en aquella ocasión era la de si la respuesta apropiada a ella era la destrucción terrorista de ciudades americanas. Así, pues, al tiempo que confirmaba la solidaridad francoamericana en la lucha contra el terrorismo, el señor Jospin no descartaba del todo la idea de que el castigo terrorista infligido a América el 11 de septiembre no era del todo inmerecido. Un portavoz de Atrae fue más lejos y citó el adagio: «Quien siembra vientos recoge tempestades». Esa opinión, muy difundida, según las diversas declaraciones que transmitieron los medios de comunicación, era compartida, evidentemente, por los musulmanes llamados «moderados» de Francia, Gran Bretaña u otros sitios, aun cuando, según los sondeos, condenaban, al parecer, el *principio* del terrorismo. Pero, ¿condenaban su práctica? Aparentemente, no.

En todo caso, si bien la mundialización es reprobada por las minorías de izquierda, cuando es liberal, es adoptada sin la menor falsa vergüenza por los musulmanes integristas, cuando pasa a ser islámica. «*Islam will dominate the world*», («el Islam dominará el mundo»): ésa es la divisa que figuraba, por ejemplo, en las pancartas blandidas por manifestantes islámicos de nacionalidad británica, que

desfilaban en octubre de 2001 en Luton (55 kilómetros al norte de Londres). Cuando los bienpensantes occidentales se declaran convencidos de la tolerancia fundamental del mundo islámico, toman sus sueños por realidades... o a sus oyentes por imbéciles. Podríamos haber imaginado que musulmanes bastante numerosos, al tiempo que hicieran, con razón o sin ella, responsables a los occidentales de las dificultades y los retrasos del mundo islámico, señalaran que el terrorismo era un absurdo criminal que en modo alguno resolvería el problema. Si existen, apenas se los oyó. Los dirigentes políticos musulmanes que, por razones diplomáticas y estratégicas, en Pakistán o en Arabia Saudí, condenaron los atentados, lo hicieron pagando esa audacia con su popularidad en sus respectivos países.

De modo que la evolución global de una gran parte de las opiniones públicas, los «expertos» y los medios de comunicación, durante los dos meses que siguieron al 11 de septiembre de 2001, los movió a sacar esa conclusión o, al menos, esta interpretación constantemente sobreentendida: la única agresión real no había sido el ataque de los hiperterroristas islámicos, sino la réplica de los Estados Unidos contra los talibanes y Ben Laden. Naturalmente, esa versión de los hechos fue la de la mayoría de los musulmanes desde el principio. Pero el fenómeno interesante es el de que después se propagó bastante ampliamente por Occidente. Los críticos más moderados reconocían vagamente que América había sido atacada, pero sostenían que el riesgo supremo era el de causar víctimas civiles en Afganistán. Peor aún: el de provocar una «catástrofe en materia humanitaria». Ciertamente es que ese riesgo era —trágicamente— demasiado real. Resultaba más que evidente que había que hacer todo lo posible para dispensar a las poblaciones de las consecuencias y socorrer a los refugiados. Pero hacía falta una importante dosis de «unilateralismo» para imputar la responsabilidad de aquella situación a América exclusivamente. La desgraciada población afgana sufría desde hacía más de veinte años los efectos de los crímenes cometidos primero por el Ejército Rojo y después por los fanáticos talibanes. Desde 1980 hordas de afganos hambrientos no habían cesado de huir de su país para buscar refugio allende una u otra de sus fronteras, pero para muchos los horrores no comenzaron hasta 2001, por culpa de los americanos, cuando éstos lanzaron una operación contra los talibanes y los terroristas. La conclusión que se debía sacar de aquellas consideraciones era muy clara. Según los bienpensantes occidentales, los Estados Unidos son la única nación que no tiene derecho a defenderse, cuando un enemigo la agrede. Una de las objeciones más indecentes opuestas al derecho de legítima defensa de los americanos consiste en decir que utilizaron a Ben Laden en la guerra contra la URSS durante el decenio de 1980 e incluso que la CIA (¡horror!) lo inició en la lucha. (¡Sabido es que los Estados Unidos son el único país del mundo que tiene servicios secretos!) Pero, ¿qué tenía de anormal o reprehensible que Ronald Reagan aceptara los servicios de los que querían oponer resistencia a la URSS, aunque fuera en nombre del Islam? ¿Acaso había que esperar, para rechazar al Ejército Rojo, a que todos los afganos y todos los saudíes hubieran leído a Montesquieu o se hubiesen convertido al cristianismo? ¿Se imagina alguien lo que habría representado para la India, Pakistán, los países del Golfo, para todos nosotros, un dominio definitivo de los soviéticos en Afganistán? Nunca habría surgido un Gorbachov. Esa crítica sobre las posibles relaciones entre la CIA y Ben Laden, procedente de los europeos, que en aquella época babeaban de cobardía y sólo se preguntaban si había que ir o no a los Juegos Olímpicos de Moscú (gracias a Georges Marchais, Francia se precipitó a asistir), resulta en cierto modo... subdesarrollada.

Por último, entre las reacciones occidentales a la guerra hiperterrorista que golpeó a los Estados Unidos en septiembre de 2001, se inscribe la recuperación del hiperterrorismo por los antimundialistas. Naturalmente, éstos se quedaron al principio estupefactos por la amplitud de los crímenes cometidos y reducidos al silencio por la oleada de solidaridad con los americanos resultante. Durante unos días el antiamericanismo tuvo mala prensa, pero sólo durante unos días. Muy pronto apareció la idea de que «Ben Laden se suma a la lucha de los antimundialistas».¹ Para el cardenal Karl Lehmann, Presidente de la Conferencia Episcopal alemana, la enseñanza que se desprende del terrorismo es la siguiente: «Occidente no debe intentar dominar al resto del mundo».² Y para Ulrich Beck, profesor de Sociología en la Universidad de Múnich, los atentados señalan «el fin del neoliberalismo».³ Aunque ninguno de los textos en los que los terroristas islámicos exponen los móviles de su acción menciona la lucha contra el

¹ Es la expresión empleada por el semanario *Jeune Afrique-L'Intelligent* del 23 de octubre de 2001, pág. 7.

² *Le Figaro*, 3 de noviembre de 2001.

³ *Le Monde*, 10 de noviembre de 2001.

liberalismo, según numerosos representantes de la izquierda occidental, los perjuicios causados por éste explican supuestamente los atentados.

Con una persistente hipocresía, los antimundialistas han atribuido cada vez más la pobreza de los países en vías de desarrollo a la libertad de comercio, cuando resulta que esos mismos países no cesan de quejarse de los obstáculos que impiden o limitan la exportación de sus productos agrícolas y sus textiles a los países ricos.

La Unión Europea en particular, cuyos agricultores obtienen la mitad de sus ingresos de subvenciones, encabeza ese proteccionismo, que, por lo demás, incita a una producción excesiva y que cuesta muy cara a los contribuyentes de la Unión. Así, los antimundialistas europeos y americanos son totalmente incoherentes, pues pretenden luchar a favor de los países pobres, ¡al tiempo que rechazan la libertad de los intercambios que esos países pobres reclaman! Es lo que quieren los países del llamado grupo de Cairns (creado en 1986 en Cairns, en Australia). Dicho grupo comprende, entre otros, Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Filipinas, Indonesia o Tailandia, para los cuales las exportaciones agrícolas son vitales. Por eso, el Grupo de Cairns luchó para lograr que se incluyera en el programa de la cumbre de la Organización Mundial del Comercio en Al-Dawa (Doha), en Qatar, en noviembre de 2001, al menos una supresión *gradual* de las subvenciones y las protecciones con que se engorda la agricultura de los países más ricos. Una vez más, la Unión Europea examinó ese asunto de mala gana, al tiempo que atribuía, de forma clásica, la responsabilidad del proteccionismo a los Estados Unidos. ¡No faltaba más! El ministro francés de Economía, Laurent Fabius, al comentar los imperativos de la cumbre de Al-Dawa, se entregó al extraño análisis siguiente: «Hay que actuar sobre los desequilibrios que alimentan a los terroristas, es decir, gobernar la mundialización», con lo que se ve que un hombre inteligente y que dista de ser un extremista subscribe, en primer lugar, la tesis antimundialista según la cual la libertad de los intercambios es supuestamente el origen del hiperterrorismo islámico y, en segundo lugar, el programa según el cual convendría, por tanto, reducirla, cuando resulta que los países en ascenso a los que se finge ayudar piden, al contrario, que se amplíe. Así, pues, incluso para mentalidades sensatas, la enseñanza que se desprendía de la irrupción hiperterrorista era la de que se debía yugular el liberalismo... Por lo demás, si el grupo Attac¹ consideraba que América había sido el único agresor de verdad, es porque «la guerra [en Afganistán] es la línea del frente de la futura liberalización del mundo» y, por tanto, hay que oponerse a ella.

De todos modos, los antimundialistas deberían haber estado encantados de los resultados del terrorismo, ya que los atentados de septiembre provocaron, como ya he dicho más arriba, un hundimiento del comercio mundial. Por desgracia, como hemos visto, lo que también provocaron, como consecuencia, fue la disminución vertiginosa de las exportaciones de los países pobres, lo que entrañó la desaparición de decenas de millones de puestos de trabajo, la agravación de la miseria y la extensión del hambre.^{1 bis} Se trataba de un pequeño inconveniente del retroceso de la mundialización liberal que los antimundialistas no parecían notar.

Asimismo, si bien la cuestión israelí y la nueva degradación de las relaciones palestino-israelíes desde el año 2000 avivaron indiscutiblemente el odio antiisraelí de una gran parte del mundo árabe, no parecen ocupar un lugar de primer plano en la ideología de los combatientes hiperterroristas de Ben Laden. Sus textos «teóricos» atestiguan mucho más su odio contra los judíos en general que contra Israel. Además, dadas la complejidad y la multiplicidad de los medios aplicados, parece evidente que los atentados del 11 de septiembre de 2001 fueron concebidos y puestos en marcha mucho antes del comienzo de la segunda Intifada y la llegada de Ariel Sharon al poder. Además, como se ha observado atinadamente, el primer atentado contra el World Trade Center en 1993 (un coche-bomba había explotado en el subsuelo), que se debió, como ya está demostrado, a la red de Ben Laden, se produjo en el preciso momento en el que acababa de iniciarse en Oslo el proceso de paz. Los islamistas de la escuela de Ben Laden se burlan de los compromisos y apuntan a algo que es mucho más que Israel: toda

¹ La frase que sigue está extraída de un boletín del grupo Attac citado en el *International Herald Tribune* del 2 de noviembre de 2001, artículo de John Vinocur: «War transforms the Anti—Globalization crowd» [La guerra transforma a la muchedumbre antimundialización].

^{1 bis} Banco Mundial. Comunicado 2002/093/5, de 1 de octubre de 2001: «La pobreza en aumento a raíz de los atentados terroristas en los Estados Unidos. Más millones de seres humanos condenados a la pobreza en 2002».

la civilización moderna es su verdadero blanco.

En efecto, dicha civilización es, a su juicio, intrínseca y, por decirlo así, metafísicamente incompatible con la civilización islámica. El delirio paranoico según el cual los americanos «atacan por todas partes a los musulmanes»,¹ como dijo Ben Laden y han repetido sus discípulos, no consistía en inventarse pretextos empíricos para justificar *a posteriori* una voluntad de exterminación de origen transcendente. «Los verdaderos blancos de los atentados eran los iconos de los poderes militar y económico americanos», precisa Ben Laden. Al periodista que le objeta que en el desplome de las torres perecieron también centenares de musulmanes, responde: «Según la sharia islámica, los musulmanes no deben vivir en el país de los infieles durante un largo período».^{1 bis} Así, pues, las víctimas musulmanas de los atentados recibieron pura y simplemente su merecido. Como se ve, la crítica del neoliberalismo no figura precisamente entre las prioridades de los «neoislamistas».

Si bien el resurgimiento de ese neoislamismo debe mover a las democracias a revisar su visión del mundo, no hay razón alguna para que el antiliberalismo sea el motor principal de dicha revisión. Pues no se puede negar la extensión y el alcance de los cambios provocados por la «nueva guerra»² declarada a las democracias —y a varios otros Estados que no lo son, pero han cometido el delito de aliarse con las democracias— en septiembre de 2001. Esa agresión sin precedentes, tanto por la forma como por la amplitud, seguramente modificó de manera duradera la idea que los Estados Unidos tienen de sí mismos y de sus relaciones con el resto del mundo. Entrañó una transformación tan rápida como profunda de las relaciones internacionales y, naturalmente, un cambio radical de las concepciones estratégicas, frente a amenazas inéditas y en gran medida imprevistas, si no imprevisibles.

Habrà que evaluar dichos cambios, caracterizarlos y apreciarlos con el tiempo, pero tienen poco que ver con los sueños pasadistas de los antimundialistas, anticapitalistas y antiliberales.

¹ Entrevista concedida por Ben Laden a dos diarios paquistanés el 9 de noviembre de 2001. Reproducida en *Le Monde* de los días 11 y 12 de noviembre.

^{1 bis} *Ibidem*.

² Véase François Heisbourg y la Fundación para la Investigación Estratégica, *Hyperterrorisme: la nouvelle guerre* [Hiperterrorismo: la nueva guerra, Editions Odile Jacob, 2001.

5

La peor sociedad que haya existido jamás

La condena pronunciada contra los Estados Unidos principalmente en Europa, donde Francia blande, en ese respecto, el altavoz más sonoro, no se refiere sólo a su «unilateralismo» de hiperpotencia... reproche curiosamente combinado, por lo demás, cuando resulta necesario, con la queja sobre su aislacionismo. La sentencia infama también a la sociedad americana en cuanto tal, en su funcionamiento interno. Según sus considerandos, se trata supuestamente de la peor reunión de seres humanos que la Historia haya conocido jamás.

¿Qué panorama de la sociedad americana se puede grabar en la mente del europeo medio? Sobre todo si es francés, apenas puede elegir, en vista de lo que lee u oye todos los días en la prensa y los medios de comunicación, obra de los intelectuales, y en los discursos de los dirigentes políticos.

En primer lugar, es una sociedad enteramente regida por el dinero. Ningún otro valor, ni moral, ni cultural, ni humano, ni familiar, ni cívico, ni religioso, ni profesional o deontológico, ni intelectual tiene vigencia por y para ella. Todos esos valores remiten al dinero. Todas las cosas son mercancías: se las ve y se las utiliza exclusivamente como mercancías. Sólo se estima a una persona por su cuenta en el banco. Todos los presidentes de los Estados Unidos están vendidos a los petroleros o a los traficantes de armas o al grupo de presión agrícola o a los especuladores de Wall Street. América es la «jungla» por excelencia del liberalismo y del capitalismo «salvajes» (naturalmente). Además, y como consecuencia en cierto modo, los ricos en ese país son cada vez más ricos y cada vez menos numerosos, mientras que los pobres, cuya multitud no cesa, en cambio, de aumentar, son cada vez más pobres. La pobreza es la plaga dominante en los Estados Unidos. Por todas partes se ven en ese país hordas de miserables hambrientos, entre los cuales circulan lujosas «*chauffered limousines*» con cristales opacos de multimillonarios. Esa pobreza y esas desigualdades horrorizan legítimamente al europeo, tanto más cuanto que en América no existen —se sabe de buena fuente— ni seguridad social ni subsidios de desempleo ni jubilaciones ni ayuda a los más necesitados ni la menor solidaridad. Los americanos — cree firmemente el europeo, porque sus minorías selectas se lo repiten todos los días— no gozan de protección social alguna. Sólo los ricos pueden recibir tratamiento de enfermedad, ya que allí, tanto para los médicos como para todos los demás americanos, el beneficio es lo único sagrado. Los ricos son también los únicos que pueden hacer estudios prolongados ya que las universidades son de pago. A eso se debe el bajísimo nivel de conocimientos en los Estados Unidos, tanto más consternador cuanto que las enseñanzas elemental y secundaria son de una notoria nulidad.

Otro vicio típico: la violencia. Reina por doquier en América, tanto en forma de una delincuencia y una criminalidad incomparables en el mundo como en la fiebre casi insurreccional que agita permanentemente a los «guetos». Esta última es la consecuencia inevitable del racismo, arraigado en el corazón de la sociedad americana, donde enfrenta, por una parte, a las «comunidades» étnicas unas con otras y, por otra, al conjunto de las etnias minoritarias con la mayoría de sus opresores blancos. La imperdonable cobardía —combinada seguramente con venalidad— que inhibe desde siempre a los dirigentes políticos a la hora de prohibir la venta libre de armas de fuego propicia periódicamente ese horror de que los adolescentes no vayan a la escuela sino para abrir fuego en ella contra sus profesores y sus condiscípulos.

Otra convicción universalmente propalada: hay tantas menos posibilidades de curar todos esos males cuanto que los americanos tienen a gala elegir como presidentes a simples retrasados mentales. Desde el «vendedor de corbatas de Missouri» Truman hasta el cretino congénito de Texas George W. Bush,

pasando por el «vendedor de cacahuetes» Carter y el «actor de serie B» Reagan, contemplamos en la Casa Blanca una auténtica galería de retrasados mentales profundos. Sólo, a nuestro juicio, sobresalió un poco de entre ese lastimoso rebaño John F. Kennedy, probablemente porque tenía el mérito de estar casado con una mujer de origen francés. Esa unión lo alzaba, naturalmente, hasta un nivel intelectual — digamos— medio, pero seguramente demasiado elevado aún para sus conciudadanos, que no se lo perdonaron, puesto que lo asesinaron.

De todos modos los Estados Unidos son —todo el mundo lo sabe— una democracia sólo en apariencia. El sistema político americano reveló su verdadero rostro con el maccarthysmo, entre 1950 y 1954. Poco importa que McCarthy fuera desaprobado por los propios conservadores americanos y que en diciembre de 1954 el Senado lo censurara por 67 votos contra 22, lo que lo apartó definitivamente de la vida política. Aun así, sigue siendo la quintaesencia del régimen creado por la Constitución de 1787.¹ Por otra parte, no se quiere saber que la Comisión de Actividades Antiamericanas de la Cámara fue creada en 1937 para luchar también contra el Ku Klux Klan, considerado una organización antiamericana, porque también el Klan rechazaba el contrato constitucional, que es el corazón del sistema americano.² O también la cantinela, machaconamente repetida en nuestras ondas y que se burlaba del «serial hollywoodiano» de la elección de noviembre de 2000, presuponía que Hollywood nunca había producido sino tostones, de lo cual se encontrará confirmación en toda la historia seria del cine.

Semejantes barbaridades reflejan más los problemas sociológicos de quienes las profieren que los defectos de la sociedad a la que se imaginan procesar. Pese a la difusión cada vez mayor de la información y al costo cada vez menor de los viajes desde 1970, no se han corregido los absurdos reinantes en los juicios tópicos sobre los Estados Unidos y difieren muy poco de aquellos cuyo catálogo confeccioné en *Ni Marx ni Jesús*.

No nos cansaremos de repetirlo: todas las sociedades tienen, desde luego, sus defectos, sus ignominias incluso. Es lícito que cualquier observador los describa y los condene, pero hace falta que sean ciertos. Ahora bien, la requisitoria habitual contra los Estados Unidos arrastra una pequeña partida de lugares comunes casi invariables, que denota sobre todo un desconocimiento del asunto que, de tan grosero como es, esperamos que sea voluntario y resultaría fácil de corregir. Así, al replicar a un artículo de Jacques Julliard, aparecido en *Liberation*,^{1 bis} cierto Jean-Marc Adolphe le reprocha, en el mismo periódico,^{2 bis} considerar a América una democracia, cuando resulta de todo punto evidente que no lo es, ya que «reserva el derecho de la atención médica idónea y del envejecimiento con dignidad a los más afortunados». Ahora bien, si bien la mayoría de los americanos están cubiertos por un sistema de seguros cuyas primas, repartidas entre empleadores y empleados, no son, por lo demás, superiores a nuestras cotizaciones sociales obligatorias, igualmente cierto es que, además, los gastos *públicos* de salud representan en los Estados Unidos un porcentaje del producto interior bruto prácticamente igual al porcentaje francés. En cuanto a los más pobres, están notoriamente cubiertos por un programa bien conocido, llamado *Medicaid*, y las personas ancianas por otro llamado *Medicare*, financiados los dos con dinero público. Ciertamente es que el sistema americano tiene lagunas, pero, si el nuestro no las tuviera, ¿acaso habría obligado el gobierno de Jospin a crear la CMU (seguro de enfermedad universal), en relación con el cual nos enteramos de que seis millones de franceses —es decir, ¡el diez por ciento de la población!— no tenían hasta entonces acceso a la atención sanitaria? Cuando el señor Adolphe escribe que en los Estados Unidos no se puede «envejecer dignamente», si no se tiene una fortuna, probablemente se refiera a que en ese país no existen las jubilaciones pagadas con cargo al dinero público. Pues bien esa jubilación, llamada allí *social security*, fue instituida ya en el decenio de 1930 por F.D. Roosevelt.

Se trata de un simple ejemplo que al menos tiene el mérito de versar sobre un punto preciso. El señor Adolphe, que prefiere los terrenos imprecisos, afirma que América no puede ser una democracia, porque es, según dice, un país «en el que todo se compra y se vende». ¡Audaz generalización! De todos modos, nos gustaría saber si América es un país en el que el poder de los jueces es excesivo, como se le

¹ Sobre el maccarthysmo, véase el capítulo primero, pág. 18.

² Véase el capítulo segundo, págs. 39 y siguientes.

^{1 bis} 14 de noviembre de 2001.

^{2 bis} 15 de noviembre de 2001.

reprocha con frecuencia, o bien un país en el que no existe ningún Estado de derecho. Encontramos en ella un derecho sin duda, prosigue el señor Adolphe, pero es «el derecho de los productores, que prevalece sobre el de los autores». ¿Qué puede significar eso? ¿Qué no hay en los Estados Unidos contratos de edición? ¿Qué no está protegida en ese país la propiedad literaria y artística? ¿Qué la historia de la literatura americana, como la del cine, es un desierto, vacío de todo gran creador, de todo talento original, pues éstos han sido constantemente refrenados por los «productores»?

Los hombres de letras europeos no son los únicos que desprecian una literatura americana a la que, sin embargo, deben tantos temas renovadores y técnicas narrativas revolucionarias. El diario *Asahi Shimbun*, al preguntar a escritores y filósofos japoneses después del 11 de septiembre, registra entre ellos no sólo preferencias políticas que se inclinan más del lado de los terroristas islámicos que del de sus víctimas, sino también juicios literarios cargados de condescendencia y del sentimiento de su propia superioridad.¹ El filósofo Yujiro Nakamura escribe, por ejemplo:

«La cultura americana siempre ha glorificado la salud física y mental y ha desdeñado lo que se disimula en la sombra de la naturaleza humana; las debilidades y las carencias. (...) No tiene en cuenta a las personas por el hecho de ser débiles, pues se trata de una dimensión humana que no sirve a la productividad ni a la eficacia. Semejante civilización transmite una visión unidimensional del mundo que evacua la sensibilidad a los abismos de sombra que otros hombres llevan dentro de sí».

Resulta evidente que el señor Nakamura no ha leído ni a Melville ni a Poe ni a Hawthorne ni a Henry James ni a Faulkner ni a Tennessee Williams ni *La grieta* de Scott Fitzgerald, por citar sólo a algunos autores.

En la esfera política, la mayoría de los intelectuales consultados no dejan, naturalmente, de denunciar la «arrogancia» de América y añaden que su propia riqueza la inhabilita para hablar en nombre de los derechos humanos. Japón siempre ha sido —y todo el mundo lo sabe— en su historia profundamente respetuoso de estos últimos, como pudieron comprobar los coreanos, los chinos y los filipinos, antes de la segunda guerra mundial y durante ella, hasta el punto de que, más de sesenta años después de los hechos, los manuales escolares japoneses siguen silenciando patrióticamente las atrocidades cometidas en esos países por el ejército japonés. Ésa es la forma particular que tienen los historiadores japoneses de servir a la verdad y a su disciplina, con esa modestia que siempre ha caracterizado a Japón, país que nunca ha dado muestras —lo sabemos— de «arrogancia» ni ha exaltado ni empleado la fuerza.

Además, los escritores americanos son mucho más críticos de su sociedad de lo que proclaman los papagayos del antiamericanismo, japoneses, franceses o de otra índole. En particular, de 1865 a 1914, el período que separa el fin de la guerra de Secesión del comienzo de la primera guerra mundial, denominado *Gilded Age*, que podríamos traducir familiarmente por «la era del parné», vio surgir a varios novelistas que describen su sociedad como corrompida, vulgar, inculta, materialista e hipócritamente puritana. Pensamos en Frank Norris, Theodore Dreiser, Upton Sinclair o Sinclair Lewis, cuyas novelas son requisitorias tan exageradamente abrumadoras para la sociedad americana como las más negras novelas de Zola pueden serlo para la sociedad francesa prácticamente de la misma época. Esos autores toman con frecuencia sus temas

de las indagaciones de un periodismo de investigación escrupuloso a la hora de averiguar los hechos y sin miramientos a la hora de formular las enseñanzas que de ellos se desprenden... y eso también es una creación de la sociedad americana. Entonces se llamaba a esos periodistas *muckrakers* (literalmente, «removedores de lodo»), pero esa vena novelesca no se agotó en 1914 —basta con mencionar entre las dos guerras la obra de John Dos Passos—^{1 bis} y se prolonga después de la segunda guerra mundial, como atestiguan las novelas de John Updike o de Tom Wolfe.

Asimismo, las películas y los telefilmes americanos abordan de frente «asuntos de sociedad» espinosos o asuntos políticos candentes (el caso Watergate, por ejemplo) con mucha mayor frecuencia y crudeza que la producción europea. La idea de que en América la literatura y el cine están, supuestamente, consagrados por entero a la autosatisfacción del sueño americano y de la excelencia americana es propia del delirio... o de la ignorancia, que, como casi siempre en el caso de los Estados

¹ Véase *Le Monde*, 11 de diciembre de 2001. «Des intellectuels japonais s'interrogent sur la guerre en Afghanistan» [Intelectuales japoneses se preguntan por la guerra en Afganistán].

^{1 bis} Sobre todo su célebre trilogía *USA (1919, Paralelo 42, Un dineral)*.

Unidos, es voluntaria; dicho de otro modo: se desprende de la mala fe.

Por lo demás, no se ve —dice riendo, burlón, el europeo medio— cómo podrían tener una cultura los Estados Unidos, cuando se trata de una sociedad que vive aún en estado salvaje, una sociedad regida por la violencia y devastada por la criminalidad.

Un primer contrasentido, respecto de la violencia en los Estados Unidos, se debe con frecuencia a que en inglés la palabra *crime* designa todas las clases de infracciones y delitos, hasta los menores, y no sólo, como la palabra francesa «crime», los asesinatos.

La traducción en inglés de esta última es *murder*, que se califica como de primero o de segundo «grado», según que haya habido o no premeditación. Cuando un europeo lee con espanto mezclado con secreta satisfacción las estadísticas de la delincuencia en los Estados Unidos, ignora, a no ser que se trate de un especialista, que «criminalidad» abarca allí los delitos menores, como el robo por el procedimiento del tirón, los cheques sin fondos, la venta de un canuto de marihuana en la esquina de una calle, la apropiación de un galón de gasolina del coche de un vecino tanto como el homicidio voluntario.

Una vez hechas esas precisiones, no por ello deja de ser cierto que la sociedad americana ha sido siempre una sociedad violenta, se trata de una realidad que reconocen desde hace tiempo los propios americanos, pero es también un azote que se esfuerzan por extirpar. No niegan su existencia, como lo hacen con demasiada frecuencia los europeos ante sus propias dificultades sociales. Los franceses, en particular, se han tapado los ojos durante mucho tiempo ante el aumento galopante de la inseguridad en su país.

El resultado es que, durante los quince últimos años del siglo xx, la delincuencia y la criminalidad han disminuido progresivamente en los Estados Unidos, mientras que subían por las nubes en Europa.¹ La hazaña americana más célebre a ese respecto es el «milagro de Nueva York», ciudad en la que Rudolph Giuliani, elegido alcalde en 1993, hizo disminuir en más de la mitad la delincuencia y la criminalidad en cinco años. En 1998 los asesinatos anuales, en particular, pasaron de 2.245 en 1990 a 633. (Nueva York cuenta con unos ocho millones de habitantes y durante la jornada laboral su población aumenta a doce millones de personas).

Giuliani, del que en los periódicos franceses empezaron a burlarse apodándolo con agudeza «Giussolini» por sus orígenes italianos, dejó después pasmados a los dirigentes de tantas grandes ciudades que han llegado a ser inhabitables por la inseguridad y que nada lograban con sus remedios de tipo placebo: en el resto de los Estados Unidos, en primer lugar, y, poco después, en el mundo entero. Giuliani nunca ha propugnado, al contrario que Mussolini, una política represiva brutal, pese a uno o dos atropellos graves, pero que en todos los países son el patrimonio imbécil o accidental de todas las policías, incluso y sobre todo de las más ineficaces. Su táctica, basada en el principio que llama «tolerancia cero», consistió en castigar todas las infracciones, por mínimas que fueran —robos de bicicletas, fraudes en el metro, tirones de bolsos—, sin pasar por alto *nada*. Si no se ahoga la delincuencia en el huevo, sostenía, se extiende ineluctablemente y da origen a esas «zonas sin ley» que constelan el territorio francés. Otra fórmula «giulianiana» es la imagen del «cristal roto». La expresión procede de un artículo de James Q. Wilson y George L. Kelling, «Broken Windows»^{1 bis} («Ventanas rotas»). Según su análisis, si en un barrio unos gamberros rompen un cristal y no es inmediatamente reparado y no se los detiene y sanciona inmediatamente, todo el inmueble y poco después todo el barrio será saqueado y caerá en manos de bandas que la policía ya no podrá controlar y que, con inversión de los papeles, perseguirán a la policía, cosa que ha llegado a ser, a partir de 1980, aproximadamente, el panorama «ciudadano» en Francia.

Después de haberse negado durante dos decenios a reconocer ni siquiera la existencia en Francia de un problema de inseguridad y después de haber accedido al fin a advertirlo, la izquierda se lanzó primero a una política denominada exclusivamente de prevención, que nada en absoluto previno. Así, pues, la izquierda francesa acabó cambiando de chaqueta bruscamente en 2001. Para calibrar la amplitud del vuelco, basta con recorrer los titulares del número de *Le Monde* del 4 de diciembre de 2001. «La

¹ Se pueden consultar las cifras al respecto en particular en Alain Bauer y Émile Pérez, *L'Amérique, la violence, le crime, les réalités et les mythes* [América, la violencia, el delito, las realidades y los mitos 1, PUF, 2000.

^{1 bis} 1994. Traducido en francés en *Les Cahiers de la sécurité intérieure* [Cuadernos de la Seguridad Interior], n° 15, primer trimestre de 1994.

izquierda no da preferencia a las explicaciones sociales de la delincuencia» (pág. 13), se leía en él. Y un titular abarcaba toda esa página: «La tolerancia cero, nueva referencia de las posiciones sobre la seguridad», con el subtítulo siguiente: «Ahora numerosos representantes democráticos citan como ejemplo esa política de represión sistemática de la pequeña delincuencia, aplicada en Nueva York durante los mandatos de Rudolph Giuliani. Influye en la reflexión sobre el tratamiento de la violencia de los menores». Un recuadro en plena página destacaba la doctrina del «cristal roto».

Así, pues, incluso entre los socialistas, que confesaban así —y cito— su demasiado largo «angelismo», la mansedumbre para con los «comportamientos antisociales» había dejado de ser admisible. El Primer Ministro socialista, Lionel Jospin, declaraba en consecuencia: «Todo acto no respetuoso de la norma debe recibir su justa sanción». Salir del error después de veinte años tiene aún más mérito. Sin embargo, la ministra de Justicia, señora Lebranchou, procuró eludir las «amalgamas»: «El Gobierno no quiere reproducir el modelo americano». Cada cual con su horror y su honor, ¡qué caramba!

Nadie dejará de admirar la perfección contradictoria de ese razonamiento. Nadie discute ya, ni siquiera en Francia, que entre 1990 y 2000 los Estados Unidos lograron reducir sensiblemente su inseguridad, mientras que durante el mismo período la inseguridad francesa no cesaba, por su parte, de agravarse, igual que la inseguridad en toda Europa. En 2001, como nadie puede escurrir el bulto eternamente ante la evidencia, las autoridades francesas, desbordadas por su permanente fracaso ante ese azote, no pudieron por menos de reconocer que hacía mucho que su interpretación de las causas del mal era equivocada y sus remedios, basados en una supuesta prevención, eran ineficaces. Incluso la izquierda francesa, al instante seguida por su perrito faldero que es la derecha, se vio obligada a reconocer que no todo era malo en el método Giuliani... imitado, por los demás, en los Estados Unidos, con los mismos resultados convincentes, en muchas otras ciudades, además de Nueva York. Pero, aunque se adhiriera a ese método, por la presión de los hechos, Francia, o al menos su clase política, tuvo a bien proclamar que no por ello se convertía al «modelo americano». ¿Qué «modelo»? Se trata de un nombre muy pomposo para bautizar medidas de elemental sentido común, dictadas por la experiencia. Por citar otra esfera en la que Francia cuenta con una marca desastrosa, imaginemos que reduzca el número de sus muertos en carretera haciendo respetar efectivamente las limitaciones de velocidad gracias a una policía de tráfico que estuviera presente en otros sitios, además de en la televisión. ¿Sería eso seguir servilmente el «modelo americano» y, por tanto, un comportamiento condenable? ¿No sería más bien, por parte de un Gobierno, cumplir simplemente con su deber?

Así, vemos que en numerosos países el antiamericanismo sirve de excusa para las carencias gubernamentales, el subdesarrollo ideológico y el engaño delictivo. En cuanto se rechaza el «modelo americano», se ha optado por la buena opción, aunque se naufrague.

Esa mueca de desdén para con el «modelo americano», en materia de seguridad como de muchas otras dificultades sociales o económicas, por parte de numerosos países que hacen las cosas mucho peor que los Estados Unidos, con frecuencia raya no sólo en la ineptia, sino también en el ridículo, pues en materia de seguridad en particular la cuestión no es tanto si Francia, por ejemplo, debe seguir el modelo americano cuanto si es capaz de hacerlo. Asimismo, el 4 de enero de 2002, una periodista que entrevistaba en la RTL al alcalde de Amiens, una de las ciudades más afectadas por la guerra de las calles, le advirtió caritativamente contra el riesgo de transformarse en «alcalde sheriff a la americana». Seis meses antes, el Primer Ministro, Lionel Jospin, había empleado ya con desdén esa comparación del alcalde con el sheriff para negarse a devolver a los alcaldes franceses las competencias en materia de policía que tenían antes de 1939 y de las que los privó el régimen de Vichy. Además de que resultaba sorprendente oír a un Primer Ministro socialista defender un hipercentralismo policial introducido en Francia por una dictadura, la asimilación del alcalde de allende el Atlántico con el sheriff denota una singular, pero no excepcional, ignorancia de las instituciones americanas. En los Estados Unidos el sheriff (palabra procedente del derecho inglés) es un oficial de la administración elegido democráticamente, encargado de mantener el orden y hacer respetar las decisiones de la justicia en un condado. Nada tiene que ver con el alcalde, cuyas misiones, poderes y cometidos, en el marco de un municipio, son mucho mayores y se extienden a esferas múltiples y mucho más variadas. Es como si se confundiera en Francia a un alcalde de una gran ciudad con un capitán de la gendarmería.

Cierto es que resulta lícito observar que el sistema Giuliani, en Nueva York y en otros sitios, de 1990 a 2001, entraña zonas de sombra y que no es un éxito total. Lo malo es que, por proceder de nosotros, esa crítica no es legítima precisamente, en la medida en que nuestra política durante el mismo decenio ha sido un fracaso total. Mientras la delincuencia y la criminalidad retrocedían en América, las nuestras se duplicaban de 1985 a 1998.¹ Han galopado aún más rápidamente después. Chispa de lucidez: un habitante de Vitro-sur-Seine, al deplorar el aumento vertiginoso de los incendios de automóviles en su barrio, exclama; «¡Esto es peor que América!» En efecto. América ya ni siquiera puede servir de referencia, de tanto como nos hemos alejado de ella. Durante el año 2000, los ataques a mano armada aumentaron un 60 por ciento tan sólo en el departamento de Val-de-Marne. Y eso que no se registran la mayoría de los crímenes y delitos. Es lo que en el ministerio del Interior llaman la «cifra negra». Lo más inquietante es que ese aumento, al pasar del «incivismo» venial, como era de buen tono bautizarlo púdicamente, a la gran delincuencia y después a la criminalidad, indica la entrada en escena de actores cada vez más jóvenes y distintos del «hampa» tradicional. Un educador de Vitro-sur-Seine declara en *Le Point*² «Han salido de la escuela sin título y con un nivel escolar cercano a cero. Desde la edad de diez años, se han instalado en la economía paralela. No saben hacer otra cosa. Los asaltos a mano armada son un resultado lógico».

Esa explicación de un testigo privilegiado revela otro fracaso monumental del Estado francés: la educación nacional. Invirtiéndose el rumbo de lo que habían hecho con cierto éxito y durante tres mil años los teóricos de la educación y los pedagogos,³ unos totalitarios virtuosos hicieron prohibir, a partir de 1970, dos «abusos» considerados por ellos insoportables: la enseñanza y la disciplina. En efecto, la violencia en los establecimientos escolares, el bandidismo —digámoslo francamente— es uno de los aspectos más siniestros de nuestra incuria pedagógica. Durante mucho tiempo, esa violencia sólo afectaba a los institutos y los colegios, cosa comprensible, ya que se supone que para comenzar a manejar el puñal y la pistola, se deben contar al menos doce o trece años. A eso se deben las repetidas protestas de profesores exasperados por verse agredidos en clase y de ver a algunos de sus adolescentes tratados con brutalidad —asesinados a veces— por otros. Pero resulta que en 2001 se advirtió que la violencia descendía hasta los centros de enseñanza elemental y hacía estragos entre niños de menos de ocho años, que se atacaban los unos a los otros, además de a sus maestros. A finales de noviembre de 2001, en el vigésimo distrito de París y en L' Hay-les-Roses (Val-de-Marne), dos chavales de siete a ocho años molieron a palos y abofetearon a sus respectivas maestras.^{1 bis} Naturalmente, se trata de un asunto tabú, el ministerio lo «relativizó»; la administración disuadió en nombre de una sana moral «solidaria», «ciudadana» y «convivencial» a los padres que querían presentar una denuncia.

Como, por desgracia, esa hipocresía no tiene capacidad para reprimir una violencia ya dueña del terreno, los profesores utilizan cada vez más el único medio de que disponen para sacudir la inercia de los poderes públicos: la huelga. Una huelga que ha llegado a ser, por la imposibilidad en aumento de enseñar, casi permanente. Los profesores del colegio Victor-Hugo, en Noisy-le-Grand (Seine-Saint-Denis) —y se trata de un simple ejemplo elegido al azar en la prensa—,^{2 bis} heridos por «el hostigamiento cotidiano» de los alumnos, comprueban que «las dos terceras partes de las clases son incorregibles». Escriben al Primer Ministro y piden audiencia al Presidente de la República para exigir «el abandono de la política educativa aplicada desde hace veinte años en Francia». ¡Tema nuevo, capital y tanto más significativo cuanto que uno de los objetos de la burla francesa de los Estados Unidos es precisamente el supuesto estado lamentable de su enseñanza! Pero es en Francia sin duda alguna, también en Noisy-le-Grand, donde la madre de un alumno, tras deplorar las consecuencias de la huelga para los estudios de su hijo, recibe esta respuesta de una profesora: «Demos o no clase, de todas formas no aprenden gran cosa». Por lo demás, si un alumno quiere trabajar, siempre hay en la clase un bestia

¹ Véase Alain Bauer y Xavier Raufer, *Violence et insécurité urbaine* [Violencia e inseguridad urbana], PUF, «Que Sais—je?», 1998, y Christian Jelen, *La Guerre des rues, la violence et les «jeunes»* [La guerra de las calles, la violencia y los «jóvenes»], Plon, 1998.

² *Le Point*, 21 de diciembre de 2001, «Les braqueurs nouvelle vague».

³ Véase la obra clásica de Henri—Irénée Marrou, *Historia de la educación en la antigüedad*, Akal, Madrid, 1985.

^{1 bis} *Le Parisien—Aujourd'hui*, 12 de diciembre de 2001: «La violence s'insinue dans les écoles primaires» [La violencia se insinúa en las escuelas primarias].

^{2 bis} *Le Monde*, 22 de diciembre de 2001.

que lo hace entrar en razón infligiéndole una corrección. Así, en un colegio del extrarradio, un alumno, sentado en la primera fila y deseoso de seguir la clase, se vuelve hacia sus compañeros para pedirles que dejen de armar jaleo. Al instante recibe una tunda y le rompen una silla en la cabeza: puntos de sutura y diez días sin poder asistir a clase.¹ Un profesor de Geografía e Historia de veintinueve años observa amargamente: «La ley dice que un alumno puede llamarnos "cerdos" y "fascistas" y que no se debe castigarlo». Todos esos profesores revelan, así, la relación de causalidad mutua entre la ideología antieducativa y la ideología antiseguridad que en veinte años han sumido a Francia, mediante su acción combinada, en la anarquía en la que se convulsiona.

Los europeos tienen razón al censurar la libertad de venta de armas de fuego que subsiste en los Estados Unidos, pero esas vituperaciones serían más convincentes, si no resultara igualmente fácil procurarse armas en Europa, donde son objeto de un floreciente mercado negro. Aunque no sean de venta libre, el resultado es el mismo, si no peor. El tráfico de armas es «fenomenal» en Seine Saint-Denis, declaraba en noviembre de 2001 un dirigente del sindicato *Force Ouvriere* de la policía en la emisora de radio Europe 1. «En el departamento de Seine-Saint-Denis —decía— se han encontrado armas de guerra, en La Courneuve, hace dos semanas, y en Épinay».² Por lamentable que sea, la venta oficial de armas a los particulares en América permite al menos —o, mejor dicho, obliga a— registrar el nombre del comprador, que debe pagar también una licencia y dejar sus huellas dactilares. A Europa es a la que invade la jungla en el tráfico de armas, una jungla en la que todo el mundo puede procurárselas sin que se sepa quién las posee.

En el momento en que a finales de 2001 Francia, aun concediendo que su propia política de seguridad merecía una revisión, no por ello dejaba de despreciar ese pobre «modelo americano», se veía desfilar y protestar en todo el territorio nacional a policías y gendarmes, hartos de encontrarse cada vez más desprovistos de los medios necesarios para luchar contra la violencia, mientras una ley nueva (por fortuna, modificada más adelante) sobre la presunción de inocencia obligaba a la magistratura a liberar todos los días a criminales, aun cuando los hubieran detenido en flagrante delito. Un panorama tan desolador debería —nos parece— incitar a Francia a dar muestras de más humildad y moverla a aprovechar las enseñanzas que se desprenden de las experiencias menos desastrosas de otro país, en lugar de darle lecciones.

Pues en Francia la inseguridad, como la descomposición de la enseñanza, se debe a errores intelectuales muy franceses y no de la «hiperpotencia» y del «unilateralismo» americanos, que nada tiene, la verdad, que ver con ellos. ¿Cómo y por qué van a respetar la ley los delincuentes y los criminales, escolares o no, si la incitación a violarla procede de nuestra propia clase política?

Así, el jefe de la Confederación Campesina, el ilustre José Bové, estrella que reluce en el firmamento de la inteligencia nacional, vio volar en su ayuda a algunas primeras figuras políticas y de los medios de comunicación franceses cuando, el 20 de diciembre de 2001, fue condenado, tras su apelación, a seis meses de reclusión firme por haber destrozado, con la ayuda de sus matones un campo de arroz transgénico en junio de 1999. Noel Mamère, diputado y candidato oficial de los Verdes a la presidencia de la República, se declaró «indignado» y añadió: «Es una decisión política: los verdaderos vándalos y gamberros son Monsanto, Aventis y todos los grupos multinacionales que, en nombre de su interés privado y de la rentabilidad, quieren imponer riesgos al medio ambiente y a la salud de las personas, contra su voluntad. Denuncio a este tribunal político, esta sumisión de la justicia a los grupos de presión económicos y a la mundialización liberal».^{1 bis} Mamère se vio, evidentemente, secundado en su elogio de la delincuencia por los comunistas, cuyo portavoz se declaró «escandalizado» y, como experto, se atrevió a afirmar que Bové reñía «una lucha de ideas».

Paso por alto la indignancia intelectual de esos tópicos malolientes, extraídos del «basurero de la historia», la monumental incompetencia científica de esos charlatanes de plaza pública y una falsificación, habitual en ellos, de la información, ya que el campo de plantas transgénicas de que se trata no era cultivado por multinacionales, sino con carácter experimental por el Centro Nacional de Investigaciones Científicas.

¹ *Libération*, 22 de diciembre de 2001.

² Citado por *Désinformation—hebdo*, 21 de noviembre de 2001.

^{1 bis} Citado por *Les Echos*, 21 de diciembre de 2001.

Insisto sólo en esta «excepción francesa», y no americana, de que representantes del pueblo, legisladores, posibles candidatos a la magistratura suprema, garante, a su vez, de las instituciones republicanas, pongan en entredicho una decisión de la justicia acusando al tribunal de estar políticamente manipulado, afirmando en alto y en público que actos delictivos o criminales, castigados por el Código Penal, son una forma legítima del «debate de ideas», en una democracia, un Estado de derecho. Nuestros colegas, adoctrinados por maestros de civismo de esa laya, carecen ya de razón para dudar de que infrinjan la ley cuando rompen una silla en la cabeza de uno de sus discípulos, chantajea a otros o plantan un cuchillo en la garganta a uno de sus profesores.

Otro fracaso francés explica en parte el aumento de la violencia urbana (y, por lo demás, rural también, ya que el elevado número de vehículos robados permite la ubicuidad de la delincuencia). Es el fracaso de la integración. Por lo demás, esa vergüenza tiene su origen en parte en la errónea concepción de la enseñanza que ha prevalecido durante los treinta últimos años del siglo XX y que podríamos llamar los años del último espasmo ideológico. Los prejuicios de esa concepción resultaron agravados aún más por el miedo que tenían los encargados de la educación de pasar por racistas al disponer clases especiales para los alumnos inmigrantes o hijos de inmigrantes, cuya lengua materna o instrumento de transmisión más corriente no era el francés, al menos al comienzo de los estudios, con lo que se organizaba y se instalaba para siempre esa discriminación precisamente temida. Se condenaba a los alumnos magrebíes y africanos a un fracaso escolar ineluctable y casi permanente, por falta de bases sólidas. En la instrucción, es decisivo tener un buen arranque. El fracaso escolar, provocado por las autoridades «pedagógicas» y políticas, proporcionaba y sigue proporcionando sus neófitos a las bandas de delinquentes de los «barrios» y al respecto vemos —segunda hipocresía— la negativa a reconocer lo que todas las investigaciones serias determinan: la llamada violencia «de los jóvenes» emana sobre todo de adolescentes cuyos padres emigraron del Magreb o del África negra y cuya integración impidió una política educativa estúpida. El miedo a ser calificados de racistas movió a los dirigentes políticos a escamotear el origen étnico de esa guerra de las calles.

Es lo que muestra ya Christian Jelen, precisamente en su *Guerre des rues*¹ [Guerra de las calles]. Pero, en aquella fecha, decir las cosas tal como eran aún escandalizaba. Requería un valor del que Jelen fue uno de los pocos en dar prueba, por razones enteramente opuestas a las de los extremistas de derecha, ya que él mismo era hijo de inmigrantes judíos polacos. Tres años después, con la extensión de un fenómeno cada vez más embarazoso, el tabú decaía, por lo demás, entre la izquierda.

Le Monde (4 de diciembre de 2001) publicaba en una página entera una entrevista con el padre Christian Delorme, sacerdote encargado de las relaciones con los musulmanes en la diócesis de Lyon y que durante veinte años había propugnado la política encaminada a respetar e incluso fortalecer la especificidad arabomusulmana a fin de evitar cualquier sospecha de anexionismo cultural francés. El padre Delorme, con una intención cuya generosidad es indiscutible, había creado incluso asociaciones de jóvenes orientadas hacia la autonomía étnica. En 2001, el padre reconocía haberse equivocado y deploraba una «inquietante etnicización de las relaciones sociales». Y añadía: «En Francia no conseguimos decir ciertas cosas, a veces por razones encomiables. Así ocurre con la *superdelincuencia de los jóvenes procedentes de la inmigración*,² que durante mucho tiempo se ha negado... Y los políticos siguen sin saber cómo hablar de ella». Pero —y a eso es lo que quería yo llegar— ese sacerdote, pese a su honradez intelectual, no puede por menos de proyectar ese mal francés en los Estados Unidos: «Hay que denunciar el drama de las cárceles étnicas que pasan a ser, como en los Estados Unidos, los lugares de elaboración de una resistencia al modelo social dominante».

Antes de analizar el problema del posible «comunitarismo» americano, quisiera dar otro ejemplo de esa manía que tienen los europeos de convertir a los Estados Unidos en el origen de sus propios males.

El 25 de diciembre de 2001, a las 08.40, en France Inter dos enviados especiales de esa emisora en Afganistán comunicaban, en directo desde Kabul, lo que habían visto después de la derrota de los talibanes. Relataban varias observaciones muy interesantes, así como conversaciones instructivas con afganas y afganos. Después, el periodista que dirigía la emisión desde París formuló, para concluir, una

¹ *Op. cit.*

² Esta parte de la frase subrayada por mí fue la que *Le Monde* eligió para que sirviera de título a toda la entrevista.

pregunta sobre el «imperium»¹ de los periodistas americanos. Al instante, de labios de nuestros enviados especiales, carga feroz contra las televisiones americanas y la CNN en particular cuyos corresponsales llegan, según nos dicen, «con los bolsillos llenos de dólares», por lo que pueden alquilar helicópteros o conseguirse los servicios de los mejores intérpretes y otros abusos. Y todo ese gasto, ¿para qué? Casi únicamente «propaganda» proamericana, consistente en atribuir, por ejemplo, a los afganos declaraciones en las que expresan su satisfacción por haber visto a los talibanes expulsados por la intervención de los Estados Unidos.

Volvemos a ver en este caso algunas de las obsesiones francesas tradicionales: en primer lugar, según esos corresponsales de France Inter, evidentemente inteligentes y competentes, por lo demás, las aparentes proezas de las televisiones americanas se deben exclusivamente al poder del dinero (diablo exclusivamente americano).^{1 bis} Nunca se deben al talento y tampoco a la profesionalidad de sus periodistas; además, la labor de los periodistas americanos no es informativa, es propaganda. Ni que decir tiene que, desde hace un siglo y más, la prensa y los medios de comunicación de los Estados Unidos nunca han dado pruebas del menor sentido de la información, del menor interés por la verdad de los reportajes, y en sus editoriales están al servicio del poder político: críticas sabrosas, procedentes de un país como Francia, en el que durante mucho tiempo la televisión y la radio estaban totalmente controladas por el Estado y en el que siguen estándolo en gran parte. (La propia France Inter era en 2001 una radio estatal.)

Esas aberraciones narcisistas no carecen de analogía con esa opinión —formulada por el padre Delorme con mucha mayor moderación, lo que la vuelve tanto más sintomática— según la cual «cuando eres paquistaní en Gran Bretaña o italiano en los Estados Unidos, te remiten constantemente a tu comunidad». Que un intelectual avisado confunda a los anglopaquistaníes, islamistas furiosos, los primeros que se manifestaron en masa en 1989, antes incluso de que el viejo chocho de Teherán dictara la *fatwa* para que matasen a Salman Rushdie, con la mentalidad actual de los italoamericanos nos mueve a preguntarnos si la vida eclesiástica deja tiempo para leer a veces libros serios.

Es una de las cantinelas del «pensamiento único» francés: los Estados Unidos, en materia de inmigración, practican el «comunitarismo» y el «multiculturalismo», mientras que la tradición francesa, sobre todo la «republicana», tiene como principio rector la integración. Lo digo una vez más y una vez por todas: tomo aquí como ejemplo a Francia tantas veces, porque es, a mi juicio, el laboratorio privilegiado en el que confluyen en el grado máximo y más marcado ideas sobre los Estados Unidos que en forma menos polémica y más atenuada están extendidas prácticamente por toda Europa y también en otros sitios.

Es cierto que en los Estados Unidos se emplea con frecuencia el término de «comunidad», no sólo, por lo demás, en sentido étnico o religioso, sino también de forma muy general e imprecisa, para designar una ciudad, un barrio, un condado, una asociación, una profesión, los adeptos a un deporte, a un juego, a una distracción. En el sentido étnico, «comunidad» abarca las costumbres, creencias, fiestas, hábitos alimentarios o vestimentarios, etc., de los ciudadanos descendientes de una categoría determinada de inmigrantes o inmigrantes ellos mismos. Pero esa fidelidad a los orígenes no debe engañarnos. No entraña ningún antagonismo entre esos grupos culturales y los demás ciudadanos americanos. La comunidad irlandesa desfila en masa y ruidosamente por las calles de Nueva York o de Boston el día de San Patricio, santo tutelar de Irlanda. Sin embargo, esas festividades no impiden a los descendientes de los irlandeses llegados en el siglo XIX sentirse plenamente ciudadanos americanos, tanto como franceses se sienten los «aveyroneses de París» o los «francoconteses de Lyon». Cuando un neoyorquino nos dice: «Soy irlandés» o judío o italiano, no pretende repudiar su nacionalidad americana; se limita a darnos una indicación trivial, en una sociedad que se constituyó acumulando inmigrantes, como puede hacerlo un asiático o un latino en California o en Florida, inmigrantes o descendientes de inmigrantes más recientes. Su vocabulario no debe incitarnos a decretar que el «*melting pot*» ha dejado de funcionar. Al contrario, sigue funcionando muy bien.

¹ La palabra carece del menor sentido en este contexto, pues *imperium* (véase el diccionario latín—francés de Félix Gaffiot, Hachette) significa «delegación del poder del Estado, que entraña el mando militar y la jurisdicción», delegación que, evidentemente, ningún periodista, americano o no, puede recibir. Pero *imperium* tiene la ventaja de sugerir imperialismo.

^{1 bis} Los franceses son —ya se sabe— de un desinterés notorio.

Sin embargo, durante el último tercio del siglo XX, una minoría que se las daba de progresista propugnó —cierto es— el multiculturalismo y reivindicó el derecho de cada una de las comunidades étnicas a su «idoneidad», por considerar la americanización una opresión, pero igualmente cierto es que en el año 2002 se puede comprobar que ese movimiento ha fracasado. Es lo que revelan los estudios sociológicos más recientes. Citaré más en particular uno de los mejores, el libro de Michael Barone, *The New Americans, How the Melting Pot Can Work Again* [Los nuevos americanos, así es como el *melting pot* puede volver a funcionar].¹ Barone traza interesantes paralelismos entre las oleadas de inmigrantes de la segunda mitad del siglo XIX o del primer tercio del XX —irlandeses, italianos y judíos esencialmente— y las llegadas después de la segunda guerra mundial: negros, latinos y asiáticos. Extrañará encontrar en esta lista a los afroamericanos, cuyos antepasados se encuentran en los Estados Unidos desde hace dos siglos y más contra su voluntad, pero lo que Barone describe es la inmensa emigración de los negros del sur hacia el norte, en el propio país, a partir de 1945, probablemente uno de los mayores desplazamientos internos y voluntarios de poblaciones de todos los tiempos. De 1945 a 1960, la mitad al menos de los negros del «sur profundo» y en particular casi todos los más jóvenes se fueron a vivir a los Estados del norte y del este. Por ejemplo, la población negra de Chicago pasó de 287.000 habitantes en 1940 a 813.000 en 1960; la de Nueva York, durante esos mismos veinte años, de 458.000 a 1.088.000. Así, pues, el extrañamiento y los problemas de integración de esa población fueron del todo comparables a los de inmigrantes procedentes del exterior del país, dados la distancia y el abismo cultural que separaban al sur del norte. Barone muestra de forma convincente que los problemas y los modos de inserción de esos negros se parecieron mucho a los de los irlandeses entre 1850 y 1914. Si se objeta que en el norte los negros fueron víctimas —menos que en el sur, pero, de todos modos, aún demasiado durante mucho tiempo— de una discriminación racial, responde que los irlandeses también sufrieron discriminación al principio. De modo que la integración de los negros en el norte reprodujo en muchos sentidos, según el autor, lo que había sido la de los irlandeses. Esos paralelismos entre el caso de los judíos en el pasado y el de los asiáticos hoy, entre los italianos del siglo XX y los latinos en el XXI no dejan de apuntalar sólidamente para el lector la tesis central de la continuación o la revitalización del *melting pot*, en detrimento del multiculturalismo comunitario, sean cuales fueren a ese respecto los prejuicios de europeos mal informados que consideran el comunitarismo el «modelo americano» por excelencia.

Una de las últimas batallas de la minoría «liberal»—(nosotros diríamos progresista) americana en pro de las «identidades separadas» y del comunitarismo multicultural fue reñida —y perdida— a propósito del derecho a la enseñanza en la lengua española para los hijos de los latinos en California. Se trataba en teoría de impartir una enseñanza bilingüe en la que el inglés debía codearse con el español, pero, con la experiencia, los padres se dieron cuenta de que sus hijos, al utilizar el español a la vez en casa y en la escuela, si bien adquirían en clase un inglés rudimentario, suficiente para la vida corriente y los oficios no especializados, no lo dominaban, en cambio, lo suficiente para después hacer estudios más prolongados y lograr empleos especializados o incluso ingresar en la universidad y acceder a las profesiones intelectuales. Resultaba tanto más nefasto para ellos cuanto que su español —el de las familias, la mayoría necesariamente modestas y con frecuencia analfabetas, procedentes de México y de Centroamérica— era también rudimentario. Así, esos jóvenes perdían en los dos marcadores: el monolingüismo español los encerraba en el medio inmigrante y se los privaba de la posibilidad de superar —por no aprender en clase un buen inglés— su desventaja inicial.

Eso es lo que no dejaron de indicar los hijos de inmigrantes que en épocas anteriores habían triunfado en sus estudios y en la vida, gracias a principios pedagógicos totalmente opuestos a los del multiculturalismo seudo—«progresista». Es lo que cuenta Norman Podhoretz en su libro de recuerdos *My Love Affair with America* [Mi historia de amor con América].^{1 bis} Podhoretz, nacido en 1930 y criado en Brooklyn en una familia judía pobre procedente de Galicia (provincia que siempre ha oscilado entre Polonia y Ucrania), no hablaba ni oía hablar en su casa y en su barrio otra lengua que el yiddish. En cuanto tuvo edad para ir a la escuela, aprendió, evidentemente, el inglés, entonces única lengua escolar en la enseñanza pública en América. Pero no lograba deshacerse de su acento yiddish. Así, pues, su

¹ Washington, Regnery Publishing Inc., 2001.

^{1 bis} Nueva York, The Free Press, 2000.

maestra lo colocó en una *remedial-speech class*, una clase de «corrección de acento». El resultado fue, escribe, el «de erradicar toda huella de mi acento yiddish sin por ello substituirlo por el acento de Brooklyn». Iniciado así desde la infancia en el buen inglés, Podhoretz, una vez llegado a la adolescencia, pudo seguir estudios superiores en la propia América y, más adelante, tras obtener al comienzo del decenio de 1950 una beca, continuarlos en Cambridge, en Inglaterra, donde concluyó su recorrido universitario. Así pudo hacer la eminente carrera que conocemos, como autor político, memorialista, crítico literario y director de la influyente revista *Commentary*. «Por culpa del bilingüismo —comenta—, esa teoría demente y desacreditada (...), millones de niños nacidos o llegados en los últimos decenios del siglo (....) fueron sometidos a una experiencia opuesta a la mía. En lugar de ayudarlos, como americanos, a entrar en la cultura del país, se multiplicaron delante de ellos los obstáculos que les vedaban el acceso a ella».

Una primera figura del infame cine hollywoodiano —Kirk Douglas, en quien algunos serviles americanófilos creyeron ver talento, llamado Issur Danielovitch Demsky, hijo de inmigrantes judíos polacos— protestó también ruidosamente contra la entronización del español como primera lengua en las escuelas elementales californianas. «En nuestra casa —explica—, hablábamos yiddish. Nuestros vecinitos de rellano hablaban italiano con sus padres, pero en la escuela todos nosotros, los niños, aprendíamos el inglés. Si no hubiera sido así, nunca habría podido ser el actor que, gracias a mi inglés correcto, pude llegar a ser.» Por lo demás, el bilingüismo escolar fue rechazado al final en California por referéndum. Con motivo de la celebración de dicho referéndum, el 90 por ciento de los padres hispánicos, chinos, coreanos o de otras procedencias ni siquiera se molestaron en procurarse los formularios destinados a aprobar el bilingüismo... Es decir que se consideraban mejor informados que las minorías «liberales» sobre el tipo de enseñanza que convenía a sus hijos para facilitarles un futuro conveniente.

En Francia, de 1980 a 2000 el comunitarismo falazmente llamado «a la americana» y que es mucho más «a la francesa» no ha cesado, al contrario, de hacer estragos, como también el tabú de las «identidades culturales». No cuesta nada imaginarse los gritos de indignación que habría provocado la propuesta de crear clases especiales «correctoras de acento» para los jóvenes magrebíes y africanos, en vista de que la *remedial-speech class* de la que habla Podhoretz no mejoraba sólo el acento de sus alumnos, sino también su conocimiento y su manejo de la lengua en cuanto tal, escrita y hablada. Ni que decir tiene que el verdadero bilingüismo es una ventaja y no una maldición, pero gran número de jóvenes magrebíes que llegan al final de su adolescencia «con fracaso escolar» (por emplear el eufemismo que disfraza de catástrofe natural, sin causa humana, lo que procede de la tiranía de concepciones pedagógicas estúpidas) no saben, en realidad, mejor el árabe que el francés. De modo que quedan fuera de cualquier cultura y, lejos de hablar dos lenguas, no hablan ninguna correctamente ni participan en ninguna de las dos civilizaciones cuya clave son dichas lenguas. Tal vez hayan espigado en su casa algunos retazos de uno de los dialectos de África del Norte y hayan aprendido de memoria en la mezquita algunos versículos del Corán en árabe clásico sin comprenderlos, pero esos pobres retazos lingüísticos en modo alguno constituyen una iniciación a la cultura y al pensamiento árabes. Asimismo, es probable que los vecinitos de rellano del joven Kirk Douglas no practicaran el italiano, sino un dialecto siciliano o napolitano, que a sus padres les habría resultado, por lo demás, imposible escribir, en tiempos en que millones de italianos eran aún analfabetos. Si no se les hubiera enseñado el buen inglés en la escuela, habrían seguido siendo, como muchos de nuestros magrebíes, analfabetos funcionales, al margen de cualquier civilización, moderna o antigua, oriental, europea o americana. Lejos de proteger una identidad contra otra, en los inmigrantes cierto multiculturalismo suprime las dos.

En cambio, ha dado un impulso reciente y potente a un comunitarismo destructor, un multiculturalismo del rechazo, que durante mucho tiempo había sido algo desconocido en Francia. Durante el último tercio del siglo XX, los políticos y los medios de comunicación franceses empezaron a referirse corrientemente a unas «comunidades» judía, musulmana o protestante, mientras que antes sólo había habido ciudadanos o residentes franceses de *confesión* o tradición judía, musulmana o protestante. Entre todas esas nuevas «comunidades», la musulmana es con mucho la más favorecida por los poderes públicos. Está indirectamente subvencionada y tácita o incluso oficialmente autorizada a contravenir las

leyes.¹

Pero ese culto oficial rendido por la República a la «excepción cultural» y litúrgica musulmana en nada ha servido a la integración. Al contrario, ha alimentado el «odio» (por recoger el título de la película de Mathieu Kassovitz),² un odio sin límites, sentido por hijos de inmigrantes musulmanes para con los demás franceses, a los que no quieren llamar compatriotas. La gran masa de esos magrebíes podrían escribir —en caso de que supieran hacerlo— un libro que sería el revés exacto del de Norman Podhoretz y se titularía *My Hate Affair with France* [Mi historia de odio con Francia].

Ese comunitarismo del odio es en gran medida la consecuencia de la ideología escolar que, con el pretexto de la veneración identitaria y del igualitarismo pedagógico, ha denegado a los magrebíes el acceso a la cultura francesa sin por ello impedirles perder la suya, salvo cuando se trata de aclamar a Osama ben Laden o a Sadam Husein. Y la consecuencia de ese propio comunitarismo es el desprecio absoluto de las leyes de la República que profesan y aplican tantos magrebíes. Para ellos, el Estado de derecho no existe y su voluntad de permanecer ajenos a él se manifiesta en particular en un comportamiento extraño, que he analizado con frecuencia³ y que podríamos llamar el mecanismo de la inversión de las responsabilidades en materia de delincuencia y criminalidad. ¿En qué consiste?

Cuando los suyos cometen infracciones o incluso un asesinato, cuando estalla un tiroteo, desencadenado por uno de ellos y después uno de ellos cae alcanzado por la bala de un policía que responde, los magrebíes expulsan de su mente toda la primera parte de la historia. El guión no empieza hasta el momento en que ha intervenido la policía. Así, pues, según ellos, la policía ha tomado, en frío, sin razón, la iniciativa de matar a un árabe. El 27 de diciembre de 2001, dos granujas enmascarados entran, empuñando pistolas, en un banco de Neuilly-sur-Marne, en los alrededores de París. Arrebatan a los empleados una importante suma de dinero amenazándolos de muerte, pero, cuando salen, se tropiezan con policías de una comisaría muy cercana a los que una telefonista del banco ha podido avisar. Abren fuego sobre los policías. Éstos responden: uno de los truhanes, que resulta ser un magrebí, de veintiún años de edad, y multirreincidente, resulta muerto. En seguida, durante aquella noche, y las cuatro o cinco siguientes, en Vitro-sur-Seine, lugar de residencia del gángster muerto, bandas de magrebíes devastan la ciudad e incendian varias decenas de coches.^{1 bis} Van equipados con fusiles y granadas y toman por asalto la comisaría. Las granadas proceden de la antigua Yugoslavia, lo que evidencia un comercio de armas de guerra en los «barrios», en las narices de un Estado francés impotente o incapaz. Según los asaltantes, la policía «asesinó» fríamente a su compañero. Según el funcionamiento selectivo de su memoria y su moral, antes no había perpetrado un asalto, una amenaza de muerte, un robo a mano armada, un intento de librarse de los policías disparándoles. Para ellos, todos esos actos criminales quedan comprendidos en una amnesia, si no una amnistía. Convendrá conmigo el lector que resulta difícil llevar más lejos el narcisismo comunitario, la inconsciencia jurídica y el arte de declinar toda responsabilidad de los propios actos.

Como se ve, el comunitarismo a la francesa ha llevado tan lejos sus consecuencias, que llega hasta el extremo de que las autoridades consideren casi normal que existan en el territorio varios millones de ciudadanos o residentes que no se consideran regidos por las leyes del país. No hace falta que subraye hasta qué punto contrasta esa actitud con el uso americano, según el cual toda naturalización va acompañada de un juramento por el que el nuevo ciudadano se compromete a respetar las leyes y las instituciones de la patria que ha elegido y que lo acoge.

Por lo demás, la de «acoger» no es una palabra vana en América. El periodista británico Jonathan Freedland cita este pasaje del discurso de un funcionario de Inmigración y Naturalizaciones en el momento en que entrega sus papeles de ciudadanos americanos a 68 inmigrantes: «Ésta es una

¹ Véase a ese respecto el libro de Pierre—Patrick Kaltentbach, la *France, une chance pour l'Islam* [Francia. Una oportunidad para el Islam], Le Félin, 1991. Y, del mismo autor, *Tartuffe aux affaires* [Tartufo en los negocios], Editions de Paris, 2001, págs. 112—115. El Consejo de Estado se ha mostrado a veces indulgente incluso para con la poligamia. Véase Christian Jelen, *La Famille, creuset de l'intégration* [La familia, crisol de la integración], R. Laffont, 1993.

² 1995.

³ Véase, por ejemplo, en *Fin du siècle des ombres*, Fayard, 1999, pág. 349, el comentario que publiqué a ese respecto en *Le Point* del 3 de junio de 1991 y titulado «Violence, drame en trois actes» [Violencia, drama en tres actos].

^{1 bis} No olvidemos que, según el Código Penal, el incendio voluntario no es un delito menor, una muestra de «incivismo», sino un crimen, cuyo autor puede ser procesado por la audiencia de lo criminal.

magnífica oportunidad para los Estados Unidos —dice—. Personas como ustedes son las que han contribuido y contribuyen a hacer de este país el más próspero de la historia de la Humanidad. Hemos recibido extraordinarias aportaciones culturales y maravillosos beneficios intelectuales de personas como ustedes... América es *ustedes*».¹

Y, en efecto, de 1840 a 1924 llegaron a los Estados Unidos 35 millones de inmigrantes, es decir, el equivalente de la totalidad de la población francesa en 1850 o de la población de Italia en 1910. Lejos de desminuir, esa oleada ha aumentado más bien en nuestros días, ya que el censo de 2001 ascendía a 281 millones de ciudadanos y residentes, es decir, respecto del censo de 1991, un aumento de 30 millones, debido en su mayoría a la inmigración, es decir, el doble de lo que se había calculado en las proyecciones. Así, pues, sostener que el *melting pot* ya no funciona en los Estados Unidos es algo propio de un exorcismo ideológico, destinado a satisfacer en el creyente europeo una necesidad subjetiva. No es fruto de una información seria.

Si puedo permitirme introducir una observación suplementaria, tímidamente y entre paréntesis, es como para pensar que esas decenas de millones de extranjeros que desde hace un siglo y medio se han instalado en los Estados Unidos, procedentes de múltiples puntos del globo y, en particular, los 35 millones, la mayoría europeos, que se trasladaron allí de 1850 a 1924, eran todos unos completos imbéciles. En efecto, ¿qué espejismo los engañaba para que se obstinaran, generación tras generación, en abandonar los países de jauja, paz y libertad en los que habían nacido para ir a perderse en la jungla americana, donde, de creer lo que se imprime aún ahora todos los días en la prensa europea, sólo les esperaban la pobreza, las discriminaciones raciales, desigualdades cada vez mayores entre los ricos y los «desfavorecidos», la inhumana sumisión al beneficio capitalista, la ausencia total de protección social, las violaciones permanentes de los derechos humanos, la dictadura del dinero y el desierto cultural?

¿Cómo es que aquellos europeos que se habían extraviado por inconsciencia en el infierno americano no escribían a sus familias y amigos, que nadaban aún en la felicidad de los paraísos ucraniano, calabrés o griego, para que sobre todo no acudieran a reunirse con ellos? ¿Y cómo es que, cincuenta o cien años después, hay vietnamitas, coreanos, chinos, mexicanos, salvadoreños o incluso rusos tan ciegos para caer, a su vez, en la misma trampa? Sin embargo, los descendientes de las antiguas generaciones de inmigrantes debieron de explicarles sin falta que sus antepasados no habían encontrado en los Estados Unidos otra cosa que pobreza, precariedad y operación, ¿no? Podemos entender que el «sueño americano» engañara a los primeros que llegaron, pero, si ese sueño es una simple mentira, no se puede entender, en cambio, que el amargo descubrimiento de los pioneros no disuadiera más a sus sucesores para que no siguiesen el mismo camino que ellos. La Historia menciona otros sueños cuyo carácter mistificador resultó en seguida evidente y que en poco tiempo provocaron más candidaturas a la marcha que a la integración. Por eso, si el *melting pot* americano es un fracaso semejante, extraña no ver multitudes enteras huir de los Estados Unidos para establecerse en Albania, en Eslovaquia o en Nicaragua.

En Francia, al contrario, sí, según nosotros, los inmigrantes magrebíes y africanos se han integrado, al parecer, mucho mejor que en los Estados Unidos, es porque hemos renunciado a enseñarles el francés; además, porque nuestro Alto Consejo de la Integración se negó a instituir el equivalente del juramento de los naturalizados americanos y así, al revés que en los Estados Unidos, no somos lo bastante antidemocráticos para pedir a los nuevos ciudadanos franceses que se comprometan a respetar las leyes de la República. Hasta qué punto se han considerado estos últimos dispensados de ello es algo, por lo demás, que ha superado las previsiones más pesimistas.

Cierto es que no es aplicable a todos los inmigrantes, por fortuna. En toda nuestra sociedad encontramos ciudadanos franceses de origen magrebí o africano cuya integración moral, política y profesional ha sido totalmente lograda: obreros, empleados, comerciantes, profesores, médicos, abogados, funcionarios, agentes de los servicios públicos. Pero nunca se los oye expresarse como «comunidad» en los momentos críticos, en los que sus posiciones podrían yugular el «odio» de los otros. Están marginados por los violentos, por las bandas armadas de las «ciudadelas» que monopolizan la representación de la «comunidad». ¿Por qué? Los sociólogos políticamente correctos —es decir: conformistas de pseudoizquierda— nos aseguran que esa comunidad delincuente, que ha transformado

¹ Jonathan Freedland, *Bring Home the Revolution*, Londres, Fourth Estate limited, 1998.

tantas ciudades en «zonas sin ley», constituye una pequeña minoría simplemente. Si es así, ¿cómo es que las fuerzas del orden no consiguen impedirle causar daños? ¿Cómo es que, durante varios años seguidos, en la misma época, en el mismo lugar (Estrasburgo o Nantes, por ejemplo), elementos violentos pueden saquear impunemente barrios enteros, incendiar centenares de coches? Esa observación pone aún más de relieve la carencia del Estado, pero también el relativo aislamiento de los inmigrantes bien integrados.

Carencia o indulgencia, la inacción del Estado equivale a oficializar en cierto modo la ilegalidad, del mismo modo que se oficializó previamente la falta de trabajo y disciplina en la escuela. Así ha podido constituirse, legitimarse incluso, la «comunidad» delincuente, tanto más peligrosa cuanto que, al tiempo que afirma ser víctima de una discriminación, es, a su vez, xenófoba y racista. Lo es contra los franceses en general, por quienes siente «odio», y contra los judíos en particular: entre el 1 de octubre de 2000 y el 1 de julio de 2002 se cometieron en Francia numerosos atentados antisemitas contra sinagogas, escuelas judías, comercios e incluso viviendas de particulares. Así, pues, en cuanto comunidad es como los musulmanes atacan sin duda alguna a otra. No sólo tenemos comunidades, lo que contraría toda nuestra tradición republicana, sino que, además, ¡una de ellas ataca a otra!¹ Con ese arte gubernamental, muy francés, de minimizar los crímenes que se renuncia a combatir, el ministro del Interior de entonces declaró que se trataba tan sólo de «la acción de jóvenes desocupados» y el único comentario que hizo el prefecto de policía de Bouches-du-Rhône, después del incendio de una escuela judía en Marsella fue el de que se trataba de «un triste fenómeno de moda».

Esos representantes del difunto Estado de derecho usan menos el lenguaje del poder que el de moralistas melancólicos. No podrían haber expresado con mayor claridad su firme determinación de no actuar. ¿Acaso no cantaba victoria el alcalde de Estrasburgo el 1 de enero de 2002, alegando que durante la noche de San Silvestre «sólo» había habido 44 coches incendiados frente a 52 el año anterior? Se tienen las victorias que se pueden conseguir...

Así, pues, los franceses, en vista de esa «guerra de las calles» que ha llegado a ser permanente, no son los más indicados para burlarse del comunitarismo falsamente denominado «a la americana». En la realidad, el éxito y la originalidad de la integración a la americana se debe precisamente a que descendientes de inmigrantes puedan perpetuar sus culturas ancestrales sin por ello dejar de sentirse plenamente ciudadanos americanos. Cada una de las comunidades culturales puede financiar escuelas privadas, en las que sus hijos, los días en que no hay escuela, pueden ir a iniciarse en el griego o en el iraní. En los Estados Unidos se escuchan por doquier radios privadas en coreano, en español y en una multitud de otras lenguas, sin que esos instrumentos de «diversidad cultural» tengan el menor significado conflictivo por parte de las comunidades de que se trate en sus relaciones con la civilización americana. Al contrario: son su fuente y su suma.

Ese equilibrio armonioso entre tradiciones y ciudadanía es el que no conseguimos encontrar en Francia. En cuanto se habla de enseñar una lengua regional en tal o cual de nuestras provincias, se siente al instante esa iniciativa como reveladora —y con frecuencia lo es— de una voluntad política de eliminar el francés. Las escuelas coránicas y las mezquitas, con frecuencia subvencionadas por Gobiernos extranjeros, son menos lugares de transmisión de la civilización árabe que centros de propaganda prointegrista y antifrancesa. En cambio, en los Estados Unidos la lengua inglesa ha desempeñado desde el principio un papel unificador enteramente aceptado e incluso mayor de lo que lo era en el propio Reino Unido. «A causa de los frecuentes desplazamientos de un extremo al otro del país, se puede observar una uniformidad mayor de la lengua en los Estados Unidos que en Inglaterra», escribía ya en 1816 John Pickering. Tras citar esa observación, Daniel Boorstin, en su *Historia de los americanos*^{1 bis} comenta que el inglés hablado en los Estados Unidos, al contrario que el de las islas Británicas, pasa rápidamente a ser el mismo en todas las regiones, en todas las clases sociales, en todos los grupos socioculturales: italiano, polaco, alemán, judío, mexicano, chino, etcétera. En comparación, en 1794 el abate Grégoire exponía ante la Convención que al menos seis millones (de 27 millones) de

¹ Véase *L'Express*, n° 2.631, de 6 de diciembre de 2001. En un editorial, Denis Jeambar, director de la revista, escribe: «Está demostrado: esos actos antisemitas son cometidos esencialmente por musulmanes».

^{1 bis} *The Americans*, Random House, Nueva York, 1973. Traducción francesa: Editions Robert Laffont, col. «Bouquins», París, 1991.

franceses no hablaban nada la lengua nacional y que el número de los que la hablaban «con pureza» no superaba los tres millones.

¿Son conscientes los franceses de que lo que llaman con reprobación comunitarismo «a la americana» se da en su propia historia? En todas partes es constante el proceso por el cual inmigrantes de procedencias geográficas muy variadas y de un peso demográfico importante se funden en la civilización de su nuevo país sin por ello dejar de mantener vivas ciertas tradiciones de sus antepasados. Los franceses de religión cristiana ortodoxa, descendientes de inmigrantes procedentes de la Europa oriental, no tienen la impresión de oponerse a los otros franceses cristianos, por que celebren la Navidad el 7 de enero y su Año Nuevo el 13 de enero. ¿Y acaso se sienten los franceses judíos, que celebran el suyo en septiembre, menos ciudadanos y de cultura menos francesa que sus compatriotas? La compatibilidad entre lo general y lo particular, entre la pertenencia plena al cuerpo de los ciudadanos de un país y la perpetuación de prácticas religiosas, costumbres folclóricas, usos vestimentarios o patrimonio culinario caracteriza la edificación y la evolución de casi todas las grandes civilizaciones... y no solo de los Estados Unidos. Las «asociaciones» francesas izquierdistas y políticamente correctas, las autoridades del propio Estado, profesan en esa esfera un razonamiento intrínsecamente contradictorio: por una parte, denuncian el comunitarismo supuestamente «a la americana» y, por otra, reivindican para ciertas poblaciones inmigrantes el «derecho a la diferencia», incluidos el analfabetismo y la poligamia, es decir, la imposibilidad de la integración. Ahora bien, la integración, consciente y voluntaria por parte del integrado, sigue siendo un imperativo, si se quiere evitar el desastre, con el desempleo y la guerra de las calles. Pero la integración lograda puede enriquecerse, a su vez, con la aportación de nuevas culturas, sin que por ello se trate de un comunitarismo de rechazo. La síntesis se hace con una dosificación sutil que los franceses han experimentado con frecuencia en su propia historia.

Durante los siglos XIX y XX no cesaron de llegar al territorio de la Francia metropolitana poblaciones italiana, armenia, griega, polaca, húngara, española, portuguesa, judíos de la Europa central u oriental. Esas poblaciones, constituidas por inmigrantes económicos o refugiados políticos que huían de la pobreza o las persecuciones, o ambas cosas, eran a veces de tal amplitud, que trastornaban la composición demográfica de una región o una ciudad. En el año 1926, Albert Londres publicó un reportaje titulado *Marsella, puerta del Sur*. Durante su investigación *in situ*, al oír hablar sólo italiano en torno al Puerto Viejo, preguntó al alcalde de entonces, un tal Flaissière: —«¿De qué ciudad es usted, señor alcalde?» «Pero bueno», respondió Flaissière, «está usted un poco confuso mentalmente esta mañana: ¡Ya lo ve usted que soy alcalde de Nápoles!»¹ No por ello dejaron de integrarse los hijos de aquellos italianos, armenios o (en el norte de Francia) polacos y muchos otros, como los de los españoles o portugueses después de la guerra, aun conservando en su caso un apego muy vivo a la cultura de sus padres. El director de cine Henri Verneuil, fallecido en enero de 2002, cuyo verdadero nombre era Achod Malakian, armenio llegado a Marsella a la edad de cuatro años con sus padres escapados del genocidio, fue el autor de algunas de las películas más «francesas» del cine francés. Naturalmente, era tan perfectamente francófono como cualquier otro marsellés, sin por ello haber dejado nunca de hablar corrientemente el armenio. Nunca desaprovechaba una oportunidad de proclamar esa fusión íntima en él del hombre francés y del hombre armenio. Así, pues, la oposición radical entre la integración y la diferencia es errónea o, al menos, se debe matizarla. El acontecimiento nuevo, ocurrido durante el último cuarto del siglo XX, fue que se empezara a considerarlas mutuamente excluyentes. ¿Por qué?

¿Por qué la «diferencia» de la inmigración magrebí, africana o turca, aunque sea en la fase de la segunda generación, casi siempre, a su vez, de nacionalidad francesa, es en su mayoría una diferencia de ruptura, confrontación, rechazo o incluso «odio»?

En *La familia, crisol de la integración*, «Investigación sobre la Francia inmigrante», libro ya citado, Christian Jelen aporta ciertos elementos fundamentales de la respuesta. Las integraciones anteriores salieron en conjunto bien, incluso entre los inmigrantes más pobres, gracias a dos factores o motores esenciales: la autoridad de la familia sobre los hijos y la creencia sin reservas en la escuela como mecanismo indispensable para integrarse en la cultura de acogida.

¹ Citado por Christian Jelen, *La Famille, creuset de l'intégration* [La familia, crisol de la integración], Robert Laflont, 1993.

Observamos esas características sociales y culturales tanto en los inmigrantes de antes, italianos, armenios o judíos, como en algunos de los inmigrantes posteriores o actuales cuya integración se ha hecho y se sigue haciendo sin choques importantes: portugueses, vietnamitas, chinos. En cambio, encontramos en general muy poco esas bazas formadoras entre los inmigrantes magrebíes y menos aún entre los que proceden del África subsahariana. Entre estos últimos, además, las carencias nefastas resultan agravadas aún más por la poligamia. Se trata de un uso que nuestros dirigentes políticos se vedan mencionar, por hipocresía bien pensante, al tiempo que lo autorizan discretamente, con desprecio de las leyes de la República. Por lo demás, esa «palabra está proscrita en todos los reportajes y todos los comentarios», añade Christian Jelen, quien dedica a ese fenómeno y a sus consecuencias todo un capítulo de su libro.¹

La irresponsabilidad de la familia, que se desinteresa del empleo del tiempo de sus hijos, los deja libres para que vaguen por las calles sin control, es una causa preponderante de la degradación de los «barrios», de la generalización de la violencia y del paso de los jóvenes, e incluso los niños, a la delincuencia y la criminalidad.

Sin embargo, siempre que los representantes municipales han intentado reaccionar contra esa irresponsabilidad, ya fuera proponiendo la reducción de las prestaciones familiares de los padres culpables de negligencia o instaurando un toque de queda para obligar a los hijos menores de doce o trece años (o incluso mucho menores: ¿quién va a comprobarlo? ¡Carecen de papeles!) a volver a sus casas antes de medianoche, se han visto, evidentemente, insultados, tachados de fascistas y racistas por los partidos, los ministros y la prensa de izquierda.² La izquierda se ha ensañado, así, en la destrucción de una de las condiciones decisivas para la integración.

La otra condición, la eficacia escolar, ha resultado minada también por las teorías pedagógicas, o más bien antipedagógicas, resultantes del «pensamiento del 68» y que se instauraron durante el último cuarto del siglo XX. Su efecto desmovilizador en general para todas las clases de alumnos resultó, naturalmente, agravado por las dificultades particulares que debían superar los hijos de emigrantes, incluso los nacidos en Francia. Para la mayoría de ellos, fue el golpe de gracia, al que fue a sumarse el de la incompreensión de los padres magrebíes y africanos en lo tocante a la importancia de la escuela. Abundan los ejemplos de la indiferencia de esos padres respecto de la asiduidad de su progenitura. ¡Cuántas cartas de maestros y profesores en las que comunican ausencias o proponen una entrevista quedan sin respuesta! En cambio, a los profesores les parten la cara o incluso los apuñalan, si ponen malas notas a los alumnos o les imponen la disciplina. En 1950, los padres inmigrantes estaban siempre de parte del maestro que quería hacer trabajar a sus hijos y lograr que superaran los exámenes. A partir de 1975-1980, están contra él.

Así, pues, no se ve cómo habría podido lograrse la integración de esa inmigración reciente, cuando resulta que los propios dirigentes del país de acogida la rechazaban, al dejar de alentar a las poblaciones inmigrantes a fortalecer las condiciones necesarias para ello.

Así, la nueva ideología francesa ha creado desde 1970 un comunitarismo que llama «a la americana», hasta entonces desconocido en Francia, para disculparse mejor de haberlo provocado y para fingir olvidar que hoy se trata, por desgracia, enteramente de un comunitarismo «a la francesa». Se trata de un nuevo ejemplo de esa permuta de la responsabilidad que es una de las funciones del antiamericanismo y que consiste en proyectar en los Estados Unidos las taras de la sociedad propia.

Añado que la sociedad americana es descrita por los europeos —contradicción suplementaria, que se remonta, por lo demás, al siglo XIX— ora como una yuxtaposición de individuos aislados, sin arraigo en una historia y una cultura comunes a todos ora como una muchedumbre gregaria, uniformizada por el conformismo, en la que el individuo no puede ni reaccionar ni pensar por sí mismo.

¹ Capítulo 3, «La poligamia en Francia».

² Véase el artículo dedicado a una de esas polémicas, «Sécurité. Les enfants après!» [Seguridad, ¡los niños después!] en *Le Point*, 26 de julio de 1997, reproducido en *Fin du siècle des ombres*, op. cit., pág. 587.

6

La extinción cultural

La *diversidad* cultural ha substituido a la excepción cultural, según la retórica europea, de inspiración francesa. Pero los dos términos abarcan en la práctica el mismo comportamiento: a saber, el proteccionismo cultural o la voluntad de establecerlo.

La idea de que una cultura preserva su originalidad atrincherándose contra las influencias extranjeras es una antigua ilusión falsa que siempre ha dado un resultado contrario al que se buscaba. No se puede ser diferente a solas. La libre circulación de las obras y los talentos es lo que permite a cada cultura perpetuarse al tiempo que se renueva. El aislamiento sólo engendra esterilidad. La demostración se remonta al antiguo paralelismo entre Esparta y Atenas. Esta última, ciudad abierta, fue el lugar prolífico de la creación en las letras y las artes, en la filosofía y las matemáticas, la ciencia política y la historia. Esparta, al defender celosamente su «excepción», realizó la hazaña de ser la única ciudad griega que no produjo un solo poeta, orador, pensador ni arquitecto. No dejó de conseguir su diversidad, pero fue la de la nada.

Volvemos a ver esa extinción cultural en los regímenes totalitarios modernos. El miedo a la contaminación ideológica movió a los nazis, soviéticos y maoístas a parapetarse en un arte ramplón y en una literatura pomposa, auténticas injurias al pasado de los tres pueblos a los que fueron infligidas. Cuando Jean—Marie Messier, declaró en diciembre de 2001, con lo que provocó clamores horrorizados: «La excepción cultural francesa ha muerto», no fue lo bastante lejos y habría podido añadir: en realidad, nunca había existido, por fortuna. De lo contrario, la que habría muerto habría sido la propia cultura francesa. Imaginemos que en el siglo XVI los reyes de Francia, en lugar de invitar a los pintores italianos a que acudieran a Francia, se hubiesen dicho: «Esa preponderancia de la pintura italiana es insoportable, la verdad, dejemos fuera a esos pintores y sus cuadros». El único fruto de esa actitud castradora habría sido el de agotar el venero de una renovación de la pintura francesa. Asimismo, entre 1880 y 1914, ¡había muchos más cuadros impresionistas franceses en los museos y las casas de los coleccionistas americanos que en los museos y las casas de los coleccionistas franceses! Pese —o gracias— a ello, el arte americano encontró más adelante su originalidad y pudo influir, a su vez, en el nuestro.

Esas fecundaciones mutuas se burlan de posibles antagonismos políticos. Durante la primera mitad del siglo XVII, cuando España y Francia se combatían con bastante frecuencia, la influencia creadora de la literatura española en la nuestra fue particularmente marcada. El siglo XVIII, período de conflictos repetidos entre Francia e Inglaterra, fue también aquel en el que los intercambios intelectuales entre las dos civilizaciones llegaron a ser seguramente más activos y productivos. No se puede decir que entre 1870 y 1945 las relaciones diplomático—estratégicas entre Francia y Alemania fueran idílicas. Sin embargo, durante aquellos años los filósofos y los historiadores alemanes hicieron más escuela que nunca en Francia. ¿Y acaso no estaba Nietzsche impregnado de los moralistas franceses? Se podría alargar la lista de los ejemplos que ilustran esa verdad: la diversidad cultural nace de la multiplicidad de los intercambios. Es cierto incluso en el caso de la gastronomía: sólo los alucinados fóbicos de los McDonald's desconocen ese fenómeno, fácilmente verificable, de que nunca ha habido tantos restaurantes de cocinas extranjeras en casi todos los países como en nuestros días. La mundialización no uniformiza, sino que diversifica. La reclusión agota la inspiración.

En la práctica, excepción o diversidad culturales son en Europa y sobre todo en Francia nombres de códigos que designan las ayudas y las cuotas. Repetir machaconamente que «los bienes culturales no son simples mercancías» es revolcarse en la trivialidad. ¿Quién ha afirmado nunca que lo fueran? Pero tampoco son simples productos de la financiación del Estado o, si no, la pintura soviética habría sido la

más hermosa del mundo. Los abogados del proteccionismo y del subvencionismo se contradicen. Arman todo ese jaleo, según dicen, contra el dinero y, al mismo tiempo, sostienen que la creación está condicionada por el dinero, a condición de que se trate de dinero público. Ahora bien, aunque el talento necesita ayuda a veces, la ayuda no hace el talento.

«Miren el cine italiano —nos explican—. Por falta de ideas, casi ha desaparecido». Pero, en los años de la posguerra, la causa de su esplendor no se llamaba subvención: se llamaba Rossellini y De Sica, Blasetti y Castellani, Visconti y Fellini. También a la imaginación de los creadores y no a los cheques de los ministros debe el cine español su desarrollo a partir del decenio de 1980. Y, si el cine francés reconquistó en 2001 la primera parte del mercado en sus fronteras y obtuvo éxitos fuera, no fue por haber sido subvencionado más que en el pasado, sino por haber producido un puñado de películas cuya calidad advierte el público y no sólo sus autores.

Por fortuna, el cine francés ha demostrado, así, una diversidad más auténtica que los monótonos machacones de la diversidad.

Aun así, hemos de situar en el lugar que le corresponde esa relativa renovación. Como se atreve a escribir con razón Dominique Moïsi: «Contribuye a la ironía de este debate que el año pasado el símbolo de la resistencia lograda de Francia a la hegemonía de Hollywood fuera una comedia, agradable pero muy superficial, *Le Fabuleux destin d'Amélie Poulain* [El fabuloso destino de Amélie Poulain], película que no es ni más ni menos que una serie de *clips* «enrollados» de estilo publicitario, que lamentablemente carece de contenido social o intelectual. En comparación, las películas de Ken Loach, aunque no se benefician de ese clima de excepción cultural, reflejan la profundidad de una diversidad cultural, a la vez estimulante y refrescante». ¹ Y Moïsi deplora que hayamos substituido el serio debate que merece la cuestión de la dosificación entre el libre arbitrio del público y el voluntarismo (o el favoritismo...) del Estado, por «una explosión de delirio verbal para defender la naturaleza universal de la excepción francesa».

No hace falta ser Aristóteles ni Leibniz para comprender que la excepción universal es, efectivamente, en el plano de la lógica más elemental, una contradicción en los términos. No es la única en ese altercado confuso, en el que, más que coordinar argumentos, se desatan pasiones. Así, Denis Olivennes, director de Canal +, cadena de televisión que desempeña un gran papel en la financiación del cine francés, alega que uno de los pilares de dicha financiación es una deducción aplicada a la recaudación de todas las entradas a las salas. Así, escribe, ^{1 bis} «el cine americano, que representa la mitad de las entradas a salas, aproximadamente, contribuye a la mitad de la financiación de los fondos de ayuda». ¡Admirable deslizamiento de sentido! Pues del texto se desprende claramente que no es el *cine americano* el que contribuye al fondo de ayuda, sino más bien el *espectador francés* que va a ver las películas americanas. De forma más general, la oposición entre el Estado y el mercado en el arte, entre dinero público y dinero del público, es engañosa. El único dinero «público» que existe es el que el Estado deduce de lo pagado por *el* público, por uno u otro medio, directa o indirectamente. Pero siempre es el público el que paga. La única cuestión es saber cuál es la parte de su contribución que procede de su libre elección y cuál es la que emana de una deducción autoritaria, cuyo producto es utilizado después de forma discrecional por una minoría de dirigentes políticos y administrativos o de comisiones cuyos miembros son nombrados y no elegidos democráticamente.

Una cultura entra en decadencia cuando, al no consistir ya sino en alabanzas que se dirige a sí misma, se exalta denigrando a las otras culturas. Así, los profesionales franceses del sector audiovisual repiten todo el santo día y acaban incluso creyendo y haciendo creer al público que los telefilmes americanos, por obedecer al interés exclusivo por «hacer dinero», caen en la facilidad comercial y rehúyen todos los asuntos relativos a problemas sociales o políticos controvertidos. Las series francesas, al contrario —se dice y se repite ciegamente—, se inscriben en una tradición de televisión estatal, financiada con dinero público. Incluso nuestras cadenas privatizadas siguen los cánones estéticos de dicha tradición. Así

¹ *Les Échos*, 14 de enero de 2002. «Les deux Frances» [Las dos Francias]. Observemos, no obstante, que los dos principales éxitos del cine francés en 2001— 2002, *Le Fabuleux destin d'Amélie Poulain* [El fabuloso destino de Amélie Poulain] y *Astérix et Obélix: mission Cléopâtre* [Astérix y Obélix: misión Cleopatra], fueron filmados en estudios alemanes e ingleses. ¿Por qué? Porque el Estado francés desvalija a los productores que triunfan para subvencionar a los pesados.

^{1 bis} *Le Monde*, 12 de enero de 2002. El señor Olivennes dimitió en abril de 2002.

escapan, supuestamente, a la «dictadura del beneficio» y, por tanto, pueden correr el riesgo de desagradar a una parte de los telespectadores mostrando con valor situaciones dolorosas o cargadas de polémica.

Ahora bien, lo contrario es lo que corresponde a la realidad. Michel Winkler lo ha ilustrado ampliamente, con ayuda de numerosos ejemplos, en su libro *Les Miroirs de la vie* [Los espejos de la vida], subtítulo *Histoire des séries américaines* [Historia de las series americanas] (Editions du Passage, 2002).

En una entrevista concedida a *Le Monde télévision* (9 de febrero de 2002), Winkler (por lo demás, médico y novelista, autor, en particular, de *La Maladie de Sachs* (*La enfermedad de Sachs*, Akal, Madrid, 1999), gran éxito del año literario 1998) declara: «Las series francesas no están hechas para hacer reflexionar. Las tres principales cadenas tienen una misma y única política en materia de creaciones (...) reafirmar el conformismo. El telespectador, víctima de sus fantasmas inducidos, queda asimilado a un bobo. A la inversa, en los Estados Unidos —añade—, la televisión ha substituido a la crítica social que hacía el cine en los decenios de 1930 a 1950». La producción francesa habitual mantiene al público tanto más cautivo cuanto que tan sólo el 15 por ciento de los franceses tienen cable o satélite, frente al 80 por ciento de los americanos.

Para llevar el agua a ese molino, he de recordar de nuevo el telefilme en varios episodios rodado y difundido en los Estados Unidos sobre el caso Watergate, en caliente, muy poco después de aquel caso y de la dimisión de Richard Nixon, a mediados del decenio de 1970. En él se veía a un actor que era casi un sosias del Presidente interpretar el papel de Nixon. Todos los demás personajes correspondían también a individuos reales y perfectamente identificables. Y no es el único escándalo nacional que haya proporcionado en América la trama de guiones destinados a la pantalla pequeña o a la grande, que se ciñen lo más posible a los acontecimientos y a las figuras históricas. En cambio, sigo esperando un telefilme francés sobre el tráfico de influencias habido con ocasión de la recompra de Triangle por Pechiney, y sobre sus propios autores, situados, al parecer, en el más alto nivel del Estado francés. O también sobre el escándalo del Crédit Lyonnais o el de Elf. Para compararse con los modelos americanos y con su valor, esos telefilmes franceses deberían ser la transposición fiel en la pantalla de esos episodios históricos poco halagadores para Francia, con intérpretes escrupulosamente calcados de los personajes originales. Puede que hayamos de esperar aún mucho tiempo.

Catherine Tasca, ministra francesa de Cultura, rumiando los restos del marxismo más enmohecido, confiaba al *Figaro Magazine* (9 de febrero 2002) lo siguiente: «Las leyes del mercado son los pabellones del poder americano». ¡No, señor! No son sus pabellones: son su explicación.

En la esfera de la cultura como en las demás, la polémica de la mundialización, que surgió y se enconó durante el último decenio del siglo XX, trasluce, en realidad, lo que quisiera ser una resistencia a la americanización. Y, en esa esfera cultural como en las demás, debemos distinguir lo que, en nuestra concepción de la americanización en cuanto amenaza o enfermedad, es imaginario o fantasmático y lo que está justificado. Y también debemos preguntarnos si no habrá en la cultura americana realizaciones positivas mediante las cuales no sea totalmente malo que las otras culturas resulten influidas, o incluso si aportarán algunas soluciones originales de las que las civilizaciones europeas, asiáticas o africanas se beneficiarían, si se inspiraran en ellas, sin por ello copiarlas, sino transponiéndolas.

El miedo a ver las «identidades» culturales ahogadas como en una uniformización planetaria, que hoy sería de coloración predominantemente americana, pero que en el pasado tuvo otras, no se basa ni en una experiencia histórica documentada ni en una buena observación del mundo contemporáneo. La compenetración de las culturas, con preponderancia ora de una ora de otra, ora en una de sus manifestaciones ora en otra, nunca ha propiciado —en la Antigüedad como en los períodos medieval, moderno y contemporáneo— la uniformidad, sino la diversidad. Eso es lo que ocurre hoy también y lo que muestra, entre muchos autores, el ensayista sueco John Norberg, prácticamente en los términos en que lo he hecho yo más atrás. «Muchas personas —escribe— temen una "mcdonalización" del mundo, una uniformización en la que todo el mundo acabaría llevando la misma ropa y viendo las mismas películas, pero no se trata de una descripción exacta del proceso de mundialización. Quien se pasee por Estocolmo actualmente no tendrá la menor dificultad para encontrar hamburguesas y Coca-Cola, pero con la misma facilidad encontrará en abundancia kebab, sushi, tex-mex, pato de Pekín, quesos franceses,

sopa tailandesa.» Y el autor recuerda algo que se olvida con frecuencia: la cultura americana no es sólo las canciones de Madonna y las películas de Bruce Willis, es también el país en el que hay 1.700 orquestas sinfónicas, 7,5 millones de entradas por año en la ópera y 500 millones de entradas a los museos... con bastante frecuencia gratuitas.¹ Además, casi todos los museos americanos deben su existencia y sus créditos de funcionamiento —recordémoslo— a financiaciones privadas.

Resulta sorprendente que unos artistas tengan tan poca estima por su arte, que atribuyan su posible difusión internacional tan sólo al poder del dinero y de la publicidad. Así, Bertrand Tavernier, al que conocí, como fino conocedor del arte cinematográfico americano, antes de que llegara a ser, a su vez, director, explicó más adelante su éxito en estos términos: «Con la complicidad de ciertos políticos e incluso de los periódicos (...) apoyándose en un sistema de distribución a prueba de bombas,² los americanos nos imponen sus películas».^{1 bis} Y, sin embargo, Tavernier debería saber que nunca se impone por la fuerza ni siquiera mediante la publicidad una obra literaria o artística y menos aún una obra de simple diversión, a un público al que no seduzcan. Todo el poder de coerción de la Unión Soviética no logró nunca «imponer», en la medida en que lo habrían deseado las autoridades, la literatura oficial a los lectores, que preferían las obras clandestinas mimeografiadas y distribuidas bajo cuerda, los famosos *samizdat* (literalmente: autoedición). Cuando la policía atrapaba a los autores o a los difusores de dichos *samizdat*, los enviaba a la cárcel, a un campo de concentración o a un hospital psiquiátrico especial, con la acusación de «cosmopolitismo», otro nombre de la mundialización.

En enero de 2002, cuando Yves Saint Laurent anunció de forma inesperada su decisión de retirarse, con lo que ponía fin de pronto a su actividad de gran modista, causó una emoción enorme en el mundo entero, precisamente porque el talento de Saint Laurent había irradiado en el mundo entero y no sólo el suyo, por lo demás, sino también el de numerosos predecesores que desde hace más de un siglo instauraron y perpetuaron la preponderancia internacional de la alta costura francesa (lo que no quita el menor mérito a las demás escuelas, en particular la italiana).

En aquel momento no se pudo leer en la prensa extranjera que esa preeminencia tradicional de la alta costura francesa y la incandescencia de Saint Laurent eran debidas exclusivamente a «un sistema de distribución a prueba de bombas», que, con la obscura complicidad de «políticos y periódicos», lograba «imponer» a los demás los vestidos de los artistas parisinos. Los autores de semejantes artículos habrían hecho el ridículo.

Pero los franceses, por su parte, se guardan demasiado poco, por desgracia, de caer en esa clase de ridículo. Así, entre 1948 y 1962, en las Bienales de Venecia, la mayoría de los grandes premios fueron concedidos a artistas de la escuela de París, pero, cuando en 1964 el jurado concedió el gran premio de pintura a Robert Rauschenberg, el más reciente jefe de fila de una escuela de Nueva York cuya vitalidad llevaba veinte años afirmándose, los franceses se escandalizaron, hablaron de presiones del Gobierno americano^{2 bis} sobre el Gobierno italiano y otras elegancias que no mostraron a algunos de nuestros funcionarios en su faceta más noble.

Los Gobiernos y las minorías selectas, inspirándose en lo que Giancarlo Pajetta, importante dirigente comunista italiano, dijo en cierta ocasión: «Por fin he comprendido lo que es el pluralismo: cuando varias personas comparten mi opinión», están casi por doquier a favor de la mundialización cultural con la condición de que el inspirador y el modelo sea su país. Al presentar un «Proyecto cultural exterior de Francia», en 1984, el Gobierno francés decía en primer lugar, y con insigne modestia, que aquel manifiesto no tenía «probablemente ejemplo en ningún otro país». Se tiene genio o no se tiene. Todas las culturas valen igual, concedían los autores del texto gubernamental (lo que peca de simplismo «políticamente correcto»), pero la nuestra está predestinada: su papel debe ser el de mediador universal, pues es «compartida por hombres de todos los continentes». Optimismo conmovedor, del que se desprendía, naturalmente, la conclusión de que «el futuro de la lengua francesa en el mundo ha de ser solidario con

¹ Johan Norberg, *In defense of global capitalism* [En defensa del capitalismo mundial], Timbro, 2001. Original sueco: *Till Kärldskapitalismens förvar*, traducido al inglés por Roger Tanner.

² Sic. ¿Hemos de suponer, entonces, que el nuestro ha sido bombardeado?

^{1 bis} Declaración a la AFP, 5 de noviembre de 1992. Citado por Mario Roy, *Pour en finir avec l'antiaméricanisme* [Para acabar de una vez con el antiamericanismo], Editions du Boréal, Québec, 1993.

^{2 bis} Cosa tanto más estúpida cuanto que el jurado de la Bienal es internacional.

el destino de los pueblos y promotor de desarrollo». La uniformización cultural del mundo, para los autores de aquel manifiesto gubernamental, sólo presentaba ventajas, dado que era francesa... al menos en sus falsas ilusiones.

Por lo demás, la uniformización cultural del mundo, en la que hoy se ve la mayoría de las veces su americanización, es americana, en la medida en que existe, tan sólo en lo relativo a una parte de la cultura y no la más profunda ni la más duradera. Transmite sobre todo la llamada cultura de masas, la diversión, ciertos espectáculos, ciertos usos vestimentarios o alimentarios caros a los jóvenes, ciertas músicas populares, pero no todos, ni mucho menos. Se trata de un empleo de la palabra cultura en sentido amplio —podríamos decir incluso relajado—, que ha prevalecido porque las profesiones del espectáculo son las que, por razones económicas, dirigen el coro de las lamentaciones contra el poder de los productores americanos. Ese poder plantea un problema, pero resulta abusivo reducir a él la totalidad de la vida cultural.

Mal que pese a la gente del cine, la cultura es también un poco la literatura, la ciencia, la arquitectura, la pintura. Ahora bien, observemos los hechos: el momento en el que la novela americana influyó más en la novela europea se sitúa entre las dos guerras mundiales, en una época en que los Estados Unidos no eran aún la primera potencia planetaria. En aquella época se atribuía ese papel más bien a Gran Bretaña. Después de la segunda guerra mundial, cuando los Estados Unidos pasaron a ser políticamente dominantes, fue la literatura latinoamericana la que obtuvo en Europa un éxito a la vez de crítica y de público muy superior al de la literatura norteamericana de entonces, aunque ésta contara con tantos talentos de primer orden durante aquel período como en el anterior. «Hace cincuenta años apenas —escribió Mario Vargas Llosa en octubre de 2000—, nosotros, los hispanófonos, éramos una comunidad encerrada en sí misma, que se exponía muy poco fuera de sus fronteras lingüísticas. En cambio, hoy la lengua española demuestra una vitalidad cada vez mayor y va consiguiendo cabezas de puente y posiciones a veces fuertes en los cinco continentes. El hecho de que los Estados Unidos cuenten hoy con de veinte a treinta millones de hispanófonos explica que los dos candidatos actuales a la presidencia americana, el gobernador Bush y el Vicepresidente Al Gore, utilicen también el español en sus discursos electorales».¹ Ese ejemplo muestra que la mundialización hace avanzar la diversidad cultural, incluidos los Estados Unidos.

Habría que hablar también del auditorio internacional de la literatura japonesa durante la segunda mitad del siglo XX o del lento, pero irresistible, acceso a la autoridad literaria mundial de un V.S. Naipaul, premio Nobel de literatura 2001, escritor cuyas raíces culturales son múltiples y complejas, a la vez antillanas, indias e inglesas, pero, en todo caso, no americanas. Desde 1950, los autores dramáticos franceses están mucho más presentes en las escenas de todos los continentes que los autores norteamericanos. Los poetas italianos, Ungaretti o Montale, son más famosos que sus cofrades americanos.

Podría seguir por mucho tiempo. Da vergüenza tener que enumerar esas trivialidades de manual, pero no queda más remedio, para intentar contrarrestar los estúpidos e hipócritas gritos de alarma sobre los peligros que supuestamente amenazan en nuestros días a la diversidad cultural, cuando ésta nunca había sido tan grande, ya que la mundialización en marcha desde 1945 ha permitido precisamente una circulación cada vez mayor de las obras intelectuales en todo el planeta y el cruce de un número cada vez mayor de formas estéticas. ¿Se me puede decir cuántos autores franceses había traducidos al japonés en el siglo XIX y a la inversa? Hoy lo están casi todos.

Tampoco veo que los arquitectos italianos, escandinavos, sudamericanos, franceses, suizos o de otra nacionalidad reciban menos encargos que sus cofrades americanos. Todas esas nacionalidades y muchas otras han brindado —y siguen haciéndolo— nombres ilustres al arte arquitectónico. Sus genios creadores se han inspirado mutuamente sin perder sus originalidades respectivas y con ello ha ganado la diversidad. En cuanto a la pintura, si la aparición de la escuela de Nueva York hacia 1960 hizo rechinar los dientes, como ya he dicho más arriba, a los pintores y los críticos franceses, acostumbrados desde hacía dos siglos a su posición dominante, resulta difícil de negar que esa floración neoyorquina ha diversificado, más que uniformizar, el arte pictórico, como lo diversificaron el grupo Cobra en la Europa del Norte o la renovación italiana en el mismo momento.

¹ «Cultures locales et mondialisation» [Culturas locales y mundialización], *Commentaire*, otoño de 2000, n° 91.

Al contrario de lo que dijo Jacques Chirac,^{1 bis} la mundialización no es la «laminadora de las culturas». Es y ha sido siempre su principal fecundadora. Piénsese, por ejemplo, en el factor de renovación que fue el descubrimiento —o, más bien, un conocimiento más amplio— de la pintura japonesa, al final del siglo XIX, para la creación artística francesa, o la llegada a Francia del arte africano, diez o veinte años después. Pululan casos semejantes. A menos de estar descerebrado por los chillones de Seattle o de Porto Alegre, no se puede borrar la lección multimilenaria de la historia de las civilizaciones: la compartimentación es lo que lamina y esteriliza las culturas, mientras que la compenetración las enriquece e inspira.

La ciencia merece un capítulo aparte. La investigación depende mucho más de los medios financieros puestos a su disposición que otras actividades intelectuales. Eso explica en parte la reciente preponderancia americana, pero sólo en parte. Se debe también al funcionamiento de las universidades americanas, que combinan mucho más íntimamente que sus hermanas europeas, exceptuadas las universidades británicas y alemanas, la enseñanza y la investigación. Ésa es una de las razones por las que las universidades americanas atraen a tantos profesores y estudiantes extranjeros. En su informe sobre el año 2002, el Tribunal de Cuentas francés criticó —¡una vez más!— la esclerosis del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS), el envejecimiento de sus investigadores, la ausencia de evaluación. Ese diagnóstico pesimista es una cantinela que reaparece periódicamente desde hace decenios, pero que, como es habitual en Francia en todas las esferas, nunca ha acarreado la menor reforma. Pese a sus deficiencias, en decenios recientes algunos premios Nobel han correspondido a investigadores franceses, así como a otros investigadores de países distintos de los Estados Unidos, aunque éstos han obtenido el mayor número de ellos. Pero no por ello deja de persistir la diversidad geográfica de la investigación, aunque el concepto de diversidad en la ciencia no tiene demasiada importancia, ya que el conocimiento científico —a diferencia de la escultura o la música— no puede ser diferente en Tokio, Roma o Bombay de lo que es en Massachusetts o California. De ello se sigue aún más que la mundialización del conocimiento científico es también necesaria para su progreso y el de todas las civilizaciones. Si Descartes no hubiera rechazado la física de Galileo por dogmatismo filosófico, tal vez habría sido un francés quien hubiese hecho el descubrimiento que más adelante haría Newton en una Inglaterra en la que el pensamiento científico estaba mucho más exento de prejuicios metafísicos que en Francia. Y, si el Islam no hubiera rechazado la ciencia moderna, los países islámicos tal vez no sufriesen de esa «excepción cultural» más bien negativa que es la suya desde hace tres siglos.

Pues la consolidación y la erradicación de una cultura descansan sobre un fundamento esencial: la amplitud y la calidad de la enseñanza en el país o en la zona geográfica de su implantación y su adaptación a las evoluciones del conocimiento. La degradación de las enseñanzas elemental y secundaria en Francia desde 1970, aproximadamente, es una catástrofe reconocida y tan abundantemente documentada como comentada. Pero se habla menos de las insuficiencias de la enseñanza superior francesa. Ahora bien, en una época en que una parte cada vez mayor de la población puede acceder a ella, de la calidad de dicha enseñanza depende el vigor de una cultura y el atractivo que puede presentar para quienes la observan desde fuera.

¿Por qué están las universidades americanas y no las nuestras atestadas de estudiantes, profesores e investigadores procedentes de todos los países del mundo? En un estudio de la mayor importancia, *L'Université française du xix au xx siècle* [La Universidad francesa del siglo XIX al XX] (en la obra colectiva *La France du nouveau siècle* [La Francia del nuevo siglo], bajo la dirección de Thierry de Montbrial, PUF, 2002), Jean-Claude Casanova expone con precisión inexorable las causas de la paralización de la enseñanza francesa, en comparación con la de los Estados Unidos. Una primera categoría de causas se debe a la simple insuficiencia de medios. Así, el capital de la Universidad de Harvard, es decir, *de una sola* universidad americana, que no es la mayor, es —recuerda Casanova— veinte mil millones de dólares: es decir, más del doble del gasto anual de Francia en *todo su* sistema universitario. Una segunda categoría de causas de nuestra debilidad se debe a una concepción errónea que desde el comienzo del siglo XIX ha hecho prevalecer la centralización administrativa. Durante mucho tiempo se habló de la Universidad francesa y no de *las* universidades francesas. Ya al fin del siglo XIX, en *Les origines de la France contemporaine* [Los orígenes de la Francia contemporánea],

^{1 bis} Citado por *Le Journal du dimanche* del 3 de febrero de 2002.

Hyppolyte Taine había descrito de forma convincente, sin que sirviera de nada, naturalmente, el artritismo cultural engendrado por ese autoritarismo educativo.

A esa ausencia de autonomía de las universidades, que, sin embargo, habían prosperado en la Edad Media, se sumó la falta consistente en separar la enseñanza de la investigación. Hace cincuenta años que grandes investigadores franceses, sobre todo los que tienen experiencia con universidades alemanas, inglesas o americanas, denuncian periódicamente sus nefastas consecuencias. Pero, en eso como en otros asuntos, la incapacidad francesa para tener en cuenta los análisis menos refutables y reformar (salvo en sentido demagógico) ha perpetuado ese absurdo divorcio. Por último, tercer aspecto de nuestra inferioridad, según Casanova, «la universidad francesa organiza con considerable retraso la formación de masas, al contrario que las universidades americanas, que se aplicaron a ella, las primeras del mundo, a partir de mediados del siglo XX».

La verdadera cultura trasciende siempre las fronteras nacionales. Sin embargo, resulta extraño que, entre las contradicciones del antiamericanismo, se encuentre la condena del internacionalismo cultural, incluso en los casos en que es la cultura americana la que se inspira en la cultura europea, asiática o de otro continente. E incluso cuando esa influencia se ejerce sobre la cultura de masas.

Así, una periodista quebequesa echa pestes contra «el *fast-food* cultural del momento... *The Phantom of the Opera* [El fantasma de la ópera], producto cultural estrechamente emparentado con el sandwich más solicitado de la cadena McDonald's, el *Big Mac*». ¹ Aparte de que en ese caso el espectáculo de que habla la señora Vaillancourt no es de concepción americana, sino británica, ningún periodista ignora —o no debería ignorar— que está sacado de una célebre novela francesa, publicada en 1910, *Le Fantôme de l'Opéra* [El fantasma de la ópera], obra de Gaston Leroux, padre, además, de Rouletabille y de Chéri Bibi. Así, pues, desde nuestro punto de vista, deberíamos alegrarnos de que, gracias a la producción americana, la literatura popular francesa se encuentre transpuesta en las pantallas mundiales, pero, según el justo comentario de Mario Roy, «en ningún momento se ha planteado el deber de tener en cuenta los hechos, claro está».

Así, el odio a los americanos llega a veces hasta el punto en que se transforma en odio a nosotros mismos. Es lo que ocurrió con motivo de la instalación de un Disneylandia cerca de París, en 1992. Aquel acontecimiento fue denunciado por nuestros intelectuales como un «Chernóbil cultural». Ahora bien, nótese, sin que sea necesario dar pruebas de una erudición excepcional, que gran parte de los temas inspiradores de Walt Disney, en particular en sus largometrajes, proceden de fuentes europeas. *Blanca Nieves y los siete enanitos*, *La bella durmiente del bosque*, el *Pinocho* de Carlo Collodi, las partituras musicales de *Fantasia* o la reconstrucción del barco de los piratas de *La isla del tesoro* de R.L. Stevenson representan préstamos —y homenajes— de América al genio europeo, como también rinde homenajes a otras obras maestras tradicionales pertenecientes a otras cultura: por ejemplo, *Las mil y una noches*.

¿Acaso no es un ejemplo del avance y del cruce imprevisibles de las culturas que esos cuentos populares, fruto, a lo largo de los siglos, de la imaginación de tantos pueblos diversos y durante mucho tiempo transmitidos de generación en generación por vía oral y después fijados en forma escrita por los diversos autores que los recopilaban, se materialicen por fin en la pantalla gracias a la invención del cine y al talento de un artista californiano? Su dinámica mundializadora toma prestados los instrumentos de transmisión más diversos, antiguos y modernos, y se burla de las pudibundeces patrioterías de los proteccionistas de cortos alcances ^{1 bis}.

Éstos objetarán, seguro, que la explotación de esas leyendas occidentales u orientales por la industria americana del espectáculo ha de traicionar por fuerza su originalidad, deformarla, mercantilizarla. Hollywood, como todo el mundo sabe o debería saber, nunca ha sido otra cosa que la capital del mal gusto, la vulgaridad, la trivialidad. La producción americana de espectáculos destruye la cultura de los demás, en lugar de valorizarla. En ese punto hemos abandonado la esfera racional para encerrarnos en la

¹ Julie Vaillancourt en *Le Devoir*, 22 de diciembre de 1992. Citado por Mario Roy en *Pour en finir avec l'anti-américanisme* [Para acabar de una vez con el antiamericanismo], *op. cit.*

^{1 bis} Me permito remitir a la exposición más amplia de este tema que figura en mi artículo «Le péril supreme: Disneyland» [El peligro máximo: Disneylandia], publicado en *Le Point* del 21 de marzo de 1992 y reproducido en mi recopilación *Fin du siècle des ombres*, *op. cit.*, pág. 389.

del delirio contradictorio.

Y tanto más contradictorio cuanto que esa diatriba trivial va acompañada a menudo, en los países en que resuena cotidianamente, de una propensión suicida a destruir su propio patrimonio cultural.

En su *Histoire du vandalisme, Les monuments détruits de l'art français*¹ [Historia del vandalismo, Los monumentos destruidos del arte francés] Louis Réau, que dedicó toda su carrera de historiador a dicho arte francés, confecciona la espantosa contabilidad de las obras maestras de nuestra arquitectura que fueron demolidas, quemadas o desfiguradas, en todas las épocas pero sobre todo durante la Revolución Francesa y después de ella, es decir, en virtud de una incomprensible incoherencia, durante el período en que con mayor virulencia se desarrolló el nacionalismo cultural. Al poner al día la obra de Réau, los señores Fleury y Leproux presentan el panorama, no menos consternador, de nuestro vandalismo desde 1958 o, dicho de otro modo, durante la V República, régimen en el que la pretensión intensificada de afirmar una «política cultural de Francia» fue acompañada, con el pretexto de la modernización, de un afeamiento metódico de París, a costa de la destrucción o del abandono del mantenimiento de obras preciosas del patrimonio arquitectónico.² Además, la ley de descentralización, que aumentaba los poderes de las administraciones locales, decuplicó *ipso facto* también las capacidades provinciales de vandalismo. Resultan ya innumerables los edificios destinados a albergar los consejos municipales, departamentales o regionales que se han elevado sobre las ruinas de un monumento histórico, a menos que no se haya «acondicionado» dicho monumento para mutilarlo por siempre jamás. En 1990, por ejemplo, el consejo municipal de Nîmes votó la demolición de una casa medieval adornada con frescos de la época. Como uno de los consejeros municipales, un maníaco anclado en el pasado y aislado, protestaba contra ese sacrilegio, oyó esta respuesta del primer teniente de alcalde de Cultura: «Ese edificio particular no databa de la Edad Media, sino del siglo XIV».^{1 bis} Para ignorar hasta ese punto los diversos períodos de la historia de Francia y de Europa, esos dos vándalos debían de ser seguramente americanos.

A partir del año 2000, ese furor por saquear los monumentos históricos se apoderó también del organismo administrativo encargado precisamente de preservarlos, gestionarlos, valorizarlos y abrirlos al público: el Centro de Monumentos Nacionales. Esos funcionarios, presa de un trance pseudomodernista, decidieron que, como el patrimonio, tal cual es, no ofrecía ya probablemente, a su juicio, interés alguno por sí mismo, debía servir en adelante para la «animación cultural», expresión que sirve para designar el charlatanismo vacío y conformista. Se iba a «abrir» el patrimonio «a la creación contemporánea». Es muy encomiable querer alentar la creación contemporánea, pero no se entiende por qué la condición de ese aliento debe ser la aniquilación de la creación del pasado.

¿Por qué, por ejemplo, haber desfigurado el palacete de Sully, una de las perlas del Marais, una de las pocas moradas del siglo XVII que se conservan intactas, con sus tapices de época dibujados por Simon Vouet y la galería de retratos de la familia Sully, para volver a pintar la gran sala de amarillo y rosa chillones y mancillarla con una decoración y arañas «de moda» que recuerdan menos a Enrique IV o a Luis XIII que al vestíbulo de un palacio para nuevos ricos en una estación balnearia indonesia? ¿Con qué derecho unos funcionarios, encargados de velar por el mantenimiento de los monumentos que el público va a visitar precisamente para conocer su pasado, adoptan semejantes iniciativas? Ciertamente es que el nivel de su cultura personal parece haber disminuido trágicamente desde hace una o dos generaciones. ¿Acaso no respondió una subdirectora de la *Action Culturelle* [Acción cultural] al conservador del castillo de Chambord que proponía «animar» el castillo haciendo en él una representación de *Le Bourgeois gentilhomme* [El burgués gentilhomme]: «Aparte de *Fedra* (*sic*), Molière es muy pesado»?³

A partir de esta breve ojeada, podemos concluir que el vandalismo autodestructivo del patrimonio cultural francés es más temible y ha causado ya muchos más estragos que la supuesta mundialización «laminadora». Y, desde luego, Francia no es el único país en el que se da esa furia, de origen ideológico

¹ 1958. Nueva edición aumentada por Michel Fleury y Guy-Michel Leproux, Robert Laffont, col. «Bouquins», 1994.

² Véase en particular a ese respecto: André Fermigier, *La Bataille de Paris. Des Halles à la Pyramide* [La batalla de París. De Les Halles a la Pirámide]. Edición y presentación por François Loyer, Gallimard, col. «Le Débat», 1990.

^{1 bis} Sesión del 24 de julio de 1990.

³ Lo cuenta *Le Figaro* de los días 2—3 de febrero de 2002, en el que Anne-Marie Romero dedica un largo artículo muy preciso al escándalo del palacete de Sully y a otros.

muy general o falsamente innovador. Causó también, por ejemplo, pérdidas artísticas irreparables en la China de Mao, como se atrevió a decir Simon Leys en pleno reino universal de la maolatría.¹

La obsesión por ver borrada la diversidad de culturas en pro de la cultura americana exclusivamente resulta reforzada por otra causa, muy real ésta: la difusión internacional de la lengua inglesa. Es la lengua materna de unos trescientos ochenta millones de seres humanos. Otros tantos, aproximadamente, la utilizan como segunda lengua, sin contar el número aún superior de quienes sólo tienen nociones de ella, el mínimo indispensable para arreglárselas en la vida práctica en el extranjero, fuera incluso de los países anglófonos. Si bien esa internacionalización del inglés es resultado, en gran medida, de la superpotencia de los Estados Unidos —no sólo política y estratégica, sino también económica, científica y tecnológica—, ¿quiere eso decir que entraña una americanización cultural del planeta? En modo alguno. Observemos, en primer lugar, que dominar un inglés elemental, para las necesidades de la vida corriente, de los intercambios comerciales, de las negociaciones financieras o incluso políticas y diplomáticas no supone que se tenga un conocimiento profundo ni superficial siquiera de la *cultura* y del *pensamiento* angloamericanos y que se abandonen los propios a favor de ellos. El empleo utilitario del inglés por centenares de millones de nuestros contemporáneos es totalmente compatible con una ignorancia abismal de los grandes escritores y pensadores, como también de los acontecimientos históricos, políticos, religiosos, que han dado forma a las civilizaciones británica y americana. Y, a la inversa, alguien que no sepa una palabra de ruso puede estar impregnado de sensibilidad rusa gracias a una lectura asidua de los clásicos, en las traducciones, con frecuencia admirables, que de ellos se han hecho en tantas lenguas.

Además, la mundialización es factor de diversificación también en el aprendizaje de las lenguas distintas del inglés. Como dice también Vargas Llosa, en el texto antes citado: «¿Cuántos millones de jóvenes de los dos sexos, han decidido, en todo el mundo, gracias a la mundialización, aprender japonés, alemán, chino mandarín, cantonés, árabe, ruso, francés? Seguro que se trata de una cifra elevada y de una evolución propia de nuestra época, que, por fortuna, no dejará de intensificarse en los años venideros». En efecto, no lo olvidemos: la mundialización es también la facilitación de los viajes. Los destinos más lejanos, antes accesibles sólo a los ricos, están ahora al alcance de una innumerable muchedumbre cosmopolita, mediante sumas relativamente modestas. Ésa es otra fuente de diversidad, no de uniformidad.

Se puede objetar con razón —cierto es— que la omnipresencia del inglés altera con frecuencia las otras lenguas, no tanto por los préstamos que de él toman —fenómeno lingüístico normal y universal— cuanto por las deformaciones en los giros y el vocabulario que les imprime. En Francia, Etienne confectionó, ya en 1964, un inventario de esas contaminaciones, en su famoso *Parlez-vous franglais?* [¿Habla usted franglés?] Si bien los anglicismos abusivos y, por lo demás superfluos en general tienen tendencia a invadir numerosas lenguas, hay que subrayar que la degradación de ciertas lenguas de alta cultura tiene sobre todo causas autónomas. Hay dos principales: el descenso del nivel de los estudios en un país en el que la enseñanza era en tiempos excelente y un modernismo de pacotilla, que consiste en imputar cualquier deseo de preservar y desarrollar las virtudes propias de una lengua a un purismo trasnochado y académico. La mayoría de las confusiones de sentido, impropiedades, o incoherencias sintácticas que salpican hoy, por ejemplo, el francés de los medios de comunicación, son de origen santamente autóctono. Nada deben a la influencia del inglés. Lo que es cierto, en cambio, es que el empobrecimiento y el mal funcionamiento de una lengua la debilitan y la vuelven, por tanto, cada vez más permeable a la invasión de términos y giros bastardos calcados de otra lengua: en nuestros días, de un mal inglés, en la mayoría de los casos. Cierto es que todas las lenguas evolucionan, conviene recordarlo. Pero tampoco conviene olvidar que toda evolución sigue necesariamente una orientación apropiada o no, la del progreso o de la decadencia. El bombardeo de una catedral es indudablemente una forma de evolución de la arquitectura. Pero, ¿es la más deseable?

Ahora bien, también en la esfera de las lenguas la mundialización resulta ser un venero de diversidad y no de uniformidad. Por una parte, la difusión del inglés facilita —¡claro que sí!— la comunicación entre las culturas y su fecundación recíproca. No es indiferente que, gracias a esa *lingua franca*, japoneses, alemanes, filipinos, italianos, rusos, franceses, brasileños, etcétera, puedan participar en un

¹ Véase *Images brisées* [Imágenes rotas] (Laffont, 1976) y *Ombres chinoises* [Sombras chinas] (*ibidem*, 1978).

mismo coloquio e intercambiar en él ideas e informaciones. Por otra parte, mucha más gente que en el pasado habla o comprende, además de su lengua materna, una o dos lenguas extranjeras, distintas del inglés.

Lo que constituye el auténtico peligro de muerte para la cultura europea es el rechazo, por fobia antiamericana y antimundialista, del progreso. Guy Sorman ha mostrado a qué retrocesos científicos y técnicos conduciría ese obscurantismo, en su libro *Le Progrès et ses ennemis* [El progreso y sus enemigos].¹ No se trata de una tesis «de derecha» opuesta a una visión «de izquierda», sino de la tesis de la razón. La defiende tanto el liberal Sorman como el socialista Claude Allègre. Éste se alza contra la idea de que Europa debería abandonar la energía nuclear, los OGM y la investigación que utiliza las células embrionarias. Si los grupos de presión que intentan influir en ese sentido se salieran con la suya, «los Estados de Europa —escribe Allègre—, retrocederían, en veinte años, al nivel de los países subdesarrollados, en un mundo que estaría dominado entonces por el dúo Estados Unidos—China».^{1 bis} Los fanáticos del antiamericanismo habrían logrado, así, volver a Europa aún más dependiente de los Estados Unidos que en la actualidad.

¹ Fayard, 2001.

^{1 bis} *L'Express*, 7 de febrero de 2002.

7

«Simplismo» de los dirigentes
europeos en política
internacional

Como se recordará, en 1983, cuando Ronald Reagan llamó a la Unión Soviética el «imperio del mal», se granjeó en Europa y sobre todo en Francia la habitual andanada de risas burlonas, paternalistas y reprobadoras. Sin embargo, no parece que los avances de la investigación histórica realizados desde entonces sobre el comunismo ruso autoricen, en verdad, a llamarlo «imperio del bien». En aquel momento, la mayoría de los pueblos oprimidos por el comunismo se sintieron aliviados al observar que un Jefe de Estado occidental daba pruebas por fin de un poco de comprensión de su triste situación. Sobre todo, está claro en 2002 —y resulta una evidencia, en particular para los antiguos «satélites» de la Europa central— que la política de Reagan, entre 1980 y 1988, precipitó la descomposición del sistema que reinaba en Moscú desde hacía casi tres cuartos de siglo, pues el único fruto de la «distensión» de sus predecesores había sido la prolongación de su agonía.

Diecinueve años después, en enero de 2002, tras el tradicional discurso anual del Presidente de los Estados Unidos George W. Bush sobre el estado de la Unión ante el Congreso, un mismo concierto de imprecaciones acogió en Europa la expresión «eje del vial». George W. Bush designaba así a los países sospechosos de ayudar al terrorismo internacional o que lo han hecho notoriamente y que, por otra parte, acumulan clandestinamente armas de destrucción en gran escala. El ministro francés de Asuntos Exteriores, Hubert Védrine, deploró ese «simplismo» que, según dijo, «relaciona todos los problemas del mundo con la lucha contra el terrorismo». Condenó el «unilateralismo» —cantineña conocida— mediante el cual América —el colmo del horror— «adopta decisiones basadas en su propia visión del mundo y en la defensa de sus propios intereses».

Dicho sea de paso, esta última frase constituye una excelente definición de la política exterior «independiente» reivindicada en el pasado para Francia por el general De Gaulle y a la que se atuvieron después todos sus sucesores. Además, el discurso sobre el estado de la Unión es, como su nombre indica, un informe sobre el año transcurrido que el Presidente de los Estados Unidos presenta a sus compatriotas. Ni que decir tiene que lo esencial de ese balance trata de lo que les incumbe en primer lugar. ¿Y cómo negar que, después de la catástrofe del 11 de septiembre de 2001, el terrorismo es lo que más les preocupa?

Esa certidumbre no significa que Bush reduzca *todos* los problemas del mundo a la lucha contra el terrorismo. Significa que la actualidad ha colocado el terrorismo en primer plano. El 11 de septiembre modificó a fondo la visión de la diplomacia y la defensa que los Estados Unidos y algunas otras democracias tenían hasta entonces. Ese análisis no es exclusivo de Bush. Resultan incontables, incluso en Europa, los artículos y los libros que desarrollan la tesis de que todo ha cambiado desde entonces, de que nos encontramos ante una «nueva guerra», que «acaba de comenzar».¹ No por ello afirman sus autores que la totalidad de las relaciones internacionales se reduzca a la lucha contra el terrorismo y Bush tampoco. Como él, se limitan a subrayar que en adelante las naciones, y en particular las democracias, deben integrar imperativamente ese elemento nuevo y decisivo.

¿Cómo no iba a concederle prioridad Bush en su discurso, cuando resulta que desde hacía cinco

¹ François Heisbourg y la Fundación para la Investigación Estratégica, *Hyperterrorisme: la nouvelle guerre* [Hiperterrorismo: la nueva guerra], Odile Jacob, 2001. Alain Bauer y Xavier Raufer, *Laguerre ne fait que commencer la guerra acaba de comenzar solamente*], Lattès, 2002.

meses pululaban las acusaciones contra los fallos de los servicios de información americanos que, durante años, no habían comprendido, según se decía, el alcance de las señales precursoras y de las manifestaciones anteriores del hiperterrorismo? Desde luego, se puede considerar que el «eje del mal», como la «cruzada» proclamada en septiembre de 2001, corresponde a una retórica bastante pomposa. Pero, ¡que el dirigente cuya elocuencia no haya pecado nunca de hipérbole arroje la primera piedra! Sobre todo en aquel caso importaba menos la forma que el fondo. También sería necesario que los informadores y comentaristas deseosos de hacer bien su trabajo no dejaran de precisar que ese tipo de expresiones remite a los fundamentos mismos de la cultura americana y que su traducción literal amplía su alcance mucho más allá de la intención de quienes las emplean. Del mismo modo, la costumbre que tienen las autoridades políticas y culturales francesas de hablar a cada paso de la «irradiación» de Francia puede parecer el colmo del ridículo. En efecto, tomada al pie de la letra, esa palabra da a entender que tomamos a Francia por el sol de la Humanidad, el astro cuya función es la de iluminar y calentar el planeta entero, pero, por fortuna, podemos dudar que todo orador que caiga maquinalmente en ese tópicos tenga conciencia plena de la impresión que causa a los extranjeros de nuestra vanidad nacional.

En cuanto al unilateralismo, para que no hubiera unilateralismo, es decir, política formulada por un solo bando, tendría que haber alguien en el otro bando capaz de proponer y llevar a cabo acciones estratégicas concretas, adaptadas a las nuevas amenazas, en lugar de limitarse a mascullar letanías reprobadoras. Ahora bien, con el paso del tiempo, parecía que los europeos consideraban cada vez más los atentados del 11 de septiembre una anomalía, un paréntesis, que había razón para cerrar. Una vez más, en lugar de precaverse contra el peligro, los europeos negaban su existencia. ¡Qué error! Desde el comienzo del decenio de 1980 hay un ascenso constante de un terrorismo nuevo, dirigido por grupos muy bien organizados y cierta o probablemente albergados o ayudados por algunos Estados. Con o sin Ben Laden, esos grupos han seguido estando activos después del 11 de septiembre de 2001. Los servicios de información dieron varias alertas serias, en los meses que siguieron al 11 de septiembre de 2001. Una de ellas hacía temer otro ataque importante en el territorio americano el 12 de febrero y, por tanto, *después* del discurso sobre el estado de la Unión, por sospechosos yemenitas y saudíes. Como la desgracia ha servido de lección, las redes terroristas, con sus ramificaciones planetarias, están desde septiembre de 2001 mejor vigiladas y localizadas. Si Europa tiene tendencia a negarse a ver una amenaza en ellos, tal vez sea porque su capacidad de intervención militar se ha degradado considerablemente desde hace diez años, mientras que la de los Estados Unidos no ha cesado de aumentar y perfeccionarse, con lo que ha abierto entre las dos Uniones un desfase estratégico ya imposible de colmar. De su impotencia Europa extrae un principio.

En cuanto a la teoría según la cual el terrorismo proviene supuestamente de las desigualdades económicas y la pobreza en el mundo exclusivamente, apenas resiste el examen. La mayoría de los terroristas proceden de medios acomodados de los países musulmanes más ricos. En muchos casos han hecho estudios universitarios en Occidente. La fuente del nuevo hiperterrorismo es esencialmente ideológica: es el extremismo islámico.

Como escribe Francis Fukuyama, «el conflicto actual no constituye un choque de civilizaciones, en el sentido de que se trate de zonas culturales de la misma importancia, sino que resulta sintomático de una lucha de retaguardia que riñen quienes se sienten amenazados por la modernización y, por tanto, por su componente moral: el respeto de los derechos humanos». Para los terroristas islámicos, observa también Fukuyama, el enemigo absoluto es «el carácter laico de la concepción occidental de los derechos, que es el origen de la tradición liberal». ¹ Esa tradición liberal es la que —observémoslo— horroriza también a los adversarios occidentales de la mundialización.

No quiere eso decir que no haya que hacer todo lo posible para favorecer el desarrollo de los países pobres. Pero, si se dilapida y desvía la ayuda, no servirá. Los remedios básicos son las reformas: la buena gestión económica, la democratización política, la educación laica, la erradicación de la corrupción, la igualdad entre hombres y mujeres, la libertad de la información, el pluralismo de las creencias, la tolerancia: en una palabra, todo aquello a lo que se opone, todo lo que odia ferozmente, el extremismo islámico y todo aquello contra lo que lucha con su terrorismo. El medio, para los países

¹ *Le Figaro*, 26 de noviembre de 2001.

pobres, de reducir su distancia respecto de los países ricos es la modernización. Ahora bien, eso es precisamente lo que los extremistas islamistas no quieren, al menos no en la forma que sería eficaz, ya que para ponerla en práctica tendrían que apartarse de la sharia. A quienes les objetan que el cristianismo ha sabido adaptarse a la civilización moderna y que el Islam no puede perpetuar intacto su modelo del año 1000, responden que no se pueden modificar las prescripciones dictadas por el propio Dios al Profeta!¹ Los islamistas desearían modernizarse sin occidentalizarse. Pero no existen demasiados métodos, aparte de los seguidos por Occidente desde hace algunos siglos, para realizar la modernización económica, política y cultural. Así, pues, los islamistas se han encerrado en una contradicción insuperable, origen de su resentimiento contra Occidente, es decir, en vista del reparto actual del poder en el mundo, ante todo contra los Estados Unidos. Tanto más cuanto que el terrorismo tampoco los ayuda, evidentemente, a superar esa contradicción. Haciendo estallar bombas en el metro Saint-Michel, como en 1995 en París, o tomando el vuelo París-Miami con explosivos en las suelas de sus zapatos, cosa que hizo un terrorista angloárabe en diciembre de 2001, no es la manera de propiciar la menor posibilidad de favorecer el crecimiento económico de los países pobres.

Además, sostener que la única forma de luchar contra el terrorismo es la de comenzar extirpando la pobreza y las desigualdades en el mundo no es sólo atribuir al terrorismo una causa que el examen de los hechos no corrobora, al menos en cuanto causa exclusiva, sino también y sobre todo eludir toda resistencia al terrorismo, en la práctica y de inmediato. Esa argucia escatológica, que subordina toda política de defensa al advenimiento previo de un universo perfecto, autoriza a esperar tranquilamente hasta el fin del mundo. En los europeos no es otra cosa que la máscara de su impotencia para formular *hic et nunc* una estrategia operativa y, en los americanos de extrema izquierda, un nuevo avatar de su vieja máxima: «*Blame America First*» [Culpar a América lo primero]. Mediante un sofisma idéntico los pacifistas y los neutralistas afirmaban, en la época de la guerra fría, que las democracias no tenían, supuestamente, derecho a contener o incluso a censurar los regímenes totalitarios hasta después de haber borrado todas las injusticias en su propio seno y en su esfera de influencia. En los dos casos, esa forma indirecta de justificar la inacción se deriva de la misma idea fija: el antiamericanismo. Como en los dos casos los Estados Unidos están a la cabeza de la coalición democrática, sus aliados deben desolidarizarse de esa propia coalición de la que, sin embargo, son miembros y a la que deben su seguridad y su libertad.

Los «aliados» europeos aprueban en conjunto, pero desaprueban en el detalle, las operaciones de represión o de prevención del terrorismo, por parte de los Estados Unidos. Del mismo modo que en la época de la guerra fría se adherían a la Alianza Atlántica en su principio, al tiempo que criticaban a menudo o incluso contrariaban a veces las iniciativas americanas, aunque estuvieran dictadas por las necesidades de la política de contención y disuasión. Recuérdense las gigantescas manifestaciones que inundaron, entre 1979 y 1983, Alemania, Italia, Grecia, Francia, España contra el despliegue en el Oeste de los eurocohetes, precisamente cuando dicho despliegue era indispensable para contrapesar los SS20 que la Unión Soviética acababa de instalar en el Este. Si bien el Presidente Mitterrand, invitado a hablar ante los diputados del Bundestag, al comienzo de 1983, abogó valerosamente en pro de los eurocohetes, los socialistas del SPD alemán, en cambio, se mantuvieron hasta el final ferozmente hostiles a ellos. Recuérdense también los aullidos de indignación que, en aquel mismo año 1983, resonaron contra la intervención americana en Granada. Sin embargo, estaba probado que la Unión Soviética había hecho construir clandestinamente en esa isla una pista de aviación militar y una base de submarinos. Después del asesinato del presidente en ejercicio, debido a la destreza de agentes cubanos, el gobierno había quedado enteramente bajo la férula soviética. Había en él más cubanos que granadinos. El peligro resultaba tan evidente, que, a solicitud de la Organización del Caribe Oriental, se decidió la intervención americana. Nada en aquel conjunto de datos precisos y notorios pudo impedir a la mayoría de los medios de comunicación europeos hacer creer a sus opiniones que se había presenciado una pura y simple agresión americana, sin otra motivación que el imperialismo yanqui. Recuerdo que, al participar en un desayuno de prensa, en Madrid, el día mismo de la operación, me vi acosado a preguntas al respecto. Escandalicé a muchos periodistas españoles al responderles que yo veía en los soviético—cubanos,

¹ Véase a ese respecto, entre otros, el libro del gran especialista del Islam, Bernard Lewis, *¿Qué ha fallado?: el impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo*, Siglo XXI de España, Madrid, 2002.

autores del golpe de Estado, los verdaderos agresores.

Cuando, en 1987, delante del Muro de Berlín, Ronald Reagan exclamó: «Señor Gorbachov, ¿qué espera para mandar derribar este muro?», el espanto y el desprecio brotaron en las cancillerías europeas, sobre todo en la propia Alemania occidental, exceptuado Helmut Kohl. No cabía duda de que aquel pobre Reagan seguía siendo un peligro público. Ya se sabía que era idiota —igual que Kohl—, pero descubrían que era cada día más irresponsable. Dos años después, el Muro de Berlín se desplomaba bajo los golpes de los pueblos oprimidos por los soviéticos, mientras que algunos de los dirigentes, tan agudos, de la Europa occidental se desvivían para intentar mantener con vida la comunista RDA y evitar la reunificación alemana. Se tiene sentido del futuro o no se tiene. En 2002, la famosa frase del peligroso e imbécil Reagan acogía a los visitantes a la entrada de una exposición sobre la historia de Berlín, en la propia capital alemana...

Se trata sólo de uno o dos ejemplos. Un montón de otros más sugiere también que, si durante la guerra fría los Estados Unidos no hubieran dado pruebas de un mínimo de «unilateralismo» para con los eternos donantes de consejos europeos, el imperio soviético habría durado mucho más tiempo. Los pueblos a los que tiranizaba lo saben, por su parte, muy bien. Colocan a Ronald Reagan entre sus bienhechores. Adam Michnik, el editorialista y empresario de prensa más influyente de Polonia, gusta de recordar que la Iniciativa de Defensa Estratégica («Guerra de las galaxias»), tan denostada por los occidentales, fue el factor decisivo que persuadió a los soviéticos de su incapacidad para ganar la guerra fría, al volver patente su irremediable inferioridad tecnológica. Fue un elemento desencadenante de la *perestroika* y de lo que la siguió.

A diferencia de los dirigentes americanos, los dirigentes europeos son más brillantes en el teatro de las ideas (al menos se lo creen) que en el de las operaciones. Se puede no ser, como Reagan, un gran intelectual, pero ser un gran hombre de acción... y viceversa.

En 1987, ante los análisis de los estrategas, que trazaban las diversas líneas de frente entre las zonas democráticas y las de sus enemigos, yo notaba, que aquellos expertos olvidaban un frente muy importante, desprovisto de la menor localización geográfica particular: el del terror.² El fenómeno terrorista fue subestimado constantemente hasta 2001, cuando ya había adquirido con frecuencia dimensiones de verdadera guerra.¹

Después del 11 de septiembre de 2001 y las destrucciones en masa en Nueva York y Washington, muchos comentaristas y dirigentes, empezando por el propio Presidente George W. Bush, expresaron la convicción de que se trataba no sólo de terrorismo, sino también de un acto de guerra e incluso de un tipo de guerra que seguramente iba a llegar a ser la del siglo XXI.^{1 bis} La barbaridad de la agresión y la cantidad de víctimas instantáneas justifican con toda evidencia el diagnóstico y, sin embargo, no era la primera vez que se podía considerar el terrorismo una forma de guerra.

Guerra civil, guerra de religión, guerra ideológica, guerra contra un poder central en nombre de un nacionalismo regional: no faltan ejemplos en el presente y en el pasado de casos en que se utiliza el terrorismo como medio estratégico. Se trata sin duda de terrorismo, ya que no es el despliegue de un ejército regular subordinado a un Estado para luchar contra otro Estado ni de una guerrilla siquiera que se oponga a un ejército oficial. Sin embargo, se trata de guerras, ya que son acciones coordinadas por una organización al servicio de objetivos políticos precisos o que lo parecen a quienes los persiguen. Las Brigadas Rojas italianas, la Fracción del Ejército Rojo alemán, Acción Directa en Francia durante los decenios de 1970 y 1980 tenían un objetivo de guerra: substituir el capitalismo democrático por el comunismo. Ahora sabemos que aquellas acciones criminales estaban «asesoradas», entrenadas y financiadas directa o indirectamente por los servicios secretos del Este. De modo que se inscribían en el marco de la guerra fría propiamente dicha, cuyos tentáculos «calientes» eran en cierto modo, lo que confirma aún más la existencia antigua de un terrorismo con miras estratégicas.

² Véase mi libro *Le Terrorisme contre la démocratie* [El terrorismo contra la democracia], Hachette, col. «Pluriel», 1987. Prefacio.

¹ Véase Dinesh D'Souza: *Ronald Reagan, How an ordinary man became an extraordinary leader* [Ronald Reagan: Así llegó un hombre común y corriente a ser un dirigente extraordinario], The Free Press, 1992.

^{1 bis} Claude Imbert, «La guerre du xxi siècle» [La guerra del siglo XXI], *Le Point*, 14 de septiembre de 2001.

Tampoco la amplitud del número de víctimas en los atentados de las torres gemelas de Nueva York y del Pentágono es una novedad absoluta. De 1990 a 2001, el terrorismo del GIA (Grupo Islámico Armado) causó en Argelia de 100.000 a 150.000 muertos, a los que se suman las víctimas de los atentados asesinos de París en 1995. El comando del GIA que en 1994 secuestró un Airbus de Air France y que la policía francesa consiguió neutralizar en el aeropuerto de Marsella-Marignane, se proponía estrellar el avión contra la torre Eiffel matando, evidentemente, a todos los pasajeros, más algunos centenares de visitantes de la Torre. Era una prefiguración de la operación de las torres gemelas. Se trata de terroristas, ya que emplean el terror para presionar al Gobierno argelino y al Gobierno francés (pues suponen que éste es cómplice de aquél) y son también personas que se ven como soldados que participan en una guerra, ya que apoyan su empresa en un análisis geoestratégico y persiguen objetivos políticos globales. El anarquista italiano que asesinó al rey Humberto I en 1900 era un terrorista puro. Su crimen no podía modificar nada y nada modificó en el rumbo de la política del país. En cambio, los asesinos del prefecto Erignac, en Ajaccio, en 1998, se veían como combatientes en una guerra imaginaria entre Córcega y Francia. Su objetivo político era el de liberar a la primera del supuesto «yugo» de la segunda y obligar al Gobierno francés a hacer concesiones que propiciaran, a su juicio, la autonomía de la isla. Lo consiguieron.

Cuando en 1986 los Estados Unidos bombardearon Libia en represalia por actos terroristas cometidos en Alemania contra militares americanos, se inscribían en una indiscutible lógica de guerra. También Gadafi, por lo demás, ya que respondió enviando cohetes Scud a la isla italiana de Lampedusa. Las habituales mosquitas muertas europeas se taparon la cara ante la nueva y peligrosa cabalgada del «cow—boy de serie B» que ocupaba la Casa Blanca. Los gobiernos europeos —salvo el británico— llegaron hasta el extremo de denegar a los aviones de su «aliado» americano la autorización para sobrevolar sus respectivos territorios, con lo que se comportaron como aliados objetivos de Gadafi. Así fue, en particular, en el caso de Francia, siempre la más celosa cuando se trata de prosternarse ante un dictador. Fue recompensada por ello, ya que en 1989 unos terroristas a las órdenes de Gadafi provocaron la explosión de un avión de UTA-Air-France de la línea Brazzaville-París y mataron a 170 personas. En 1988 se produjo la explosión de un avión de la Pan Am (270 muertos) que sobrevolaba Lockerbie, en Escocia. Así, pues, estaba claro que, a juicio de Gadafi, el terrorismo era la guerra.

Pese a todos esos precedentes, la sensación de haber cambiado de época, experimentada por los gobiernos, las opiniones públicas y los comentaristas después del 11 de septiembre de 2001, estaba y sigue estando justificada. Una mutación, un «salto cualitativo», como dicen los filósofos, se produjeron indiscutiblemente y transformaron el tipo de amenaza que deben afrontar las democracias. Por varias razones: la primera es la masa de las víctimas, varios miles, exterminadas en tan sólo unos minutos. Semejante operación se parece a un acto de guerra más que al terrorismo corriente, que mata con frecuencia a tantas personas, pero más lentamente. Por eso, se ha podido hablar a ese respecto de un «hiperterrorismo», definido como una nueva variedad de guerra. Además, o en otros términos, el agresor, que no es un Estado, no por ello deja de actuar con la misma coordinación en los preparativos y el mismo método en la ejecución que el más eficaz de los Estados. La larga preparación estratégica, la financiación y la utilización de los medios más actuales de la circulación planetaria del dinero, la diseminación de «topos» o «agentes durmientes» en casi todos los países, el dominio de las armas químicas, biológicas e incluso nucleares hace de esa organización multinacional la matriz de un fenómeno inédito: un terrorismo moderno. Al menos en sus medios, pues, en cambio, es arcaico en sus motivaciones.

Después del 11 de septiembre se ha glosado mucho el «choque de culturas». Pero, como dijo muy bien el Canciller Gerhard Schröder, en el mismo sentido que Francis Fukuyama, «no se trata de una batalla entre civilizaciones, sino por la civilización». Por la civilización democrática, laica, multiconfesional, en la que el derecho está separado radicalmente de la religión, en la que la mujer es jurídicamente igual al hombre y en la que la libertad de pensamiento permite la existencia de la ciencia. Esa civilización es la que el islamismo integrista quiere destruir.

Por eso, todas las teorías que explican a Ben Laden y su multinacional terrorista, Al Qaeda (la «base» en árabe), por una voluntad de lucha contra las desigualdades económicas y la pobreza en el mundo no son pertinentes. Ninguno de los textos que emanan de Al Qaeda menciona esa queja, como tampoco se

invoca el «unilateralismo» real o supuesto de la política exterior americana, objeto de recriminación de los Estados, en modo alguno terroristas, que se burlan de ella. Los integristas reprochan a la civilización occidental que contraríe con su propia existencia las enseñanzas del Corán. Inculcándoles esa idea es como fanatizan a los ejecutantes de los atentados suicidas.

Pues no nos equivoquemos: el hiperterrorismo islámico pretende golpear a todo Occidente y no sólo a los Estados Unidos, aunque éstos, como primera potencia democrática, sean, evidentemente, su blanco principal. En 2000, la policía neozelandesa detuvo en Auckland a un comando islamista que preparaba la explosión de un reactor nuclear en Australia, en Sydney, con ocasión de los Juegos Olímpicos. Ya en 1998, la célula antiterrorista francesa había desbaratado los planes de extremistas islamistas que se disponían a cometer un atentado en el Estadio de Francia con ocasión de la Copa del Mundo de fútbol. En noviembre de 2001, fueron detenidos trescientos sesenta agentes de Al Qaeda repartidos en cincuenta países. En España, el juez Baltasar Garzón envió a un grupo de ocho sospechosos a la cárcel, el 18 de noviembre. En Europa se encuentra concentrado el mayor número de células antiterroristas. Sin embargo, Al Qaeda ataca también a varios países musulmanes culpables de luchar contra el integrismo: por ejemplo, Túnez o Egipto (en 1995 hubo un intento de asesinato del Presidente Hosni Mubarak y, durante el decenio de 1990, varias decenas de turistas occidentales perecieron, víctimas de atentados islamistas, en Egipto).

Así, el hiperterrorismo toma prestados a nuestra sociedad moderna sus medios tecnológicos para intentar abatirla y sustituirla por una civilización arcaica mundial que sería, a su vez, engendradora de pobreza y la negación misma de todos nuestros valores. Así se define la «guerra del siglo xxi».

Así, resulta cada vez más claro que el ataque del 11 de septiembre de 2001 contra Nueva York y Washington transformó nuestra visión de las relaciones internacionales. De 1990 a 2000, la diplomacia mundial seguía estando esencialmente subordinada a la lógica de la salida de la guerra fría. ¿Cómo acompañar a los países comunistas en su evolución hacia la economía de mercado y la democracia política? ¿Cómo ampliar la OTAN y la Unión Europea a la Europa central y a los Estados bálticos sin suscitar la hostilidad rusa? ¿Qué hacer con los antiguos tratados sobre el equilibrio nuclear, que datan de comienzos del decenio de 1970? ¿Qué política seguir para con China, que está volviéndose económicamente capitalista, al tiempo que intenta seguir siendo políticamente totalitaria? ¿Cómo enganchar el antiguo «Tercer Mundo» al desarrollo económico mundial y a la civilización de los derechos humanos? ¿Qué evolución prever en las relaciones entre la nueva «superpotencia» americana y sus aliados?

Cuando hubo estallado la que algunos comentaristas no vacilan en llamar la «cuarta guerra mundial»,¹ esa concepción del planeta a través de las rejillas del medio siglo transcurrido, quedó relegada al pasado. En primer lugar, la superpotencia americana resulta ser el blanco preferente del nuevo hiperterrorismo, lo que la afecta con una vulnerabilidad imprevista. Además, las otras mutaciones sobrevenidas asombran a la vez por su amplitud y su rapidez. Rusia: hasta el otoño de 2001, su obsesión era la de defender lo que le quedaba de su condición de gran potencia, ya que no contra Occidente, al menos aparte de Occidente. En 2002, Vladimir Putin ya no ponía objeción alguna a la entrada en la OTAN de los antiguos miembros del Pacto de Varsovia. De repente dejó de protestar contra la presencia de fuerzas de la OTAN en Kosovo. De pronto decidió examinar la posibilidad de la abrogación por los Estados Unidos del tratado que prohíbe los cohetes antibalísticos, cosa que rechazaba antes con la máxima energía. Ha dado su conformidad a la instalación de bases militares americanas en las antiguas repúblicas soviéticas del Asia central. En una palabra, Rusia se ha convertido en una potencia occidental. Esa metamorfosis habría parecido improbable incluso a mediados del año 2001.

¿Por qué ese viraje? Porque Putin no tardó en captar el sentido de lo ocurrido. El 11 de septiembre reveló el carácter caduco de nuestra rutinaria percepción de las amenazas. Pero, para hacernos tomar conciencia de ellas, ha sido necesario que nuevas amenazas se impusieran a nuestra atención, al haber sido ejecutadas en una escala gigantesca. Después de ese seísmo, ¿quién podría creer aún en Rusia que el peligro fuera que los Estados Unidos lanzaran un cohete intercontinental contra Moscú? ¿Con qué fin? Y en el Oeste, ¿quién puede creer que en 2002 Moscú desea pulverizar por sorpresa París, Londres o Nueva York? Así, pues, los guiones de la guerra fría están ahora tan lejos de nosotros como los de la

¹ Norman Podhoretz, *How to win World war IV* [¿Cómo ganar la cuarta guerra mundial?], *Commentary*, febrero de 2002.

guerra de los Cien Años. Lo que caracteriza la división actual de los bandos es que hay, por un lado, los grupos de la guerra terrorista, con los Estados «delincuentes» y, por otro, los gobiernos que se unen para protegerse, incluidos gobiernos de los países musulmanes hostiles a los extremistas. Ben Laden ha sido a ese respecto un útil profesor de estrategia. Nos ha obligado a mirar por fin en la dirección de donde proceden las amenazas futuras.

Pues, durante casi veinte años, las más recientes agresiones terroristas de que fueron objeto los países occidentales, los Estados Unidos, pero también Francia (en 1986, 1994, 1995, en París y Argel, y en 1983 en el Líbano), quedaron impunes. Se las consideró operaciones aisladas, todas ellas, iniciativas individuales debidas a fanáticos, en lugar de analizarlas como otros tantos fragmentos de un plan de guerra sistemática. Me refiero en este caso únicamente al terrorismo islámico, profundamente distinto de los demás terrorismos: vasco, irlandés, corso, colombiano o peruano. Desde 1983 —cuando Hezbolá, armado por Irán y Siria, mató a sesenta y tres funcionarios de la embajada de los Estados Unidos en Beirut mediante un camión cargado con explosivos— hasta el atentado de octubre de 2000 contra el acorazado americano *Cole*, que costó la vida a diecisiete infantes de marina, pasando por el primero de los atentados contra el World Trade Center, en 1993, y por el intento de asesinato del ex presidente Bush (el padre) por Sadam Husein el mismo año de la invasión de Kuwait o por el ramillete de explosiones de 1998, que causaron varios centenares de muertos en las embajadas americanas de Nairobi y Dar es—Salam—, no se acaba de desgranar la letanía de las metódicas ofensivas de un terrorismo islámico cada vez mejor organizado, dirigido, equipado, informado, financiado y provisto de nuevos adherentes fanatizados, dispuestos al suicidio para matar a los infieles.

Pero lo que los historiadores futuros señalarán, además, como un fenómeno extraordinariamente sorprendente en esos dos decenios de actos de guerra, es que ninguna de las potencias afectadas adoptara una visión de conjunto en el momento ni esbozase contra sus instigadores el menor intento de represalias, salvo los Estados Unidos contra Gadafi en 1986, para general consternación de las supuestas democracias europeas, como ya me ha extrañado a mí. Durante veinte años han podido prosperar células terroristas en los Estados Unidos, en Francia, en Gran Bretaña, en Bélgica, en Alemania, en España, sin que las policías y los gobiernos de esos países apreciaran, al parecer, su verdadero alcance. Así, pues, la enseñanza que las potencias terroristas no dejaron de sacar al respecto fue la de que podían intensificar la guerra sin tener que temer una respuesta.

En ese marco hay que colocar la frase de George W. Bush, en su discurso sobre el estado de la Unión, en enero de 2002, contra el «eje del mal», en particular o principalmente Iraq, Irán y Corea del Norte. Pese a los chillidos alarmados de los europeos ante el enunciado de esa afirmación, está demostrado que esos tres países —no sólo ellos, pero son los más notorios de entre los países peligrosos— poseen y fabrican o compran armas de destrucción en gran escala, las venden o las donan, lo que permite a los terroristas procurárselas. Muchos gobiernos, y no sólo entre los musulmanes, pueden ser sospechosos de ayudar o haber ayudado al terrorismo islámico, directa o indirectamente. En el caso de Irán, resulta totalmente notorio.

Así, pues, la frase de Bush constituía una *advertencia* dirigida a esos países. Su mensaje era el siguiente: hasta ahora, no hemos reaccionado, después de los numerosos atentados de que hemos sido blanco, contra los países susceptibles o convictos de haber equipado a los terroristas. Desde el 11 de septiembre, todo ha cambiado. Nos consideramos en guerra. En adelante, toda agresión terrorista valdrá a sus autores y a sus instigadores, oficiales u ocultos, una respuesta proporcional al ataque. En lenguaje estratégico, es lo que se llama disuasión. Así, pues, vuelve a estar de actualidad la disuasión de la época de la guerra fría, pero de forma modificada y contra otro tipo de amenaza.

Mal que pese a los censores europeos, a los que seguramente Bush quería avisar también indirectamente, no se qué tiene de «simplista» esa advertencia. Al contrario, está totalmente meditada, pero está transpuesta en el marco de la nueva guerra contra el hiperterrorismo. También se podría decir que los tres Gobiernos acusados por Bush son regímenes abominablemente represivos, en los que reinan las reclusiones arbitrarias, las ejecuciones sumarias, las exterminaciones en masa. Ese detalle en modo alguno molesta a las hiperconciencias de izquierda. En cambio, para los observadores del terrorismo internacional, de sus puntos de apoyo estratégicos y sus fuentes de alimentación, clasificar esas dictaduras conforme a un «eje del mal» no es ninguna exageración. Es una simple descripción. La

pasividad e incluso la semicomplacencia que han demostrado, desde hace años, algunos gobiernos europeos para con esas tiranías sanguinarias, no figurará, desde luego, entre las páginas más gloriosas de la historia de Europa.

Una de las razones del «unilateralismo» americano es la de que en general los europeos rechazan sistemáticamente como falsos los análisis de los Estados Unidos, por lo que se prohíben a sí mismos la participación en las políticas que de ellos se deducen. No siempre es así, claro está, pero, incluso cuando los aliados actúan concertados con América, por ejemplo en la guerra del Golfo de 1991 o en la intervención en Afganistán diez años después, en seguida se apresuran a desolidarizarse de ella en cuanto se trata de sacar las consecuencias prácticas que prolongan lógicamente esas operaciones. ¿Por qué participar en la guerra del Golfo, para ponerse de parte de Sadam Husein después, cuando el dictador viola los compromisos que firmó tras su derrota y aceptar esa aniquilación de los beneficios de esta última? ¿Para qué enviar tropas europeas a Afganistán en otoño de 2001, si es para negar en 2002 la persistencia de una amenaza hiperterrorista mundial y poner en duda la maldad de los Estados «delincuentes» que ayudan o tienen los medios para ayudar a dicho hiperterrorismo a renacer? Como los expertos americanos en contraterrorismo consideraban, al comienzo de 2002, que los golpes asestados a Al Qaeda habían disminuido provisional, pero no definitivamente, la amenaza, a partir de ese diagnóstico el gobierno de Bush elaboró una política determinada. Si los europeos desechan el diagnóstico y, por tanto, condenan la política, ¿cómo podrían después incorporarse a una acción «multilateral»? Se replicará que los Estados Unidos podrían al menos tener más en cuenta las objeciones europeas. Pero la mayoría de las veces no se trata precisamente de objeciones, sino de un rechazo total del análisis americano y de una obstinación en considerar nula, sin valor y peligrosa, la política de él resultante.

Por lo demás, el recurso por parte de los europeos a esa actitud es menos política que psicológica. A eso se debe su propensión a deformar los hechos, a moldearlos voluntariamente o a imaginarlos, cuando podrían debilitar su requisitoria permanente contra los Estados Unidos. Así, en el preciso momento en que la Unión Europea censuraba a América por haber preferido la confrontación a la negociación con los tres países del «eje del mal», Irán denegaba la acreditación, en febrero de 2002, del embajador de Gran Bretaña, alegando que era «judío y agente del MI—6» (el servicio de espionaje británico). Ahora bien, aunque hay espías en todas las embajadas, el propio embajador raras veces es uno de ellos. Además, ese diplomático en modo alguno era judío y, si lo hubiera sido, el pretexto invocado por los ayatolás no sería menos despreciable. La República Islámica no ignoraba la inanidad de los motivos aducidos. Con su gesto quiso manifestar simplemente su hostilidad a Occidente, con lo que desbarataba dos años de gestiones del Foreign Office encaminados a mejorar las relaciones con Teherán. ¡Bonito éxito de la «negociación», tan recomendada por la Unión Europea! Pero la UE no sacó la enseñanza de aquella afrenta. Para ello, habría sido necesario dar un poco la razón a los Estados Unidos, dolor insoportable para ella. Sin embargo, Washington dice claramente que no piensa organizar ninguna operación militar contra Irán, al observar que en ese país un fuerte partido anticonservador y una gran corriente en la opinión pública, en particular entre los jóvenes, están hartos del régimen y así es posible una evolución hacia la democracia y merece ser alentada.

Respecto de Corea del Norte, la inexactitud europea raya en la mentira grosera e incluso bastante deshonorosa. En efecto, después del discurso de Bush sobre el «eje del mal», numerosos dirigentes y periodistas europeos entonaron esta cantinela: al lanzar su brutal advertencia a Corea del Norte —deploraban esos buenos apóstoles—, el Presidente ponía fin peligrosamente al proceso de acercamiento y paz en curso entre las dos Coreas. Ahora bien, se había puesto fin a ese proceso mucho antes, en junio de 2000, es decir, seis buenos meses antes de que Bush fuera elegido a la Casa Blanca. Inmediatamente después de la histórica visita de Kim Dae-jung, Presidente de Corea del Sur, a Pyongyang, Kim Jong-Il, el dictador de Corea del Norte, se propuso sabotear la llamada política de «acercamiento» (*Sunshine policy*). El Norte, preocupado ante todo por la supervivencia de su régimen totalitario, neutralizó en la práctica los esfuerzos del Sur, al limitarse a sacarle dinero sin conceder nada a cambio. Los propios Estados Unidos habían fomentado desde hacía seis años el acercamiento al prodigar una ayuda substancial al Norte, y los europeos, por su parte, apoyaron —y siguen apoyando— el totalitarismo de Pyongyang con la candidez habitual en ellos, cuando han de afrontar a una tiranía.

Desde hace unos años, la capital de Corea del Norte es uno de los destinos favoritos del turismo político. En 1994, los Estados Unidos negociaron con Pyongyang un acuerdo conforme al cual suministraban al Gobierno norcoreano una ayuda alimentaria, petróleo y los medios para construir dos centrales nucleares civiles. A cambio, Pyongyang se comprometía a suspender su programa nuclear estratégico y sus ventas de cohetes al extranjero. El dictador de Corea del Norte, Kim Jong-Il, se embolsó las ayudas y no suspendió ningún programa, al tiempo que eludía cualquier inspección convincente.

En 1998, lanzó incluso un cohete balístico que sobrevoló Japón, para dar una primera impresión de su tecnología. Se calcula que desde 1985 Corea del Norte ha vendido al menos 540 cohetes a Libia, Irán y a otros países inofensivos. Desde 1998, ha vendido, al parecer, 480 cohetes de tipo Scud a Iraq, Irán y a Egipto. Cuando piden al Stalin en miniatura de Pyongyang que ponga fin a esas ventas, responde que no puede prescindir del dinero que le reportan. Pero, cuando le entregan ese dinero para que se abstenga, no por ello interrumpe las ventas.

Y los peregrinos políticos no por ello dejan de desfilar por Pyongyang, convencidos de que practican la alta diplomacia, porque proponen créditos a cambio de desaires y promesas incumplidas. En junio de 2000, fue el Presidente de Corea del Sur, Kim Dae-jung, quien acudió a solicitar el honor de pagar las facturas. En el otoño de 2000, Madeleine Albright, la Secretaria de Estado americana, participó en una fiesta, ¡en la que se celebraba el quincuagésimo aniversario del Partido Comunista norcoreano! Su misión era la de preparar un viaje oficial del presidente Clinton, que al final no pudo hacerse realidad. Después le tocó el turno, en la primavera de 2001, a una delegación parlamentaria belga, que —cito a *Le Monde*— «desbordó de obsequiosidad» y cayó en el ridículo. En mayo acudió a rendir pleitesía una delegación de la Unión Europea, dirigida por el Primer Ministro sueco. Ciertos miembros de la UE (pero, por fortuna, no Francia) prometieron entonces entablar relaciones diplomáticas con Pyongyang sin contrapartida.

Sin embargo, dejando aparte la tecnología nuclear y balística con que la equipó la Unión Soviética, Corea del Norte es uno de los Estados más débiles del planeta. Económicamente, es un país moribundo, aniquilado por el azote colectivista. Los expertos evalúan en uno o dos millones las víctimas de la hambruna que hace estragos en él desde 1990 (de una población de veintidós millones de habitantes). Hordas de niños huérfanos intentan subsistir rebuscando en las basuras. En diez años la esperanza de vida ha retrocedido seis años y ello pese a las ayudas alimentarias generosas: cien mil toneladas de alimentos entregadas por Washington aún a comienzos de mayo de 2001 y doscientos millones de euros abonados por la UE. Aun así, habría que tener la seguridad de que esos socorros sirven para mejorar la suerte de la población. Tenemos toda clase de motivos para pensar que sirven más bien para aumentar el arsenal militar: en 1994, en el momento más grave de la hambruna, Corea del Norte compró cuarenta submarinos a Rusia.

Además, ese Estado es, de todos los restos comunistas que perduran, seguramente el más cruel y criminal. Es un cuartel totalitario en el que la represión no falla, los campos de concentración están bien surtidos y se practican abundantemente las ejecuciones públicas. Los melifluos reproches en pro de los derechos humanos que susurran los sonrientes visitantes procedentes de los países democráticos son rechazados por Kim Jong-Il y su junta con un desprecio de hierro. En la esfera humanitaria como en la estratégica, las humildes oraciones de los peregrinos nunca son atendidas, ni siquiera cuando van acompañadas de ofrendas substanciales.

Cierto es que los objetivos de esa política son de los más encomiables: la apertura a la democratización de Corea del Norte, la recuperación de su economía y, con el tiempo, la reunificación de las dos Coreas. Por desgracia, no se puede alcanzarlos sin satisfacer una condición sobre la cual Kim Jong-Il y su nomenclatura no podrían estar de acuerdo: la desaparición del régimen. Ahora bien, la diplomacia del peregrinaje y de las concesiones unilaterales no hace sino fortalecer, al contrario, ese régimen o ayudarlo a perpetuarse más allá de su término natural.

Por lo demás, pese a sus críticas contra Corea del Norte, George W. Bush ha mantenido sus ofrecimientos de conversaciones: en vano, por lo que a 2001 y 2002 se refiere. Ha continuado incluso con la ayuda financiera americana a las entregas de petróleo y la construcción de las dos centrales. Ha seguido proporcionando también a los norcoreanos una ayuda humanitaria generosa, principalmente

alimentaria, junto con Corea del Sur, Japón, China y Europa. No por ello ha reanudado Kim Jong-Il las conversaciones ni ha aceptado las inspecciones y los controles convenidos de sus armas de destrucción masiva. Se trata de hechos precisos que, si se tiene buena fe, resulta tan difícil de olvidar como fácil de comprobar.¹ «A cambio de centenares de millones de dólares de ayuda humanitaria que el Sur ha concedido al Norte —escribe el *New York Times*—^{1 bis} a cambio de todas las inversiones realizadas por las empresas surcoreanas, con las que la mayoría perdían dinero, Corea del Norte no ha hecho prácticamente nada para dismantelar su postura de preparación para la guerra en la península.»

Esa obstinación justifica —convendrá conmigo el lector— que los Estados Unidos ejerzan cierta presión sobre ese Estado peligroso. Ese reconocimiento es aún más demostrativo en el caso de Iraq, único de los tres países del «eje del mal» contra el cual el Gobierno de Bush dio a entender, ya en enero de 2002, que tenía intención incluso de llevar a cabo una acción propiamente militar. Los europeos son libres de desolidarizarse de los Estados Unidos en cuanto a esos tres países y a muchas otras cosas, pero no proponen, a su vez, solución alguna para prevenir el peligro terrorista y el de la propagación de las armas de destrucción en gran escala. Pues repetir, como no cesan de hacerlo, que hay que recurrir a una solución «política» es proponer un brindis al Sol. Sadam Husein ha rechazado todas las soluciones «políticas» propuestas desde 1990. Al obstinarse en repetir esa palabra vacía de sentido ante el interlocutor iraquí, los europeos reconocen no querer tener en cuenta el problema de la seguridad internacional. Puesto que renuncian así, que no vengan después a echar pestes contra el unilateralismo de la diplomacia y la estrategia americanas. Ese unilateralismo es obra suya.

Sin embargo, según algunos observadores, parece que los europeos, después de haberse entregado a sus rituales inyectivas antiamericanas contra el informe sobre el estado de la Unión, han suavizado un poco sus diatribas, un mes después. Según el editorialista británico John Lloyd,² el «foso que separa a Europa de los Estados Unidos es menos amplio de lo que se dice». La declaración de Chris Patten³ contra el unilateralismo americano suscitó en Gran Bretaña, según Lloyd, «una reacción unánime de desprecio» tanto entre los conservadores como entre los laboristas. Es posible. No obstante, he de observar que, al anunciar su intención, excepcional en Europa, de asociar en su momento a su Gobierno con una operación militar americana contra Iraq, el Primer Ministro Tony Blair vio alzarse contra él, en marzo de 2002, a numerosos diputados de su propio Partido Laborista y hasta ministros de su Gobierno. En cuanto a Hubert Védrine, ministro francés de Asuntos Exteriores, precisó, al parecer, que su comentario sobre el «simplismo» americano no entrañaba agresividad alguna por su parte. Eso es puro Védrine. Sus constantes ataques contra América nunca son, de creerlo, otra cosa que la expresión de su benevolencia. Añadió también, según Lloyd: «Tal vez haya más sentimiento antifrancés en los Estados Unidos que antiamericanismo en Francia». Por mi parte, yo nunca lo he visto. Desde luego, dado que la denigración de los Estados Unidos ocupa el noventa por ciento del pensamiento francés, los americanos, la prensa en particular, ven su paciencia puesta a dura prueba casi todos los días y replican con frecuencia de forma mordaz, pero, aparte de esos intercambios polémicos, nunca he notado en América respecto de Francia la misma mala voluntad *fundamental* que se ve en Francia para con América.

Raras veces habrá resultado tan patente dicha mala voluntad como en el caso de los terroristas de Al Qaeda detenidos en Guantánamo. Ciertas organizaciones sólo defienden lo que llaman, según su punto de vista muy especial, los derechos humanos, cuando se trata de disculpar a los peores adversarios de las democracias y prohibir a éstas protegerse contra ellos. Esas ligas de virtud se han movilizad con frecuencia para protestar contra la encarcelación lejos del País Vasco de los asesinos de la ETA militar... alejamiento que tenía por objeto, de forma más que evidente, dificultar sus contactos con aquellos de sus cómplices que aún estaban en libertad. Esas mismas y curiosas organizaciones intensificaron su celo para reclamar, a favor de los esbirros de Ben Laden internados en Guantánamo, la condición de prisioneros de guerra, tal como lo establece el Convenio de Ginebra o, mejor dicho, *los* Convenios de Ginebra, pues son tres. Ahora bien, por mucho que releamos esos textos en todos los sentidos y los

¹ Véase una clara exposición sobre el período que acabo de evocar en Pierre Rigoulot, «Séoul-Pyongyang: Radioscopie d'un naufragio» [Seúl-Pyongyang: radioscopia de un naufragio], *Politique internationale*, n° 94, invierno de 2001-2002.

^{1 bis} 4 de marzo de 2001. Citado por Rigoulot, *ibidem*.

² *Les Échos*, 27 de febrero de 2002.

³ Comisario europeo de Asuntos Exteriores y miembro eminente del Partido Conservador británico.

interpretemos con la más indulgente amplitud de miras, no vemos que se pueda aplicar su definición de combatiente, vestido de uniforme de un ejército regular y hecho prisionero, a un terrorista vestido de civil, que pasa inadvertido y, en época de paz, mata al azar y de improviso a otros civiles, en una ciudad, un avión, una embajada, una iglesia o un templo. ¿Acaso es comportarse como combatiente digno de ser tratado como un prisionero de guerra, degollar a un periodista, Daniel Pearl, y después decapitarlo procurando filmar la escena y enviar la cinta a su viuda? «Daniel Pearl —escribe el director de *L'Express*, Denis Jeambar—, era americano, pero ante todo era un periodista y, por esa razón, un defensor de los valores universales que son las libertades de pensamiento y publicación... Así, pues, la indignación francesa y europea, que tan rápidamente se manifiesta para denunciar el trato de los prisioneros talibanes de Guantánamo, debería haber resonado alta y fuerte. Lamentablemente, nada hemos oído o muy poco».¹

Se internó a los esbirros de Al Qaeda en Guantánamo para impedirles la evasión y poder obtener, al interrogarlos, posibles informaciones sobre operaciones en preparación, es decir, para prevenir posibles asesinatos. ¿Tanto interesa a los supuestos defensores de los derechos humanos que lleguen a cometerse dichos asesinatos?

Es probable, ya que se lanzaron también, en Europa y en los Estados Unidos, contra las modestas medidas de seguridad policial que las autoridades aplicaron en las democracias, después del 11 de septiembre de 2001, para facilitar la intercepción de explosivos o armas dentro de los vehículos o los equipajes. ¡Esas medidas, hemos oído gritar, son liberticidas, acaban con el Estado de derecho! Ahora bien, como observa con razón Hervé Algalarrondo, «¿en qué sentido atenta contra las libertades el hecho, por ejemplo, de autorizar a los policías a registrar los coches, en ciertas condiciones bien determinadas? Los aduaneros pueden hacerlo desde siempre, sin que eso haya molestado nunca a nadie».² El autor observa en particular que Robert Badinter, célebre ex ministro de Justicia y antiguo Presidente del Consejo Constitucional, el hombre menos sospechoso de abrigar inclinaciones «liberticidas», sostuvo la legitimidad de dichas medidas con esta argumentación: «El Estado de derecho no es el estado de debilidad». Nadie, deplora Algalarrondo, se tomó la molestia de responder a Robert Badinter...

Y con razón, pues la raíz de esa cruzada al revés en pro de las libertades es, en realidad, el odio a las libertades, a la democracia, odio exacerbado aún más cuando esa democracia se llama Estados Unidos. Volvemos a ver en este caso a los «intelectuales» a juicio de los cuales con los atentados del 11 de septiembre los americanos habían recibido, en una palabra, «su merecido» o incluso no habían existido dichos atentados, ya que esa tesis demencial, elaborada por un cerebro trastornado, tuvo vigencia por unos instantes en Francia y fue acogida incluso favorablemente y propagada con fervor por los medios de comunicación franceses. De modo que los auténticos soldados de la libertad son, al parecer, los terroristas que hacen estallar bombas en el metro. Lamentablemente, con la mundialización americanizada, con demasiada frecuencia son reprimidos por los enemigos de la libertad. «La propia idea de libertad —escribe el filósofo francés Jean Baudrillard—, está borrándose de las costumbres y las conciencias (...) la mundialización liberal se está realizando de una forma exactamente inversa: la de una mundialización policial, un control total, un terror en materia de seguridad».^{1 bis}

Así, pues, ¿quién tendrá el valor de decir que Francia ya no tiene un gran pensador?

Incluso cuando nuestras críticas a los Estados Unidos tienen fundamento, son con frecuencia contradictorias entre sí y, además, con lo que nosotros mismos, los europeos, profesamos y practicamos. Examinemos la decisión, de marzo de 2002, de aplicar un 30 por ciento de derechos de aduana a las importaciones de acero, para intentar proteger una industria en decadencia, en la que se habían multiplicado las quiebras. Se trataba de una decisión política oportunista, adoptada bajo la presión del grupo de intereses de las empresas, los accionistas y los sindicatos obreros de la siderurgia, y de una decisión económica execrable y denunciada en seguida como tal en los propios Estados Unidos, incluido el Partido Republicano. Así, George F. Will, editorialista con fama de conservador, acusa a Bush de

¹ *L'Express*, 28 de febrero de 2002.

² *Sécurité, la gauche contre le peuple* [Seguridad, la izquierda contra el pueblo], Robert Laffont, 2002. Hervé Algalarrondo es redactor jefe adjunto de la sección política de *Le Nouvel Observateur*.

^{1 bis} *Le Monde*, 3 de noviembre de 2001.

haber «elaborado una amalgama indigesta de derechos y cupos que ridiculiza su retórica librecambista».¹

Así, pues, la prensa y los medios políticos de los Estados Unidos no sólo justificaron, sino que, además, aprobaron las protestas europeas o asiáticas, tanto más cuanto que esos derechos y cupos habían de tener por fuerza el efecto de hacer pagar el acero por encima de la cotización mundial en el mercado interior americano. Ahora bien, los europeos, y sobre todo los antimundialistas, siempre dispuestos a echar pestes contra el liberalismo «salvaje» que atribuyen a América, no son los más indicados para reprocharle simultáneamente su proteccionismo, cuando éste se manifiesta. Nos gustaría saber qué es lo perjudicial: ¿la libertad de comercio o su contrario, el obstáculo aduanero?

A esa incoherencia intelectual, los europeos suman una contradicción entre sus principios y sus actos. Los franceses son los campeones de ese doble juego, tanto para con los Estados Unidos y Asia como para con sus socios europeos. Se pudo comprobar unos días después de la decisión de Bush sobre el acero. Los quince miembros de la Unión se reunieron en Barcelona el 16 de marzo con la liberalización del comercio de la energía en Europa como programa de su Cumbre. El debate sobre esa cuestión llevaba años eternizándose, se había abordado en cumbres anteriores, en Lisboa, después en Estocolmo, sin avanzar. Tampoco avanzó en Barcelona, por una razón que acaparó, por lo demás, toda la atención de la prensa: la obstrucción de Francia. La obstinación francesa, violación de los compromisos suscritos e incluso de los tratados firmados, más concretamente del artículo 86 del Tratado de Roma, que establece la libre competencia, logró una vez más hacer aplazar la aplicación de esa misma libre competencia en el sector de la energía. El Presidente de la República Jacques Chirac y el Primer Ministro Lionel Jospin, por otra parte rivales huraños en la campaña electoral entonces en marcha, se reconciliaron provisionalmente para reñir y ganar con patriótica unanimidad aquella batalla retrógrada contra la libertad. ¿Por qué? Por el miedo que les inspiraba la perspectiva de disturbios sociales inevitables, en caso de que aceptaran comenzar a preparar la privatización de uno de los más feroces mamuts del sector nacionalizado francés: Électricité de France, que, encima, está en manos del sindicato comunista, la CGT (Confederación General del Trabajo), que cuenta, así, con un monopolio dentro del monopolio y cuya omnipotencia sólo se ve amenazada, desde hace poco, por un sindicato aún más extremista y antiliberal que ella: SUD. Como los ferrocarriles, la educación nacional o los transportes parisinos, EDF dispone de medios temibles de represalia que los gobiernos raras veces tienen valor para afrontar, sobre todo en período electoral, lo que explica la gloriosa resistencia francesa en Barcelona contra la UE.

Para calibrar su costo, conviene observar que la libre competencia permitiría una reducción importante de las tarifas del gas y la electricidad para los consumidores franceses, empresas o particulares. Así, pues, propiciaría un aumento del poder adquisitivo de las familias y una disminución del precio de los productos vendidos por las empresas a los consumidores. De modo que una vez más, como es habitual en Francia, un grupo de presión sectorial y potentemente organizado logró mantener su posición dominante y sus ventajas haciéndolas pagar por encima del precio normal a los usuarios y los contribuyentes.^{1 bis} Contrariamente a lo que Lionel Jospin, el Primer Ministro, sostuvo en Barcelona con desprecio de los hechos más notorios, la electricidad cuesta en Europa por término medio un 30 por ciento más que en los Estados Unidos y, en las naciones europeas en las que se ha liberalizado —países escandinavos, Gran Bretaña, Alemania—, las tarifas han bajado casi un 25 por ciento. La señora Loyola de Palacio, comisaria europea de la Energía, calcula que la insuficiente liberalización de ese mercado cuesta todos los años a los Estados miembros 15 mil millones de euros.² Aun así, Francia arrancó a los otro catorce miembros de la UE la concesión de retrasar la liberalización de la energía en su mercado interior hasta 2003 o incluso 2004, en el caso de las empresas, y 2005, en el de los particulares. Suponiendo que en esas fechas no arranque un nuevo aplazamiento —puesto que ya había prometido adoptar en Barcelona lo que había desechado en Lisboa y después en Estocolmo y no había mantenido su palabra—, podemos asombrarnos de esa decisión de infligir a millones de particulares el castigo de

¹ «George W. Bush has cooked up an unpalatable confection of tariffs and import quotas that mock his free—trade rhetoric». *International Herald Tribune*, 8 de marzo de 2002. George F. Will escribe en el *Washington Post*, pero muchos otros periódicos americanos, de los que es un «*syndicated columnist*», reproducen sus editoriales.

^{1 bis} Véase sobre ese vasto asunto: Jacques Marseille, *Le Grand Gaspillage* [El gran despilfarro], Plon, 2002.

² Entrevista concedida a *Le Figaro Économie*, 15 de marzo de 2002.

tener que pagar un año más que las empresas su gas y su electricidad a un precio superior a la media europea. ¡Y a eso lo llaman Europa social!

Cierto es que en Barcelona todo era irracional, ya que, además, trescientos mil antimundialistas devastaron la ciudad para alzarse contra el libre cambio, cuando precisamente las potencias europeas, por instigación de Francia, acababan de satisfacer espontáneamente sus deseos. Con la misma lógica, ya abordada en el capítulo tercero, los antimundialistas habían saqueado, tres años antes, Seattle para oponerse a la Organización Mundial del Comercio y para reclamar la regulación de los intercambios, ¡cuando la función de la OMC es precisamente la de regular los intercambios! Esa organización ha condenado en varias ocasiones a los Estados Unidos —por ejemplo, en enero de 2002, sin ir más lejos— por haber permitido a las empresas americanas trasladar sus beneficios de la exportación a paraísos fiscales, lo que equivalía a subvencionarlas indirectamente.¹

El enorme y crónico déficit comercial de los Estados Unidos, si bien es un inconveniente para ellos, es una ventaja para el resto del mundo. Cuando el ritmo de la economía americana se aminora, como en 2001, el de la economía mundial retrocede por la reducción de los pedidos de su principal comprador. Decenas de países, de Tailandia a Nigeria, enviaron más del 10 por ciento de su producto nacional bruto en 2000 a los Estados Unidos, que compran el 6 por ciento de toda la producción de bienes y servicios del mundo entero, en el que el empleo de seis de cada cien trabajadores depende, por tanto, directamente del cliente americano.^{1 bis}

Así, pues, Europa y Asia, América Latina y África están interesadas tanto como los Estados Unidos —si no más incluso— en la libertad del comercio y eso es lo que vuelve absurdas, desde el propio punto de vista de los antimundialistas, que afirman defender los intereses de los países pobres, sus reaccionarias cantinelas contra la libertad de los intercambios.

¹ En *Les Échos* del 15 de enero de 2002 (artículo de Laurence Tovi) se pueden leer todos los detalles de esa condena por la OMC y de sus motivos.

^{1 bis} Evaluaciones debidas a Klaus Friedrich, economista jefe del grupo Allianz y del Dresdner Bank. En el *International Herald Tribune* del 27 de febrero de 2002.

8

América como escapatoria

Hay que distinguir entre el antiamericanismo y la crítica a los Estados Unidos. La crítica a los Estados Unidos —vuelvo a insistir al respecto— es legítima y necesaria, a condición de que se apoye en informaciones exactas y se refiera a abusos, errores o excesos que existen realmente, sin pasar por alto, deliberadamente, las decisiones oportunas, las intervenciones provechosas o bien intencionadas, las acciones coronadas por el éxito. En ese sentido, la verdadera crítica a América, la única útil, por ser precisa, juiciosa y motivada, sólo la encontramos... en la propia América, en la prensa diaria o semanal, los medios de comunicación, la clase política, las revistas mensuales de alto nivel, que allí tienen una gran difusión, mucha más que en Europa.

El antiamericanismo se basa, por su parte, en una visión totalizante, si no totalitaria, cuya ceguera pasional se reconoce, en particular, en que esa censura universal reprueba, en el objeto de su execración, una conducta y su contraria a pocos días de distancia o incluso simultáneamente. Ya he dado anteriormente numerosos ejemplos de esa contradicción y a continuación voy a exponer algunos otros. Según esa visión —en el sentido que da a esa palabra Littré: «vana imagen que creemos ver, por miedo, por sueño, por locura, por superstición»—, los americanos sólo cometen errores, sólo profieren tonterías y son culpables de *todos* los fracasos, *todas* las injusticias, *todos* los sufrimientos del resto de la Humanidad.

El antiamericanismo así definido es, la mayoría de las veces, un prejuicio de las minorías políticas, culturales y religiosas selectas mucho más que un sentimiento popular. Se me responderá que la «calle», la famosa «calle» musulmana, representa perfectamente a las masas, pero, como ningún país musulmán es democrático, resulta difícil apreciar hasta qué punto las manifestaciones antiamericanas en esas sociedades son espontáneas y hasta qué punto están organizadas por el poder. En los países en que ese poder se ha aproximado a los Estados Unidos y lucha contra sus propios integristas, son los imames los que, mediante sus ardientes y xenófobos sermones, se encargan de excitar a las multitudes, analfabetas, por lo demás, en su mayoría e incapaces de recoger una información independiente, que, de todos modos, la censura intercepta, incluso y sobre todo en la radio y la televisión. Está demostrado, al menos desde 1995, que en Irán, por ejemplo, los ayatolás de la República Islámica ya no consiguen ocultar que su población, sobre todo el tramo de edad comprendido entre los quince y los veinticinco años, ha dejado de seguirlos en su demonización del Gran Satán y hace alarde abiertamente de su afición a los productos, las diversiones y las formas de vida americanos. Dicha afición no es consecuencia de un «imperialismo cultural» americano que las plañideras europeas no dejarán de incriminar. La dictadura teocrática, obscurantista y sanguinaria de los ayatolás oprime y empobrece al pueblo iraní, al tiempo que se esfuerza por regimentar sus costumbres con métodos policiales, inquisidores y brutales. Los polis de Alá persiguen con particular crueldad a la juventud, deseosa más que sus padres de abrazar la vida moderna. En vista de ese marco asfixiante, la civilización americana, aunque sea en sus rasgos más triviales, no parece a los iraníes portadora de imperialismo, sino de libertad, como ha resultado con tanta frecuencia serlo en numerosas partes del mundo. Al fin y al cabo, nada impedía a Europa desempeñar ese papel de mensajera de la libertad en el Oriente Próximo y en el Oriente Medio. Si no lo ha adoptado, ha sido, una vez más, porque ha considerado oportuno, por puro antiamericanismo, recomendar el «diálogo», es decir, la complicidad con los tiranos y no con sus víctimas. Si los iraníes acceden algún día a la democracia, no deberán gratitud precisamente a los europeos, como tampoco se la deberán los iraquíes, cuando sean liberados de su déspota.

El mismo contraste se observa en China entre el antiamericanismo oficial y el apetito popular por todo lo que procede de los Estados Unidos. «Comparar la vida de hace diez años con la de hoy es como comparar la Tierra y el Cielo», declara un chino a una periodista americana¹. «Los americanos no nos venden sólo productos, sino también cultura», añade, «y es una cultura que numerosos chinos desean. Dicen: si compras esto, accederás a un nuevo estilo de vida». Tal vez se trate de una impresión engañosa, pero es un hecho histórico.

En América Latina, las corrientes afectivas están regidas por un rencor muy antiguo, el de la América que ha fracasado contra la América que ha triunfado, traumatismo histórico analizado en el libro sin par de Carlos Rangel, (*Del buen salvaje al buen revolucionario*). Sin embargo, también allí son los dirigentes políticos y sobre todo los intelectuales quienes perpetúan, los primeros, dicho rencor, a costa, por lo demás, de un desdoblamiento de la personalidad que raya en la bisexualidad político-cultural, ya que la mayoría son discípulos y clientes de los Estados Unidos, al tiempo que los vituperan cuando arengan a su conciudadanos. Los pueblos, por su parte, siguen el movimiento, aunque la desigualdad entre el norte y el sur del continente se haya reducido considerablemente desde 1950, lo que no excluye frecuentes regresiones cuando tal o cual país recae en las aberraciones del pasado. Pero el antiamericanismo popular es más conformista que militante y va acompañado de un deseo omnipresente de incorporarse a la máquina económica y a la civilización de la América del Norte.

En Europa es donde se puede apreciar mejor la distancia que separa las minorías selectas de los demás ciudadanos, gracias a la precisión de los instrumentos de estudio de la opinión pública. Según una encuesta de la empresa Sofres de mayo de 2000,² tan sólo el 10 por ciento de los franceses sienten antipatía por los Estados Unidos. Así, pues, al comentar ese sondeo, Michel Winock subraya que «el antiamericanismo en Francia no es un sentimiento popular, es obra de cierto sector de la minoría selecta». El historiador observa que una de sus causas en el siglo XX es la influencia del comunismo en vastos sectores de la *intelligentsia* francesa, pero también recuerda que, ya en el siglo XIX, el desprecio por América y la animosidad para con ella fueron iniciados por la derecha intelectual, que desde entonces no ha reconsiderado precisamente su juicio. Bonald, ya en la Restauración, no veía en América —donde, ni que decir tiene, nunca había estado— otra cosa que conformismo, materialismo, burguesismo, incultura e idolatría del dinero, subraya Michel Winock.

Otro historiador, Laurent Theis, al resumir «doscientos años de amores contrariados» entre los dos pueblos,^{1 bis} relata que en el siglo XIX el antiguo apego, desde La Fayette, de los franceses a los americanos, queda substituido por una repulsión llevada ya al paroxismo. Theis escribe: «Aparecen entonces la figura y el nombre del yanqui nordista, en los antípodas del noble plantador del sur. Instintos brutales, apetitos carnales, pasiones pecuniarias», naturalmente hipocresía, con la Biblia en la mano, estereotipos, todos ellos, que para los publicistas de toda clase substituyen a los prejuicios anteriores. La democracia americana, que resulta ser «la ley del más fuerte», deja de hacer soñar. El buen salvaje, la muchacha pura y trabajadora, el austero cuáquero pasan a ser personajes de comedia. ¿Qué pueblo es ése, escriben, «de tenderos ignorantes e industriales de estrechas miras, que no tiene en su vasto continente una sola obra de arte», ese país «sin pera?» Ese veredicto emanaba de la fina capa de la sociedad francesa que sostenía profesionalmente una pluma y disponía de columnas en los periódicos. ¿Qué opinaban de América los otros franceses, si es que pensaban algo? Resulta muy arduo de vislumbrar. En nuestra época, lo sabemos perfectamente. Según otro sondeo,² después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, el 52 por ciento de los franceses declaran haberse sentido siempre muy cerca de los Estados Unidos y el 9 por ciento que su opinión sobre ellos ha cambiado para bien recientemente (frente al 32 por ciento y al 1 por ciento en sentido opuesto).

En el siglo XIX los intelectuales europeos creían ver en América un vacío cultural, que no era, en realidad, sino el de su propia pia información. Fue necesario que Charles Baudelaire tradujera en 1856 a Edgar Allan Poe para revelarles que existía vagamente en los Estados Unidos una literatura digna de ese

¹ «In China, a big appetite for Americana» [En China, un gran deseo de cosas americanas], por Elizabeth Rosenthal, *International Herald Tribune*, 26 de febrero de 2002.

² Reproducida por *Le Monde* los días 25—26 de noviembre de 2001.

^{1 bis} *Le Point*, 28 de septiembre de 2001.

² *Ibidem*.

nombre. El mito de la barbarie cultural de un pueblo visto como esclavizado exclusivamente por el afán de lucro (impulso notoriamente ajeno a la pura alma de los europeos) se perpetuó hasta mediados del siglo XX, precisamente cuando la realidad lo refutaba y, en particular, el más generoso mecenazgo jamás visto creaba y mantenía miles de museos, universidades y hasta esas óperas cuya ausencia estigmatizaba Stendhal (pues era él). Después a las pullas lanzadas sobre la supuesta nulidad cultural de los americanos sucedieron de repente las recriminaciones contra su «imperialismo» cultural. Pasábamos del vacío al desbordamiento. También en esa esfera, ocurra lo que ocurriere, ¡los Estados Unidos nunca pueden tener razón! Seguramente están equivocados culturalmente cuando su Congreso adopta, para el año 2002, el presupuesto más elevado que jamás se haya votado en ningún país para la investigación pública: 104.000 millones de dólares (a los que hay que sumar los gastos privados en investigación, también los mayores del mundo). Siguiendo la vía inversa, la de la decadencia, los gastos en investigación y la propia investigación no cesan de reducirse en Francia, lo que no impide a la coral política y de medios de comunicación francesa blandir bien alta la bandera de nuestra especificidad cultural.¹

Pese a su supuesta indiferencia ante todas las actividades de la inteligencia, América fue de las naciones más desarrolladas la primera que instauró —cincuenta años antes que Jules Ferry en Francia— la enseñanza elemental gratuita y obligatoria: primero en el Estado de Nueva York en 1832 y después, muy poco después, en los demás Estados. Esa alfabetización precoz explica, por una parte, otra causa de la acritud antiamericana: la antigüedad y la rapidez del despegue económico de los Estados Unidos. En *L'enfance du monde*^{1 bis} [La infancia del mundo], Emmanuel Todd muestra hasta qué punto es decisivo ese factor. Todo país que «despega» resulta haber cruzado el umbral decisivo de alfabetización: el 50 por ciento de la población o —criterio más expresivo aún— el 70 por ciento de los jóvenes de edades comprendidas entre los quince y los veinticinco años. Así, Suecia y Suiza, países aún casi enteramente rurales a mediados del siglo XIX, eran en aquel mismo momento los más alfabetizados de Europa, lo que brinda una de las claves de su rápido desarrollo industrial posterior. En 1848, Francia contaba al menos con un 50 por ciento de analfabetos, una parte importante de los cuales no hablaba francés.

El avance americano en la democratización de la enseñanza no inspiraba, naturalmente, en nada la reflexión del vizconde de Bonald, que, desde lo alto de su condescendencia monárquica, no apreciaba forma alguna de democracia y, por consiguiente, se vedaba la posibilidad de pensar que pudiera haber una vinculación entre democracia política, liberalismo económico, instrucción pública y prosperidad. Por eso, tampoco entendió —y distaba de ser el único en Europa antes de que llegara Tocqueville e incluso después de que éste, escribiera su gran obra— la importancia del avance que habían logrado los Estados Unidos en la instauración del sufragio universal. Dicho sufragio fue instaurado en ese país ya en 1820 en el caso de los hombres² y también en el de las mujeres América se adelantó a las otras democracias. Las mujeres pudieron votar a partir de 1869 en Wyoming, seguido de otros once Estados entre 1869 y 1914, y después por todo el país en 1920. En Francia tuvieron que esperar hasta 1944.

Esos hechos, que dependen —precisamente— de una instrucción elemental, chocan de frente con la repugnancia de los europeos para admitir que los Estados Unidos sean una verdadera democracia. Si bien nosotros les denegamos fácilmente la pertenencia a ese régimen político, los africanos y los latinoamericanos se la discuten aún más, ellos, cuyos títulos para hablar en nombre de la democracia son, con toda evidencia, clamorosos. Ya conocemos las principales acusaciones imputadas a América en esa esfera: la esclavitud y, además, las discriminaciones de que fueron víctimas los negros, el mantenimiento de la pena de muerte o también el apoyo concedido a dictaduras, en América Latina en particular.

En *Tous Américains* [Todos americanos],³ el director de *Le Monde*, Jean-Marie Colombani, se justifica por haber escrito en su diario, el día siguiente al de los atentados del 11 de septiembre, un

¹ Véase el artículo de Olivier Postel—Vinay en la revista *La Recherche* de abril de 2002. Francia ocupa, por el número de publicaciones científicas, el decimocuarto puesto de los países de la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos, es decir, los países más ricos).

^{1 bis} Seuil, 1984.

² 1848 en Francia. Y, aun así, sólo se ejerció con limitaciones particulares durante el Segundo Imperio. Hasta la III República no funcionó realmente, gracias al pluripartidismo.

³ Fayard, 2002.

artículo titulado «Todos somos americanos».¹ Hubo numerosas e inmediatas reacciones hostiles a ese artículo y a su título tanto entre los lectores de *Le Monde* como entre sus redactores. Es que la izquierda no puede renunciar sin dolor, incluso después de la matanza de varios millares de civiles en Nueva York y Washington, a su demonizada idea de los Estados Unidos y que necesita tanto más cuanto que el socialismo ha naufragado. Aunque el Bien al que rendía culto se ha hundido, se consuela al seguir al menos execrando el Mal que era su antítesis. ¡Ay de quien quiera privarla de su Lucifer de servicio, su última boya de salvamento ideológica!

Hace falta valor y abnegación para argumentar, como lo hace Colombani, contra el fanatismo, cuya función es precisamente la de volver impermeables a los argumentos las mentes de las que se ha apoderado. Después de haber recordado que, al escribir en caliente su artículo, obedecía a un impulso de compasión y decencia, Colombani recuerda algunos datos históricos y políticos que aplastan la delirante creencia según la cual América nunca ha laborado en pro de la defensa y la propagación de la libertad. Recuerda, naturalmente, la liberación de Europa en 1944 y 1945. Se pregunta si había que rechazar a aquel liberador para «rechazar a América y su segregación racial (...) un país que ya apoyaba a Ibn Saúd, al dictador Somoza en Nicaragua».

Estas últimas reservas tienen fundamento, pero, si bastaran para determinar que América no era y sigue sin ser democrática, habría que eliminar también de esa clasificación tanto a Francia como a Gran Bretaña. En efecto, la historia de África y de Asia rebose de dictaduras de todas las tendencias apoyadas por esos dos países. De 1945 a 1965, los Estados Unidos eliminaron en su interior todas las segregaciones, al menos oficiales, gracias a una acción voluntarista del poder federal y del Tribunal Supremo contra los Estados tradicionalmente racistas. Durante el mismo período, Francia se entregaba, en Indochina, en Madagascar y en África del Norte, a combates de retaguardia cuyas víctimas civiles se cuentan por centenares de miles y a represiones que recurrían en una escala enorme a la tortura y a las ejecuciones sumarias. Sin embargo, los franceses que vivían durante la IV República y el comienzo de la V se habrían asombrado mucho si alguien hubiese afirmado que su régimen no era democrático.

Asimismo, figuro entre quienes se indignan al ver persistir en los Estados Unidos la pena de muerte. Doce Estados la han abolido, treinta y ocho la han conservado, dieciséis de los cuales la aplican. Aún son demasiados, pero hay que recordar que el Gobierno federal no siempre tiene poder para imponer sus preferencias a los legisladores de los Estados, que adoptan o abrogan sus leyes propias en función de los votos expresados por sus electores *in situ*. Además, algunos países en los que la abolición es, en resumidas cuentas, muy reciente —1964 en el caso del Reino Unido, 1981 en el de Francia— tienen tendencia a perder la memoria cuando se envuelven en la blanca túnica humanitaria para precipitar por esa razón a América en el abismo de la antidemocracia. ¿Acaso debemos decretar que hacia 1937, en la época de nuestro querido Frente Popular, la República Francesa no era una democracia, por la razón de que manejaba con destreza la guillotina? La aceptación o el rechazo de un tipo de castigo bárbaro dependen más de la evolución de las costumbres y la sensibilidad que de la naturaleza de las instituciones políticas. Al comienzo del siglo XXI, 87 países en el mundo practican aún la pena de muerte, algunos de ellos —China, Iraq— en dosis masivas y sin garantías en el procedimiento ni respeto de los derechos de defensa, pero los anatemas internacionales se centran exclusivamente en los Estados Unidos, lo que despierta la sospecha de que esas diatribas van dirigidas a veces menos contra la propia pena de muerte que contra los Estados Unidos. ¿Cómo explicar, si no, que lo que resulta deshonoroso en Austin sea venial en Pekín o en Lhasa?

Así, pues, volvemos a ver los dos rasgos más llamativos del antiamericanismo obsesivo: la selección de las pruebas y la contradicción interna de la requisitoria.

Como ejemplo del primero, volvamos al caso Somoza. Prueba indiscutible, se nos dice, de que los americanos apoyan las dictaduras reaccionarias. Pero entonces, ¿qué hacemos con la batalla política y económica reñida por los Estados Unidos con el dictador de Santo Domingo, Rafael Trujillo? Le infligieron —e hicieron que la América Latina (en el marco de la OEA, Organización de Estados Americanos) le infligiera— sanciones económicas que acabaron poniendo de rodillas a Trujillo, antes incluso de que muriese asesinado en 1961. Las sanciones que afectaron a aquel dictador de extrema derecha fueron mucho más duras que el embargo que América iba a aplicar más adelante a Castro. A

¹ *Le Monde*, 12 de septiembre de 2001.

propósito de Castro, ¿cuántos periodistas o políticos dicen que éste tomó el poder gracias a la ayuda de la CIA? Washington deseaba poner fin a la dictadura de Fulgencio Batista y organizó su caída con la colaboración de Castro¹. Los Estados Unidos fueron el segundo país del mundo, después de Venezuela, en reconocer, ya el 7 de enero de 1959, al nuevo régimen de La Habana. Hasta más adelante, cuando Castro hubo instalado en la isla una dictadura estalinista y se hubo puesto a las órdenes de Moscú, no se volvieron los Estados Unidos contra él. Una vez más la trampa de la selección de las pruebas recurre de forma imprecisa al concepto de prueba, pero el antiamericanismo puede aquilatar también el virtuosismo hasta recurrir a la falta total de prueba. Se ha visto esa hazaña en Francia con el libro, aparecido en marzo de 2002, de un tal Thierry Meyssan, *L'Effroyable Imposture* [La espantosa impostura], libro al que ya he hecho una alusión fugaz anteriormente. Según Meyssan, ningún avión se estrelló contra el Pentágono el 11 de septiembre de 2001. Se trataba de un montaje propagandístico, organizado por los servicios secretos americanos y por el «complejo militar e industrial» para justificar, ante una opinión pública trastornada, una futura intervención armada en Afganistán y en Iraq. Todas las personas son libres de forjar en el vacío una teoría divertida: por ejemplo, la de que la derrota francesa de junio de 1940 fue una pura invención de la derecha a fin de brindar al mariscal Pétain un pretexto para el cambio de régimen político, pero, si centenares de miles de personas dan crédito a cuentos semejantes, con desprecio de las pruebas materiales más accesibles a la percepción visual de todo el mundo, pasamos de las carcajadas a la inquietud. Eso es lo que ocurrió en Francia frente a las elubricaciones del señor Meyssan. No sólo nuestros medios de comunicación audiovisuales se transformaron con gusto en cajas de resonancia de sus chifladuras, sino que, además, su libro fue un inmediato y gigantesco éxito de venta. Esa multitudinaria carrera hacia el absurdo resulta muy reveladora de la credulidad de los franceses e inspira perplejidades dolorosas sobre el nivel intelectual del pueblo «más inteligente de la Tierra».

En cuanto al segundo síntoma, respecto del Oriente Próximo encontramos algunas brillantes ilustraciones del recurso constante a reproches contradictorios que se suceden y se destruyen unos a otros sin que los acusadores sean conscientes de su incoherencia. Naturalmente, ese asunto está lleno de lagunas debidas a la selección de las pruebas por los comentaristas europeos. Un solo ejemplo: a fuerza de repetirlo ha llegado a ser un axioma el de que Israel «invadió» el Líbano en 1982, porque Sharon quería ir a buscar a Arafat en Beirut, y que hoy está vengándose, porque el jefe de la OLP se le escapó. Aparte de que Sharon, entonces ministro de Defensa, no tenía poder alguno para decidir por sí solo una guerra, equivale a olvidar otro detallito: en 1982, Israel intervino exclusivamente para replicar a la invasión del Líbano por Siria, que ocupaba ese país desde hacía cuatro años y había destruido la mitad de Beirut en 1978 con sus «órganos de Stalin» y cuyo ejército se acercaba cada vez más a la frontera israelí. Yo no soy un experto orientalista, pero me interesa el funcionamiento de la inteligencia humana: ¿por qué se altera periódicamente ese encadenamiento de causas y efectos históricos tan conocidos y se lo reduce a su último episodio, cuando nuestros «informadores» lo evocan a propósito de la crisis palestino—israelí de 2001—2002? Porque hay que «demostrar» a toda costa que Sharon quiere «vengarse» por no haber capturado a Arafat en 1982. No se me ocultan las faltas de Sharon, pero no es necesario atribuirle otras que no ha cometido.

A lo largo de toda esa crisis, resultó un espectáculo instructivo el baile de los juicios europeos sobre la política americana. Después de haber reprochado durante mucho tiempo a los americanos que se mantuvieran como únicos protagonistas competentes del Oriente Próximo, censuramos airadamente la pasividad de George W. Bush, quien, en lugar de intervenir para poner fin a la crisis, mantenía una actitud pasiva y eludía su deber. Cuando América acabó indicando que iba a adoptar una iniciativa, anunciamos que sería necesariamente —por favorable a Israel— de una parcialidad que la privaría de legitimidad alguna. Cuando Bush y su consejera de Seguridad, Condoleezza Rice, conminaron a Israel a que evacuara «sin demora» los territorios palestinos ocupados, proclamamos al instante que sus exigencias serían en vano y que sería inútil el proyectado viaje del Secretario de Estado Colin Powell al Oriente Próximo.

Lo grave no son los errores de apreciación y los procesos de intenciones en los que se basan esos

¹ Véase Tad Szulc, *Fidel Castro, trente ans de pouvoir absolu* [Fidel Castro, treinta años de poder absoluto], traducido del inglés por Marc Saporta, Payot, 1987.

juicios, sino sobre todo sus incompatibilidades recíprocas. Lo asombroso es también nuestra incapacidad para reconocer que nos hemos equivocado, cuando el acontecimiento nos lo muestra.

En conjunto y a lo largo del tiempo, los gobiernos, los medios de comunicación y la opinión de Europa consideran que en el Oriente Próximo los Estados Unidos siempre han apoyado y apoyan a Israel de forma mucho más incondicional y parcial, pero, cuando los Estados Unidos adoptan una actitud neutra y deciden intervenir menos directamente en los asuntos palestino—israelíes, como hizo George W. Bush en 2001 y hasta el comienzo de 2002, en seguida Europa se indigna de lo que considera una culpable irresponsabilidad americana y suplica encarecidamente a Washington que asuma sus responsabilidades. Después, cuando el Presidente, a comienzos de abril de 2002, envió allí a varios emisarios y lanzó una declaración enérgica, casi un ultimátum, para exigir que el Primer Ministro israelí, Ariel Sharon, retirara sus tropas del territorio palestino, «y no mañana, sino sin demora y en seguida», la claridad de aquella posición incitó muy poco a los europeos a reconocer que su tesis anterior sobre el apoyo por siempre «incondicional» de los Estados Unidos a Israel era, por tanto, equivocada. Como también lo era otra tesis (incompatible, además, con la anterior): la de una egoísta indiferencia americana ante el drama del Oriente Próximo. Que los Estados Unidos votaran en marzo y en abril de 2002 junto con todo el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para condenar a Israel y decidir la creación de una comisión de investigación de las Naciones Unidas sobre los posibles crímenes de guerra israelíes en Jenin, no impidió que todos los diarios radiofónicos franceses siguieran afirmando, imperturbables, que Washington continuaba vetando las propuestas desfavorables a Israel del Consejo de Seguridad.

En realidad, como recuerda con razón Henry Kissinger, «desde hace treinta años, la diplomacia americana ha sido el catalizador de casi todos los avances logrados en el proceso de paz destinado a acercar a los israelíes y los árabes, sobre todo los palestinos». Lo demuestra una recapitulación rápida. Además de «las idas y venidas» (la *shuttle diplomacy*) de Kissinger entre Jerusalén, El Cairo, Damasco y Ammán de 1972 a 1976, en 1978 se celebró en Camp David una conferencia entre los presidentes Sadat y Carter y el Primer Ministro Begin. Resultado de dicha conferencia fue el tratado de paz egipcio—israelí, firmado en Washington en 1979. Por su parte, el proceso de paz propiamente palestino—israelí se remonta a la Conferencia de Madrid en 1991 y prosiguió en 1993 con el acuerdo de Oslo, ratificado en Washington en diciembre del mismo año por Rabin y Arafat, que se estrecharon la mano, delante de Clinton y las cámaras del mundo entero. Fue la «Declaración de principio sobre la autonomía palestina», de inspiración americana. La siguió, también con el impulso de los Estados Unidos, en 1995, el acuerdo de Taba (en Egipto), llamado también «Oslo II», que se refiere a «la ampliación de la Autoridad Palestina a toda Cisjordania». Después vino en 1998 el memorando de Wye Plantation (Maryland), seguido en 1999 por el acuerdo de Sharm el Sheij sobre su aplicación. Por último, en julio de 2000 el Presidente Clinton reunió, de nuevo en Camp David, a Arafat y al Primer Ministro de entonces, Ehud Barak.

Respecto de esa última conferencia de Camp David —;que requirió la presencia del presidente de los Estados Unidos y lo inmovilizó durante 15 días!— surgió una polémica en torno a la «intransigencia» de Arafat, que rechazó, al parecer, las «generosas propuestas» de Ehud Barak, con lo que hizo fracasar el proceso de paz y, con ello, volvió inevitable la victoria posterior de Sharon en las elecciones y alentó hipócritamente el terrorismo palestino. Cierto es que Arafat no carece de responsabilidad en el naufragio del proceso de paz, pero la historia de lo que sucedió en realidad durante aquel año 2000 en Camp David parece, en realidad, más compleja.¹ Voy a abstenerme aquí de intentar aclararla, pues mi propósito no es, de momento, el de dar respuestas a la cuestión del Oriente Próximo, sino el de describir las reacciones europeas a la diplomacia americana ante dicha cuestión. Lo menos que se puede decir es que son a la vez injustificadas e incoherentes. Igualmente injustificada es la queja ritual y obsesiva según la cual en aquella crisis los Estados Unidos actuaron, supuestamente, de forma «unilateral»: sin consultar a los europeos. Fue lo contrario enteramente: el Secretario de Estado Colin Powell antepuso a su misión en el Oriente Próximo de abril de 2002 un alto en Madrid, el 10 de abril (pues España ejercía entonces la Presidencia de la Unión Europea). Fue a consultar a los ministros de Asuntos Exteriores de los quince

¹ Consúltese el largo y muy detallado artículo de Robert Malley y Husein Agha, «Camp David: The Tragedy of Errors» [Camp David: la tragedia de los errores], *he New York Review of Books*, 9 de agosto de 2001.

miembros de la Unión, al de la propia Unión, Javier Solana, y *al de Rusia*, también invitado. Difícilmente se puede tildar ese comportamiento de unilateralismo. El Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan, acentuó aún más con su presencia el carácter multilateral de aquellas conversaciones. No obstante, los europeos, en Madrid, no lograron poner sobre la mesa propuesta concreta alguna, plan de acción realista alguno. No sólo no pudieron entenderse con los Estados Unidos, ni que decir tiene, ¡sino que ni siquiera pudieron entenderse entre ellos! Ciertamente es que el debate se complicó por la mención del problema iraquí, que Powell consideraba indisoluble del conflicto palestino—israelí y de la lucha antiterrorista, pero ante el cual los europeos se tapan, miedosos, la cara desde siempre. Ahora bien, no se puede pretender formular una política de paz en el Oriente Próximo sin examinar el problema de Sadam Husein.

Unos días después de la reunión de Madrid, resultó que las idas y venidas de Colin Powell entre Sharon y Arafat no habían dado resultado alguno, pues ni uno ni otro estaba dispuesto, al parecer, a hacer la menor concesión, pese a que una semana después los israelíes hubieran retirado sus tropas de varias ciudades palestinas. Aquel fracaso relativo en lo inmediato no significaba que el viaje hubiera sido totalmente inútil a largo plazo, para preparar una acción futura. No obstante, había un fracaso en lo inmediato y la prensa americana no se privó de clamarlo la primera. Pero lo más cómico, en aquella trágica coyuntura, fue el coro de los comentaristas europeos, que desde lo alto de nuestra esterilidad intelectual y diplomática se burlaron del fracaso de Powell y Bush con su habitual condescendencia satisfecha.¹

La evolución posterior de los acontecimientos no iba a tardar a volver contra ellos el ridículo que creían reservado a los dirigentes americanos. En efecto, el 22 de abril de 2002, bajo la presión aún mayor de George W. Bush, el Gobierno de Ariel Sharon se resignaba a levantar el sitio que bloqueaba el cuartel general de Yasser Arafat en Ramallah desde mediados de diciembre de 2001. Además, Bush insistía de nuevo para lograr la evacuación rápida y completa del territorio palestino por el ejército israelí, en vista de la puesta en marcha de un nuevo proceso de paz, cuyo tenor acababa de formular durante varios días con el príncipe heredero de Arabia Saudí, Abdalá, invitado por él a los Estados Unidos. Así, pues, ya vemos lo que valían las tres afirmaciones favoritas de los europeos, a saber: 1) los americanos están totalmente inactivos en el Oriente Próximo; 2) cuando actúan, siempre es en el sentido deseado por Israel; 3) todas sus iniciativas fracasan.

Una vez más, los hechos no por ello desvían a los papagayos del antiamericanismo de sus inmutables cantinelas. Así, con ocasión de la cumbre anual transatlántica, en la que se reunieron, el 2 de mayo de 2002, en Washington los Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia, el corresponsal permanente de TF1, Ulysse Gosset, en el telediario de las ocho de la noche, comparó la acción de George W. Bush en el Oriente Próximo con la oscilante marcha de un «funámbulo» que no logra adoptar posición firme alguna. Así decepciona, añadió, el «sheriff» en sumo grado a los europeos. Admirará el lector la riqueza del vocabulario: cuando no nos asestan lo del «vaquero», es porque van a servirnos lo del «sheriff». ¡Qué arte! Ahora bien, en aquel preciso momento, como hemos visto, Bush acababa de lograr que los israelíes levantaran el sitio en torno a Arafat e hiciesen ciertas evacuaciones de tropas que ocupaban Palestina. En tercer lugar —y esa novedad no era la menos importante—, el Presidente acababa de adoptar y lograr que se adoptara el principio de una conferencia internacional sobre el Oriente Próximo cuya apertura se esperaba para comienzos del verano. Debían asistir a ella los Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia. Dicho de otro modo: era exactamente lo que esos países pedían desde hacía meses y lo que, dicho sea de paso, invalidaba el reproche de unilateralismo ritualmente dirigido a los americanos. Ciertamente es que, junto a aquellos avances, subsistían puntos oscuros, pero se debían más al propio Oriente Próximo que a una supuesta inercia americana. De todos modos, ésta, si es que existe, parece activismo en comparación con la inercia europea en ese aspecto... y en muchos otros.

La hostilidad que provoca la fascinación mueve a demasiados europeos a instalarse en el convencimiento de que los Estados Unidos siempre se equivocan. Ahora bien, un Gobierno que siempre se equivocara es tan mítico como uno que nunca lo hiciera. El Gobierno americano se equivoca a veces

¹ Con la honrosa excepción —debemos alegrarnos— del ministro francés de Asuntos Exteriores, Hubert Védrine, que, en *Le Monde* del 18 de abril de 2002, emite un juicio equitativo, inteligente y matizado sobre el balance y la extrema dificultad de la misión de Powell, así como sobre las interesantes enseñanzas que de ella se desprenden para el futuro.

e incluso a menudo, como todos los Gobiernos. Los periódicos y el Congreso o lo tratan con miramiento, cuando consideran que así es. En general, lo hacen con más competencia que los extranjeros. Tanto Zbigniew Brzezinski, el eminente historiador y politólogo, antiguo Consejero de Seguridad de Carter, como los principales editorialistas de la prensa escrita, semanal o diaria,¹ señalaron cruelmente con el dedo, a lo largo de todo aquel período, las vacilaciones del Gobierno Bush ante la crisis del Próximo Oriente de 2001—2002, sus «zigzags», que parecían favorecer ora a los palestinos ora a los israelíes, además de los desacuerdos perceptibles en la cima del equipo dirigente, como obstáculos a una diplomacia eficaz. Además, en los diarios americanos, las páginas reservadas a los editoriales y a las tribunas presentan normalmente puntos de vista diferentes u opuestos y no llevan —al contrario de una costumbre francesa en casos semejantes— el subtítulo de «polémica», como si el lector no fuera bastante mayor para confrontar y apreciar por sí mismo los argumentos expuestos y para formarse una opinión al respecto sopesando los pros y los contras. También los debates televisivos, sobre los asuntos más variados de política interior y exterior, confrontan periódicamente a interlocutores —protagonistas o expertos— que presentan, en general con cortesía y calma, análisis divergentes. Así, pues, los americanos comprenden tanto mejor que se critique su política y su sociedad cuanto que son los primeros en encargarse de hacerlo y a menudo con ferocidad, pero hay un abismo entre el análisis crítico, alimentado por la comparación de las opiniones, y el automatismo en la condena que mueve con frecuencia a los europeos a decretar que la diplomacia americana es un fracaso permanente, a imagen y semejanza, por lo demás, de toda la sociedad americana.

Así, después de la primera vuelta de su elección presidencial de abril de 2002, Francia descubrió la humillación de ver a un demagogo populista de extrema derecha superar al candidato socialista, ocupar el segundo puesto después de Jacques Chirac y, por tanto, ser el único en condiciones de oponerse al presidente saliente en la segunda vuelta. ¿Qué le pareció oportuno entonces escribir a un comentarista de los más eminentes, Olivier Duhamel, profesor en el Instituto de Estudios Políticos y diputado socialista europeo? La perla de que «nos unimos a las democracias degeneradas del tipo de los Estados Unidos, Austria e Italia».² En otros términos, nosotros, los franceses, somos los que, con nuestros votos, propulsamos a Jean—Marie Le Pen a una altura que nunca debería haber alcanzado en una democracia con buena salud, pero la degenerada es la democracia americana. Después del vergonzoso resultado del 21 de abril, nos unimos un poco a ella, cierto es, en esa degeneración, pero nos había precedido desde tiempos inmemoriales. ¿Acaso no es América «estructuralmente fascista»? Cosa extraña, siempre es en Europa donde surgen los dictadores y los regímenes totalitarios, pero, ¿siempre es América la fascista! Sin embargo, si añadimos a los sufragios obtenidos por Le Pen en aquella consulta los de los tres candidatos trotskistas, del Partido Comunista y de los Verdes (que en Francia son más izquierdistas y maoístas que ecologistas), vemos que un tercio de los electores siguieron a candidatos que, en la extrema derecha y en la extrema izquierda, rechazan lo que llaman la «mundialización liberal», es decir, la libertad económica, madre de la libertad política, y desean volver al dirigismo proteccionista más caduco, de connotación indiscutiblemente totalitaria. Así, pues, la «degeneración» de la democracia francesa parece mucho más evidente que la que atribuimos a la democracia americana, con nuestra habitual conmiseración bufonesca. Que Francia aprenda a verse por fin tal como es, con una Constitución inviable y moribunda, un Estado incapaz de imponer el respeto de la ley y que sólo sabe decir una cosa: «Gravo y distribuyo», una *intelligentsia* cada vez más ciega para el mundo y una población cada vez menos activa, convencida de que puede ganar cada vez más estudiando y trabajando cada vez menos. Por desgracia, no se ha aprovechado la lección de la humillación del 21 de abril. Algunas plumas, de entre las más célebres del periodismo francés, atribuyeron incluso a Jacques Chirac la responsabilidad del ascenso de Le Pen con el pretexto de que, insistir en el azote de la inseguridad, el Presidente saliente había «hecho el juego», supuestamente, al Frente Nacional. Resulta curioso ver a periodistas profesionales recomendar la supresión de la información alegando que la verdad podría beneficiar al adversario. ¡Viejo sofisma! Es olvidar que, si la verdad puede beneficiar al adversario, es porque nosotros mismos hemos cometido un error y nos gustaría ocultarla o que hemos dejado que se

¹ Véase, por ejemplo, Fareed Zakaria, «Colin Powell's Humiliation» [La humillación de Colin Powell], *Newsweek*, 29 de abril de 2002.

² *Le Monde*, 4 de abril de 2002.

creara una situación cuya paternidad nos da miedo tener que reconocer. Así es en el caso de todos los Gobiernos que se han sucedido en Francia durante los dos últimos decenios del siglo XX por lo que se refiere a la inseguridad y a la integración de los inmigrantes, pero, en lugar de analizar los datos actuales del problema, los franceses tienen la manía de relacionarlos con acontecimientos pasados, ocurridos en tiempos en un marco que no guarda relación con el de hoy. Por válidas que sean las razones —razones diferentes, por lo demás, en los dos casos— para criticar a Jörg Haider en Austria o a Silvio Berlusconi en Italia, comparar su llegada a la escena política de hoy con el Anschluss de 1938 y con el ascenso del fascismo en 1922, respectivamente, no esclarece otra cosa que la insondable incompetencia histórica de los autores de esas amalgamas caprichosas. Los numerosísimos manifestantes que recorrieron las ciudades francesas después del 21 de abril para abuchear a Le Pen exhibiendo cruces gamadas se equivocaban de época. Volvían a representar el ceremonial antifascista de antes de la guerra. Por fortuna, el Frente Nacional no tiene los medios de que disponía el partido nazi para obtener adeptos y aterrorizar a la sociedad. Todos los países del Viejo Continente están hoy apuntalados por la sólida democracia de la Unión Europea, que difiere completamente de la Europa roída por las dictaduras del decenio de 1930. En lugar de gritar en las calles remedando episodios de setenta años atrás, mejor sería que los «jóvenes» intentaran comprender la naturaleza inédita y los orígenes verdaderos del fenómeno del Frente Nacional, tal como es, en el presente. En efecto, los manifestantes a los que Elizabeth Lévy llama, con crueldad pero no sin fundamento, «antifascistas de opereta»,¹ más que llevar a cabo una acción adaptada a las circunstancias, se ofrecían de espectáculo a sí mismos.

Esas luchas reconstituidas contra peligros de antes de la guerra explican la ineficacia de la lucha necesaria contra los peligros actuales, pero tienen, para la izquierda, una función muy precisa en sus sistema de defensa, que es, en cierto modo, el «beneficio secundario» de su neurosis. La izquierda, deshonrada por su participación en los genocidios comunistas —o por su indulgencia complaciente y cómplice para con ellos—, se inventa permanentemente una versión de esa historia según la cual el único totalitarismo que parece haber existido en el siglo XX ha sido el nazismo y, de forma más general, el fascismo en sus múltiples formas. A eso se debe ese martilleo incesante sobre Hitler, el Holocausto, Mussolini, Vichy, mientras que la crónica de los crímenes del comunismo, que, además, se siguieron y se siguen perpetrando, en cambio, mucho después de 1945, es siempre objeto de una censura vigilante. Todo libro que se les dedica desencadena una contraofensiva contra su(s) autor(es), sobre los cuales se vierten carretadas de interpretaciones mendaces, calumnias encaminadas a desacreditarlos para no tener que responderles y en primer lugar la acusación de hacer indirectamente el «juego» al nazismo y al antisemitismo.² Sobre la izquierda es sobre la que podríamos preguntarnos a qué «juega». Así, pues, no es de extrañar que los estudiantes, en sus declaraciones y manifestaciones públicas, se refieran a una historia mutilada: esa historia expurgada es la que predomina en las enseñanzas secundaria y universitaria. Jacques Marseille, historiador, a su vez, «de fuera de la casta», cuenta: «Cuando yo formaba parte del tribunal de la Escuela de Altos Estudios Comerciales, preguntaba con frecuencia a los estudiantes por el estalinismo. La mayoría de ellos me respondían, muy en serio, que el error del Padrecito de los Pueblos había sido el de dar preferencia al sector e los bienes de producción sobre el de los bienes de consumo. Entonces yo les preguntaba si no veían nada más grave, el gulag, por ejemplo... ¡Estupor! ».³

Así, pues, se comprende el papel fundamental del antiamericanismo en el centro de ese dispositivo. Europa en general y su izquierda en particular se absuelven de sus propias faltas morales y sus grotescos errores intelectuales vertiéndolos sobre el gran chivo expiatorio que es América. Para que la estupidez y la sangre desaparezcan de Europa, es necesario que los Estados Unidos, a contracorriente de todas las enseñanzas de la historia verdadera, pasen a ser el único peligro que amenaza a la democracia. Incluso en la época de la guerra fría, de nada servía que la Unión Soviética o China se anexionaran la Europa

¹ Elizabeth Lévy, «L'antifascisme ne passera pas» [El antifascismo no pasará], *Le Figaro*, 24 de abril de 2002. Véase el libro de la misma autora, *Les Maltres censeurs* [Los maestros censores], J.-C. Lattès, 2002.

² Me permito remitir a dos de mis libros —*La gran mascarada* (Taurus, 2001); *Pocket*, 2001) y *La Nouvelle Censure* (Robert Laffont, 1977)—, en los que figura una descripción detallada de esa táctica. En el primero de ellos, resumo, en particular, el innoble trato difamatorio infligido por la izquierda al *Libro negro del comunismo*.

³ *Le Figaro*, 26 de abril de 2002.

central o el Tíbet, atacasen a Corea del Sur, esclavizaran los tres países de Indochina, satelizaran a varios países africanos o invadieran Afganistán, de ello resultaba para los europeos, de Suecia a Sicilia, de Atenas a París, que el único «imperialismo» existente era el americano.

Por motivos en parte diferentes de los de la izquierda, la derecha europea comparte en gran medida esa visión acusadora de América. Así, en abril de 2002, el semanario británico conservador *The Spectator*, en la pluma de Andrew Alexander, editorialista del diario también conservador *Daily Mail*, nos expone doctamente que la guerra fría fue... una conspiración americana. Así, pues, contrariamente a lo que habían creído ver y vivir ciertos testigos ingenuos entre los que me cuento, no hubo anexión *de facto* por Moscú de la mayor parte de la Europa central y balcánica, tampoco hubo el golpe en Praga ni el bloqueo de Berlín en 1948, ni huelgas insurreccionales en Italia y en Francia, señales de siniestras codicias estalinistas, ni guerra en Corea ni guerra civil en Grecia. ¡Cómo pudimos ser tan crédulos! Todos aquellos sucesos, ante la consternación de un Stalin notoriamente desprovisto de agresividad, eran fomentados a escondidas por una América que se inventaba así un pretexto para dominar el planeta. Siguiendo esa lógica, se podría sostener que la guerra de los Cien Años fue inventada completamente por Justa de Arco, deseosa de destacar en una seudorresistencia a unos ingleses que eran, por su parte, de un talante de lo más conciliador o también que fue el zar Alejandro I el que lanzó el embuste del Gran Ejército dirigido por Napoleón a la conquista de Rusia. Al afirmar que lo había vencido, el zar justificaba por adelantado la ocupación de París por su propio ejército. Por lo demás, ¿acaso no instiló maquiavélicamente el general De Gaulle en la conciencia de los franceses la pesadilla de que habían sido ocupados por el ejército alemán en 1940 a fin de utilizar esa catástrofe imaginaria como oportuno trampolín para llegar al poder en 1944? Esa forma de reescribir la Historia al revés parecería a todos delirante y cómica en los casos que acabo de citar. En cambio, en el caso de los Estados Unidos, pasa por ser digna de consideración y casi verosímil. En *Le Monde* del 25 de abril de 2002, al comentar la elucubración de Andrew Alexander, Patrice de Beer considera que «su argumentación parece convincente». Recordemos que, en cambio, ¡la del *Libro negro del comunismo* no lo era!

La derecha europea procesa a los Estados Unidos para no tener que explicar con sus propias equivocaciones el surgimiento de su superpotencia. A juicio de la izquierda, el antiamericanismo tiene, además, la virtud de permitirle proseguir su lucha contra el liberalismo. Así, *L'Humanité* del 27 de abril de 2002, en modo alguno desalentado por la «caída final» del Partido Comunista en las elecciones del 21 de abril, escribe que la batalla contra el Frente

Nacional es la batalla contra «el fascismo, el racismo y el ultraliberalismo». Por consiguiente, no ha cambiado el asunto: se trata de asimilar el liberalismo al fascismo y los Estados Unidos son, naturalmente, la fortaleza del liberalismo y, por tanto, del fascismo. Observemos, además, de pasada, que incluso moribundo, con su 3,4 por ciento de votos, el Partido Comunista tiene la mentira tan clavada en el cuerpo, que no puede por menos de permanecerle fiel incluso en el momento de la defunción: en efecto, Le Pen en absoluto es liberal, sino antiliberal, aunque de extrema derecha o *por ser* de extrema derecha, y es tan antiamericano como la izquierda. Por lo demás, Mussolini y Hitler fueron violentamente hostiles al liberalismo, tanto como Stalin y por la misma razón: conocían el vínculo íntimo que une el liberalismo a la democracia. En su época, la democracia británica era el blanco principal de su execración. Para los totalitarios de hoy, ya se llamen Laguiller o Le Pen, América es la que desempeña la función de cabeza de turco.

No obstante, hemos de convenir en que, gracias a un regreso intermitente del sentido común, los europeos toman conciencia a menudo de la futilidad de las exageraciones del antiamericanismo obsesivo y son los primeros en denunciarlo. Al presentar el sondeo que he comentado anteriormente, *Le Monde*¹ enumera estas exageraciones: «Cretinismo puritano, arrogancia bárbara, capitalismo desatado y tendencia hegemónica: ya conocemos los temas preferentes que alimentan la execración de América». El reproche de «cretinismo puritano» se reavivó en particular en Europa en el momento de los problemas que perturbaron la presidencia de Bill Clinton por su relación con Monica Lewinsky, becaria de la Casa Blanca. Nosotros, los europeos, y sobre todo nosotros, los franceses —íbamos repitiendo en la prensa y por las ondas— somos demasiado civilizados para inmiscuirnos en la vida privada de nuestros dirigentes y proponernos apartarlos del poder cuando resulta que tienen una aventura

¹ 25—26 de noviembre de 2001.

extraconyugal. Además de la hipocresía del puritanismo atribuido a los americanos, Europa invocaba para explicar esa ofensiva contra Clinton otro mal pensamiento: los republicanos habían orquestado, supuestamente, la campaña encaminada a la deposición del Presidente porque se consideraban en cierto modo propietarios de la Casa Blanca y no se resignaban a haberse visto suplantados en ella por un demócrata.

Como la mayoría de las cantinelas antiamericanas, esas dos supuestas explicaciones se basaban en un cómico desprecio de los hechos y de lo más fáciles de verificar. Respecto del puritanismo en general, sabemos perfectamente que el movimiento de liberación sexual del decenio 1960-70 empezó a desarrollarse en los Estados Unidos antes de llegar más adelante a Europa. La conquista por las mujeres de una libertad personal igual al legendario desenfreno de los hombres, la afirmación por los homosexuales masculinos y femeninos de su derecho a reivindicarse como tales y a salir de una clandestinidad humillante: todas esas revoluciones de las costumbres se iniciaron en los Estados Unidos. Si ha habido puritanismo, ellos fueron los que le pusieron fin e influyeron en Europa, que los emuló en ese ámbito. En cuanto a la vida privada de los dirigentes, se respeta tanto en América como se supone que debe hacerse en Europa. Todo el mundo sabía, al menos entre los periodistas y en los medios políticos, que Franklin D. Roosevelt tenía una amante y que su mujer Eleanor Roosevelt tenía un amante: ninguno cometió indiscreción alguna sobre esas relaciones, como tampoco en 1961 sobre la vida sexual, bastante desbordante, de John F. Kennedy, cuando éste llegó a ser Presidente. Lo que se reprocharía, en realidad, a Clinton, no sería la aventura en sí, sino que se entregara a sus retozos en compañía de Monica Lewinsky casi en público, en el propio despacho presidencial, cosa que constituía al menos una falta de gusto, y sobre todo haber negado bajo juramento la existencia de dicha relación. Que el Presidente de los Estados Unidos, garante del buen funcionamiento del Estado de derecho, cometa un perjurio es sin discusión un posible motivo de deposición (*impeachment*).

Para entenderlo, no hace falta imaginar rencor alguno de los republicanos, furiosos, al parecer, por haber sido desposeídos de una magistratura suprema que se hubieran acostumbrado a ocupar permanentemente. De nuevo, ese supuesto abono de los republicanos a la Casa Blanca es un mito europeo destinado a inventar una «conspiración» reaccionaria contra Clinton. Basta con recordar algunas fechas para ver desplomarse dicho mito. Sin necesidad de contar toda la historia de los Estados Unidos, limitémonos a remontarnos hasta el primer mandato de Franklin Roosevelt. Un rápido cálculo permite comprobar que los demócratas ocuparon la Casa Blanca de 1933 a 1953 (Roosevelt y después Truman). De 1961 a comienzos de 1969 (Kennedy y después Johnson), de 1977 a comienzos de 1981 (Carter) y, por último, de 1993 a comienzos de 2001 (Clinton): es decir, durante cuarenta años en total. Si nos fijamos en el mismo período, los republicanos, por su parte, la ocuparon, de 1953 a comienzos de 1961 (Eisenhower), de 1969 a comienzos de 1973 (Nixon y después Ford), de 1981 a comienzos de 1993 (Reagan y después Bush padre), es decir, durante veintiocho años en total. ¡Cuarenta contra veintiocho! No se ve, la verdad, en qué habría podido basarse la amargura del Partido Republicano por haber sido expulsado indebidamente de una Casa Blanca que hubiese «monopolizado» desde siempre. Sin embargo, para determinar la ineptia de esos cuentos, no hace falta un gran esfuerzo de cálculo, pero la voluntad de hacerlo tal vez requiera uno sobrehumano.

La ideología es una máquina de rechazar los hechos, cuando éstos podrían obligarla a modificarse. También sirve para inventarlos, cuando le resulta necesario para perseverar en el error. En la esfera de la historia económica, por ejemplo, ha sido indispensable a la ideología socialista o bajo la influencia socialista creer y hacer creer que el «ultraliberalismo» de Ronald Reagan había empobrecido al pueblo americano, al tiempo que enriquecía más a una minoría de ricos. Al parecer, había suprimido casi toda protección social, había agravado las desigualdades, había reformado la fiscalidad para beneficio exclusivo de los adinerados. Una vez postulado ese dogma, la mayoría de los comentaristas se han considerado de una vez por todas dispensados de estudiar más detenidamente la historia económica de los Estados Unidos, tal como se desarrolló de 1980 a 2000.

Naturalmente, los europeos no podían desconocer totalmente el crecimiento económico americano de los dos últimos decenios del siglo XX (interrumpido sólo durante una breve recesión al comienzo del decenio de 1990) ni la elevación del nivel de vida que entrañó y las decenas de millones de nuevos puestos de trabajo que creó. Sin embargo, nuestra imaginación sigue fecunda en fábulas ingenuas o en

mentiras protectoras, destinadas a evitarnos la dura prueba de tener que tomar nota del éxito americano y del relativo fracaso concomitante de la Europa continental. En esta Europa, tan imbuida de su superioridad, por primera vez desde el fin de la segunda guerra mundial, reaparecía el desempleo en masa, engendrador de una «nueva pobreza», que exhibía una vergonzosa mendicidad cada vez más visible en las calles de nuestras grandes ciudades. Los mitos en los que se abrevaban nuestra ceguera y nuestra hipocresía eran, en particular, los de que el crecimiento americano sólo beneficiaba a los ricos y los puestos de trabajo creados por él eran simples «empleillos» mal pagados, mientras que el desempleo y la exclusión en Europa estaban cargados de la ventajas que entrañaron nuestras preocupaciones sociales y nuestra «lucha contra las desigualdades».

Sin embargo, un ligero esfuerzo de información habría bastado para mostrar la inanidad de esos pretextos. En efecto, la política del republicano Reagan, prolongada y no corregida por la del demócrata Clinton, redujo y no agravó las desigualdades, en particular en la esfera fiscal. *The Economist*, en su número del 15 de abril de 2002, titula un detallado estudio sobre la fiscalidad reaganiana «La era del socialismo fiscal».¹ Título evidentemente irónico, pues las verdades reveladas en esa documentación contradicen dolorosamente los prejuicios más caros a los europeos continentales (preciso: «continentales», pues la Gran Bretaña de Margaret Thatcher se libró de ello y, por esa razón, se vio precipitada en el mismo oprobio que la América reaganiana, pese a que, al final del decenio de 1980, contaba con una tasa de desempleo un cincuenta por ciento inferior a la de Francia).

Cierto es que, mediante su ley de 1986, Reagan redujo el tipo marginal del impuesto federal sobre la renta del 50 por ciento al 39,6 por ciento, pero también suprimió numerosas exoneraciones e introdujo un descuento impositivo para las familias con las rentas más modestas. Con su aplicación, comenta Erik Izraelewicz,^{1 bis} se redujo la cuota aplicable a los salarios bajos y aumentó el de los más elevados. El 20 por ciento del tramo de las rentas más elevadas aportaban al fisco, por término medio, el 28,5 por ciento de dichas rentas en 1979: veinte años después, aportaban casi el 30 por ciento, es decir, un ligero aumento. En sentido contrario, la presión fiscal sobre el 20 por ciento que constituye el tramo más bajo se redujo de 8,4 por ciento de sus rentas en 1979 a 4,6 por ciento en la actualidad, es decir, una disminución apreciable. En cuanto a las clases medias, motor del consumo por ser las más numerosas, la imposición fiscal disminuyó hasta su nivel de... 1966.

A propósito del mismo informe de la CBO (Congressional Budget Office), el célebre editorialista económico americano Robert J. Samuelson observa que, si fuera cierto que los ricos en América son tan poderosos y tienen tan gran influencia política, su carga fiscal habría disminuido. Ahora bien, según observa también, lo que se produjo fue lo contrario, mientras que aumentaban los gastos a favor de las clases medias, las clases pobres y las personas de edad. «Los americanos —concluye Samuelson— viven en democracia. Quien vota es el pueblo, no las clases adineradas. Los dirigentes políticos suelen satisfacer a los electores más numerosos, a menudo a expensas de la minoría».² (El señor Samuelson es —no resulta ocioso recordarlo— editorialista de *The Washington Post* y del semanario del mismo grupo *Newsweek*, situados generalmente a la izquierda y que no figuran precisamente —es lo mínimo que podemos decir— entre los que apoyaron ardientemente al Gobierno de Reagan.)

¿A qué se debe que los europeos, salvo en algunas publicaciones especializadas y en libros leídos por un público limitado, no tengan en cuenta esas informaciones?

Se puede alegar, y con razón, que la inmensa mayoría de los ciudadanos europeos no tienen tiempo de especializarse en economía y tienen otras cosas que hacer como para sumirse en los informes de la CBO o incluso de los periódicos que los resumen. Pero, ¿y nuestros políticos? Pero, ¿y la «morralla» de nuestros medios de comunicación? Su silencio es tanto menos excusable cuanto que uno de los lugares comunes de la vulgata antiamericana en Europa es el reproche de falta de curiosidad por los asuntos europeos —e internacionales en general— lanzado a los medios de comunicación de los Estados

¹ *The Economist* se apoya, entre otros, en un informe de la Congressional Budget Office [Oficina Presupuestaria del Congreso], hecho público en abril de 2002.

^{1 bis} Erik Izraelewicz, «Reagan fut un vrai socialiste» [Reagan fue un auténtico socialista], *Les Échos*, 5-6 mayo de 2000—. E. Izraelewicz es redactor jefe y editorialista del diario económico *Les Échos*.

² Robert J. Samuelson, «Think again: Rich special interests don't rule in America» [Revisen su opinión: los intereses especiales de los ricos no son los que prevalecen en América], *International Herald Tribune*, 19 de abril de 2000.

Unidos. Reproche manifiestamente infundado, por lo demás, pero que podría inspirarnos al menos el interés por no merecerlo nosotros mismos en sentido inverso. He empleado la expresión «morralla de nuestros medios de comunicación» porque en Europa tenemos una prensa económica en general bien informada e imparcial, así como en las ondas, sobre todo las radiofónicas, que con frecuencia cuentan con editorialistas económicos competentes, quienes explican muy bien las realidades americanas y las demás. ¿Por qué las informaciones de que todos pueden disponer gracias a ellos parecen evaporarse antes de llegar a nuestros cerebros y raras veces logran salvar ese tabique estanco, por decirlo así, que las separa de la prensa de gran difusión y de los telediarios de las cadenas y de las horas de mayor auditorio?

Pensándolo bien, resulta que la curiosidad europea por el país de allende el Atlántico es a veces de lo más intensa, pero también de lo más selectiva. Cuando las noticias de la economía americana son malas, nuestra curiosidad empieza de repente a galopar en nuestros medios de comunicación, que vuelven a ser milagrosamente receptivos a la información. El 2 de mayo de 2002, las cifras hechas públicas en Washington presentan un aumento del desempleo, que en abril había pasado de 5,2 por ciento a 6 por ciento de la población activa, agravación tanto menos comprensible cuanto que, según el Departamento del Tesoro, el crecimiento en los Estados Unidos durante el primer trimestre había alcanzado, al contrario, el nivel excepcionalmente elevado de 5,5 por ciento anual, en un momento en que el crecimiento europeo estaba estancado en torno al 2 por ciento. Al instante los medios de comunicación europeos se precipitaron con voracidad sobre esa brusca subida del desempleo americano. Las radios y las televisiones francesas proclamaron la divina sorpresa en todas las emisiones durante los dos días siguientes al anuncio. El año anterior, cuando el desempleo americano se mantenía en el 4 por ciento, cifra considerada por los economistas equivalente al pleno empleo y cuyo recuerdo ha perdido Francia desde mediados del decenio de 1960, se mostraron menos locuaces.

¡Piénsese en los gritos de triunfo que habría lanzado nuestro Gobierno, si durante el mes de abril de 2002 el desempleo francés hubiera bajado al 6 por ciento! Al contrario, había vuelto a aumentar del 9 por ciento al 9,3 por ciento... al menos, pues en los salones de maquillaje oficiales se siguen retocando nuestras cifras. Asimismo, en 2001 se guardaban de situar en su marco internacional la reducción del desempleo francés del que se enorgullecían los socialistas. Esa reducción fue real. Pero de 1998 a 2001 el desempleo había disminuido en toda Europa, gracias a la recuperación económica mundial, y Francia resultaba ser uno de los países en los que menos había bajado y, por tanto, que menos había sabido aprovechar dicha recuperación. Con el 9 por ciento de desempleados (oficialmente), llegábamos, en materia de empleo, muy retrasados respecto del Reino Unido (5,1 por ciento), Austria (3,9 por ciento), Dinamarca (5,1 por ciento), Suecia (4 por ciento) o Suiza (2,6 por ciento), por mencionar sólo países europeos. Ahora bien, nunca he visto que nuestros medios de comunicación audiovisuales de masas, que resultan estar tan alertas en cuanto hay que pregonar un fracaso de la economía americana, tracen esas comparaciones internacionales o incluso simplemente intraeuropeas, que habrían «relativizado» (por emplear la jerga política) el supuesto éxito socialista.

La idea que tienen de América muchos europeos, cuando ven en ella la fortaleza del «ultraliberalismo» es más que somera. Como tantos otros prejuicios, procede de una insuficiencia de información, con frecuencia cuidadosamente mantenida por los medios impropriamente llamados... de información. En realidad, el Gobierno americano se encuentra en la misma situación que los Gobiernos europeos. También él está asediado por las ofensivas de infinidad de grupos de presión que se proponen y en general consiguen arrancarle subvenciones, exenciones y protecciones de todas clases, ventajas, que, como en Europa, resultan después irreversibles en la práctica. Cuando se les habla de esos grupos de presión, los europeos suelen no imaginar tras ellos otra cosa que la mano del «gran capital yanqui». Ahora bien, como hemos visto con Robert Samuelson, los grupos de presión americanos más poderosos no son los de las grandes empresas. Ejercen una influencia mucho más fuerte en el poder federal el grupo de presión de las personas jubiladas¹ o el de los agricultores, temible en todos los países desarrollados, o el de la Asociación Americana de Empleados de los Estados, los Condados y los Municipios o el de la Asociación de Empresarios de Hostelería y centenares de otros grupos que representan a millones de electores. Según un estudio estadístico elaborado en 1990 por la Asociación de

¹ American Association of Retired Persons (AARP) [Asociación Americana de Jubilados].

Dirigentes de Asociaciones² —si no existiera, habría que inventarla—, siete de cada diez americanos pertenecen al menos a una asociación y una cuarta parte de ellos a cuatro asociaciones o más. Hace mucho que «grupo de presión» ha dejado de designar exclusivamente a un puñado de capitalistas supuestamente omnipotentes. «En cambio, hoy en los Estados Unidos todo el mundo está organizado y todo el mundo forma parte de un grupo de interés», escribe Jonathan Rauch en un libro cuyo título expresa perfectamente lo que el autor quiere decir: *El fin del Gobierno o el porqué de que Washington haya dejado de funcionar*.³ En todas las democracias desarrolladas se observa ese cerco del Estado por intereses categoriales, algunos de los cuales se han inmiscuido, por lo demás, dentro del propio Estado o en sus llamados servicios «públicos». Es que, como dice Rauch en una fórmula que recuerda al estilo lapidario de Frédéric Bastiat: «Hay dos formas de llegar a ser más rico. Una es la de producir más. Otra es la de apoderarse de una parte mayor de lo que los demás producen». Los grupos de presión fueron creados y se multiplicaron para ello, al tiempo que perfeccionaban el arte de presentar las ventajas exorbitantes del derecho común que sacan a sus conciudadanos como justificados por el interés general o la solidaridad social. Así ocurre, por lo demás, a veces, pero no son muchas: la mayoría de las veces, se trata de una economía parasitaria que se injerta en la productiva. Así las sociedades se transforman poco a poco en colecciones de intereses especiales que asfixian el Estado e hinchan los impuestos. Al contrario de lo que se imaginan los visionarios europeos, que creen que ese país está enteramente invadido por la «jungla» de un neoliberalismo «salvaje» y desbocado, los Estados Unidos no se libran más que las demás sociedades de ese fajamiento de la cosa pública. Pero Jonathan Rauch cae, a mi juicio, en un pesimismo excesivo cuando califica de totalmente y por siempre jamás irreversibles las ventajas particulares o, dicho de otro modo, los privilegios arrancados por los grupos categoriales. Esa imposibilidad casi total de la reforma existe, en efecto, en ciertas naciones, como Francia. Al menos la resistencia al cambio perdura en ella durante períodos muy largos. Pero otras naciones son capaces de mayor adaptación. Sus Gobiernos tienen de vez en cuando la energía suficiente para aflojar el yugo de los corporativismos. Lo hemos visto en Gran Bretaña, en Suecia, en Nueva Zelanda e incluso en Italia, durante los últimos años del siglo XX. Los Estados Unidos, pese al aplastante peso y la ingeniosa eficacia de sus grupos de presión, forman parte de los países en los que se hacen periódicamente reformas que permiten a la colectividad volver a empezar a respirar, en particular mediante la aligeración de ciertos impuestos o la erradicación de ciertos despilfarros, lo que equivale a lo mismo.

Paradójicamente, los censores europeos excomulgan a menudo como «reaccionarios» a los dirigentes o representantes democráticos americanos que tienen el valor de impulsar reformas. Por ejemplo, Newt Gingrich (*Speaker of the House*), cuando el Partido Republicano reconquistó la mayoría, en las llamadas elecciones intermedias (*midterm elections*) de noviembre de 1994, fue descrito sin miramientos en Europa como un horrendo derechista o incluso un «fascista». ¿Por qué? Entre otros procesos de intenciones, porque, después de muchos otros que se habían roto el pecho en el empeño, quería reformar el Estado del bienestar, el *Welfare*. Ahora bien, resultaba desde hacía mucho proverbial, también para los demócratas incluso, que el *Welfare* era a la vez demasiado costoso e insuficientemente eficaz, que escapaba a cualquier control. La expresión «*The mess of the Welfare*» [El desbarajuste del Estado del bienestar] florecía en el momento oportuno desde hacía treinta años en la elocuencia política propia de aficionados. Así, pues, Gingrich se proponía embestir no a los gastos sociales justificados, sino a los despilfarros. Ahora bien, en América como en otros sitios, los despilfarros son precisamente los que alimentan más generosamente a la clase parasitaria. Por consiguiente, el objetivo es el de hacerlos pasar por «progresistas». A eso se debe el alzamiento en masa contra las reformas que los eliminarían.

Otro proyecto de reforma de Gingrich que fracasó: la supresión o al menos la fuerte reducción de las subvenciones a la agricultura. A ese respecto se comprenden aún menos las vociferaciones francesas contra «el horrendo hombrecillo» (calificativos que oí en aquella época por las ondas de una de nuestras principales emisoras de radio). Es necesaria toda la falta de lógica debida al odio ciego para protestar perpetuamente, como hace la Unión Europea, contra las subvenciones americanas a la agricultura y cubrir de estiércol al hombre que intentó lograr la aprobación de su disminución.

² American Society of Associations' Executives [Asociación Americana de Dirigentes de Asociaciones].

³ *Government's End, why Washington stopped working* [El fin del Gobierno o el porqué de que Washington haya dejado de funcionar], Nueva York, Public Affairs, 1994.

El muro, considerado hermético e infranqueable, que, supuestamente, separa la izquierda de la derecha es el fruto de una concepción anclada en la historia ideológica europea. En los Estados Unidos, los partidos acercan posiciones con bastante facilidad, como lo muestran los frecuentes proyectos de ley elaborados conjuntamente por un representante demócrata y otro republicano o también las continuaciones de varios proyectos de ley de un Gobierno a otro de signo opuesto. El demócrata Bill Clinton fue el que logró la ratificación, a fin de cuentas, del acuerdo de libre comercio de América del Norte entre los Estados Unidos, Canadá y México, negociado por su predecesor republicano. También fue Clinton quien logró que se aprobaran —¡qué caramba!— ciertas reformas del *Welfare* concebidas inicialmente por Ronald Reagan. Remontándonos más atrás, recordemos que fue Richard Nixon quien lanzó un programa de ecología, en una época en que la izquierda consideraba el asunto del medio ambiente una trampa destinada a desviar la atención de la guerra de Vietnam. Durante su presidencia fue también Nixon quien promovió el plan de «*Affirmative Action*» (discriminación positiva) destinado a favorecer la entrada en las universidades de las minorías desfavorecidas, en particular los negros.¹

¿A qué se debe la dificultad que tienen los europeos para comprender la forma como se hacen las reformas y el progreso social en los Estados Unidos? A esa especificidad cultural consistente en que en Europa, desde el comienzo del siglo XX, el marco de interpretación de la Historia está forjado por la ideología socialista, incluso, en sordina, entre los que no son socialistas. Se basa, por hablar someramente (pero la mayoría de las opiniones públicas son muy someras), en el concepto de lucha de clases como único motor del progreso social. El capitalismo aporta supuestamente la riqueza tan sólo a una minoría aumentando cada vez más la pobreza de una masa cada vez mayor de trabajadores, a los que despoja. Así, pues, el objetivo del socialismo no puede ser otro que el de abolir el capitalismo, con la apropiación colectiva de los medios de producción e intercambio y el del liberalismo el de impedirlo, defendiendo la empresa privada. Ciertamente es que paralelamente al socialismo revolucionario, que propugna la vía insurreccional como la única que puede conducir a la «dictadura del proletariado», desde el final del siglo XIX surgió un socialismo llamado revisionista o reformista, pero difería del otro por los medios que recomendaba, no por los fines que perseguía. Éstos seguían siendo los mismos para los dos. Sin embargo, los marxistas y no sólo los comunistas siempre han considerado la socialdemocracia una forma de traición al verdadero socialismo. Todavía en 1981, François Mitterrand reprochaba a los socialistas suecos no haber «golpeado al capitalismo en el corazón» y, al final mismo del siglo XX, en el Partido Socialista francés, se veía con severidad el *New Labour* de Tony Blair, versión «degenerada» de la doctrina. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas, en 2002, cerca del 25 por ciento de los sufragios expresados fueron para candidatos extremistas de izquierda, trotskistas o seudoecologistas, que rechazan el mercado, al que son igualmente hostiles los electores de extrema derecha proteccionista del Frente Nacional (16,86 por ciento). Indudablemente, al menos la mitad de los electores del Partido Socialista (es decir, el 16 por ciento) reprueban también el libre cambio, la mundialización, es decir, el capitalismo y la libertad económica.

Esa concepción de la sociedad dividida entre dos polos irreductiblemente antagonistas es ajena al pensamiento colectivo americano. Así, pues, los analistas europeos se plantearon muy pronto la cuestión que sirve de título en 1906 al libro clásico del célebre sociólogo alemán Werner Sombart: *¿Por qué no existe el socialismo en los Estados Unidos?*^{1 bis} Las respuestas de Sombart a esa pregunta son, en primer lugar, la de que el sufragio universal fue instaurado en los Estados Unidos ya a comienzos del siglo XIX. Así, pues, contrariamente a lo que ocurría en la misma época en Europa, la clase obrera americana pudo participar muy pronto en la vida política, integrarse desde el principio activamente en asociaciones y partidos, en una palabra, librarse del sentimiento de exclusión que en el proletariado europeo acompañó el desarrollo de la sociedad industrial. Además, otra razón de la ausencia de socialismo en los Estados Unidos es que sus clases trabajadoras se componían mayoritariamente de inmigrantes procedentes de Europa y que, por tanto, podían comparar lo que habían dejado atrás con lo que encontraban en América, es decir, una sociedad que, pese a sus desigualdades económicas o de otra índole y sus conflictos con frecuencia violentos, estaba mucho menos paralizada que la del viejo mundo y era mucho

¹ Véase sobre ese vaivén el libro de Steven F. Hayward, *The Age of Reagan, the fall of the old liberal order* [La era de Reagan, la caída del antiguo orden progresista], Forum—Prima, 2002.

^{1 bis} Traducción reciente al francés de Pierre Weiss, con una introducción del mismo, PUF, 1992.

más flexible y propicia a la movilidad y al ascenso sociales. Dicha movilidad fue, después de Sombart, objeto de numerosos trabajos sociológicos americanos. Entre los más conocidos e influyentes figuran los de Seymour Martin Lipset.¹ Los europeos con frecuencia niegan esa movilidad, la consideran mítica y se burlan con gusto de ella, por considerar que el «sueño americano» es una simple engañifa. Sin embargo, como escribe Pierre Weiss en su Introducción a Sombart, «el obrero americano forma —y quiere formar— parte de un sistema socioeconómico que le garantiza un grado satisfactorio de integración» y, paralelamente, desde comienzos del siglo XIX, «su vida cívica hace de él un ciudadano activo». Económicamente, el sueño americano no es sólo el del peón que piensa en la posibilidad de hacerse millonario, sino también, mucho antes y más completamente realizado que en Europa, el de la ósmosis entre el proletariado y la burguesía media.

Así, Sombart tenía razón en ver ya en 1906 en la condición económica, política y moral del mundo obrero americano una prefiguración de lo que iban a llegar a ser mucho más tarde, a partir de 1950, los asalariados europeos, pues, si bien América nunca ha sido socialista «revolucionaria», en el sentido bolchevique del término (en ese país el Partido Comunista siempre ha sido microscópico y ha estado compuesto principalmente por intelectuales y agentes del KGB), ha sido, en cambio, socialdemócrata en enorme escala. En efecto, ¿qué fue el New Deal de Franklin Roosevelt sino una amplia política socialdemócrata, perpetuada posteriormente por Kennedy y Johnson y más tarde por los presidentes republicanos incluso, como hemos visto? Observemos que a ese respecto los americanos adelantaron a Europa, donde, después de la segunda guerra mundial, y sobre todo durante los dos últimos decenios del siglo xx, los diversos partidos socialistas europeos poco o mucho y de bueno o mal grado abandonaron la retórica revolucionaria y se adhirieron unos tras otros, más o menos abiertamente, a la socialdemocracia, con lo que se aproximaron al reformismo roosveltiano del *New Deal*.

Así se desploma una de las acusaciones favoritas de la izquierda europea contra los Estados Unidos: a saber, la de que, según los europeos, la «izquierda americana», como se decía con desprecio, incluso para infamar a los «socialdemócratas» de nuestro países, no era una izquierda auténtica, porque no quería cambiar *de* sociedad, sino sólo cambiar *la* sociedad, por contentarse con algunos retoques del sistema del capitalismo existente.^{1 bis} Si examinamos detenidamente la historia de los dos últimos siglos, la sociedad americana ha experimentado, a largo plazo, un cambio mucho más precoz, continuo, constante y realista que las sociedades europeas, algunas de cuyas convulsiones, que sólo tenían una apariencia revolucionaria, han engendrado con mayor frecuencia regresiones que avances. También en las esferas política, económica, social y cultural, nuestra arrogancia condescendiente y nuestro conformismo repetitivo informan más sobre nuestras propias deficiencias que sobre las lagunas que atribuimos a los americanos. Se ve perfectamente para qué nos sirven los Estados Unidos: para consolar-nos de nuestros propios fracasos alimentando la fábula de que ellos lo hacen aún peor que nosotros y de que lo que va mal en nuestros países se debe a ellos. Así, pues, son responsables de todo lo que va mal en este mundo y los europeos no son los únicos en el mundo que los ven así.

¹ Véase en particular *Social Mobility in Industrial Society* [La movilidad social en la sociedad industrial], University of California Press, 1959 (numerosas reediciones posteriores).

^{1 bis} Véase a ese respecto el artículo de Seymour Martin Lipset, «L'américanisation de la gauche européenne» [La americanización de la izquierda europea] en *Commentaire*, n° 95, otoño de 2001.

CONCLUSIÓN

La consecuencia de la obsesión antiamericana es la agravación o incluso la creación del mal o el inconveniente con el que quisiera acabar y contra el que pretende luchar, a saber, el «unilateralismo» atribuido a los Estados Unidos. En efecto, a fuerza de criticar a los americanos, hagan lo que hagan y en toda ocasión, incluso cuando tienen razón, nosotros, los europeos (no somos los únicos, si bien dirigimos el baile), los incitamos a pasar por alto nuestras objeciones, incluso cuando tienen fundamento. El reflejo de los americanos, provocado por la avalancha ininterrumpida de anatemas que reciben en la cara, los incita cada vez más a pensar: «Como, de todos modos, los demás nos quitan siempre la razón, ¿para qué vamos a consultarlos? Sabemos de antemano que van a ponernos en la picota».

Ejemplo: el aumento de las subvenciones a los agricultores americanos decidida en la primavera de 2002. Merece indudablemente una severa condena. Sin embargo, expresada por los europeos, dicha condena resulta un poco sospechosa, habida cuenta de dos datos notorios. El primero es el de que la Unión Europea con su Política Agraria Común (PAC) distribuye en cinco años a sus agricultores el doble de las subvenciones que los Estados Unidos distribuyen a los suyos en diez años. En el presupuesto de la Unión Europea, el apoyo a los agricultores es la primera partida de gasto. Así, pues, los europeos y sobre todo Francia no son los más indicados para reprochar a otros países que ayuden a su agricultura, por reprehensible que sea ese obstáculo al libre cambio. El segundo dato es el de que, desde que aumentó la apertura de los mercados internacionales con la mundialización, se ha visto y oído, en diversos continentes, a manifestantes, a intelectuales, a sindicalistas, a varios gobiernos, denunciar la liberalización de los intercambios por considerarla nefasta, en particular para los más pobres: factor de desempleo, esclavización de los trabajadores al beneficio capitalista y, a fin de cuentas, un medio para que los Estados Unidos subordinen la economía mundial a la suya. Así, pues, si los europeos no ven en el liberalismo otra cosa que la máscara tras la cual avanza el unilateralismo americano, al menos no deberían ser contrarios a una dosis correctora de proteccionismo. ¿Por qué, pese a ello, censuran ese mismo proteccionismo con tanta virulencia como el liberalismo, cuando uno y otro son americanos? De semejante incoherencia un americano sólo puede sacar una conclusión: lo que los europeos denuncian no es el liberalismo ni el proteccionismo, sino a América, conclusión tanto más legítima, a su juicio, cuanto que, incluso después de su aumento, las subvenciones agrícolas en América siguen siendo inferiores a las de Europa, donde los franceses figuran entre los primeros beneficiados. Así se entiende mejor la afirmación del Comisario europeo Franz Fishier: al tiempo que anunciaba su intención, muy oportuna y justificada, de acusar a los Estados Unidos ante la Organización Mundial del Comercio, añadía: «Pero que no se hagan ilusiones los franceses. En ningún caso aprovecharemos para mantener una PAC demasiado dispendiosa».¹ En efecto, los franceses se oponen a cualquier reforma de la PAC. La lección que debemos sacar es la de que, si en los Estados Unidos hay una tendencia al unilateralismo, ha de salir por fuerza reforzada de semejante embrollo. Ven a nuestros gobiernos dirigirles sin descanso reproches que nunca se dirigen a sí mismos y, encima, reproches que se contradicen miserablemente entre sí. Con interlocutores tan liantes, ¿cómo no iban a sentir la tentación de actuar solos!

Si bien la obsesión antiamericana engendra la incoherencia misma cuando los Estados Unidos tienen un mal planteamiento, se supera en la confusión intelectual cuando tienen uno que resulta defendible. Durante todo el año 2001, George W. Bush fue objeto de ataques procedentes de China, de Rusia, de la Unión Europea, porque había vuelto a poner en el orden del día el proyecto de escudo anticohetes. En realidad, la polémica había precedido a Bush y se remontaba al año 1999. El Congreso, mediante una votación bipartidista, había encomendado entonces al Presidente Clinton que reanudara los experimentos

¹ *Le Figaro Economic*, 14 de mayo de 2002.

de cohetes interceptores de cohetes. Las reacciones habían sido intensas, en primer lugar en los Estados Unidos, donde el programa de «guerra de las galaxias» siempre había contado con adversarios resueltos, empezando por *The New York Times*; después, en Francia en particular, donde el ministro de Asuntos Exteriores socialista, Hubert Védrine, escribió en seguida a Madeleine Albright, Secretaria de Estado, para expresarle las inquietudes de su Gobierno respecto del «efecto desestabilizador» de un sistema de defensa balístico. El Presidente de la República, Jacques Chirac, pese a oponerse al Gobierno Jospin, adoptó la misma posición y afirmó, en «plena convergencia» con los presidentes ruso y chino, que el proyecto americano podía «reactivar la carrera de armamentos».

Aquella carga a galope tendido contra el escudo anticohetes reactivaba críticas ya antiguas, oídas en la época de la presidencia de Reagan, en el momento de su primera aplicación, con el nombre de Iniciativa de Defensa Estratégica. Dichas críticas, entonces como quince años después, se reducen a dos argumentos principales:

—El escudo anticohetes es irrealizable. Es una impostura, inventada por la propaganda del Pentágono. Nunca funcionará. Es un «camelo», me dijo, literalmente, un ministro del Gobierno de Jospin; es un «farol», me precisó otro ministro muy importante del mismo Gobierno.

—El escudo constituye una amenaza para la paridad nuclear entre las grandes potencias, tal como la formuló en 1972 el Tratado ABM (antibalístico). Va a hacer que se desplome todo el edificio del equilibrio de fuerzas que garantiza la seguridad internacional.

Sin necesidad de hacer un esfuerzo cerebral sobrehumano, nos damos cuenta de que la yuxtaposición de esos dos enunciados incompatibles es un absurdo lógico. O bien la estrategia de defensa anticohetes es una mistificación ridícula y condenada a una ineficacia eterna, cosa que los servicios de información de los diversos países afectados y los expertos competentes no pueden dejar de confirmar, o bien, al contrario, permite efectivamente a los Estados Unidos neutralizar el armamento nuclear de las otras grandes potencias y con ello incita a éstas a reanudar la «carrera de armamentos» con la intención de colocarse al nivel del posible enemigo.

La falta de seriedad de los dirigentes y los medios de comunicación que profieren simultáneamente esas dos afirmaciones incompatibles bastan para desacreditarlos en el debate geopolítico. Va acompañada de una negativa deliberada a tener en cuenta los fundamentales cambios habidos al final del siglo XX en el juego estratégico internacional. La doctrina de la «destrucción mutua asegurada» en la que se basaba el Tratado ABM estaba, con toda evidencia, vinculada a la guerra fría. En el siglo xxi resulta enteramente caduca. El riesgo de un ataque por cohetes intercontinentales de Rusia contra América o a la inversa ha desaparecido, sencillamente, y los tratados destinados a detenerlo también están caducos. En cambio, han surgido nuevas amenazas. Proceden de dictaduras que han adquirido y siguen acumulando arsenales químicos, biológicos e incluso nucleares. Dichas dictaduras no respetan tratado alguno ni aceptan control alguno. Por último, el terrorismo internacional, con su amplitud y su organización, representa también una amenaza inédita que requiere respuestas inéditas. La ceguera voluntaria de los europeos ante esas modificaciones radicales hace que a América le resulte estéril cualquier intento de diálogo con ellos sobre esos asuntos y la incita, naturalmente, a adoptar un mayor unilateralismo. ¿Cómo se puede debatir sobre un problema con personas que niegan su existencia?

¿Qué puede pensar el Presidente de los Estados Unidos, cuando, en visita oficial a Berlín y después a París, al final del mes de mayo de 2002, ve en las dos capitales a miles de manifestantes con pancartas en las que han escrito: «No a la guerra»? ¿Cómo tienen tantos millares de europeos el descaro de proclamar así, claramente, que, según ellos, los únicos responsables de la guerra de Afganistán fueron los Estados Unidos sin que hubieran sido, a su vez, víctimas de ninguna agresión previa? ¿Y cómo pueden esos europeos, no sólo contra los Estados Unidos, sino también contra su propio interés, contra el de la democracia en el mundo y contra la liberación de los pueblos oprimidos, gritar que, haga lo que haga Sadam Husein, nunca habría que intentar derrocarlo? La verdad es que la «izquierda» europea no ha entendido nada de la historia del siglo XX. Sigue siendo fanática con los moderados y moderada con los fanáticos.

Ésa es la línea de conducta que siguieron, a su vez, los manifestantes franceses que el 26 de mayo de 2002 abuchearon la presencia de George W. Bush en París, con lo que vilipendiaban a América, «su lógica de guerra y de dominación». En cuanto a la lógica de sectarismo y falta de honradez de dichos

manifestantes, se veía en el cinismo con el que escamoteaban, también ellos, la realidad del hiperterrorismo islámico a fin de poder atribuir la intervención de los Estados Unidos en Afganistán exclusivamente a la sed de «dominio».

Esa inversión de las responsabilidades tuvo abogados elocuentes ya el día siguiente al de los atentados de Al Qaeda contra Nueva York y Washington. Tres días después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, Celso Furtado, célebre economista brasileño, publicó en uno de los más importantes periódicos de su país un artículo en el que proponía su explicación del hipotético desastre. Según él, la destrucción de las torres del World Trade Centre, se debió a una conspiración de la extrema derecha americana. Se proponía aprovechar esa provocación urdida por ella, ¡para «tomar el poder!» Nótese que en la historia de los Estados Unidos no se ha registrado nunca proceso golpista alguno, mientras que en la del Brasil... Corramos un tupido velo. Y proyectemos en América nuestras propias faltas para absolvernos de ellas. Conque el gran intelectual brasileño comparaba las operaciones suicidas contra las torres gemelas y el Pentágono con el incendio del Reichstag en 1933, perpetrado por los nazis y atribuido por éstos a la izquierda con la intención de proporcionar un pretexto para la instauración del régimen totalitario. El 11 de noviembre de 2001, el teólogo Leonard Boff declaró al diario *O Globo* lamentar que sólo un avión se hubiera estrellado contra el Pentágono: le habría gustado ver veinticinco. Caridad cristiana... Pues se formulan esas explicaciones aberrantes, esas incitaciones al asesinato, en un país que nada tiene que ver con el Islam y en el que ningún *mulá* predica la guerra santa a multitudes fanatizadas por una visión histérica del Corán.

En esas condiciones, se comprende que los Estados Unidos se hayan retirado del Tratado constitutivo del Tribunal Penal Internacional, firmado en Roma en 1998 y en vigor desde el 1 de julio de 2002. Muchos amigos de los Estados Unidos deploraron esa actitud. Pero, dadas las mentiras groseras, las fábulas ridículas, las acusaciones imaginarias que desfiguran todos los días la política americana, se puede prever que miles de fiscales en todo el planeta se alzarían en seguida para exigir la comparecencia ante el Tribunal Penal de todos los dirigentes americanos y de los miembros del Congreso, por crímenes contra la Humanidad. El funcionamiento equitativo de una instancia tan delicada como un tribunal internacional supone, en todas las naciones signatarias de semejante tratado, un mínimo de buena fe de unas para con las otras. América tiene fundamento para pensar que la buena fe no es lo que predomina para con ella en el mundo actual.

Dicha «buena fe» se manifiesta en los comentarios tanto a propósito de ciertos detalles de la política interior americana como de evoluciones capitales en la diplomacia y la estrategia.

Pequeño ejemplo del primer caso: el 8 de mayo de 2001, el Departamento de Educación americano anunció que en adelante *autorizaría* (sin obligarles) a las escuelas *públicas* a no aplicar la escolaridad mixta, obligatoria desde 1972, cuando el Congreso prohibió que hubiera escuelas sólo para niñas y otras sólo para niños. La razón aducida para dicha autorización es la observación en la enseñanza *privada*, en la que la escolaridad mixta no había pasado a ser obligatoria, de que las escuelas separadas obtenían mejores resultados tanto de las niñas como de los niños. Así, pues, los padres retiraban cada vez más a sus hijos de las escuelas públicas, todas mixtas, para enviarlas al sector privado, en el que sólo una parte practicaba la escolaridad mixta. Para detener ese desequilibrio era para lo que el Departamento de Educación *permitía* a la enseñanza pública introducir en esa esfera cierta flexibilidad, sin obligación ni sanción. La prensa europea substituyó, por su parte, esas motivaciones puramente pedagógicas por una motivación reaccionaria e ideológica procedente de George W. Bush. Con ese reglamento, facultativo, por lo demás, el Presidente había deseado, supuestamente, dar satisfacción a las asociaciones de la derecha cristiana, que quieren velar por la castidad de sus hijos. La aprobación concedida a la nueva directriz por una de las feministas militantes más intransigentes de los Estados Unidos, nada menos que la senadora demócrata por Nueva York, la señora Hillary Rodham Clinton, revela hasta qué punto esa teoría resulta cómica.

En el capítulo de la diplomacia y la estrategia, el proceso al «unilateralismo» debería haberse suspendido, con toda lógica, al menos provisionalmente, cuando George W. Bush emprendió en mayo de 2002 la gira por las capitales europeas para consultar a sus aliados. Y también se debería haber atenuado la acusación de que se negaba a aceptar reducción alguna de los armamentos cuando el 24 de mayo los Estados Unidos hubieron firmado en Moscú un acuerdo con Rusia, en virtud del cual cada una

de las partes se comprometía a reducir su arsenal nuclear en una cifra comprendida entre 1.700 y 2.200 ojivas hasta 2010, en comparación con las 6.000 y 7.300 desplegadas por una y otra parte en 2002. También en aquel caso los comentaristas europeos, oficiales o periodísticos, pusieron mala cara, por considerar que esas dos iniciativas de los americanos no demostraban ni su voluntad de concertación ni su renuncia a la «carrera de armamentos». Según ellos, Bush, seguía obsesionado con su «cruzada» antiterrorista, inspirada por miedos caprichosos, seguramente, como acababan de comprobarlo a sus expensas los europeos, ya que en Djerba, en Túnez, y en Karachi, en Pakistán, los terroristas acababan de matar a algunas decenas de alemanes y franceses. Quitar la razón a los Estados Unidos, hagan lo que hagan y nos ocurra lo que nos ocurra, hace que nuestras minorías selectas no tengan en cuenta nuestros propios cadáveres. Si Bush insiste en el peligro terrorista, es, según nosotros, la prueba de que dicho peligro no existe y de que nuestros conciudadanos no han sido asesinados... o muy poco.

No cabe duda —y lo he repetido numerosas veces en las páginas precedentes— de que la necesidad de contener los desbordamientos reales o posibles de la superpotencia americana requiere, por parte del resto del mundo, una vigilancia crítica y la exigencia de participar en la elaboración de decisiones que atañen a todos los países, pero, si las críticas y las reivindicaciones que se les dirigen no son pertinentes y racionales, no existe la menor posibilidad de que los Estados Unidos tengan en cuenta dichas vigilancia y exigencia.¹

Las exageraciones, con frecuencia delirantes, del odio antiamericano, las imputaciones de los medios de comunicación, unidas ora a incompetencia ora a mitomanía, la mala voluntad pertinaz que da la vuelta a todo acontecimiento a fin de interpretarlo sin excepción de forma desfavorable para los Estados Unidos han de convencer por fuerza a éstos de la inutilidad de cualquier consulta. El resultado es el opuesto del que supuestamente se buscaba. Las mentiras de la parcialidad antiamericana son las que fabrican el unilateralismo americano. La ceguera tendenciosa y la hostilidad sistemática de la mayoría de los gobiernos que se relacionan con América no hacen otra cosa que debilitarlos a ellos mismos al alejarlos cada vez más de la comprensión de las realidades. Esos mismos gobiernos, enemigos y aliados confundidos, son los que, al substituir la acción por la animosidad y el análisis por la pasión, se condenan a la impotencia y, por efecto de contrapeso, alimentan la superpotencia americana.

DOWNLOAD FREE

<http://visualbook.blogspot.com>

¹ Tomemos el discurso pronunciado por George W. Bush el 24 de junio de 2002 a propósito del Oriente Próximo. Se censuró al Presidente por querer apartar a Arafat e «imponer» a los palestinos otros dirigentes. Ahora bien, él hablaba no de *imponer a nadie*, sino de celebrar *elecciones*, con el deseo de que «el pueblo palestino elija a nuevos dirigentes que no estén comprometidos con el terrorismo». ¿Qué tiene de escandaloso semejante deseo? Sobre todo cuando en el mismo discurso Bush declaraba que, una vez instaurado un auténtico Estado palestino, los israelíes debían volver a su fronteras de 1967 y aceptar la existencia de una parte palestina de Jerusalén, lo que equivalía a oponerse totalmente a los designios de Sharon.